

01062



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DIVISIÓN DE ESTUDIOS DE POSGRADO**

3.14

**LA OBRA PERIODÍSTICA DE  
VICTORIANO SALADO ALVAREZ**

**T E S I S**  
**PARA OPTAR EL GRADO DE:**  
**MAESTRO EN HISTORIA**  
**P R E S E N T A:**  
**MARGARITO ARCINIEGA CERVANTES**



**DIRECTOR DE TESIS:**  
**DRA. MARÍA DE LOS ÁNGELES CHAPA BEZANILLA**



**MAESTRIA Y DOCTORADO  
EN HISTORIA**

**CIUDAD UNIVERSITARIA 2005**

0350017



Victoriano Saldo Álvarez con uniforme de diplomático. México, 1907.  
Foto: Colección Familia Rabasa-Salado Álvarez

# DEDICATORIAS

¿A quién dedicar esta tesis?

En lo pasado,

A mis padres: Don José  
Arciniega Avila y doña  
Guadalupe Cervantes  
Gutiérrez, por darme ejemplo  
de honradez, trabajo,  
honestidad y fortaleza.

En el presente,

A mi esposa María Guadalupe Ayala Valentín, de quien recibo cariño, amor y grandes alientos.

A mis hijos: Carlos Andrés, Juan Bernardo y Laura Isabel, por ser la razón principal de seguir luchando todos los días. Y a Dowey por su lealtad y compañía desinteresada.

A mis hermanos:

María del Pilar, Felipe, Ana  
María, Francisca, Josefina,  
Antonio, Federico y Mario  
Alberto, me siento orgulloso  
de cada uno de ellos.

Y con especial aprecio a la  
Dra. María de los Ángeles  
Chapa Bezanilla, por haber  
aceptado en la adversidad  
dirigirme el presente trabajo.

# ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>1. El tema: Delimitación y enfoque</b>	<b>2</b>
<b>2. Justificación</b>	<b>3</b>
<b>Contenido y fuentes documentales</b>	<b>5</b>
<b>4. Hipótesis</b>	<b>8</b>

## **CAPÍTULO 1**

**Algunas consideraciones históricas:**

**Del Imperio al Porfiriato**

<b>1. 1 La lucha contra el Imperio</b>	<b>9</b>
<b>1. 2 La República Restaurada</b>	<b>31</b>
<b>1. 3 De Benito Juárez a Porfirio Díaz</b>	<b>34</b>

## **CAPÍTULO 2**

**Jalisco y el personaje:**

<b>2. 1 Contexto histórico</b>	<b>47</b>
<b>2. 2. Teocaltiche, situación política</b>	<b>53</b>

**2. 3. Infancia provinciana** 55

**2. 4 Primeras letras**

**57**

**2. 5 Liceo de Varones** 61

**2. 6 Escuela de Jurisprudencia** 64

### **CAPÍTULO 3**

**El periodista:**

**3. 1 La prensa de Guadalajara** 66

**3. 2 Inicio en el periodismo** 68

**3. 3 *El Abate Benigno*** 91

**3. 4 *El Diablo Cojuelo*** 94

**3. 5 *El Chiquitín*** 94

**3. 6 *El Correo de Jalisco*** 96

**3. 7 *El Mercurio*** 102

**3. 8 *El Mercurio Occidental*** 113

**3. 9 *Diario Oficial de Jalisco*** 122

## **CAPÍTULO 4**

### **La literatura:**

**4. 1 Periodista y crítico literario** 131

**4. 2 Victoriano Salado Álvarez y  
los modernistas** 149

## **CAPITULO 5**

### **La prensa de la capital:**

**5. 1 Los diarios del Distrito Federal** 162

**5. 2 *El Mundo Ilustrado*** 169

**5. 3 Victoriano Salado-Rafael Reyes Spíndola,  
testimonio de amistad** 173

## **CAPÍTULO 6**

### **La diplomacia y el exterior:**

<b>6. 1 La nueva realidad política del país</b>	<b>176</b>
<b>6. 2 El diplomático</b>	<b>180</b>
<b>6. 3 El exilio</b>	<b>183</b>
<b>6. 4 <i>La Prensa</i> de San Antonio, Texas</b>	<b>197</b>

## **CAPÍTULO 7**

### **La última etapa:**

<b>7. 1. Regreso del exilio</b>	<b>218</b>
<b>7. 2 Ocaso de un gran periodista</b>	<b>257</b>
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>266</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>268</b>
<b>HEMEROGRAFÍA</b>	<b>271</b>
<b>APÉNDICE BIOGRÁFICO</b>	<b>274</b>

# INTRODUCCIÓN

El origen del presente trabajo surgió en 1999 cuando cursé por primera vez el Seminario de historia siglo XIX, “Victoriano Salado Álvarez y sus novelas históricas”. A partir de esa fecha mi interés por conocer al autor de los *Episodios nacionales mexicanos* se acrecentó en la medida en que fuimos avanzando en la lectura de la obra. Pero este interés se volvió preocupación cuando investigué en varias obras bibliográficas y encontré que la misma información casi siempre se repetía, “que había colaborado en algunos periódicos”.

A partir de ese dato me di a la tarea de investigar la obra periodística de este ilustre literato e historiador jalisciense que ha sido olvidado por sus ideas políticas. Pero esta inquietud se agudizó cuando leí que el historiador José Luis Martínez, había reconocido que don Victoriano era un hombre sabio y talentoso, que había dejado una vasta obra hemerográfica que ameritaba ser rescatada.

Retomando lo anterior y uniéndolo a mi trabajo de análisis periodístico en el departamento de Sistematización Hemerográfica de la Hemeroteca Nacional, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, decidí elaborar la tesis: **La obra periodística de Victoriano Salado Álvarez**, investigación que me ha permitido conocer no sólo una etapa casi desconocida de este historiador, sino también adentrarme en su forma de pensar y escribir a través de los distintos géneros del periodismo por él trabajados. Asimismo, descubrí que Salado Álvarez fue un hombre polifacético y polémico que perteneció a la estirpe de los “letrados”, que sirvió al régimen porfirista, por lo tanto, como hombre de su época sirvió al “viejo régimen”, fue un romántico, un apasionado de su época a la que consideró mejor en todos los aspectos, de ahí que declarara en sus *Memorias Tiempo viejo-tiempo nuevo* que

“Quien no saboreó el antiguo régimen no supo lo que era la dulzura de vivir”, pero que al surgir la Revolución mexicana fue poco optimista, porque consideraba que el cambio sería poco benéfico para el país, y al observar los primeros acontecimientos con la llegada al poder de Francisco I. Madero y el posterior surgimiento de los gobiernos militares que lo llevaron primero, al autoexilio y posteriormente al exilio obligado, lo convirtieron en un ciudadano crítico, amargado y resentido con los gobiernos posrevolucionarios, hecho que se puede corroborar en el desarrollo del presente trabajo.

## 1. El tema: Delimitación y enfoque

El estudio de la historia y de la literatura en México durante el siglo XIX no puede prescindir de un profundo examen de la prensa de la época, porque fue el único medio de expresión de las ideas que narraban los sucesos y acontecimientos políticos, sociales, económicos y culturales del país, de ahí que constituye una importante fuente histórica, porque fue el órgano doctrinario por medio del cual se vertieron las ideas constructivas de una nueva nación. Resulta difícil señalar a alguno de los grandes hombres del México decimonónico que no haya estado ligado al periodismo, porque a la prensa se le deben en gran parte, los vigorosos alientos de creación de una conciencia liberal-nacional, con la cooperación y presencia de la pluma de periodistas que no han logrado el reconocimiento, como es el caso de Victoriano Salado Álvarez.

Para comprender la obra periodística de Salado es necesario conocer la primera etapa de 1888 a 1892 en Guadalajara; segundo, su desempeño en la prensa de la capital de la República, 1900 a 1903; la prensa extranjera de 1917 a 1926, y finalmente, los periódicos *Excélsior* y *El Universal* en el Distrito Federal, de 1926 a 1931.

De los anteriores periodos, el objetivo principal de la tesis es el de analizar su evolución como periodista, escribiendo gacetillas, crónicas, redactor de noticias, opinión, columnista y editorialista, géneros periodísticos que abarcó en los diferentes diarios que colaboró. Por lo tanto, la importancia de su obra periodística obedece no sólo a destacar su papel como redactor de crónicas, artículos, ensayos, columnas y editoriales, sino que a través de ella podemos conocer al periodista, cuya obra es necesario rescatar para conocer su pensamiento, conducta y el porqué de su actuar.

## 2. Justificación

Don Victoriano Salado Álvarez fue un hombre versátil, creador en múltiples esferas de la vida: fue literato, historiador, político, filólogo, profesor, novelista, diplomático, traductor y periodista y ha sido estudiado en todos o casi todos esos rubros, excepto el de periodista, quizá porque su obra hemerográfica, como dije anteriormente, es muy amplia y se requiere tiempo para localizar los periódicos y revistas que se encuentran dispersos en bibliotecas y hemerotecas del país, amén de los diarios *La Prensa* de San Antonio, Texas, y *La Opinión*, de los Angeles, California, en los Estados Unidos.

Cabe señalar que la consulta de los diarios no ha resultado fácil por las condiciones físicas en que se encuentran, y por ende, resulta complicado obtener la información requerida. Pero hay que reconocer que a pesar de que la obra periodística es interesante y variada por los temas que analiza, no se puede pasar por alto que es más reconocido como literato e historiador por los *Episodios nacionales mexicanos*. Obra que ha interesado a estudiosos de la crítica literaria, la narrativa y la historia de México no sólo por la forma de describir los hechos, sino también porque analiza una etapa importante de nuestro país como son: la Reforma, el Imperio y la Intervención, acontecimientos que sirven de introducción al presente trabajo, por que fue en la

novela histórica con la que alcanzó y obtuvo los primeros reconocimientos, y a partir de ahí, se incrementó su fama de periodista culto, ilustrado, de instrucción amplia y gran erudición en los temas que escribía para los lectores. Por ello consideré importante retomar esos acontecimientos e iniciar la presente investigación.

Otros trabajos importantes que han escrito historiadores, literatos o interesados en sus obras, destacan Carlos Peña González “Cómo era Salado Álvarez”, Manuel Carpio, “Hombres de letras”, Alí Chumacero “Memorias de Victoriano Salado Álvarez”, Genaro Fernández MacGregor, “Don Victoriano Salado Álvarez, hablistán”, José Rojas Garcidueñas, “Victoriano Salado Álvarez como diplomático”. En los artículos se estudia la aportación de nuestro autor a la historia de México, la literatura y la diplomacia. En esta última se analiza su paso en el Servicio Exterior Mexicano y se destaca su desempeño como secretario de la Embajada de México en Estados Unidos en 1907. Asimismo, cabe destacar las tesis de maestría que escribieron Hermine Calvine, Victoriano Salado Álvarez, novelista mexicano, Universidad de Columbia, Edmond J. Legrand, Lo histórico y lo literario en la guerra de Reforma de Victoriano Salado Álvarez, Universidad de Los Angeles, UCLA y Robert A. Rivkin, The French Intervention and the Empire of Maximiliano, in the Works of Victoriano Salado Álvarez, Universidad de Columbia, Nueva York.

Como podemos observar ninguno de los trabajos mencionados habla de su labor como periodista y mucho menos de algún artículo, columna o editorial que se refiera a algún acontecimiento del que haya escrito su experiencia en ese terreno, de ahí que insisto en la importancia de rescatar al periodista y analizar el contenido de sus escritos es llevar al lector a reflexionar tomando como base la multitud de temas que escribió. Es decir, que su actividad periodística no se limitó a escribir de cuestiones políticas, históricas y literarias, también escribió de problemas económicos, del

campo, versos –que son casi desconocidos-, vida cotidiana y artículos firmados con pseudónimos, amén de las polémicas con los modernistas.

De aquí el interés del presente trabajo por dar a conocer al periodista, que empezó escribiendo versos y gacetillas y terminó frustrado, enemigo declarado de los gobiernos posrevolucionarios, pero sin dejar de admirar el régimen de Porfirio Díaz.

### 3. Contenido y fuentes documentales

El hilo conductor de la tesis es analizar la obra periodista de Victoriano Salado Álvarez. Por ello, el trabajo está dividido en siete capítulos. El capítulo I, analiza algunas etapas históricas: del Imperio al Porfiriato, destacando el papel de Porfirio Díaz al frente del Ejército de Oriente y los diferentes combates contra las fuerzas invasoras, que terminaron con el fusilamiento del príncipe austriaco Maximiliano de Habsburgo, la entrada del presidente Benito Juárez a la capital del país, el restablecimiento la República liberal en 1867 y los problemas políticos del gobierno juarista su sucesor Sebastián Lerdo de Tejada y el del general Porfirio Díaz, desde el ascenso al poder, su permanencia y su caída, analizando el porqué de cada uno de los hechos.

El capítulo II aporta conocimientos del estado de Jalisco y en especial de Teocaltiche, lugar de nacimiento de nuestro personaje, situación política del estado durante la invasión de las fuerzas francesas en ese lugar 1864-1867, el nacimiento de Salado Álvarez, sus primeros años en su pueblo, los estudios superiores y preparación del futuro abogado y preámbulo del periodista en ciernes.

El capítulo III es parte medular de la tesis, ofrece un interesante estudio acerca de la prensa en Guadalajara, analizando cada uno de los periódicos y revistas en orden cronológico: *Juan Panadero*, 1871-1907, *El Correo de Jalisco*, 1895-1896, *La*

*República Literaria*, 1886-1890, *El Mercurio Occidental*, 1889-1894, *El Abate Benigno*, 1889-1897, *El Diablo Cojuelo*, 1891, *El Chiquitín*, 1891-1899, *Flor de Lis*, 1896-1899, *El Mercurio Occidental*, 1889-1894 *Periódico Oficial del Gobierno de Jalisco*, donde fungió como encargado en dos ocasiones 11 de junio de 1891 al 30 de junio de 1893 y del 9 de septiembre de 1895 al 2 de julio de 1897, y *Crónica*, 1907. Este capítulo representa una aportación original para la historia del periodismo en el estado de Jalisco.

Analizar a Salado únicamente desde el punto de vista de su quehacer como periodista dejaría un hueco en la tesis, porque a través de la literatura y la crítica literaria también obtuvo reconocimientos y críticas, tema que trato en el capítulo IV, sobre todo al establecer la polémica con el grupo de los modernistas, cónclave representado por las plumas más reconocidas del momento y contra quienes Salado se enfrentó con éxito; finalmente fue reconocida su capacidad intelectual por uno de sus contrincantes más acérrimos, Amado Nervo. Con ello, se ganó la fama de polemista implacable.

El capítulo V analiza una etapa quizá muy rica y que pocos conocen, la de redactor en los periódicos del Distrito Federal: *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*, que aunque fue breve, resultó determinante en la vida de Salado Álvarez, porque establecería relaciones amistosas con la elite política, cultural, social y sobre todo con dos personajes concluyentes en su vida: el señor Enrique Creel, gobernador de Chihuahua, y el presidente Porfirio Díaz, además de una pléyade de intelectuales que dieron lustre a México y que alcanzaron reconocimiento no sólo por su desempeño en la tribuna o en el periodismo, sino también por su espíritu, conciencia y sobre todo de unidad nacional y que don Victoriano aprovechó para escribir acerca de ellos, juzgándolos en su justa medida, ensalzando sus obras y criticando sus errores, sin dejar de perder la amistad que los unía. La tesis da ejemplo de lo manifestado.

Para una mejor comprensión de sus nombres y con el fin de conocer sus vidas, obras y trayectorias, he incluido un apéndice biográfico al final de la tesis con el objetivo de facilitar su identificación.

En el capítulo VI, Salado se enfrentó a una nueva realidad política del país: el exilio, como ya se dijo, primero por voluntad propia y posteriormente por imposición, hecho que marcaría su vida por la difícil situación que sufrió en lo personal, familiar, política y sobre todo económica, que lo llevó a escribir artículos en los que criticaba duramente y ofendía al gobierno de aquellos años, haciendo gala de la ironía que lo caracterizaba. Pero no podía ser de otra manera el que Salado se expresara de los gobernantes en el poder, no solamente porque le prohibieron regresar al país, sino también porque le arrebataron todo su bienes materiales, quedándose en la ruina, por eso los calificaba de ladrones e ignorantes. Para escribir lo anterior, aprovechaba su posición en *La Prensa* de San Antonio, Texas, en donde reconocía que en aquel país sí existía la libertad de prensa.

El capítulo VII y último es el regreso al país después de siete años de ausencia, un México que había cambiado, donde sus ideas ya no tenían eco ni amigos que lo ayudaran, las colaboraciones que escribía desde Los Angeles, California, para *Excelsior* y *El Universal* dan testimonio de un Salado que tuvo que cambiar su forma de pensar y escribir para no contradecir al gobierno en el poder y así negociar su regreso al país.

Retornó lleno de angustias, frustraciones y resentimiento que tuvo que callar y que se pueden comprobar al leer el último inciso del presente trabajo.

## 4. Hipótesis.

La hipótesis de la tesis estriba en destacar la obra periodística de un literato e historiador, que a través de los diferentes géneros narrativos escribió temas diversos, que enriqueció el conocimiento de los lectores y por lo tanto, considero indispensable conocer para evaluar su producción hemerográfica y tener un idea más completa de su personalidad. Lo anterior se puede corroborar con el análisis de las fuentes señaladas, que permiten sostener que Victoriano Salado Álvarez también fue un periodista prolífico, que escribió temas variados que el lector, investigador o curioso se sorprenderá gratamente al leer.

Por último, las conclusiones de este trabajo corroboran que don Victoriano Salado Álvarez fue un periodista notable, cuyos artículos son muestra fehaciente del hombre de pluma fina y correcta.

# CAPITULO 1

## ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTÓRICAS DEL IMPERIO AL PORFIRIATO:

### INTRODUCCIÓN

#### 1.1 LA LUCHA CONTRA EL IMPERIO

El año de 1866 es importante en la historia de México por los acontecimientos ocurridos en el territorio nacional. En octubre, el general Porfirio Díaz, con un ejército de 900 soldados mal armados, pocas municiones y sin conocimiento en el manejo de las armas, se enfrentó a los imperialistas en Miahuatlán, Puebla. Durante la batalla, en la que la supremacía numérica y militar de los imperialistas era evidente, los republicanos mantuvieron una dura lucha en la que por algunos momentos pensaron que serían por el enemigo; pero gracias a la destreza y habilidad del general Díaz, que se mantuvo atento a los ataques, lograron contrarrestarlos y superarlos. Salado Álvarez relata aquellos hechos en los *Episodios nacionales mexicanos*, así:

Porfirio avanzaba a medio galope, seguido de su escolta y tan dispuesto, tan ágil, tan sereno y tan gozoso (que en realidad no era sino concentración de ánimo), se había trocado en brío y en animación; su mirada tranquila y honda, al parecer destinada sólo a intro inspeccionarse y a definir el móvil de las acciones propias y ajenas, era brillante, enérgica, viva y pasa súbitamente de un objeto a otro; la nariz, de aletas finas nerviosas y movibles, se ensanchaba como queriendo aspirar toda aquella barranca escueta, de aquellos cerrillos pelados, de aquel riachuelo, de aquel poblacho que quizás veía ya famosos y renombrados en su propia historia y en la historia nacional<sup>1</sup>

Con el triunfo quedaron en poder del general Díaz cientos de prisioneros, armas, municiones y heridos, entre los que se encontraban oficiales de infantería enemiga convirtiéndose Puebla en la “segunda ciudad de la República” en aquella época; era un punto de importancia estratégica decisiva, puesto que se halla precisamente en el camino que los invasores tenían que recorrer para llegar desde sus posiciones en Córdoba hasta la capital del país. Era de vital importancia su *defensa* para cortarles el paso a los franceses.

El triunfo dio ánimo al general Díaz y a su Ejército de Oriente que en su interés por expulsar a los invasores, se propuso continuar su lucha y marchar a Oaxaca, para sostener un rudo combate contra los austriacos que se encontraban en aquella ciudad. Después de un leve descanso, Díaz organizó los cuerpos de su división y llegó a esa ciudad el 15 de octubre de aquel año de 1866. Fecha importante porque habría de desarrollarse una de las batallas más brillantes y decisivas en la lucha contra la invasión francesa, *La Carbonera*:

---

<sup>1</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Episodios nacionales mexicanos*, t. VI, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 223-224.

*La Carbonera* es una alta planicie que tiene en su cima dos collados idénticos entre sí que parecen los dos senos de una gigante. Se eleva primero el camino ancho y recto, interrumpido bruscamente, casi al llegar a la cumbre, por una serie de matojos verdes que tapan la cinta blanca abierta por los pies de los caminantes. La colina de la izquierda termina bruscamente en un barranco tajado a pico, que presta escaso refugio; la de la derecha desciende menos bruscamente para rematar en peñascales, nopaleras y barranquillas; el centro de la meseta está ocupado por una faja negruzca que parece el ceño que da expresión a una cara fosca: es una ceja de monte amparadora de unas cuantas chocitas que suelen confundir el humo azulado de sus hogares con el verde intenso de la apretadísima arboleda con el pálido y difuso del imperturbable cielo de cobalto.<sup>2</sup>

Encerrados en aquel lugar los soldados austriacos, Porfirio Díaz diseñó una estrategia que a la postre resultó tan brillante como se anunciaba: ordenó el ascenso a la meseta, y al llegar al lugar, mientras se disponía a reconocer el campo de batalla fue sorprendido por el enemigo que también contaba con un gran número de soldados armados y de artillería:

Tan ruda fue la acometida, que Díaz necesitó para rechazarla mover la mitad de la columna derecha; pero ni aun así pudo valerse la gente republicana: los contrarios hicieron un terrible empuje, y ayudados por su caballería, que era de la famosa húngara, estrecharon a los oaxaqueños, que no tuvieron a retaguardia más que el barranco y la ceja de monte. En trance tan apurado movió Porfirio su reserva, movió su caballería, dijo algo a los republicanos, que con nuevos bríos, con nuevo ardor, se precipitaron contra los otros, repasaron su línea de combate, hicieron que repasaran la suya los contrarios y llegaron hasta la colina en que estaban su artillería y su reserva.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 253-254.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 277.

Aquel ataque puso a prueba la habilidad, los conocimientos y, sobre todo, la inteligencia de Díaz para repeler la embestida, logrando recuperar el terreno perdido y asestar un duro golpe al enemigo que resultó decisivo. Leonardo Márquez jefe del Estado Mayor imperialista, al conocer la noticia de que Porfirio Díaz estaba atacando su tropa, permaneció nervioso y nunca dejó de apoyarlas durante la batalla, hasta que finalmente, después de varias horas de una lucha cuerpo a cuerpo, los imperialistas eran derrotados completamente en *La Carbonera*:

Los imperialistas se retiraban a toda prisa ante Porfirio, que los seguía soberbio, deslumbrante, empujando la espada, que parecía en su mano un haz de rayos homicidas, levantando con su corcel un torbellino de polvo que parecía una aureola de fuego. Pero la retirada se convertía en fuga, en escapatoria vergonzosa al ver a los imperialistas cuando tiraban las armas y las cartucheras, cogían los caballos sueltos y trepaban vertiginosamente la pendiente de uno y otro extremo echándose por las barrancas, ocultándose en la selva, destruyendo los sembrados y deshaciendo las chozas. Los artilleros quitaban los atalajes de las mulas, subían en pelo y se alejaban a toda prisa; los infantes se quitaban los uniformes y tiraban los chalecos al aire; los de caballería, que durante buen tiempo habían tratado de hacer frente a los republicanos, se contagiaban del pánico y salían escapados más de prisa que los otros.<sup>4</sup>

Así terminaba la batalla y Porfirio Díaz no sólo lograba la victoria, sino también daba una lección de valentía al ejército invasor, que tuvo que aceptar que estaba derrotado y que era imposible marchar a México donde otra división extranjera fuera en su apoyo a Oaxaca. Con el descalabro, el Imperio sintió su orgullo herido: “este triunfo fue tan

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 259.

brillante y decisivo que desde entonces se designa al General Díaz con el nombre de Héroe de *La Carbonera*".<sup>5</sup>

Después de aquel espectacular triunfo, el general Díaz y su ejército se sintieron en aptitud de emprender acciones de mayor envergadura, y para llevarlas a cabo recibió ayuda de diferentes grupos de soldados que se sumaban a la lucha contra la invasión extranjera.

Díaz, aprovechando las circunstancias, decide establecer el sitio de Oaxaca y ordena cerrar la ciudad entera. Las fuerzas francesas, al mando del general Oronoz, conociendo la audacia de Díaz, deciden replegarse sin combatir a los fuertes de Santo Domingo y el Carmen, lo que estratégicamente favorecía los planes de los republicanos.

Una vez encerrados en aquel lugar se inicia la fortificación, mientras unos se defendían con tenacidad, la gente del "héroe de *La Carbonera*" estrechaba aquellas dos fortalezas de los imperialistas que quedaban completamente aislados para el asalto. Afinados los detalles para la acometida final, repentinamente el 31 de octubre de 1866 los invasores se rindieron. Díaz salvaguardó la vida de todos sus soldados e impidió que se derramara sangre, suspendió el ataque y entabló las pláticas para la rendición de la plaza. Se nombraron los comisionados de ambas partes para que arreglaran las condiciones de la capitulación; entre otras cosas se acordó respetar la vida de los vencidos, la entrega de todo el equipo de combate y se redactaba una lista con los nombres de los generales, jefes, oficiales y tropas que capitulaban:

"Y todos los reos de infidencia que temblaban de terror al ver avanzar triunfante al héroe republicano, vieron con asombro que la clemencia del vencedor salvaba sus vidas, cuando una ley inflexible y justa los condenaba a muerte".<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> José F. Godoy. *Porfirio Díaz, presidente de México. El fundador de la gran república*. México, Editorial Moderna, 1956, p. 30.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 41.

Así la ciudad de Oaxaca quedaba recuperada para la República por el mismo jefe que casi dos años antes había tenido que sucumbir ante la superioridad del invasor.

Con la derrota de *La Carbonera* y la rendición de Oaxaca, surgieron rumores de que el Ejército francés abandonaría las plazas y ciudades del territorio nacional y las entregaría a las autoridades imperiales. También se insistía que Francia abandonaba al emperador, que se había empeñado en aquella absurda empresa, y por lo tanto, no tenía el interés por continuar la lucha.

Mientras tanto, en Europa eran cada vez más las manifestaciones que condenaban la expedición a México y la calificaban como un desastre, y se confirmaba que el Ejército que arribó a Veracruz en 1862 al mando del general Juan Pedro Latrille, conde de Lorencez, se preparaba para regresar a Francia por orden de Napoleón III después de pelear cuatro años contra el Ejército liberal. Finalmente aquel ejército se retiraría abandonando a su suerte a Maximiliano de Habsburgo, archiduque de Austria.

Con el avance de la insurrección, Maximiliano vio amenazado el Imperio y pensó en abdicar, giró instrucciones al mariscal Bazaine, para poner fin a la situación de violencia en que se encontraba México pues pretendía abandonar el país.

Los conservadores, influenciados por el clero, al enterarse de la noticia, impidieron que el monarca llevara a cabo tal decisión, pues ello implicaba quedarse sin bandera y entregar el poder del Ejército francés. Para ello se organizaron rápidamente y le expusieron las ventajas y bondades de su porvenir en México, logrando convencerlo. Maximiliano decidió finalmente permanecer en el país y anuncia que no abdicará.

Con esta noticia el príncipe austriaco no partiría para Europa, continuando en su ambición.

Lo anterior dejaba a Maximiliano “sin el apoyo de las tropas francesas ni dinero que Napoleón III le había prometido”.<sup>7</sup> Acción que lo afectó moral y anímicamente, pues buscaba desesperadamente ayuda de Francia sin lograrla, lo que contradecía la política del gobernante galo de impedir la expansión de los Estados Unidos hacia México. El partido conservador, el responsable de que viniera a México y de crearle un efímero trono, le seguía brindando su apoyo.

Cabe señalar que durante el tiempo que estuvieron las fuerzas imperialista en México, los conservadores soportaron todo tipo de injurias por parte de los soldados y mandos franceses, y al quedar Maximiliano sin ese favor las olvidaron, y le brindaron su ayuda para retomar la lucha, sabiendo de antemano que el “príncipe austriaco” agradecería la protección a su persona.

Por lo que respecta a la personalidad de Maximiliano considero relevante citar lo que de él señaló Luis González:

Maximiliano hombre guapo, tez blanca, ojos azules y lánguidos, barba partida y rubia, casado con la despampanante princesa belga Carlota Amalia, era de carácter romántico, gustaba de los paisajes bucólicos, creía firmemente en la bondad del buen salvaje y en la ideología liberal. Confiaba más en la virtud de las buenas leyes que en la virtud de los buenos caudillos. Era también paternal, pueril, caprichoso, irresoluto, frívolo e inclinado a refugiarse en pequeñeces. El porte correcto de los trajes y de las libreas le ocupaba fácilmente semanas enteras. Tan decorativo y joven como él era su esposa.<sup>8</sup>

---

<sup>7</sup> José Luia Blasio. *El Emperador Maximiliano y su corte. Memorias de un secretario*. Prólogo Patricia Galeana. México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1996, p. 136.

<sup>8</sup> Luis González. *La era Juárez*. México, Secretaría de Industria y Comercio. Colección SepSetentas, 1972, p. 38.

El ejército francés al mando del mariscal Bazaine seguía reuniéndose para partir a Francia y convirtiéndose únicamente en espectadores de la manipulación de su anterior monarca, sin inmiscuirse en sus decisiones.

Maximiliano, como ya dijimos, contó con el apoyo del partido conservador y de los generales Leonardo Márquez, nombrado jefe de Estado Mayor y lugarteniente del Imperio, Miguel Miramón, designado jefe de la infantería en Querétaro, y Tomás Mejía, jefe de caballería.

Los tres personajes deseando servir al bando de los conservadores y embelesados por “el príncipe austriaco” se pusieron a sus órdenes, para defender una causa que consideraban era “justa”, sin imaginar las consecuencias que les traería. Asimismo, se olvidaron del sentir de la mayoría de los mexicanos que deseaban un régimen republicano, al contrario, ellos lo alentaron a continuar la guerra, lo ayudaron a reorganizar el ejército conservador, compuesto por las antiguas divisiones aliadas de los franceses y los cuerpos extranjeros formados por austriacos, húngaros y belgas que habían venido a pelear a México. Apoyo que resultó determinante en las pretensiones de Maximiliano, destacando Márquez, a quien Victoriano Salado describía así:

El General Leonardo Márquez es bajito, delgado, nervioso, de voz gruesa e imperativa. Lleva toda la barba negra y espesa, y a pesar de ella se le nota una cicatriz que le cubre toda la mejilla derecha. Viste uniforme de campaña, y en la mirada, en la actitud, en el gesto en todo, se reconoce al hombre colérico, cruel y vengativo y al soldado hecho a los azares de la guerra y los riesgos de la ordenanza<sup>9</sup>

Márquez tomó el mando de las fuerzas imperiales y ordenó a Miramón marchar al norte para enfrentarse al general Mariano Escobedo, mientras él ocupaba la capital del

---

<sup>9</sup> Victoriano Salado Álvarez, *op. cit.*, t. VI, p. 577.

país y la protegía de Porfirio Díaz que regresaba de su natal Oaxaca, donde había asestado duros golpes a los imperialistas y alistaba sus fuerzas para lo que consideraba los últimos ataques de aquel año contra el ejército republicano.

Así terminaba 1866, con un ejército francés resignado, en espera de abandonar el país, desgastado por la guerra de guerrillas que le impusieron los mexicanos e impidieron su ventaja. Estrategia que constituye una de las causas por la cual los intervencionistas no pudieron derrotarlos a pesar de algunos éxitos que tuvieron en su campaña. El avance de los republicanos que seguían ocupando ciudades importantes en el norte y sur del país y, sobre todo, la salvaguardia del gobierno del presidente Benito Juárez y sus ministros, que habían permanecido en Paso del Norte y que en ese momento regresaban a Monterrey.

El año que iniciaba sería determinante en las aspiraciones de los liberales y la derrota de los conservadores. Algunos estudiosos consideran que desde febrero de 1867 la intervención francesa había terminado en México, cuando el mariscal Bazaine y sus tropas salieron de su cuartel general y marcharon a Veracruz para embarcarse a Francia, dejando miles de muertos durante los cuatro años que permanecieron en México. Al mismo tiempo, estos acontecimientos coincidían con la marcha del general Porfirio Díaz de Oaxaca a Puebla. En el trayecto el general recibió importantes apoyos de un gran número de soldados que llegaban de Veracruz, Tlaxcala y Puebla y que se sumaban a la misma causa.

Mientras, el jefe de la infantería imperialista en Querétaro, Miguel Miramón, pensando que en aquellos momentos todo dependía de la actividad, del arrojo y la audacia, marchó con un gran número de soldados del norte y obtuvo un efímero triunfo en Zacatecas. Juárez, que se encontraba en el mismo lugar, estuvo a punto de ser sorprendido por el general imperialista quien tomó la plaza, pero fue derrotado por

el Ejército del Norte al mando de Mariano Escobedo, que logró derrotarlo en la hacienda de San Jacinto.

En la batalla, el jefe imperialista dejó en poder de los vencedores armas, municiones y cientos de prisioneros extranjeros, y marchó a Guanajuato para reunirse con las fuerzas del general Tomás Mejía que se dirigían a Querétaro, donde lo esperaban Maximiliano y Márquez.

Ignacio Manuel Altamirano reseña aquellos hechos así:

Todas estas tropas ascendían a cosa de nueve mil hombres con numerosa artillería, teniendo al frente a los generales más acreditados del antiguo ejército reaccionario y previstos de abundantes materiales y municiones...Maximiliano decidió defender a toda costa la plaza de Querétaro, y a ese fin se levantaron en ella las fortificaciones necesarias y se las proveyó de abundantes recursos.<sup>10</sup>

En tanto, el Ejército del Norte, enterado de las acciones de los enemigos, seguía avanzando a Querétaro, y el Ejército de Occidente, al mando del general Ramón Corona, recibía órdenes del presidente Juárez de dirigirse a esa ciudad, donde se encontraban los imperialistas. El general Díaz y su Ejército del Sur regresaban de Oaxaca a Puebla, donde habían asestado duros golpes a los franceses y sitiaban esa ciudad, ocupando los principales puntos fortificados como plazuelas y calles principales. Díaz y sus hombres “comprendían que no era empresa fácil tomar una ciudad bien artillada y defendida con un número igual de tropas al que se encontraba adentro”.

Así continuó el sitio:

---

<sup>10</sup> Ignacio Manuel Altamirano. *Historia y política de México*. México, Empresas editoriales, S. A., 1958, p. 135-136.

Pensar en reducirla por hambre parecía locura, pues el Imperio se hallaba en aptitud de producir muchos disgustos a los republicanos; pensar en tomar islotes de manzanas, como habían hecho los franceses, era pensar en lo excusado, pues tiempo sobraba para que así recibieran mismo que comprometer el éxito de todas las operaciones, perder lo ganado los de adentro el auxilio que habían menester; pensar, por fin, en un asalto, era exponerse a un segundo fracaso, el asalto equivalía a pérdida segura, fuera quien fuera el que lo intentase.<sup>11</sup>

El general Díaz sabía que el fracaso de aquella acción podía ser de consecuencias desastrosas. Después de meditarlo decidió lanzar un ataque a uno de los principales puestos de los enemigos, pero éstos respondieron con igual fuerza. Dio instrucciones de continuar la lucha, observaba los acontecimientos, dirigía las maniobras y presenciaba cómo sus hombres tomaban algunas plazas. Los enemigos, al verse en desventaja, recurrían a todo tipo de acciones y trataban de escapar de las tropas de los sitiadores.

Los días pasaban y ninguno de los dos bandos cedía el control de la plaza. En algún momento los soldados del ejército republicano dieron muestra de flaqueza y pensaron que lo mejor sería levantar el sitio, porque se tenían noticias de que Márquez salía de México para dirigirse a Puebla y llevaba un mayor en número de soldados y de armas, lo que ponía en peligro sus vidas.

Al enterarse el general Díaz de lo anterior, exigió a sus hombres un esfuerzo más en nombre de la patria. Les habló de la próxima llegada de Márquez y la importancia que tenía enfrentarlo:

No podemos dejar a Puebla en poder de los traidores, que aprovecharían el tiempo en fortificarse y quizá en introducir víveres y tropas, amén de que

---

10. Victoriano Salado Álvarez, *op. cit.*, t. VI. p. 269-270.

procurarían una salida. Hay que emprender un asalto, hay que procurar apoderarse de la plaza, y como el negocio no es llano, porque Puebla está bien artillada y defendida, sólo me atrevo a pensar en esto contando con la buena voluntad y con el valor de todos ustedes. No hay para qué decir que hay muchos riesgos que correr y que habrá muchos que pierdan la vida: hablo con saldados y con soldados patriotas y la consideración está de más; pero por eso mismo estoy seguro de que contaré con todos y cada uno de ustedes.<sup>12</sup>

Efectivamente, aquellas palabras del héroe de *La Carbonera* influyeron en el ánimo del Ejército del Sur, ya que todos aceptaron lo que les pedía, sin ninguna objeción como lo afirmó nuestro autor. Díaz les explicó la estrategia a seguir, nombró a cada uno de los jefes, les asignó la labor a desempeñar, les explicó la manera de emprender el ataque y la hora de empezar la contienda.

Si algo se le reconocía a Díaz aparte del valor y arrojo, era su inteligencia y su pericia en el combate, de ahí que diseñó un plan en el que todos y cada uno de los puntos de los enemigos serían atacados. Narra Victoriano Salado, en sus *Episodios nacionales mexicanos*, que a finales de marzo de 1867, Puebla era una ciudad segura y tranquila a pesar de los acontecimientos que se estaban desarrollando en esa población, “no se escuchaba un tiro ni un grito de alerta, ni un ¡quién vive! que interrumpiera la calma de aquellas noches”.

Dos días más habría de durar esa tranquilidad; la madrugada del 2 de abril se escribiría una página más de la gloria del general Porfirio Díaz y su Ejército del Sur, cuando al amanecer de ese día empezaron los ataques contra la trinchera enemiga. El fuego de los cañones alumbraba toda la ciudad; los franceses trataban de esconderse, pero eran detenidos. Horas después, los puestos principales se rendían, el jefe revisaba

---

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 278-279.

sus líneas de soldados y hacía un recuento de aquella lucha y recibía aplausos y aclamaciones:

¡Que entusiasmo, qué animación en todas las líneas! Se aclamaba al jefe, se le prodigaban los más dulces epítetos, se les llamaba con las voces más cariñosas y se daba gracias a Dios por su participación. No había ojos que se hallaran secos, ni manos que no se agitaran, ni pechos que no estuvieran roncós por las aclamaciones y los vivas...Este Porfirio, advertía uno de su Estado Mayor, es el hijo de la dicha. Que siga muchos años!<sup>13</sup>

Después de aquella victoria, el general Díaz quedó dueño de la plaza, Márquez no llegó a prestar ayuda a los sitiados y regresó a la ciudad de México para dirigirse posteriormente a Querétaro, donde permanecía Maximiliano en su frenesí en compañía de Márquez, Miramón y Mejía, ignorando que entre ellos existía rivalidad, odio y ambición por el poder, pero lo disimulaban y daban muestra de verdadera cordialidad.

Maximiliano diseñó la estrategia a seguir, a la cual se adhirieron algunos militares, personajes distinguidos, curas y canónigos, jinetes y gran muchedumbre de pueblo que le admiraba y le reconocía.

Miramón lo enaltecía y lo incitaba a continuar en aquel lugar haciéndole creer que los contrarios eran tropas mal organizadas, por lo que los aniquilarían rápidamente. Por su parte, Márquez sugería encerrarse en la plaza y sostener un sitio en regla. Maximiliano, simpatizante de todo tipo de adulación, parecía ignorar todas las sugerencias y le parecía “admirable idea la de fundar en esta ciudad un sitio tan abrigado, en las últimas estribaciones de la Sierra Madre, en un paralelogramo tan regular y tan hermoso!”..., y “daba gracias de encontrarse lejos de México, lejos de los franceses, lejos de las mortificaciones y de tantas cosas tan fastidiosas como en los

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 275-276.

últimos y aciagos tiempos”. Interesado en conocer la geografía del lugar preguntaba por la colina y cerros cercanos a Querétaro: la Cañada, el Cimaterio, San Gregorio y el Cerro de las Campanas, sin pensar que en aquellos terrenos habrían de desarrollarse importantes acontecimientos.

Mientras Miramón le prometía reconquistar el país, Márquez le fomentaba la ilusión de que no era verdad lo que le decían de las fuerzas juaristas, a las que consideraba “partidas de malhechores que trabajan por su cuenta, que arruinan a las poblaciones sin reconocer jefatura alguna y a quienes muy poco importa don Benito Juárez”. Con esas ideas, Maximiliano creía que su estrategia era la correcta al permanecer en aquel sitio, pensando que no era verdad que los ejércitos del Norte y de Occidente se estaban acercando a Querétaro, y que Juárez desconocía el verdadero acontecer de los hechos.

Aparte de las dudas y desconfianza de Maximiliano, empezaron a surgir chismes entre Miramón y Márquez, cuando éste le dice que “debe examinar los antecedentes de las personas antes de otorgarles su favor confiriéndoles mandos o haciéndoles solidarios de una situación más o menos comprometida”. Esto lo decía en alusión a Miramón, al que le reconocía dotes militares, talento organizador, habilidad y conocimiento, pero tenía un defecto grave, era ambicioso. Y le recordaba que “fue partidario del plan de Ayutla; se adhirió a Zuloaga, riñó con él y se declaró Presidente cuando el sitio de Veracruz, hizo embarcar por Alvarado y envió a Europa, una buena cantidad de dinero, cosa de doscientos mil pesos, que se destinaban al pago de préstamos de los soldados. Es el origen de su fortuna”.<sup>14</sup>

Aquella intriga inquietó a Maximiliano y por algún momento pensó que lo mismo podría sucederle a él. Márquez le confirmó su obediencia y lealtad y le dice que lo

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 384.

primero es salvar el Imperio, al mismo tiempo, aprovechaba para quejarse de que el general Miramón había dispuesto de sus tropas.

Esas discusiones eran el resultado de la desesperación en que se encontraban los franceses. Seguían creyendo en su superioridad numérica y militar y pensaban que no era necesario apresurarse a combatir a los republicanos, que ningún enemigo podría resistirlos. Maximiliano estaba seducido por aquel lugar y expresaba que la ciudad de Querétaro era de belleza incomparable en la que viviría a gusto, sin nada que pedir. En ese momento Miramón le advirtió que no tomara a mal una pregunta que quería hacerle: “¿qué hemos venido a hacer a Querétaro?”, “puerto cerrado, plaza indefendible, lugar negado a todo lo que no sea rezar un buen rosario”. Y le reprochaba no haberlo escuchado cuando decidió permanecer ahí, pues de lo contrario las cosas marcharían de otra manera.

Luego vio la oportunidad y aprovechó para recordarle el asunto de Márquez: “Siendo yo Presidente de la República, tuve que arrestarle porque puse en claro su complicidad”.<sup>15</sup>

Le preguntó nuevamente al emperador por qué su empeño de permanecer en Querétaro, cuando podrían marchar a Lagos, Jalisco, y establecer allá la capital interina del Imperio. Insistía en que debían salir de esa “ratonera”, romper el sitio antes de que llegaran todos los contingentes liberales y hacer una salida, asumiendo las consecuencias y marchando a otro lugar, cualquier otro sitio que no fuera una madriguera, como pensaba que lo era Querétaro.

Tratando de influir en el plan de Maximiliano le propone salir por los cerros de San Pablo y San Gregorio, y marchar a occidente, en donde podrían reorganizar la tropa y surtirse de provisiones, porque durante el tiempo que habían permanecido en aquel sitio, el abastecimiento de alimentos ya empezaban a escasear. Márquez, enemigo

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 405.

acérrimo de Miramón, se opuso a tal medida, porque consideraba que era la oportunidad de Miramón para escaparse y dejarlos solos, considerando que las fuerzas de los republicanos avanzaban al lugar del sitio.

Sin mostrar mayor preocupación por los acontecimientos que estaban sucediendo ni por la polémica entre sus dos colaboradores, Maximiliano parecía estar al margen de los sucesos. Mientras Márquez y Miramón trataban de poner a prueba quién era más osado en el ataque al enemigo, ambos reconocían que ya no era fácil obtener triunfos por la audacia y el valor, y aceptaban que la situación en aquel lugar se volvía cada día más insostenible, por la falta de soldados y dinero, además de que no contaban con apoyo del extranjero, por lo que resultaba urgente buscar una salida del lugar, previendo las posibilidades de un triunfo por parte del enemigo.

Sin embargo, “esperaban la salvación de un milagro de la suerte”, pero ésta no llegó. La situación se complicaba cada día más, la población sufría las consecuencias de la guerra: carestías, enfermedades, desilusión, muertos y sobre todo el hambre, que estaba causando estragos. Para resolver este problema, los sitiados mataban caballos y mulas para alimentar aquel ejército de tres mil hombres. La falta de noticias y el estrangulamiento del sitio con las fortificaciones del contrario imposibilitaban cualquier intento de salir de aquel lugar.

El general Díaz creía que el mejor auxilio que se podía prestar al general Escobedo era mantener a Márquez encerrado en la capital, para que no pudiera intentar llevar algún socorro a Maximiliano. El mismo general Escobedo se dirigió al caudillo de Oriente describiéndole la situación tan difícil en que se encontraban y que podía obligarlo hasta levantar el sitio.

Desesperado el emperador por la situación, las conjuras y las intrigas, las faltas y deslealtades hacia su persona se multiplicaban entre sus mismos colaboradores; se hablaba de entregar la plaza a los enemigos y, aún más, de aprehenderlo. Al enterarse

Maximiliano de la situación, aceptó: “estamos perdidos sin remedio y sólo queda marchar al sacrificio; estoy resignado”.<sup>16</sup>

En mayo de ese año la situación agudizó el estado emocional de Maximiliano, quien en algún momento pensó que por su investidura el enemigo podía otorgarle algunas facilidades o garantías que se tradujeran en beneficios, como por ejemplo salir de Querétaro y embarcarse a Europa en algún puerto del Golfo en unión de todo su séquito. Aunque su deseo era casi imposible de conseguir, dejaba volar su imaginación haciendo proyectos para el porvenir “se imaginaba que el gobierno liberal iba a dejarlo salir a Europa”<sup>17</sup> a través de Veracruz con esa esperanza esperó los acontecimientos. Lo anterior demuestra una vez más al monarca europeo perdido en su ideales, pues nunca pensó que el gobierno de Juárez sería inclemente con él.

Inconsciente de la realidad que estaba viviendo y preocupado porque el sitio se estaba prolongando más de lo pensado. No obstante, temían ya que el cuartel imperialista trataba de encontrar una salida por el cerro de la Cruz, sabían que sus soldados y animales no responderían en caso de huída por el estado de inanición en que se encontraban.

Los republicanos, aprovechando la situación, avanzaban, mientras Maximiliano era persuadido por sus colaboradores a abandonar el lugar y trasladarse al Cerro de las Campanas. Instalados en aquel refugio, el monarca estaba feliz y anímicamente parecía feliz, se mostraba optimista y tenía esperanzas de que sus tropas lo ayudarían. Sin embargo, analizando la situación, sabía que esa posibilidad no existía, porque las fuerzas republicanas al mando del general Ramón Corona seguían sumando soldados en sus filas.

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 450.

<sup>17</sup> José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 254.

Maximiliano decidió rendirse diciendo a Corona: “los jefes que me acompañan no tienen más responsabilidad que la que les impone el haber seguido mi suerte; deseo que no reciban daño alguno; si se necesita una víctima, aquí estoy yo; espero que mi sangre sea la última que se derrame en bien de este país.”<sup>18</sup>

Al narrar aquella escena, Salado Álvarez señala que el general Corona, al intentar desarmar al príncipe, “le conmueve la grandeza de su infortunio y la manera heroica con que, en su parecer, cumplió su espinosa tarea”, y le dijo que mientras estuviera bajo su salvaguardia, disfrutaría de plenas garantías, recordándole que era prisionero de la República; mientras, el monarca le respondió que había abdicado.

Al conocerse la noticia de que Querétaro había sucumbido y que Maximiliano había quedado prisionero con todo su ejército, las fuerzas extranjeras en nuestro país se desmoralizaron y no opusieron resistencia a los republicanos. Algunos, como los austriacos, decidieron mantenerse neutrales y rendirse, sin más garantías que la de la vida. Otros abandonaban la tropa y huían; otros más, ofrecían capitular por su cuenta. Los que se quedaban coincidían en que el encierro en Querétaro no tenía remedio, que la situación era de lo más desesperada y terrible y se complicaba cuando el monarca le rogaba a Escobedo que le permitiera huir y le pedía una escolta que lo acompañara “hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa, con la protesta de no volver a México”.

Y aunque don Victoriano Salado presenta la escena con los personajes principales, en la que el archiduque ofrecía su palabra de honor de no regresar al país, obviamente la petición fue negada por el *Supremo Gobierno*. Escobedo, fiel a las leyes, no sólo le reafirma que “no permitiré que se le ultraje”, sino que sería tratado con las consideraciones debidas a un prisionero de guerra.

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 488.

En aquellos momentos de suspenso y tensión, Escobedo encargaba a Mariano Riva Palacio que llevara al prisionero al convento de la Cruz, junto con los jefes prisioneros más importantes de aquel Ejército imperialista. Durante el traslado a aquel lugar, Victoriano Salado Álvarez retrató a Maximiliano recibiendo muestras de admiración, quien repetía:

Ya lo véis, mi buen pueblo de mi leal ciudad de Querétaro, me sigue y aclama como en los mejores días de mi grandeza... ¡Bendito sea este pueblo generoso que así busca al triste y al infeliz!...No lo olvidaré, podéis contar con que he de cumplir mi promesa de regalar a la iglesia de la Cruz, la soberbia custodia de oro y brillantes que le ofrecí en un momento de apuro...¡Ya veréis qué joya, ya veréis!<sup>19</sup>

Los soldados que participaban en el acontecimiento manifestaban su compasión por el emperador, otros lo criticaban. Una vez en el convento, Maximiliano parecía recapacitar sobre los hechos; se le notaba afligido, preocupado por su desgracia y por su futuro de reo de muerte.

El presidente Juárez que se encontraba residiendo en San Luis Potosí, ordenaba que se formase proceso especial a Maximiliano, Miramón y Mejía.

Maximiliano invocó por todos los medios la invalidez del tribunal que lo habría de juzgar, e insistía que al momento de su captura ya no era emperador; además, se negaba a “comparecer ante un tribunal de sus enemigos” e insistía en que si lo indultaban se comprometía a no volver a pisar más el territorio mexicano y daba seguridades de que no tenía pretensiones al trono de este país.

---

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 536.

Sus admiradores lo defendían, decían que “el Emperador fue engañado por los hombres del partido conservador que le aseguraron que la nación le llamaba”, y los ingleses le dijeron que él era elegido del pueblo y de los oprimidos.

No creo en la inocencia de Maximiliano de venir a México, en primer lugar, porque él que dependía de una de las casas reinantes europeas más antiguas de Europa, los Habsburgo no podía ser tan ingenuo de aceptar el trono que le ofrecieron los conservadores, aún así, debió explorar cuál era el sentir del pueblo mexicano. En segundo lugar, siendo Carlota una mujer astuta e inteligente, seguramente debió aconsejarlo de los problemas que enfrentarían, pero fue mayor su ambición de poder y riqueza, lo que lo hizo aceptar tal propuesta y que pagó con su vida.

En San Luis Potosí el presidente Juárez, con el aspecto sereno y tranquilo que lo caracterizó durante toda su vida, no daba importancia a las demandas de clemencia, reuniéndose con sus ministros para enterarse de lo que estaba sucediendo en Querétaro. Por su parte, José María Iglesias, ministro de Justicia, era el encargado de recibir las visitas de amigos y allegados del emperador que solicitaban clemencia para el reo, pero respondía que “el gobierno ya había dispuesto que se le sujetara a juicio”.

No sorprende la postura adoptada por el presidente Juárez y por el ministro Iglesias, porque ambos eran conocedores del derecho, reconocían que la norma se debía respetar; el presidente Juárez repetía que “la ley es terminante y no deja lugar a interpretaciones”. Aquí se confirma lo expuesto en páginas anteriores, el presidente Juárez estaba decidido a terminar con las ambiciones intervencionistas

Maximiliano en su celda, no dejaba de manifestar su tristeza, se sentía enfermo, atribulado por la noticia de la supuesta muerte de su esposa, la emperatriz Carlota, no se resignaba a aquella situación. No obstante los liberales señalaban que el juicio debía seguir su curso para acabar con el Imperio. Observadores europeos consideraban

que gente de la estirpe de Maximiliano ni se les castigaba, ni se les maltrataba y, muchos menos, se atentaba contra su vida.

Maximiliano, presintiendo lo que le esperaba, se mostraba desalentado y comentaba a sus allegados: “siento horror a la muerte; pero también siento horror a la vida. Hay en el mundo tantos desengaños, tantos dolores, tantas penas...” Con estas palabras, el emperador sabía que estaba condenado y no aceptaba los infundios de sus enemigos. Finalmente, el 13 de junio de 1867, el Consejo dictó sentencia contra Maximiliano, Miramón y Mejía; en ella se concluía que fueran pasados por las armas:

La condenación de Maximiliano y los suyos no es obra de mala voluntad, ni de venganza, ni de deseos de sacar adelante las instituciones liberales sobre las imperialistas; es un asunto decidido consciente, clara, maduramente, desde hace mucho tiempo, y al matar al Emperador, Juárez no hace más que cumplir con la voluntad nacional.<sup>20</sup>

Riva Palacio, que fungía como defensor de los condenados, rogó al presidente Juárez para que perdonara la vida de Maximiliano; le expuso las consecuencias del descrédito y la deshonra del gobierno mexicano en el extranjero, de llevar a cabo tal medida sobrevendría, el odio de todos los pueblos hacia México. Señalaba que “la muerte entraña un grave germen de males, porque para la discordia civil es un punto de partida que comienza con sangre, sin que se sepa su término”.

Aquellas palabras no lograron la respuesta esperada por Riva Palacio, al contrario, Juárez le dio una muestra de patriotismo cuando le dijo:

El Gobierno ha tenido pena inexplicable al tomar esta resolución en que cree pueda cifrar el país un porvenir de quietud: la justicia y la convivencia pública así lo han exigido: si el Gobierno comete un error, no será hijo de la

---

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 675.

pasión sino de una conciencia tranquila; ella nos dicta esta penosa denegación.<sup>21</sup>

Y agregaba: “la ley y la sentencia son al momento inaccesibles porque así lo exige la salud pública”, la ley dada por la República era terminante y no quedaba más que obedecer los dictados de las leyes, por lo que Maximiliano y sus dos colaboradores fueron fusilados en el Cerro de las Campanas el 19 de junio de 1867, en el mismo lugar en que un mes antes se había rendido el emperador y entregado su espada al general Corona.

Sus admiradores, después de haber presenciado aquella escena, expresaron: “Ha muerto el mejor amo del mundo, murió como un mártir, como un santo, como un caballero”; otros opinaban que fue un iluso, un filibustero, un usurpador.

El partido conservador mostró pesar y remordimiento por la suerte de Maximiliano porque, efectivamente, los conservadores fueron la causa del fin trágico de aquel príncipe; pero hubo otros factores que ayudaron en el desenlace, como el retiro del soporte militar y económico de Napoleón III, la falta de apoyo diplomático de los monarcas europeos y del Papa Pío IX, entre otros.

Con la muerte de Maximiliano poco a poco fueron desapareciendo los vestigios de aquel imperio fugaz. Algunos jefes se ocultaron, otros se rindieron, se restablecieron las garantías, la vida social volvió a tomar su curso. El presidente Juárez y sus ministros hicieron su entrada triunfal a la ciudad de México el día 15 de julio de 1867; así terminaba aquella sangrienta lucha que sostuvo el partido conservador contra el liberal.

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 698.

## 1.2 LA REPUBLICA RESTAURADA

Con la entrada del presidente Juárez a la capital del país, se restableció la República liberal, y con ello se inició una nueva etapa en la historia de México. Sin duda alguna, los liberales habían conquistado el derecho de gobernar el país, y el de redactar su historia, con ello, el liberalismo iniciaba su etapa de monopolio del poder.

El mismo día, también se anunciaba, en un manifiesto que rescató el historiador Daniel Cosío Villegas, lo siguiente: “no ha querido ni ha habido antes del gobierno, y menos debiera en la hora del triunfo completo de la República, dejarse de inspirar por ningún sentimiento de pasión contra los que han combatido. Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y consolidar los beneficios de la paz”.<sup>22</sup>

Una de las primeras medidas del nuevo gobierno fue restablecer el orden constitucional tan pronto como fuera posible, convocar al pueblo a elecciones generales y nombrar a su gabinete, que gobernaría provisionalmente el país, el cual quedó integrado por Sebastián Lerdo de Tejada en la Secretaría de Relaciones Exteriores; en Gobernación, José María Iglesias; en Hacienda, Antonio Martínez de Castro; en Justicia e Instrucción Pública, Blas Valcárcel, e Ignacio Mejía, en Guerra. La prioridad del gobierno del presidente Juárez y sus colaboradores era solucionar los problemas más urgentes que se habían suscitado durante la guerra, entre ellos, los económicos, políticos y sociales, principalmente.

Pero sin lugar a dudas, el que requirió mayor atención en ese momento fue el ejército, que según algunos autores, como el historiador Cosío Villegas, sumaban un total de 60 mil hombres y que debía reducirse a un máximo de 16 mil:

---

<sup>22</sup> Daniel Cosío Villegas. *Historia moderna de México. La República restaurada. La vida política*, México, Edit. Hermes, 1999, p. 95.

El Ejecutivo procedió enseguida a la reducción paulatina de aquel enorme ejército de 60,000 hombres que había servido a la causa republicana, pues en tiempos de paz se convertía en “La vorágine que ha devorado los recursos más pingües de la nación” y pasaba como gravamen insoportable sobre el erario nacional. Ocho días después de haber vuelto el gobierno a la Capital, el ministerio de Guerra redujo los cuerpos de ejército llamados del Centro, Oriente, Norte y Occidente a cuatro divisiones principalmente de 4,000 hombres cada una. La fuerza que debía quedar sobre las armas ascendía entonces a unos 16,000 hombres.<sup>23</sup>

Esta reducción respondía primero a una necesidad económica, ya que la República no podía mantener un ejército que consumía el 70 por ciento de la renta pública: “Aun no contribuyendo el gobierno federal con todos los fondos necesarios, el costo de la guerra excedía siempre a sus posibilidades, primero porque toda la guerra es un lujo, y después, porque los recursos fiscales del país eran entonces muy limitados”.<sup>24</sup>

El presidente Juárez sabía que no era batalla de un día, estaba consciente de que el ejército era capaz de imponer respeto y miedo: “esa masa armada que había triunfado”, y era necesario seleccionar los elementos que lo conformarían, lo que significaba un obstáculo casi insuperable. La iniciativa olvidaba a las viudas, huérfanos e inválidos, personas que también habían participado en la guerra y que durante meses no sólo no habían recibido algún pago o compensación por sus servicios, sino que la solución los marginaba.

Los generales vencedores, y héroes de la guerra, aspiraban a situaciones privilegiadas, de poder, no sólo para ellos, sino para los grupos que se habían formado a su sombra. La masa armada, la que no era propiamente un elemento militar, la que

---

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 75.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 99.

regresaba a sus hogares sin ningún aliciente, se sentía despreciada y finalmente quedaba sin ningún tipo de apoyo.

Resuelto el asunto del ejército, derrotados los conservadores y “extirpada para siempre la idea monárquica”, el presidente Juárez se dio a la tarea de reorganizar la situación económica, que al igual que el país se encontraba en estado caótico. Para tener una idea precisa de lo que acontecía en aquel año de 1867, Francisco R. Calderón señalaba:

Las guerras de la Intervención y del Imperio, al dislocar toda la minería y la agricultura nacionales, fuentes principales de riqueza, así como la industria afectaron la marcha de las finanzas públicas. Podría decirse que desapareció todo el sistema hacendario durante la guerra y que apenas existió una serie de medidas circunstanciales. La desorganización llegó a tales extremos que el gobierno republicano, al refugiarse en Paso del Norte, llegó a carecer por meses enteros de toda entrada; y para sostener a la escolta de los principales funcionarios fue necesaria la aportación personal del presidente y sus ministros.<sup>25</sup>

Lo anterior nos indica la situación de pobreza y desorden que prevaleció en los años de guerra, no sólo por la ausencia de un gobierno que cobrara los impuestos, sino que cada quien sacaba provecho de la anarquía.

Una de las primeras medidas del gobierno fue suprimir el ministerio de Fomento para mejorar las finanzas públicas; para llevar a cabo tan ardua labor, el presidente Juárez nombró a Matías Romero como ministro de Hacienda, cuyo primera tarea fue limitar las atribuciones de los estados para crear impuestos. Cabe señalar que durante la ocupación francesa cada estado cobraba sus tributos, lo que ocasionó que el gobierno federal se encontrara en bancarrota. Enrique Florescano señala al respecto:

---

<sup>25</sup> Francisco R. Calderón. *La vida económica en la República restaurada 1867-1876*. Tesis de economía, UNAM, México, p. 93.

La reorganización del sistema tributario y de la hacienda pública produjeron el primer triunfo económico del gobierno juarista: el saneamiento de las finanzas internas, por primera vez el país gastó menos de lo que recibió por concepto de ingresos. Al mismo tiempo el gobierno de Juárez emprendió con decisión el arreglo de la otra causa de desequilibrio económico del país: la deuda pública.<sup>26</sup>

Otro de los aciertos de Romero al frente del ministerio de Hacienda fue el no reconocimiento de la deuda adquirida por el Imperio con otras naciones. Tampoco recurrió a préstamos forzosos, al contrario, obtuvo ingresos por el cobro de impuestos de las aduanas, el comercio exterior y la minería: “la minería es indiscutiblemente la fuente más importante de riqueza que tenemos y a la vez la más susceptible de un gran desarrollo”.<sup>27</sup>

La concesión del ferrocarril México-Veracruz a compañías inglesas ayudó a recuperación económica de la República en esa época. Finalmente, todas estas medidas dieron como resultado que el país empezara a recuperarse económicamente, por lo que el gobierno juarista delineó una nueva política de desarrollo económico, ante la inexistencia de capital extranjero, que no vendría a México por la situación política imperante en el país.

### 1.3 DE BENITO JUÁREZ A PORFIRIO DIAZ

Como señalábamos al inicio de este trabajo, el triunfo del Ejército mexicano en 1867 sobre las fuerzas francesas constituye la victoria de la República sobre el Imperio, del

---

<sup>26</sup> Enrique Florescano. *Política económica. Antecedentes y consecuencias*. México, Secretaría de Industria y Comercio, Colección SepSerentas, 1972, p. 50-60.

<sup>27</sup> Ricardo García Granados. *Historia de México*. México, Edit. Botas, 1923, p. 12.

liberalismo sobre la reacción conservadora, el retorno del gobierno del presidente Benito Juárez a la ciudad de México después de cuatro años de lucha armada.

Este “México nuevo o que parecía serlo al menos” significaba enfrentarse a la otra realidad política y económica en la que el gobierno liberal, y sobre todo el presidente Juárez, se proponía “liquidar el pasado y acometer un futuro distinto”, como lo señala Cosío Villegas en su obra mencionada.

Empeñado en normalizar la vida constitucional, el gobierno juarista convocó a elecciones para elegir presidente de la República, diputados y presidente de la Suprema Corte de Justicia. Los candidatos a la Presidencia eran el propio Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz. Realizada la contienda electoral, el triunfo correspondió al primero y el segundo ocupó la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, iniciando Juárez su mandato constitucional el 1 de diciembre de 1867.

Nadie podía imaginar que a partir de aquel momento los problemas se multiplicarían para el nuevo gobierno que trataba de solucionar los múltiples conflictos que aún quedaban pendientes. A comienzos de 1868 el presidente se enfrentó a un levantamiento en Yucatán promovido por los adversarios opositores a su gobierno, lo que provocó la primera crisis política de esa administración.

Si a lo anterior añadimos la falta de seguridad por los plagios y robos que proliferaron en todo el territorio después de la guerra, situación que ocasionó inestabilidad política al nuevo gobierno, Juárez se vio obligado a enviar al Congreso una iniciativa de reforma a la Ley de 1862, conocida como “Ley Doblado”.

Esta disposición otorgaba facultades ilimitadas al titular del Poder Judicial para castigar los delitos “contra la nación, el orden, la paz pública y las guerras individuales”. Después de innumerables discusiones y de una larga y dura lucha parlamentaria, finalmente fue aprobada la iniciativa, lo que le permitió actuar constitucionalmente para prevenir y castigar los delitos políticos y de orden común

que se habían multiplicado por doquier a pesar de que la ley también establecía castigos severos para los delitos federales, éstos no disminuyeron, al contrario, como ya señalamos se multiplicaron en toda la República los brotes de violencia, por lo que la “paz republicana” nuevamente se vio amenazada con levantamientos, como los de Pedro Martínez y Trinidad García en San Luis Potosí y Zacatecas, respectivamente, estados que eran centros de riqueza e influencia política:

“Mal año sería para la república el de 1867: el 2 de mayo, el 14 Batallón de Línea de guarnición en Tampico y una fuerza de la guardia nacional se levantan en armas desconociendo el Gobierno de Juárez”,<sup>28</sup> que se preparaba para enfrentar levantamientos en Nuevo León, Tamaulipas y la ciudad de México. Analizando lo anterior, comprendemos que no resultó fácil este periodo presidencial de Juárez, por la situación caótica y la indecisión que se vivía, existían rumores de que en Oaxaca, Porfirio Díaz preparaba una revuelta que pronto habría de estallar y que alcanzaría proporciones inimaginables.

Este ambiente de incertidumbre obligó al gobierno juarista a recurrir nuevamente a facultades extraordinarias para mantener la estabilidad del país. En opinión de sus oponentes, aquellas medidas tendían a la dictadura, ya que su objetivo era preparar el camino para permanecer otro periodo en el poder, conjeturas que finalmente se cumplieron, porque estaban próximas a realizarse las elecciones presidenciales de 1871, en las que los candidatos nuevamente eran los tres personajes políticos más importantes de ese momento: Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, resultando vencedor Juárez.

El nuevo periodo presidencial fue más complicado de lo que Juárez pudo imaginar; aún existían múltiples asuntos por resolver, entre ellos, principalmente, la situación económica de la nación, que ahora se tornaba crítica por la falta de inversión

---

<sup>28</sup> Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 220.

extranjera, teniendo como única alternativa para obtener recursos la concesión del ferrocarril.

En lo político, esta nueva votación no fue bien vista por algunos de los diputados que apoyaron a Juárez en la primera elección; no estuvieron de acuerdo en que se reeligiera, porque consideraban que debía ser respetuoso de las leyes y no tenían ningún argumento legal para continuar en el poder. Sus adversarios políticos optaron por la revuelta y los levantamientos, es decir, la rebelión armada, y se organizaron en dos grupos: los lerdistas y los porfiristas.

La reelección, opinaban los seguidores de Lerdo, “ponía en peligro la gloria personal de Juárez, la paz del país y el futuro de las instituciones”. Los porfiristas consideraban que el “héroe de la Carbonera” había estado esperando esa oportunidad para postularse a la presidencia de la República y así resultar vencedor, además de que el general contaba con los méritos suficientes para enfrentarse a Juárez. Era natural que a personajes de la altura de Díaz, a quien se le reconocían significativos triunfos en el campo de batalla, no se aceptara fácilmente su derrota en las urnas, por lo que se retiró a su hacienda de La Noria, en donde elaboró el plan que lleva ese nombre: Plan de La Noria. El 8 de noviembre de 1871 se pronunció en contra de Juárez, enarbolando el mencionado plan, el cual, entre otros puntos, establecía:

- 1.-Desconocer la reciente elección.
- 2.-Convocar al pueblo a tomar las armas.
- 3.-Elegir un nuevo Congreso y una nueva Constitución.
- 4.-La no reelección de los presidentes de la República.

Según Díaz, la reelección ponía en peligro a las instituciones nacionales por tratar de perpetuarse en el poder; asimismo, criticaba a jueces y magistrados de la Suprema Corte de Justicia por ineptos, corruptos y por ser agentes al servicio del gobierno.

Nadie podía negar que el Plan era una clara ruptura entre Juárez y Díaz, al convertirse este último en jefe de la oposición al triunfo electoral del Benemérito de las Américas. Paradójicamente, el principio de “no reelección” sería atropellado años después por el mismo Porfirio Díaz, durante su larga dictadura.

Si Díaz había enarbolado la bandera de la no reelección, al modificar la Constitución de 1857 para permanecer en el poder más de 30 años, quiere decir, que traicionó sus principios en aras de su ambición. Con respecto a Salado Álvarez, no localicé ningún artículo donde criticara este asunto. Siendo nuestro autor fiel admirador de la figura y personalidad del ex presidente, difícilmente hubiera expresado una opinión contraria al “gran hombre de México” como él lo llamaba. Don Victoriano consideraba que gracias a Díaz, nuestro país había logrado no sólo la estabilidad política y económica, sino también, logró proyectarlo a nivel internacional.

Con el Plan de La Noria y la lucha armada en contra del gobierno del presidente Juárez, empezaban los enfrentamientos entre jefes regionales. Y sin embargo, meses después, dicho plan quedaría sin vigencia al morir repentinamente el presidente Juárez el 18 de julio de 1872, cambiando así el panorama político del país.

Ante este suceso, Lerdo de Tejada, presidente de la Suprema Corte de Justicia, asumió la Presidencia de la República y siguió las mismas acciones que el ex presidente Juárez, cuando accedió al poder en 1867. Concedió amnistía a todos los que habían cometido delitos, algunos jefes de la revuelta se resistieron a este proyecto, entre ellos Díaz, pero finalmente se acogieron a este decreto con lo que finalizaba la revuelta. Esta acción puso en entredicho la personalidad del general Díaz por lo que decidió retirarse a Tuxtepec a atender sus negocios personales.

Estos acontecimientos se desarrollaron en momentos de gran efervescencia política debido a que estaban próximas las elecciones presidenciales. Mientras tanto, sus seguidores se sorprendieron por el “exilio” del general, pero lo cierto es que aquel

“descanso voluntario” sería el preludio de lo que vendría con mayor fuerza, el *Plan de Tuxtepec*, que establecía. La vigencia de la Constitución de 1857 y de las Leyes de Reforma, el desconocimiento de Lerdo como presidente de la República y el nombramiento de Díaz como jefe del Ejército Regenerador.

Asimismo, el plan criticaba el abuso del poder del presidente Lerdo, al que consideraba causante de los males del país al centralizar el Poder Legislativo a través del Senado. Realizadas las elecciones, el triunfo correspondió a Lerdo, y el 1 de diciembre de 1872, don Sebastián asumía el cargo de presidente constitucional por un periodo de cuatro años.

Una de las primeras acciones del nuevo gobierno, que la prensa dio a conocer fue el respeto absoluto a la Constitución y a las Leyes de Reforma; en lo económico, aceleró el desarrollo de los ferrocarriles en México. Sin embargo, este periodo presidencial, al igual que los del presidente Juárez, se vio empañado por levantamientos y sublevaciones en varios estados de la República. Por ejemplo, en Jalisco, Manuel Lozada, el famoso “Tigre de Alica”, se oponía a reconocer al gobierno lerdistas, pero gracias a la intervención del general Ramón Corona fue derrotado y fusilado.

Toda esta situación de inconformidad fue aprovechada por Díaz para criticar a Lerdo, porque consideraba que su gobierno carecía de un proyecto político que solucionara los problemas que agobiaban al país. También lo acusó de provocar incidentes y hacer de las elecciones una farsa. La actitud de Díaz de criticar cualquier acción del gobierno de Lerdo se entiende porque nunca aceptó las derrotas en las elecciones, sus declaraciones tenían gran impacto en el sector militar y, estudiantil de la época, y aunque nadie podía creer lo que declaraba, cuando el país se encontraba en aparente calma, ésta se vio interrumpida el 1 de enero de 1876, al proclamar Díaz el *Plan de Tuxtepec* en Oaxaca.

El plan, aparte de desconocer al gobierno de Lerdo de Tejada, contó con la aceptación de varios jefes militares como el general Donato Guerra, que se pronunció en Lagos de Moreno, Jalisco. Analizando detenidamente el plan, debemos considerarlo el segundo intento en cinco años del general Díaz por acceder a la Presidencia de la República, hecho que venía a interrumpir la vida constitucional del país e insistía en que: “el gobierno del presidente Lerdo era impopular, no tenía un proyecto político que solucione los problemas que agobiaban a la nación”.<sup>29</sup>

Lo anterior provocó una serie de incidentes que culminaron con el abandono del país por parte del presidente Lerdo. Logrado el objetivo, Lerdo dejaba vía libre a los grupos que se oponían a que el presidente de la Suprema Corte de Justicia, José María Iglesias, asumiera en forma interina la Presidencia de la República.

A pesar de ello, no se puede negar el apoyo y admiración por el héroe del asalto a Puebla el 2 de abril de 1867, pero nos surge la duda, ¿por qué no le favoreció el voto del pueblo cuando las elecciones eran democráticas y los candidatos impopulares? Además desde que dio a conocer el Plan de la Noria, uno de los recursos que sirvió para convencer a los campesinos fue que les devolvería las tierras comunales que les habían sido arrebatadas al aplicárseles la Ley Lerdo.

Mientras tanto Lerdo e Iglesias demostraron que, a pesar de haber sido electos presidentes no contaron ni con el apoyo ni el respaldo del pueblo para ocupar la silla presidencial. En cambio Díaz usando el carisma, la personalidad y la fuerza ejerció presión para apoderarse del poder.

Finalmente Díaz logró su objetivo sin ningún obstáculo para ocupar la Presidencia de la República, de acuerdo con lo previsto en el Plan de Tuxtepec y, una vez en el poder, la primera tarea fue nombrar el equipo de colaboradores, para lo cual visitó

---

<sup>29</sup> Jorge Fernando Iturrigaría. *Historia de Oaxaca*, t. III. México, Publicaciones del estado de Oaxaca, 1946, p. 135.

algunas ciudades del país con la intención de corroborar que éste se encontraba en calma. Refirió Victoriano Salado, en sus *Memorias Tiempo viejo tiempo nuevo*, que cuando Díaz visitó Guadalajara la gente lo recibió con gran alegría.

Según los porfiristas al presidente Díaz se le podrían criticar muchas cosas, pero desde la primera vez que subió a la presidencia de la República, recorrió algunos estados para conocer las necesidades del pueblo y comprendió que lo prioritario para el país en esos momentos era la estabilidad político-económica, por lo que aplicó el programa “progreso material”, al que tanto empeño dedicó en los cuatro años de gobierno y que pronto desaparecería con el ascenso al poder del presidente Manuel González (1880-1884), quien olvidó la encomienda que le había dado su compadre, el ex presidente Díaz, de que:

Basta con resolver el problema económico, para que todo lo demás marche solo y a la perfección; con tal de que al pueblo se le faciliten los medios de subsistencia material, ya que pide más; que a los alborotadores del pueblo se les debe pagar o suprimir para que guarden silencio y de esta suerte el Estado marcharía sin oposición y se realizaría el ideal de todos los gobernantes.<sup>30</sup>

Con la recomendación se vislumbraba cuál sería la forma de gobernar hasta el año de 1911, la historia nos demostró que con el triunfo se olvidó de las clases pobres: obreros, campesinos e indígenas principalmente. El gobierno gonzalista no escuchó el consejo del dictador y pronto fue acusado de apoyar económicamente a los constructores del Ferrocarril de Morelos. Además, Manuel González, incapaz de resolver los problemas del país, también fue acusado por la prensa de haber derrochado grandes cantidades de dinero en subvenciones, lo que provocó un gran descontento en la sociedad.

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 177.

Los periódicos continuaban denunciando las irregularidades del gobierno y para nadie era un secreto que tras la silla presidencial estaba la influencia de don Porfirio. Pero el hecho que agudizó la situación interna del país fue la reforma al artículo 7 de la Constitución que restringía la libre expresión de pensamiento. Dicha medida tenía como objetivo evitar que la prensa denunciara actos de derroche y fraudes de los gobernantes y funcionarios públicos.

Los seguidores de Díaz, atentos a toda manifestación de inconformidad, aprovecharon la coyuntura para criticar al presidente González y postularon al mandatario oaxaqueño como su candidato a la Presidencia de la República para el periodo 1884-1888.

Celebradas las elecciones, Díaz triunfó sin mayores problemas. Nuevamente en el poder, Porfirio Díaz recibió un país sumido en una fuerte crisis económica y financiera heredada de la administración anterior, pero a diferencia de su primera gestión, lo que realmente le interesaba era asegurar su futuro en el poder y, por ende, la cuestión de la no reelección.

Conociendo que contaba con mayoría en el Congreso, en febrero de 1887 presentó un proyecto de reforma constitucional que autorizaba “por una vez la reelección del Presidente de la República”, propuesta que fue duramente criticada por la prensa, que cuestionaba la iniciativa porque en realidad no era una prórroga de dos años sino el inicio de una reelección de más de veinte años.

Para justificar lo anterior, los diarios recordaban los catorce años que Juárez había permanecido en el poder y, de aprobarse la propuesta, lo mismo sucedería con el general Díaz. Independientemente de la resolución final, la reelección implicaba traicionar los principios proclamados pro el propio Díaz en el Plan de Tuxtepec.

Además del apoyo que tenía en el Congreso, varios legisladores mostraron simpatía por la propuesta de don Porfirio, destacando la del diputado Francisco Bulnes quien

consideraba que: “era necesario conceder al general Díaz la reelección indefinida, porque cuatro años era poco tiempo para que el país pudiera utilizar los servicios de un buen gobernante que las circunstancias no habían permitido tomar en consideración”.<sup>31</sup>

La propuesta obviamente fue aceptada en la Cámara de Diputados y en varios estados de la República, donde el presidente Díaz contaba con partidarios, como en Guerrero y Colima. Mientras tanto, la prensa de oposición continuaba criticando al régimen, lo que molestaba al primer mandatario, que en su afán por acallar a sus enemigos políticos mandó encarcelar a algunos periodistas.

Continuando con su política dictatorial, don Porfirio se reeligió para el periodo 1888-1892, años de relativa estabilidad política y económica, con algunos disturbios en el norte del país y movimientos sediciosos que rápidamente fueron controlados.

Debemos destacar que al final de este tercer periodo surgió el grupo de los “científicos”, hombres destacados, quienes como señalaba Francois Xavier Guerra en su libro *México: del antiguo régimen a la revolución*, influyeron en el presidente y habrían de ocupar un lugar importante en la historia de México y que, “sin querer queriendo”<sup>32</sup> nuestro autor también participó en dicho grupo. Ellos fueron Pablo Macedo, Joaquín Casasús, Justo Sierra, Enrique Creel, Ramón Corral, José Yves Limantour, entre otros, con los que don Victoriano Salado estableció una estrecha amistad que perduró a través de los años y a quienes se refería en sus artículos periodísticos. Pero destaca la amistad, la influencia y generosidad del señor Creel, amigo de Díaz, cuando le ofreció el cargo de secretario de Gobierno en Chihuahua de 1905 a 1906, lo que a su vez, le permitiría ingresar al servicio exterior mexicano como primer secretario de la embajada de México en Estados Unidos en 1907.

---

<sup>31</sup> *Ibidem*, p, 149-150.

<sup>32</sup> Françoise-Xavier Guerra. *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. Traducción de Sergio Fernández. 2 tomos, 4ª reimpresión, México; FCE, 1999, p. 95.

Los “científicos” rápidamente consolidaron su hegemonía alrededor del presidente Díaz al ocupar cargos políticos de trascendencia; posteriormente formarían el “partido científico” y constituyeron el vehículo para que el presidente Díaz se reeligiera para el periodo de 1892 a 1896 lo que a su vez sirvió para consolidar su dictadura.

Esta tercera reelección México sufrió una fuerte crisis económica por la caída del precio de la plata, que era el más importante artículo de exportación, además de la falta de inversiones extranjeras y de bancos. Para tratar de resolver esta crisis intervinieron los “científicos” bajo la dirección de José Yves Limantour, que recientemente había sido nombrado ministro de Hacienda.

El nuevo funcionario aprovechó sus contactos personales para atraer capitales extranjeros que sirvieron para establecer nuevas industrias y aumentar las exportaciones.

Otro aspecto destacado de los “científicos” fue el impulso cultural que imprimieron al país con el surgimiento de institutos, centros y liceos culturales, además del apoyo que brindaron al gobierno porfirista, que sin mayor esfuerzo lograba una vez más la cuarta reelección, 1896-1900, ante la apatía política y el ruego de sus aduladores, que lo consideraban como la única persona capaz de mantener la paz.

Encontrándose en la cúspide del poder, seguro de sí mismo y sin ningún adversario o problema que pudiera menoscabar su autoridad política, el presidente Díaz aplicó el principio de “divide y vencerás” y ofreció a dos personajes importantes del momento, el ministro Limantour y el general Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, la Presidencia de la República, lo que provocó la reelección, la que resultó dividida entre admiradores y opositores. Algunos consideraban que la reelección era: “una necesidad unánimemente reconocida, puesto que bajo su gobierno se había operado en el país una evolución; otros opinaban que las reelecciones destruyen no sólo las instituciones

democráticas sino el régimen de la ley y que constituían una seria amenaza para la paz y el progreso.<sup>33</sup>

Aún con malos augurios por la grave crisis económica por la que atravesaba el país, ésta no fue obstáculo para la prolongación del régimen porfirista, que se reelegía por quinta ocasión para el periodo 1900-1904. Esta reelección coincidía con el inicio del siglo XX y nadie ignoraba que a pesar de los 70 años de edad, el presidente Díaz seguía siendo un político hábil, quizá cansado, pero tampoco se podía negar que los “científicos” seguían influyendo poderosamente en sus decisiones, porque para ellos su permanencia en el poder era “garantía de su dominio”, de ahí que trataran de perpetuarla.

La apatía del pueblo aumentaba debido a que todos conocían el método empleado por el Congreso en las elecciones. En el sexto periodo reeleccionista, 1904-1910, Díaz logró que el Congreso apoyara la propuesta de aumentar de cuatro a seis años la permanencia en el poder, sin imaginar que estaba próxima la caída del régimen, pero nadie podía prever la fecha exacta. Lo que no se podía negar era que la situación económica y política del país era diferente a la de 1876, cuando ocupó por primera vez la Presidencia de la República, es decir, los cambios de gobierno se dan contra las dictaduras, por la represión que ejercen contra el pueblo generalmente, en el caso del presidente Díaz fue la falta de democracia en el país, aunque se tenía una estabilidad económica estable, pero no era suficiente, de ahí que lo político tuvo mayor peso en el reclamo en los inconformes. Veinticuatro años después las circunstancias habían cambiado, el malestar y el descontento contra la administración, el escepticismo de los diputados en el Congreso, que propugnaba el “desarrollo pacífico del país”, todo eso se tradujo en la pérdida de confianza de los inversionistas extranjeros que solicitaban mayores garantías legales a sus inversiones por la situación que estaba viviendo el

---

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 38.

país. Aunado a lo anterior, otro problema fue el olvido de las clases sociales marginadas rurales y urbanas (campesinos y obreros) que reclamaban protección de las leyes, a través del derecho del trabajo y del derecho agrario, en su afán de continuar favoreciendo a los inversionistas extranjeros.

Aunado a lo anterior, los “científicos” se agruparon en la denominada Unión Liberal, -grupo compuesto por intelectuales que formaban parte del gabinete del presidente Díaz- y propusieron crear la vicepresidencia de la República, iniciativa que tenía como objetivo reemplazar al Primer mandatario que ya presentaba algunas limitaciones debido a lo avanzado de su edad. Mientras tanto, el gobierno siguió con su política de no escuchar las voces de grupos disidentes que pedían participar en la vida política del país y transformarlo en una nación democrática de elecciones libres.

Ante tal negativa, surgió el Partido Antirreeleccionista con Francisco I. Madero, que en mayo de 1911 puso fin a siete reelecciones, treinta y tres años de gobierno porfirista, de represión y autoritarismo, acontecimientos que don Victoriano Salado Álvarez conoció muy de cerca y de los cuales escribió interesantes artículos periodísticos.

# CAPÍTULO 2

## JALISCO Y EL PERSONAJE:

### 2.1 CONTEXTO HISTÓRICO DE JALISCO. 1864-1867

La llegada del Ejército francés a Guadalajara el 6 de enero de 1864 alteró la vida cotidiana de los habitantes de la ciudad. Las tropas imperialistas, al mando de Francisco Aquiles Bazaine, comandante de la Primera División del cuerpo expedicionario de los invasores franceses, anunciaban las operaciones militares y administrativas a desarrollar, aprovechando que el gobernador José María Arteaga se encontraba visitando algunas ciudades del sur del estado. Las tropas francesas, como lo señala Luis Pérez Verdía:

Causaron una impresión por su organización, por el equilibrio. Aquel ejército tan disciplinado en el que los suavos lucían su brillantes uniformes de blanquísimas polainas, pantalones rojos anchos como naguillas, recogidos en el muslo, banda de mismo color con cartuchera de cuero, y marrazo ceñido al cinto, chaleco y chaquetilla azul abierta y corta con alamares de cinta escarlata y rojo, con mota azul.<sup>34</sup>

José María Muría nos dice que cuando llegaron los invasores “nadie opuso resistencia”, pues los habitantes, ajenos a aquellos acontecimientos, primero se

---

<sup>34</sup> Luis Pérez Verdía. *Historia particular del estado de Jalisco*. Guadalajara, Edit. Gráfica, t. III, 1952, p. 263.

sintieron cohibidos por el temor que inspiraban las tropas, al mismo tiempo, crecía un sentimiento de humillación y degradación al enterarse de las pretensiones del gobierno francés de imponer un gobierno extranjero en México. El ejército intervencionista acostumbrado a recibir demostraciones de regocijo a donde llegaban, se molestaron porque nadie salió a recibirlos, ninguna autoridad les dio la bienvenida, lo que provocó que perdieran la calma y estallaran su ira.

El gobernador Arteaga, quien hacía seis meses había tomado el poder, se comprometió a luchar contra los invasores e inmediatamente ordenó formar guerrillas para resistir la embestida de los franceses y dar un escarmiento a la causa conservadora.

Al llamado acudieron todos los jaliscienses: militares de carrera, guerrilleros y todo tipo de ciudadano identificado con la defensa de la causa liberal, y empezaron a formarse guerrillas republicanas en todo el estado, lo que a su vez originó alzamientos y conspiraciones contra el Imperio.

Hay que recalcar que las guerrillas fueron una amenaza en muchos lugares del territorio nacional, y en la parte sur del estado de Jalisco resultaron mucho más dañinas para el invasor que el enfrentamiento abierto; ejemplo de lo anterior fue la acción de Antonio Rojas, que al frente de un grupo de guerrilleros, asestaron duros golpes a los franceses, por lo que éstos se vieron obligados a solicitar ayuda a Miramón para contrarrestar los fulminantes ataques de la guerrilla.

En el norte del estado la situación era diferente; en Teocaltiche, sus habitantes decidieron organizarse para repeler a las fuerzas invasoras. Los teocaltichenses sabían que en aquellos momentos de lucha su mejor arma era estar unidos “aunque fuera la menor esperanza de obtener el triunfo”, de ahí que “cumpliendo sus deberes patrióticos se alistaron en el Ejército Nacional que se improvisaba, para rechazar la ocupación del lugar”.

Manuel J. Aguirre señala que “Teocaltiche era la única plaza en el norte de Jalisco que ofrecía resistencia”, por lo que las fuerzas guiadas por el traidor Fernando Moya se dirigieron a aquel lugar el 29 de enero de 1864 cuando:

La ciudad estaba llena de sobresalto; bien se sabía que la defensa era un suicidio; que la victoria era imposible, puesto que si nuestro Ejército no había podido contener el avance del enemigo, menos podría hacerlo con elementos tan antiguos y soldados improvisados este reducido contingente, pero flotaba metido firmemente en el alma de aquellos valientes, el Canto Sagrado de la Patria.<sup>35</sup>

El resultado de aquel enfrentamiento nos hace pensar cuán terrible resultó aquella batalla, considerando lo que nos dice el mismo historiador:

Un enemigo cinco veces superior en número; elementos de guerra modernos para su época y soldados bien pertrechados, discriminados y fogeados en grandes batallas, en contra algo más de cuatrocientos patriotas; soldados ocasionales, sin entretenimiento en el arte de la guerra y con el deficiente armamento que había podido proporcionarse; sin embargo, pelearon con denuedo y valor, escribiendo con su sangre una epopeya gloriosa, que no ha sido debidamente justipreciada por los prósperos, ni mucho menos honrada con un monumento que fuera un testimonio de su gratitud.<sup>36</sup>

Niceto de Zamacois da otros elementos que nos permiten entender por qué Teocaltiche resultó fácil de vencer por los franceses; primero reconoce que los teocaltichenses estaban mal armados, lo que se tradujo en heridos y prisioneros, principalmente, además de haber perdido caballos y armas de toda clase.

Por su parte, don Victoriano Salado Álvarez, en su obra *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo* nos da otra versión de los acontecimientos.

---

<sup>35</sup> Manuel J. Aguirre. *Ensayo histórico de Teocaltiche*. México. Edit B. Costa-Amic, 1967, p. 215.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 216.

Asienta que los muertos por parte de los patriotas defensores de Teocaltiche fueron en número 50 y que muchos “...se ocultaron a favor de la complicidad de la población civil”. Afirma también, que “bandidos” era el nombre que en la jerga oficial (de franceses y traidores) se daba a nuestros héroes. Y agregaba:

A mi abuelo, y a cinco individuos más, los sacaron de su casa entre ultrajes y con tremendas amenazas –entre otras la deportación a Francia, y los llevaron a pie, camino a Aguascalientes, bajo el cargo de haber sido el alma de la defensa y haber excitado al populacho que se oponía a un régimen de “justicia y libertad”. Sesenta y cinco años de edad no era un peso excesivo para un hombre de sus condiciones; pero una enfermedad nerviosa lo tenía agotado tiempo hacía, y como los invasores se negaron a proporcionarle cabalgadura, mi padre tuvo en muchos trozos del camino, que cargarlo en sus hombros. Habiéndose enfermado gravemente, lo abandonaron en la Hacienda de Ajojúcar. Más tarde fue desterrado a San Luis Potosí, sujeto a vigilancia francesa, pudieron volver a Teocaltiche hasta 1866.<sup>37</sup>

Después de los acontecimientos sangrientos por la toma y ocupación de Teocaltiche, los franceses continuaron en el lugar y los ciudadanos que no cooperaron con la causa francesa eran hechos prisioneros y trasladados a otras ciudades cercanas. Otros, quizá los que tuvieron mejor suerte, lograron huir y refugiarse en Zacatecas, donde se enrolaban en grupos que seguían luchando contra la ocupación.

Cierto es que en Teocaltiche los franceses impusieron su superioridad, pero no en el resto del estado. Las bajas sufridas por las fuerzas imperialistas permitieron cosechar triunfos para la causa republicana; soldados y militares peleaban por la defensa de la patria bajo las órdenes de Ramón Corona y Donato Guerra, quienes lograban disminuir la capacidad de combate de los franceses.

---

<sup>37</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo*, México, Edit, EDIAPSA, 1946, p. 57.

Tampoco se puede negar que ambos personajes son, sin lugar a duda, las figuras más destacadas en la lucha contra las fuerzas francesas en Jalisco.

Corona, nombrado general en jefe del Ejército de Occidente por acuerdo del presidente Benito Juárez el 26 de mayo de 1866, diseñó estrategias que le permitieron obtener triunfos contra los franceses no sólo en su estado natal, Jalisco, sino en todo el Occidente del país. Donato Guerra, “héroe olvidado”, destacó por su valentía, honró al Ejército mexicano, fue triunfador de la batalla La Coronilla, soldado de altos méritos e importantes servicios que prestó a la causa de la libertad y de la patria en diversos períodos, que comprenden la revolución de Ayutla, la Guerra de Reforma, la Invasión francesa y los movimientos políticos de la Noria y Tuxtepec.

Guerra quedó al frente de la tropa en Guadalajara, mientras su jefe Corona se dirigía con un contingente de soldados al sitio de Querétaro. Continuó luchando contra los franceses que habían nombrado a Jesús López Portillo prefecto político de Guadalajara, ciudad que igual que el estado se encontraba sumergida en crisis económica, política y social, resultado de los dos años de ocupación. Años después Salado escribiría: “Jalisco producía una gran parte del maíz que se consume en la República, las cosechas son abundantísimas, también era el primer estado ganadero de la República”.<sup>38</sup>

Después de años de lucha es obvio que el estado no producía lo suficiente para consumo interno. En Teocaltiche, la situación era similar, aun cuando el enemigo había decidido continuar la guerra debido a las noticias que llegaban acerca de que Maximiliano había decidido encerrarse en Querétaro, que no contaba con el apoyo de Napoleón III y que algunos soldados estaban reuniéndose para regresar a Francia, al

---

<sup>38</sup> Victoriano Salado Álvarez. “La destrucción de Jalisco”, en *El Agrarismo, desgracia de México*, Edit. B. Costa-Amic, 1967, p. 95.

tiempo que las tropas que permanecían en Teocaltiche decidieron abandonar el lugar en octubre de 1866, no sin antes cometer una serie de atropellos en la ciudad que volvía al régimen republicano:

El emperador se había convencido de que se había metido en una peligrosa aventura; de que los emigrados mexicanos lo había engañado; de que México aborrecía la intervención y el Imperio; de que era preciso abandonar aquella empresa. Su indigno representante Dubois de Saligny lo había engañado villanamente en 1861 y Bazaine le ocultaba la verdad en 1864 y 1866.<sup>39</sup>

Así tocaba a su término la contienda y el Imperio se derrumbaba estrepitosamente. La pacificación del país parecía que se lograría con la salida de los batallones franceses, la rendición de Maximiliano y el próximo regreso del presidente Juárez a la capital del país.

Después de aquellos acontecimientos, Jalisco sufrió una etapa de pugnas políticas, el cantón de Colotlán se reincorporó al estado y Tepic siguió considerándose distrito militar. En octubre de ese mismo año se realizaron elecciones estatales, resultando electo gobernador Antonio Gómez Cuervo, quien asumió el mando teniendo que enfrentar varios problemas internos, entre ellos: el bandolerismo, los asaltos, robo y plagios, situación que se radicalizó con el paso de los meses. El gobernador Gómez Cuervo, preocupado por lo que estaba sucediendo, dictó un conjunto de leyes que iban en contra de la Constitución Política de 1857, situación que provocó que se le acusara de autoritario, por lo que se vio obligado a solicitar licencia. Fue reemplazado por Emeterio Robles Gil.

---

<sup>39</sup> Luis Pérez Verdía, *op. cit.*, t. II, p. 334.

Una de las primeras acciones del gobernador interino fue hacer un recuento de los daños causados por la ocupación francesa, reconociendo que las necesidades del estado de guerra habían obligado al gobierno a disponer de los recursos económicos para el sostenimiento del Ejército, y se dio a la tarea de reorganizar la administración pública.

Gómez Cuervo dedicó especial atención a la educación, y lo primero que hizo fue abrir las puertas del Liceo de Varones de Guadalajara, en el edificio que ocupó el Seminario Conciliar de Guadalajara.

Hay que recalcar que: "...desde mediados del año de 1862, se dejó de pagar a los profesores del Liceo, quienes con mucho sentido de responsabilidad no entorpecieron la enseñanza y continuaron desempeñando con eficacia su misión, logrando con ello concluir valerosamente el año escolar con la presentación debida de los exámenes correspondientes".<sup>40</sup> Lo anterior demuestra el compromiso y responsabilidad de los docentes del Liceo de Varones y a su vez se reafirmaba el prestigio de la institución que ya se había consolidado como la mejor escuela del estado.

## 2.2 TEOCALTICHE, SITUACIÓN POLÍTICA

Teocaltiche, desde su ascenso a categoría de ciudad en 1861, fue objeto de diversos acontecimientos: "el pueblo con las entradas y salidas de pronunciados, un día se alzó contra una partida de bandoleros", y cuando salieron los franceses, todo el pueblo festejó con gran algarabía aquel hecho "saliendo a la calle a cantar y beber, gritando

---

<sup>40</sup> Cristina Sánchez del Real. *Ensayo histórico del Liceo de Varones. 1861-1910. Temática jalisciense*. Guadalajara, Edit. Gobierno de Jalisco, p. 41.

vivas y muertas hasta ensordecer”<sup>41</sup>. En la plaza principal del pueblo la gente empezó a organizarse para saber cuáles serían las acciones que se debían llevar a cabo.

Cuenta el mismo Aguirre que todo el pueblo era católico, y lo primero que decidieron los teocaltichenses fue la construcción de la capilla a la Virgen de la Soledad, en agradecimiento a los favores recibidos. Otro de los puntos que se acordó fue la construcción de vías de acceso que facilitarían la entrada y salida del pueblo, pues los caminos de brecha se hacían intransitables. Con el transporte, Teocaltiche se convirtió en una ciudad próspera, porque a través de este medio los teocaltichenses lograron que “los carreros no solamente refaccionaran la industria, sino absorbieran su producción para llevarla de viaje, hacia el norte, de donde volvían con sus carros cargados de materia prima”.

Por último, Teocaltiche, por su ubicación geográfica, exportaba sus productos agrícolas e industriales hacia el norte: “aunque Teocaltiche pertenecía a la jurisdicción de la Audiencia y Obispado de Guadalajara, la comunicación y trato los tenía con Zacatecas y Aguascalientes”<sup>42</sup>.

El desarrollo de las vías de comunicación trajo consigo otros beneficios a la población, como fueron el correo, el telégrafo, el teléfono y, posteriormente, el Ferrocarril Central, factores que incidieron en el rápido crecimiento de la región, pero esto no hubiera sido posible sin el apoyo decidido y desinteresado del gobernador del estado, Gómez Cuervo, y de benefactores tan distinguidos y apreciados que fueron acreedores de la eterna gratitud del pueblo, como José María Alba, Manuel Mazuca, Pablo A. Ramírez y José G. Laris, los cuales donaron cuantiosos bienes en provecho de la ciudad. De Mazuca don Victoriano decía: “Bendito español que dejó íntegros sus

---

<sup>41</sup> Manuel J. Aguirre, *op. cit.*, p. 221.

<sup>42</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 40.

bienes para la instrucción de la niñez. En la escuela que mandó a establecer aprendí yo, andando el tiempo”.<sup>43</sup>

## 2.3 INFANCIA PROVINCIANA

Victoriano Salado Álvarez nació el 30 de septiembre de 1867; sus padres fueron Epifanio Salado y doña Elena Álvarez, fue hijo primogénito y llevó el nombre de su abuelo paterno Victoriano Salado Aguirre, figura con la que formó una simbiosis y de la cual se sentía orgulloso al afirmar que fue “un nieto mimado” que creció y fue protegido con amor filial.

Este timbre de orgullo fue tan profundo que recordaba que su abuelo había sido un hombre recto, que no tenía afanes de lucro; formó parte de los “liberales rojos”, juró la Constitución de 1857 a pesar de que era católico y amante de la fe.

Estos liberales “puros”, no tuvieron problema en manifestar sus convicciones políticas, aunque fueran católicos, algo quizá, mal visto en esos años, era la actitud que quería resaltar Salado Álvarez de su abuelo, al agregar que en 1864 se enfrentó a las fuerzas de Aquiles Bazaine.

Don Victoriano tenía una memoria privilegiada, recordaba que siendo niño su padre le había contado que antes de que él naciera ya existían dos grupos, liberales y conservadores. Los primeros, llamados “colorados, hacheros, exaltados o rojos”, y los segundos “mochos, cangrejos, recalcitrantes”, que luchaban por alcanzar distintos objetivos. Los liberales querían establecer un gobierno republicano y los conservadores implantar un Imperio, lo que dio como resultado una larga lucha de intereses entre ambos grupos, finalizando el conflicto con la caída y fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo.

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 51.

Al evocar a su pueblo, Salado traía a la memoria que Teocaltiche contaba con escribanos públicos desde el siglo XVIII, entre sus antepasados abundaron abogados y escribanos y sus bisabuelos tuvieron tres descendientes de estas profesiones, lo que nos permite afirmar que los Salado eran hidalgos, cultos, gentes de *státus*.

Lo mencionado lo podemos corroborar con lo que dice Richard Lindley: “entre los profesionistas, los abogados conformaban una elite social, que tenía una idea bastante desarrollada de su importancia”.<sup>44</sup> Y se reafirma en el listado de ocupaciones elaborado por dicho autor en el que señala: “los abogados, escribanos y notarios ocupaban los primeros lugares después de los curas y clérigos”.<sup>45</sup>

Victoriano Salado Álvarez fue un niño prodigio, en su niñez fue reservado, escéptico y sus primeros años fueron tristes porque sus inclinaciones eran distintas a las de los demás niños de su edad, a él le gustaba leer obras de autores nacionales y extranjeros, mientras los infantes no tenían la misma vocación, lo que nos lleva a comprender la aflicción que significó para su temperamento, es decir, un niño solitario, que no se divirtió, que no tenía amigos, seguramente.

Salado tenía presente que a los tres años ya sabía leer, que su madre doña Elena Álvarez le enseñó el *Silabario de San Miguel* y que todas sus tías abuelas fueron maestras, lo que le despertó curiosidad e interés por la lectura; agrega que prefería escuchar narraciones y leer “todo lo que me hallaba a la mano, lo mismo física que teología, que novela e historia sagrada o profana”.

Reconocía que los libros que más le llamaron la atención fueron:

*El Museo mexicano*, *La Religión denostada*, de Balmes, *Año cristiano mexicano* del editor Lara, *Los Gritos del infierno* del padre Boneta, *Robinsón Crusoe*, *Red Gauntlet* de Walter Scott, *El Manto verde de Venecia*, de Voltaire.

---

<sup>44</sup>Carmen Castañeda, coord... *Elite, clases sociales y rebelión en Guadalajara y Jalisco, siglo XVIII y XIX*, Guadalajara, Edit. El Colegio de Jalisco, Gobierno de Jalisco, Departamento de Educación Pública, 1988, p. 60.

<sup>45</sup>*Ibidem*, p. 65.

Otro hecho que contaba con gran detalle fueron las narraciones de su nana Albina Ruiz, pilmama que vivió en su casa durante cuarenta años. Decía que una de las cualidades de la empleada eran sus narraciones de aventuras extraordinarias, en las que estaban presentes gigantes, princesas encantadas, cíclopes malvados con sus extrañas vestimentas, animales voladores, brujos, etcétera. Aunado a esas aventuras, le encantaban los lugares donde se desarrollaban aquellas historias: palacios, lagunas o cuevas, y recalca que el toque no estaba en lo que decía su nana, sino en cómo lo decía, pues le “daba voz a cada escena que contaba, que era capaz de producir temor al imitar el rugido de las fieras o el clamor de los vientos”, pero lo que más le llamaba la atención eran los cuentos terroríficos y truculentos, como el del coyote y el de la luna, el de Barba Azul, la Llorona y la Pachona. Seguramente estas historias fueron importantes, pero no podemos asegurar que hayan influido en su futura labor de narrador; de lo que sí estamos seguros es de que aquel niño de cinco o seis años disfrutaba de aquellas narraciones que le hacían volar su imaginación por fantásticos lugares recreados en su mente.

## 2.4 PRIMERAS LETRAS

Nuestro autor y Manuel J. Aguirre coinciden en que Teocaltiche “ha tenido hijos agradecidos, tanto más distinguidos y apreciados, cuantos pocos han sido, y por ello más acreedores a la eterna gratitud del pueblo”.<sup>46</sup>

Dijimos líneas arriba que don Victoriano Salado recordaba el nombre de Manuel Mazuca porque mandó construir la “Escuela Nacional”, institución que albergó a la

---

<sup>46</sup> Manuel J. Aguirre. *Historia de Teocaltiche*. Guadalajara, Edit. Publicaciones del estado de Jalisco, 1918, p. 37.

niñez de Teocaltiche y en cuyas aulas Salado, como lo señala Aguirre, “bebió en las fuentes cristalinas”.

Sin embargo, la educación estatal resultó afectada en 1860 por el gobernador Pedro Ogazón, que el 2 de diciembre de ese año “clausuró tanto el Seminario como la Universidad, ‘por la perniciosa, anticuada y deficiente enseñanza que impartían’ y restableció el Liceo de Varones”.<sup>47</sup> Cabe señalar que la situación política, llevó al mismo mandatario estatal a suspender la educación en mayo de 1863, “por las mismas necesidades de la guerra”, fue en respuesta a la amenaza que representaba el arribo de las primeras fuerzas imperialistas al estado.

En medio del caos político el 19 de junio de 1863 fue nombrado gobernador el general José María Arteaga, que se dedicó a reclutar voluntarios en los diferentes cantones para hacer frente al avance de las tropas invasoras francesas.

En un ambiente de hostilidades, el comandante militar favoreció la educación al promulgar la Ley de Instrucción Pública en 1865 y un año después expidió el acuerdo que establecía que “en todos los pueblos hubiese una escuela primaria para que la educación tuviese una fiel aplicación”.

Esto indica que el estado debía tener el control de la educación pública básica; aunque había instituciones educativas religiosas y privadas al margen de su control. En 1867 el gobernador Joaquín Angulo decretaba “que la instrucción secundaria se recibe en el seminario conciliar, bajo el celo de los reverendos obispos. En él han de formarse hombres que han de hacer honor a la república con una instrucción clásica completa”, señalaba el documento, y para llevar a cabo esta tarea nombró regidor de escuelas a Manuel López Cotilla, quien realizó en favor de la educación primaria una labor destacada durante el tiempo que permaneció en ese lugar.

---

<sup>47</sup> Ramón García Ruiz. *Jalisco en el progreso de México, cronología jalisciense*. Guadalajara, Edit. Publicaciones del estado de Jalisco, 1947, p. 47.

Otro gobernador que dio gran impulso a la educación en Jalisco fue Antonio Gómez Cuervo, que en 1871 establecía que:

...la enseñanza pública costada por el Estado, se dividiría en primaria, secundaria y profesional. La primaria correspondía a las escuelas de primeras letras, la secundaria a los Liceos y la profesional al Instituto... con los fondos de instrucción secundaria deberían establecerse Liceos en las cabeceras de cantón, y en la ciudad de Guadalajara, capital del Estado, habría uno para hombres y otros para niñas, debiendo contar ambos con internado...Para entrar al Liceo de Varones se necesitaba poseer la instrucción suficiente, acreditada por certificaciones o examen en los ramos que se enseñaban en las escuelas de primer orden.<sup>48</sup>

Cuando Victoriano asistía a la primaria “Escuela Nacional”, Teocaltiche volvía a ser escenario de enfrentamientos entre el jefe político del pueblo, el coronel Rosendo Márquez y algunos conservadores que aún vivían en aquel lugar.

Márquez, militar reconocido por su participación en la Guerra de los Tres Años, en la Intervención francesa y el movimiento de Tuxtepec, que combatió al lado de Donato Guerra bajo las órdenes del general Ramón Corona, sostuvo varios enfrentamientos con los conservadores de Teocaltiche. Estos hechos violentos obligaron a la familia de don Victoriano a cambiarlo cinco veces de escuela: “la educación formal, sufrió los sobresaltos propios de la época”.<sup>49</sup>

En medio de estos sucesos de incertidumbre y luchas constantes, Victoriano Salado continuaba sus estudios primarios en diferentes escuelas. Recordaba que cuando finalizó la primaria su padre se enfrentó al dilema del qué hacer, porque en aquel lugar no existían otras posibilidades de estudios: “lo único que me quedaba era meterme de

<sup>48</sup> Cristina Sánchez del Real. *Informe del gobernador Antonio Gómez Cuervo, 1870-1871*, Guadalajara, Edit, del estado, p. 39.

<sup>49</sup> Alberto Vital. *Victoriano Salado Álvarez. Un porfirista de siempre. 1867-1931*. México, UNAM-Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002, p. 29.

estudiante y seguir carrera en el colegio que dirigía el cura del lugar don José María Rodríguez”.<sup>50</sup>

En ese colegio, Salado aprendió latín y un poco de griego, pero cuando cursaba el cuarto grado la institución cerró sus puertas. Entonces, sus padres lo inscribieron con el sacerdote Diego Galávis, de Teocaltiche, para que siguiera aprendiendo latín y griego, lenguas que llegó a dominar.

Finalizados los cursos, existía una sola opción, ir a estudiar a Guadalajara, ciudad a la que llegó en 1881. Después de un largo viaje recordaba Salado que al llegar a la perla tapatía la ciudad lo deslumbró, le pareció fascinante, llegando a compararla con la Atenas de Grecia: “lo que me hace amar a Guadalajara es algo material, telúrico, que radica en el aire, en la luz, en el aspecto de aquella tierra árida que comunicaba no sé qué sensación de paz, de tranquilidad y de placer y que se adentra en el ánimo y de él se adueña sin conseguir que esa imagen la borre otra”.<sup>51</sup>

Esta visión coincidía con la de otro literato amigo suyo, Enrique González Martínez, que describía aquella ciudad así:

Guadalajara era en aquellos años una ciudad limpia, sencilla y clara, con un provincianismo del mejor tono y con un ambiente de cultura digno de su historia y de su abolengo. Muy celosa de sus glorias, muy orgullosa de sus institutos universitarios, muy segura en mantener el centro de la cultura, en el occidente de la República, vivía confiada en su aristocracia, consciente de su seducción y sabedora de su belleza. El clima suave, el cielo color de añil, la belleza de sus mujeres, el encanto de sus serenatas, la profusión de sus flores y el olor de la tierra bañada por la lluvia completaban el cuadro de la vida tapatía. Pero había algo más que nadie podía disputarle: su ambiente artístico y literario.<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 37.

<sup>51</sup> *Op. cit.*, t. I, p. 37.

<sup>52</sup> Enrique González Martínez. *Obras completas, centenario de su nacimiento. Homenaje del Colegio Nacional*. Edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal, Edit. El Colegio Nacional, México, 1971, p. 654.

Aquella ciudad tenía todo lo que un joven inquieto buscaba, no sólo educación, sino también cultura, artes, vida literaria, y fue en Guadalajara donde Salado Álvarez empezaría a conocer personas que años más tarde habrían de ser de gran apoyo en su vida profesional.

## 2.5 LICEO DE VARONES

La cultura en Jalisco era desde antes que se creara el estado una de las prioridades de sus habitantes, por ello, Guadalajara se convirtió no solamente en centro cultural de Occidente por excelencia, sino también era el principal centro religioso, comercial y administrativo de la región.

El Liceo de Varones, cuyo antecedente fue el Seminario Conciliar de San José, institución fundada en 1700 por fray Felipe Galindo y Chávez, era una de las instituciones más destacadas de la República mexicana. Desde su creación, fue uno de los establecimientos docentes de más prestigio en Guadalajara, convirtiéndose en “el tronco del árbol genealógico literario del estado”. Por sus aulas pasaron lo más selecto de los profesores del estado, entre ellos destacan Jesús Ortiz, Agustín Rivera y San Román, José Luis Verdía, Ignacio L. Vallarta, José María Vigil, Pablo Gutiérrez, José Joaquín Castañeda, Manuel Mancilla, Emeterio Robles, Jesús López Portillo, entre muchos otros. Todos ellos, hombres doctos en sus cátedras. Sin embargo, la institución no fue ajena a los problemas políticos que se suscitaban en el estado.

El 27 de noviembre de 1823, el Congreso Constituyente de Jalisco recomendó al gobierno tomar medidas para que se establecieran “escuelas de primeras letras en los conventos”<sup>53</sup> un año después, se promulgó Constitución del estado y señalaba que el

---

<sup>53</sup> García Ruiz, *op. cit.*, p. 32.

Congreso debía formar un plan general de instrucción pública. El gobernador Prisciliano Sánchez, expidió el 26 de marzo de 1824 la Ley de Instrucción Pública que entre otros objetivos tenía, crear el Instituto de Ciencias de Guadalajara y dividir la enseñanza en primaria, secundaria, tercera y profesional.

El auge que estaba logrando la educación a través de diversos decretos, sufrió un retroceso cuando el mismo gobernante, decidió clausurar la Universidad, institución que junto con el Colegio de San Juan Bautista, formaban el Seminario Conciliar de Guadalajara. Prisciliano Sánchez argumentó que “no llenaba ya las funciones que les correspondía de acuerdo con la época”.<sup>54</sup> Quizá lo único que puede explicar su actitud, es que posiblemente se vio presionado por los liberales que en ese momento estaban redactando la Constitución federal republicana de 1824.

Esta decisión afectó el desarrollo cultural del estado porque sería la primera clausura que sufriría el establecimiento, además, de que la institución fue fundada sobre bases liberales; su plan de estudios comprendía materias de interés que seguramente correspondían a las necesidades de la época. Cabe señalar que el Instituto contaba con dos carreras: medicina y jurisprudencia. “Con la primera se sufragaría la carencia de médicos, y con la segunda se satisfacía la carencia de asesores y letrados para la debida y pronta expedición de los negocios”.

El latín era obligatorio e indispensable “para conocer el espíritu de los grandes filósofos, de hombres eminentes, de las máximas observaciones analizadas en el transcurso de muchos siglos”, por lo que esa materia se convirtió en una necesidad absoluta y que el joven Salado Álvarez aprendió en forma admirable.

La educación, al igual que otras actividades, sufrió contratiempos debido a la agitación política prevaleciente entre los partidos conservador y liberal, situación que no permitía el libre desarrollo de una institución cultural fuerte, estable. Prueba de lo

---

<sup>54</sup> Ibidem, p. 34.

anterior fueron las diferentes clausuras que sufrió la Universidad, y no fue hasta 1860 cuando el gobierno liberal de Pedro Ogazón decretó la extinción definitiva del Seminario de la Universidad porque consideraba que el Seminario “era un establecimiento de instrucción pública que no satisface las exigencias de la época”, por ello, la Universidad quedó clausurada definitivamente; fueron años difíciles que vivió el país y no se pensó en un nuevo restablecimiento de la institución.

No podemos dejar de señalar que el cierre definitivo de una institución de esa importancia resultó nocivo no solamente para el desarrollo de la cultura en Guadalajara, sino también para México. En 1858, durante la Guerra de Reforma, el gobierno del presidente Benito Juárez atravesaba por uno de sus peores momentos y, Guadalajara era ocupada por fuerzas extranjeras al mando del jefe imperialista Leonardo Márquez. Fue en ese año, durante el gobierno interino de Emeterio Robles, cuando se estableció el Liceo de Varones en el mismo edificio que ocupaba el Seminario Conciliar de Guadalajara.

A partir de esa fecha, el Liceo se convirtió en la institución cultural por excelencia, en la que se enseñaba latín, francés, inglés, gramática general y castellana, literatura, filosofía, geografía, matemáticas, física, teneduría de libros, dibujo natural y de perspectiva, pintura, esgrima y gimnasia.

Recordaba Salado que para ingresar a esa escuela presentó exámenes de conocimientos de latín y griego; una vez aprobados, quedó inscrito en aquella institución, donde destacó por su empeño. Juan B. Iguíniz señalaba que las cátedras iniciaban en octubre y los exámenes se presentaban en julio. Por último el bibliógrafo recalca que “los resultados eran magníficos de la enseñanza que ahí se daba”.

## 2.6 ESCUELA DE JURISPRUDENCIA

Concluidos los cursos en el Liceo de Varones, Salado ingresó en 1883 a la Escuela de Jurisprudencia de Guadalajara. Durante los seis años que permaneció en aquel lugar, Salado Álvarez fue un alumno destacado, lo que le valió para multiplicar sus relaciones personales.

Originalmente el joven Victoriano se había decidido por la medicina, pero pronto la abandonó porque un profesor quería una explicación memorizada del tema, lo que decepcionó al alumno de nuevo ingreso. Aquel incidente parece que no causó gran preocupación a nuestro autor, porque se inscribió en la Escuela de Leyes en aquella institución. Al respecto señala Alberto Vital: “la nómina de catedráticos y ex catedráticos revelaba la inmensa vinculación entre el magisterio superior y la política regional e incluso nacional, en esos años, tal vez en parte porque la nómina de profesores era escasas y sólo en señaladas instituciones eran muy notorias y daban prestigio a quienes aparecían en ellas”.<sup>55</sup>

Corroboran lo señalado Richard Lindley y Rodney A. Anderson, en el sentido de que los abogados eran una clase privilegiada y, Salado contaba con varios amigos que conoció cuando era estudiante y los asesoraba porque dominaba algunas áreas del derecho, de ahí que no debe sorprendernos por qué se decidió por la abogacía, que pronto le dio grandes satisfacciones aun siendo estudiante. Basta recordar la visita que realizó durante unas vacaciones a don Agustín Rivera en Lagos de Moreno, con quien mantuvo interesante conversación: “se sintió halagado al saber que yo había leído sus escritos.”<sup>56</sup>

---

<sup>55</sup>Alberto Vital, *op. cit.*, p. 35.

<sup>56</sup>Memorias, t.I, p. 132.

Asimismo, en aquella época conoció a uno de sus profesores, el licenciado Jesús López Portillo, con quien mantuvo un estrecho lazo de amistad y gratitud y con quien colaboraría ampliamente en la revista *La República Literaria*.

## CAPÍTULO 3

### EL PERIODISTA:

#### 3.1 LA PRENSA DE GUADALAJARA

Hemos señalado en páginas anteriores el linaje de la familia Salado, en la que existieron profesores, abogados y escribanos, es decir, gente con cultura. Salado Álvarez recordaba que en las reuniones familiares su padre decía: “según lo leí en *El Siglo* o lo trae *El Monitor* que llegó ayer”, y recalca que quienes hacían esos comentarios eran “personas más informadas y de más peso”. Asimismo, tenía presente haber leído en los folletines de *El Siglo XIX* “obras de Galdós, Alarcón, Valera, Ortega, Munilla y otros muchos españoles y franceses”. Estas publicaciones eran periódicos de la ciudad de México porque: “El periodismo en Guadalajara data de los primeros años del siglo XIX, las causas que retardaron su introducción y desarrollo fueron, por una parte, el aislamiento de la ciudad, no obstante su importancia política, su lejanía y falta de comunicaciones y, por otra parte, la carencia de una oficina tipográfica”.<sup>57</sup>

Para conocer el porqué de la falta de una imprenta en Guadalajara, consulté otras fuentes y casi todas coinciden en que se debió, a que gran parte de lo que se leía en periódicos eran publicaciones de la capital del país o reimpressiones elaboradas en España, ya que el primer taller topográfico que existió en esa ciudad, data de 1821

---

<sup>57</sup> Juan B. Iguíniz. *El periodismo en Guadalajara, 1809-1915*. Guadalajara, Edit. Universidad de Guadalajara, 1955, p. 6.

propiedad del español José Fruto Romero, convirtiéndose en el principal impresor de folletos. Una razón que explicaría lo anterior, es que desde que llegaron los primeros españoles a la Nueva Galicia se preocuparon por cuestiones políticas, administrativas, trayendo consigo la información, no existen datos de que hayan publicado algún documento en el estado. Otro factor que seguramente influyó fue la expulsión de los jesuitas en 1767, orden que se preocupaba por expandir la cultura en los lugares donde se establecía.

Ante tal desventaja “los guadalajarenses recurrieron a los sistemas rudimentales de información, es decir la correspondencia particular”. Pero este problema pronto se solucionaría cuando apareció la *Gazeta de México*, “cuando el periodismo apareció en la *Gaceta de México*, el verdadero periodismo ya estaba cubierto de “ponchtli” [ramas] como los colosales sabinos de los bosques vírgenes”.<sup>58</sup>

La aparición de la *Gazeta* coincidió con la llegada de la primera imprenta de Guadalajara en 1809 y dio como resultado el primer periódico de esa ciudad: el denominado *Semana Patriótica*. A partir de esa fecha, podemos decir que Jalisco se convirtió en uno de los estados con mayor número de publicaciones: científicas, oficiales, literarias, religiosas, entre otras.

Juan B. Iguíniz señalaba que en 1854 existían 12 títulos de periódicos, y a su vez, surgieron una pléyade de redactores de diferentes tendencias políticas: liberales, conservadores y radicales. Al mismo tiempo que surgieron otros diarios sobresaliendo los periodistas Miguel Cruz Aedo, don José María Vigil, Remigio Tovar, Manuel Mancilla, Clemente Villaseñor, Ireneo Paz, Manuel Puga y Acal, Emeterio Robles, José López Portillo, Antonio Zaragoza, Alberto Santoscoy, Niceto de Zamacois, Francisco Granados Maldonado y el propio Victoriano Salado Álvarez, por mencionar algunos.

---

<sup>58</sup> Victoriano Salado Álvarez. “El periodismo” en *Antología de crítica literaria*. México, Edit. Jus, p. 355.

Solamente una mujer se desarrolló en esta área brillando con luz propia Esther Tapia de Castellanos. Con estos personajes Salado llegó a entablar una estrecha amistad a través de los años, y en algún momento, en el desempeño de esta actividad, trabajó en las redacciones de los periódicos *Diario de Jalisco* y *Juan Panadero*, en los que nuestro autor escribió gacetillas, trabajos que constituyen el inicio de una labor que habría de perdurar toda la vida y cuyos frutos aún no se han reconocido cabalmente.

### 3.2 INICIO EN EL PERIODISMO

Victoriano Salado recordaba en sus *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo* que antes de escribir en periódicos había publicado algunos “versillos amatorios”. Esta etapa poco conocida de nuestro autor quizá nos sorprenda, pero podemos entenderlo porque, como todo joven, se enamoró de algunas damas del medio artístico, y reconoció que esos versos “casi siempre estaban dedicados a actrices, pues desde muchacho gustaba de la farsa y era aficionado a la farándula”. Prueba de lo anterior fueron los versos dedicados a la tiple de zarzuela Caritina Delgado.

Con tu canto nos encantas,  
Que hay tal encanto en tu canto,  
Que es preciso ser un santo  
Para no echarse a tus plantas,  
Nos das emociones tantas  
Con tu garganta argentina  
Que al oírle, Caritina,  
Y al mirar tu hermoso tipo,  
Todos quieren ser el Pipo  
De tan hermosa Betina.<sup>59</sup>

---

<sup>59</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo*, p. 97.

Llama la atención el poema que publicó en *La República Literaria* en marzo de 1888 con el título de “Confesión”, mismo que se repite en *Juan Panderó* en octubre de 1889, y lo titula “A”...

Aunque el silencio tu rigor me excita,  
Te he decir mis quejas anhelantes;  
Deja que ardiente el labio te repita  
Lo que los ojos te dijeron antes.

Que te adoro orgulloso al mundo digo!  
Si tú me hieres, sin cesar te llamo,  
Si cruel me maldices, te bendigo,  
Si implacable me odias, yo te amo.

¿Piensas que tus desdenes y tu olvido  
Arrebatan á mi alma la pujanza?  
Yo, mi bien, como Ajax, sólo pido  
La luz para luchar, pido esperanza.

¡Me aborreces! ¡Cuando negro es mi destino!  
Mi adoración te inspira sólo risa;  
Mas ¿qué importa? ¿la rosa del camino  
No perfuma la planta que la pisa?

¡No te he de maldecir! ¡tu amor me inunda  
De penas y de dichas tan hermosas!  
¿Al sol maldeciré porque fecunda  
A la par las espinas y las rosas?

¡Jamás te olvidaré! Nunca ruinas  
El pobre corazón quedará yerto.  
¿El camino del cielo no es de espinas?  
¿No se encuentra Canán tras del desierto?<sup>60</sup>

Salado Álvarez tenía presente que escribió algunos artículos con seudónimos que “produjeron tal escozor en el delicada epidermis tapatía” que decidió hacer pedazos otros, no sólo para que no se supiera que él era el que los había escrito, sino que “había algunos que eran copias de otros autores”, por lo que no quiso dejar rastro alguno de ellos. También recordaba equivocadamente que se había iniciado en el periodismo en agosto de 1898, olvidando que diez años antes había empezado a escribir gacetillas en el *Diario de Jalisco*. “una tarde me llegaba una tarjeta de D. Tomás Gómez... que decía ‘Amigo señor Salado. Don Rafael León necesitaba una gacetillero para el *Diario de Jalisco*. No sé detalles de sueldo y tiempo de duración del trabajo; pero puede arreglarlo todo viendo al director, que sabe y aprueba esta diligencia mía’.<sup>61</sup>

Lo anterior se corrobora con la fecha de la tarjeta “11-I-88”, y afirmamos que Salado empezó a escribir en enero de ese año la gacetilla del *Diario de Jalisco*, periódico independiente, defensor de los intereses comerciales, agrícolas e industriales del estado, cuyo propietario era el señor Rafael León. En la primera página anunciaba las condiciones del periódico: “se publicará todos los días excepto los siguientes a los festivos. El costo era de 65 tlacos (moneda de uso en esos años) en Guadalajara y 1.5 en el extranjero”. Como todo periódico serio contaba con un Consejo de redacción constituido por destacados jaliscienses, entre ellos: Emeterio Robles Gil, Luis Pérez

---

<sup>60</sup> Victoriano Salado Álvarez, “A”, *Juan Panadero*, 13 de octubre de 1889, Guadalajara, p. 3.

<sup>61</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, t. I, p.255.

Verdía, Tomás V. Gómez, Rafael López, Gabriel Castaños, Carlos F. Landero y Perfecto G. Bustamante. La gacetilla era un género que don Victoriano no había ejercido y sobre la que decía: “la gacetilla era lo que la gente buscaba... pero todavía no se ha hecho justicia a los gacetilleros, que eran los que conducían el periódico, le daban interés al periódico y constituían la gracia, la entraña y la sal del periódico”.<sup>62</sup>

Para escribir gacetilla se requería de singulares virtudes como: inteligencia, gracia, talento y una memoria privilegiada; además, enterarse de todo lo que estaba aconteciendo en la ciudad en los aspectos económico, político, social, cultural, etcétera, amén de llevar una vida social muy activa, porque para escribir este género se requería ser cronista, reportero, poeta, filósofo y humorista, conocer de religión, poseer una cultura amplia y contar con muchos amigos que le informaban de todo lo que sucedía: “yo exprimía toda mi conciencia y toda mi habilidad para decir aquello...que no debía decir y necesitaba decir con frases galanas envueltas en trapos elegantes y floridos”.<sup>63</sup>

La labor de Victoriano Salado como gacetillero consistía en informar sobre diversos aspectos de la ciudad y del estado principalmente. Las gacetillas ofrecían detalles y características de los acontecimientos ocurridos en aquellos años. Durante los once meses que trabajó en el *Diario de Jalisco* escribió decenas de gacetillas que hicieron el deleite de todos los que leían ese periódico. Por ejemplo, la dedicada a la visita de Juan de Dios Peza a Guadalajara.

En ella describía desde la llegada del poeta a suelo tapatío, la comida ofrecida en su honor por el gobernador y general Ramón Corona y los platillos que deleitaron a los que asistieron al evento.

---

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 255.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 256.

Finalizada la primera parte, Salado Álvarez evocaba las palabras que pronunciaron algunos oradores en el brindis, resaltando los elogios del anfitrión a tan distinguido visitante:

La alocución del Sr. General Corona fue referente al tiempo que estuvo en España y a la hora en que en aquella culta nación dio a la nuestra su digno hijo el señor Peza, objeto de altos elogios de parte de las eminencias literarias de España. El señor Peza contestó en una fluidísima alocución de la que no supimos qué admirar más: si la facilidad y corrección de la frase, las imágenes brillantes y hermosas de que estuvo salpicada o los nobles pensamientos que expresó; refiriéndose especialmente con modestia que lo honra, “a que todo lo que pudo valer” en España, lo debió a los buenos consejos y cariño que allí, como en todas partes, le concedió el señor General Corona.<sup>64</sup>

Al otro día se realizó la velada literaria en el Liceo de Varones, evento que fue organizado por la prensa de Guadalajara. Al acto lírico-literario asistieron destacados hombres de letras como la señora Esther Tapia de Castellanos, don Manuel Puga y Acal, Jesús Acal Ilisaliturri y Manuel M. González.

Escribía que cada uno de los personajes mencionados leyeron poesías al visitante, y que la velada estuvo tan concurrida que el salón donde se realizaba el evento resultó insuficiente por la cantidad de jóvenes que asistieron: “todo el centro estaba ocupado por multitud de señoritas que hacían del recinto un verdadero jardín de las más lozanas flores y en el asiento que rodea el salón estaban sentados los distinguidos y elegantes caballeros”.<sup>65</sup>

Estamos seguros que el joven Victoriano disfrutaba de aquellas reuniones, porque convivía con el gremio y recordaba los años en que estudió en el Liceo de Varones,

---

<sup>64</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Bellísima fiesta”, *Diario de Jalisco*, 12 de febrero de 1888, p. 4.

<sup>65</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Velada literaria”, *Diario de Jalisco*, 19 de febrero de 1888, p. 4.

además de que en esa ocasión escuchó recitar a Peza: “tan bien como siempre sabe hacerlo sus bellísimas composiciones *El culto del abuelo* y *En vela* fueron estrepitosamente aplaudidas”.<sup>66</sup>

Durante los días que Peza permaneció en Guadalajara, los tãpatíos lo colmaron de atenciones y agasajos: “de otro modo no podía ser pues sus altas dotes de inteligencia y de corazón la hacían merecedor de todo aprecio”.<sup>67</sup>

Otro acontecimiento importante que despertó el interés de la población fue la llegada del ferrocarril a Guadalajara; la prensa “es uno de los cuerpos que deben mostrar ser los primeros en solemnizar la llegada del ferrocarril”. Salado consideraba que aquel acontecimiento no debía pasar desapercibido, de ahí que proponía: “no se diga que la prensa de Jalisco ve con poco entusiasmo el advenimiento de una mejora de las más importantes y significativas para un pueblo, en los tiempos modernos”.<sup>68</sup>

Y aunque el gobierno del general Corona y el pueblo de Guadalajara participaban con “mucho animación”, Salado insistía en el papel que debía desempeñar la prensa ante la llegada del ferrocarril, “nuncio de progreso, para nuestro estado”.

Finalmente, aquel “monstruoso corcel de entrañas de volcán a cuyas espaldas cabalgando se aproxima” fue inaugurado el 15 de mayo de 1888 por el gobernador, general Ramón Corona, y el ministro de Fomento, Manuel Doblado. Esa fecha resultaba importante por lo que significaba en sí el acontecimiento y por los beneficios que traería aparejados la introducción del ferrocarril en la región occidental del país.

El *Diario de Jalisco*, interesado en informar a sus lectores, publicó al otro día la tarifa de Guadalajara a otras ciudades a donde llegaba aquel “monstruoso corcel”,

---

<sup>66</sup> *Ibidem.*, p 4.

<sup>67</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Muy pronto”, *Diario de Jalisco*, 22 de febrero de 1888, p. 3.

<sup>68</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Que se hará”, *Diario de Jalisco*, 23 de febrero de 1888, p. 4.

como llamaría Salado al ferrocarril. Tampoco se podían negar los beneficios que traía consigo al país la línea férrea, como dijimos, fue sinónimo de progreso y desarrollo.

Su labor de gacetillero sirvió para penetrar en temas diferentes, por ejemplo el religioso, cuando escribió sobre la celebración del quincuagésimo aniversario de la ordenación del arzobispo Pedro Loza, máximo jerarca de la Diócesis de Guadalajara. Escribía que el acontecimiento, por su importancia, congregó a una “concurcencia numerosísima”, la catedral de la ciudad resultó insuficiente para el número de feligreses que asistieron a la celebración, “toda la función tuvo un carácter de grandiosidad augusta que cautivaba el ánimo”.

Otra gacetilla relacionada con la celebración que escribió decía: “ayer en la mañana asistieron al Arzobispado sesenta niñas de las mejores familias de esta ciudad vestidas de blanco y ofrecieron al Excelentísimo señor Loza hermosas flores naturales. También asistieron muchas señoritas y caballeros a presentar sus respetos y plácemes al ilustrado prelado”.<sup>69</sup>

Para concluir aquel festejo, el *Diario de Jalisco* anunciaba a sus lectores que “se expondrían al público los obsequios, que eran muchos y de muy buena calidad”.

Continuando con la cuestión religiosa, ésta no escapó al interés de don Victoriano cuando hace un llamado a los católicos para profundizar en el significado de la Semana Santa. Empieza por describir las ceremonias que se realizaban en los templos “para celebrar los misterios de la redención del hombre por el sublime enviado de Dios a la tierra”.

Por último, confesaba que las ceremonias: “despiertan en el ánimo un no sé qué, un vago sentimiento de religioso pavor que obliga inconscientemente a doblar la rodilla y a entregar el espíritu a serias y trascendentales reflexiones”.<sup>70</sup>

---

<sup>69</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Sigue cumpliéndose”, en *Diario de Jalisco*, 21 de marzo de 1888, p. 3.

<sup>70</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Días santos”, en *Diario de Jalisco*, 30 de marzo de 1888, p. 2.

En el aspecto cultural, nadie dudaba de la amplia y variada erudición cuando comentaba o criticaba obras de autores conocidos y recomendaba a los lectores visitar librerías como la de don Carlos Bouret, que contaba con “un excelente surtido y variedad de obras de todas clases”. Reconocido entre otras cosas por su hábito a la lectura, diversos autores de libros le enviaban constantemente sus obras, como Alberto Santoscoy con *Efemérides del Estado de Jalisco*, Antonio Fernández Grilo, con *La Muerte de Jesús*; don Agustín Rivera con *Principios críticos sobre el virreinato de la Nueva España y la Revolución de Independencia*, o Máximo D. De Gironella con la obra *De la propiedad literaria*. Posteriormente Salado emitió su juicio sobre las mismas, lo que servía para mantener el interés de sus lectores, los cuales podían comprender si merecía la pena o no leer la obra comentada.

Por ejemplo, del libro de Rivera y San Román escribió: “la obra mencionada encierra un asunto de alto grado interesante y está bien escrita como todas las que produce el talento del ilustre señor Rivera”.<sup>71</sup>

Efemérides importantes de nuestra historia también sirvieron a nuestro autor para escribir sus gacetillas. En ellas puntualiza las fechas y los hechos militares y políticos más importantes de México como : el 5 de febrero, promulgación de la Constitución de 1857; el 3 de abril, la toma de Puebla por las fuerzas republicanas; el 5 de mayo, aniversario de la batalla de Puebla, etcétera.

“La Mohonera” fue una de las primeras gacetillas en las que escribió Salado. En ella destaca el valor del general Ramón Corona y de los jefes y soldados que se enfrentaron al temible Manuel Lozada cuando invadió aquella ciudad:

Hoy se recuerda por todos con horror el estado de pánico que se había apoderado de Guadalajara al saberse en 1873 la aproximación de los indios

---

<sup>71</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Gracias, hemos recibido un ejemplar”, en *Diario de Jalisco*, 9 de junio de 1888, p. 3.

de Alica, mayor gratitud se experimenta hacia quien supo con su valor y pericia rechazarla. Por eso elevan las expresiones de felicitación a uno de los principales héroes de aquella jornada, el General Corona".<sup>72</sup>

Otra gacetilla que resaltaba su labor en este género fue la del 5 de mayo, que conmemoraba el triunfo del general Ignacio Zaragoza sobre las fuerzas francesas en Puebla. Salado señalaba:

La fecha de hoy, en materia de patriotismo no creemos que tengan más los editorialistas que los gacetilleros y por lo mismo dedicamos estas primeras líneas de la gacetilla de hoy al grato recuerdo del triunfo que hace veintiséis años alcanzó el valor de nuestros soldados, nacido del derecho y del amor santo a la patria, sobre las huestes francesas que la traición acarreó a nuestros lares. Cuanto más superior fueron esas huestes en número y en disciplina a las mexicanas, mayor es la gloria de éstas; y el nombre del modesto y valeroso caudillo que las dirigió, brilla más y más a medida que los años van pasando.<sup>73</sup>

Por último, como principiante en el periodismo, la gacetilla le sirvió para denunciar a los que no compraban periódicos, reprochándoles:

El editor y redactores del *Diario de Jalisco*, a todos los suscriptores y compradores del mismo periódico, se hace saber: que queda prohibido en lo sucesivo prestar número alguno a ningún lector de los llamados guaguieros a quienes duele gastar cuartilla en leer y dicha prohibición se funda en la tinta con que desde hoy imprimimos el Diario, es de tal naturaleza, que a los lectores que pagan ningún daño les causa y a los guaguieros les produce

---

<sup>72</sup> Victoriano Salado Álvarez. "La Mohonera", en *Diario de Jalisco*, 28 de enero de 1888, p. 3.

<sup>73</sup> Victoriano Salado Álvarez. "La fecha de hoy", en *Diario de Jalisco*, 5 de mayo de 1888, p. 3.

inflamación en los ojos y punzadas en la cabeza. Por bien de los mismos guaguñeros, cúmplase pues con lo que ordenamos.<sup>74</sup>

A punto de concluir este periodo de su vida, Salado da un consejo al sonetero del *Diario*, recomendándole “no fatigar a los lectores” por no pagar la suscripción. Finalmente, aquella época habría de terminar el 7 de noviembre de 1888, cuando el *Diario* informaba:

A causa de sus numerosas ocupaciones ha tenido que separarse de esta redacción el inteligente joven señor don Victoriano Salado Álvarez. Deploramos que su pluma, elegante y correcta, no continúe prestándonos su valiosa cooperación; pero ya que esto es preciso le mandamos en estas líneas el testimonio de nuestra gratitud, deseándole en todas empresas un éxito feliz.<sup>75</sup>

La salida de Victoriano Salado del *Diario de Jalisco* se debió a dos motivos: primero, a los problemas que tuvo con el propietario del periódico, don Rafael León: “yo concluí reñido con aquella excelente familia porque Rafael se dio a llamarme mentiroso y trepalón” porque publicaba noticias de la Prensa Asociada en la edición jalisciense de *El Mundo*, y segundo, porque preparaba su examen de abogado.

A pesar de las causas que motivaron la separación, Salado siempre tuvo buenos comentarios del señor León: “era digno de recuerdo el hombre que dotó a Jalisco del primer periódico serio..”.<sup>76</sup>

Debemos señalar que el problema entre Salado y el propietario del *Diario* se debió, porque nuestro autor, no le comunicó a su jefe que estaba realizando un trabajo para

---

<sup>74</sup> Victoriano Salado Álvarez. “No ha hecho tanta gracia el suelto anterior”, en *Diario de Jalisco*, 18 de marzo de 1888, p. 3.

<sup>75</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Lo sentimos”, en *Diario de Jalisco*, 7 de noviembre de 1888, p. 3.

<sup>76</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, t. I, p. 258.

*El Mundo* que formaría parte de una edición especial sobre los acontecimientos que se desarrollaban en la isla de Cuba entre las fuerzas españolas y estadounidenses por el control de ese país.<sup>77</sup>

Ese trabajo periodístico había sido encomendado a cuatro personas: Victoriano Salado Álvarez, su hermano José, Antonio Pérez Verdía y Gilberto Jaso.

Por el número reducido de colaboradores y la importancia de la información, *El Mundo* fue muy celoso a la hora de seleccionar las notas que “diariamente enviaban por correo ordinario, con una plana destinada a las noticias locales y otra, con información extranjera, la cual se imprimía en Guadalajara”.<sup>78</sup>

Otro factor que seguramente influyó en la ruptura entre ambos personajes fue el hecho de que el señor León, que era originario de Málaga, España, consideraba que correspondía a su periódico informar de aquellos acontecimientos y criticaba a los otros diarios de Guadalajara por publicar información de procedencia norteamericana, por considerarla contraria a la causa española. Esta doble labor periodista no interfería entre el *Diario de Jalisco* y *El Mundo*, porque mientras en el primero Salado Álvarez escribía gacetillas, en el segundo transcribía noticias de la Prensa Asociada relacionadas con el acontecimiento bélico de ese momento.

Finalmente este problema se resolvió en 1898, cuando quedó aclarado en el breve resumen en el pie de página anterior. Pero lo que resultaba más significativo era que Salado Álvarez resumía las principales noticias de los diferentes diarios, dividiéndolos de acuerdo con su filiación política. Los independientes eran: *El Monitor Republicano* y el *Diario del Hogar*. Los ministeriales: *El Partido Liberal*, *La Patria*, *El Universal*, *El Siglo XIX*, *El Ferrocarril* y *El Pabellón Nacional*. Los católicos: *El Heraldo*, *El*

---

<sup>77</sup> Después de lograr su autonomía de las Cortes Españolas en 1837, Cuba se enfrentó a una guerra civil (1868-1878), logrando restablecer su autonomía y la esclavitud en 1886. Nueve años más tarde en 1895, inicia la insurrección por la independencia y termina con la participación de los Estados Unidos en 1898. España cede sus derechos sobre Puerto Rico, Filipinas y Cuba. Un año después, Cuba queda bajo la “protección” de los EU.

<sup>78</sup> Juan B. Iguiniz, *op. cit.*, t. II, p, 269.

*Tiempo, La Voz de México y El Nacional* y, finalmente, los periódicos extranjeros: *El Diario Español* y *Le Trait d' Union*.

El diario *El Español* apoyaba a sus compatriotas en la posesión de la isla de Cuba por parte de España, mientras que *Le Trait d' Union* llenaba sus columnas con interesantes noticias europeas de los acontecimientos de la guerra entre Estados Unidos y España.

*El Mundo* informaba que algunos periódicos no se publicaban los domingos, al mismo tiempo los editores aprovecharon para comunicar algunos otros datos interesantes, por ejemplo:

*El Partido Liberal*, editado por el señor Apolinar Castellanos, senador, escrito por varios diputados, *El Siglo XIX*, dirigido por el señor Francisco Bulnes, diputado y catedrático en la Escuela de Minas. *La Patria*, propiedad del señor Ireneo Paz, diputado y dirigido por el hijo de dicho señor, empleado de la Suprema Corte de Justicia Militar. *La Paz Pública*, director Federico Fusco, comandante del Ejército. *La Federación*, lo dirige Joaquín Trejo, diputado a la legislatura del Estado de México.<sup>79</sup>

Por último, cuando los responsables de elaborar aquellos datos, entre ellos don Victoriano Salado, consideraban que la información de algún periódico no valía la pena, decían el nombre del periódico y señalaban: “no trae nada de particular ningún elogio para el Gobierno Federal o de los Estados que merezca especial atención”. Por lo se refiere a la prensa extranjera, “casi todos siguen la costumbre mexicana de llenar sus columnas con mera literatura, lo que no da para esta sección”.<sup>80</sup>

En 1898 al terminar la guerra entre los dos países la sección de *El Mundo* fue suspendida y Victoriano Salado Álvarez se había ganado un lugar respetable en el medio periodístico de Guadalajara.

<sup>79</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Información interesante”, *El Mundo*, 9 de diciembre de 1888, p. 1.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 3.

Poco tiempo duró Salado sin empleo, inmediatamente continuaría escribiendo en el mismo género de la gacetilla, pero ahora en *Juan Panadero*, el “famoso semanario antivallarta camereno y riestrista”.

Publicación que surgió el 2 de abril de 1871, fundada por el presbítero Felipe de Jesús Pedroza. Este diario famoso y amparado por el lema de “por la razón o la fuerza”, ocupó un lugar importante en la prensa independiente de Guadalajara; su editor fue Remigio Carrillo.

El programa de *Juan Panadero* estaba sintetizado: “seminario político y de actualidades, cosquilloso, retozón y amante de la gresca; se expende en la calle y vale un tlaco; ofrece sus columnas a todos los anti-reeleccionistas; se declara hijo adoptivo del “titiritero”, porque no puede haber títere sin un *Juan Panadero*”.<sup>81</sup>

Los fines que persiguió esta publicación desde su origen fueron muy claros: primero, preparar la candidatura del general Porfirio Díaz a la Presidencia de la República; segundo, oponerse a la reelección de don Benito Juárez, y tercero, combatir al gobernador del estado, Ignacio Luis Vallarta, y al jefe del Ejército del Occidente, general Ramón Corona.

Por su carácter independiente *Juan Panadero* atacó a todos los gobernantes de la nación y del estado:

Escrito con chispeante sátira y con temerario valor, llegó a ser durante mucho tiempo el periódico más popular de cuantos han existido en Jalisco, y su fama voló más allá de los confines de la República, fue uno de los más perseguidos y sus redactores sufrieron no pocos atropellos, y en frecuentes ocasiones, unas con justicia y otras sin ella, purgaron en la cárcel sus excesos de valor.<sup>82</sup>

---

<sup>81</sup> *Juan Panadero*, Guadalajara, 1889, p. 1.

<sup>82</sup> Juan B. Iguíniz. *El periodismo en Guadalajara, 1809-1915*, Guadalajara, t. I, p. 135.

Por la importancia y la fama con que contaba escribieron “todo el que tenía habilidad o por lo menos deseos de escribir”, entre los que destacaban Emeterio Robles Gil, Juan Zelaya, Clemente Villaseñor, José López Portillo y Rojas, Luis Pérez Verdía, Ricardo Portearroyo, Pablo Ochoa, Ignacio Matute, Manuel Álvarez del Castillo, Antonio Becerra y Castro y Puga, Fernando Navarro y Valverde y, por supuesto, nuestro personaje, Victoriano Salado Álvarez.

Al lado de aquel grupo de intelectuales y distinguidos jaliscienses, Salado recordaba: “yo pasé por *Juan Panadero* en los últimos días del general Corona y permanecí en la redacción algunas semanas del gobierno de Bárcena”.<sup>83</sup>

Estamos seguros de que la amistad con todos esos personajes, la relación diaria con ellos, el ambiente de que disfrutaba y, sobre todo, el dinero que ganaba, “treinta pesos por la gacetilla”, fueron elementos que influyeron para que éstas crónicas se refirieran a “tonterías y ocurrencias lugareñas, rematando todo con una coplilla que resumía el caso, una especie de moraleja o post fabulación que no tenía maldita a Dios la gracia”, tuvieron mayor popularidad.

Reconocía que al principio no se notaba la diferencia entre el estilo de escribir la gacetilla de uno y otro periódico, una de las primeras gacetillas se refirió a la representación de la obra *Don Juan Tenorio*, del español José Zorrilla. Salado, sin ser crítico de espectáculos pero sí conocedor de la literatura española, narró los pormenores de la obra, la interpretación de los personajes y, sobre todo, opinó favorablemente de la puesta en escena.

También escribió sobre los más diversos temas, como la inauguración de la Alameda, las fiestas en la Escuela de Medicina, etcétera. Pero donde se desenvolvía con mayor soltura era cuando resaltaba algún aspecto literario, como fueron las visitas a Guadalajara de José Peón y Contreras y Gonzalo A. Esteva.

---

<sup>83</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 254.

Del poeta yucateco describió su estancia en la ciudad y las atenciones recibidas por parte de los literatos tapatíos; de Esteva escribió acerca de su participación en la entrega de premios a los alumnos más destacados de la Escuela de Medicina, aludiendo de paso a un problema de la institución: “el cambio de profesores suele traer inconvenientes; pero tratándose de facultativos de tan notoria ilustración como los que nos ocupan, no sucede así, pues todos son capaces de enseñar con igual perfección un ramo cualquiera de la ciencia médica”.<sup>84</sup>

Pero el acontecimiento que acaparó las noticias de todos los periódicos y, por supuesto de los gacetilleros, fue el asesinato del general Ramón Corona. Aquel doloroso suceso parece haberle afectado, al señalar que lo unía una gran amistad con el occiso y que al conocer la noticia de la muerte del general quedó profundamente impresionado. Sobre el acontecimiento escribió:

En la Escuela de Medicina se piensa levantar en uno de los jardines un monumento en la memoria del señor general Corona, que tanto empeño tomara en el progreso de este establecimiento. Muy loable es el propósito de los miembros de la referida escuela, los alumnos del plantel propusieron que el nombre del general lo lleve una importante avenida de la ciudad.<sup>85</sup>

Al pasar los años, aquella amistad no se olvidó, cuando escribió *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo*, Salado recordaba la toma de protesta como gobernador del general Corona: “fue admirable la popularidad y el entusiasmo con que se recibió a Corona en Guadalajara...el discurso inaugural era el de un hombre que creía de veras en la democracia y en todas esas bellas necedades que en su tiempo eran corrientes”.<sup>86</sup>

---

<sup>84</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Cambio de cátedra”, *Juan Panadero*, 20 de noviembre de 1889, p. 3.

<sup>85</sup> Victoriano Salado Álvarez. “El asesinato del gobernador del estado”, *Juan Panadero*, 10 de noviembre de 1889, p. 3.

<sup>86</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. II, p. 88.

Por lo que se refiere a la libertad de prensa durante el gobierno de Corona, Salado escribió: “fue tan efectiva en su tiempo, que los periódicos lo hostilizaron sin cesar, y jamás pensó en poner mano en ninguno de ellos, ni menos en castigar a los redactores o empresarios; sí se los atraía con su natural benevolencia y sin ejercer sobre ninguno de ellos venganza ni enojo”.

En esos días la prensa seguía publicando todo lo referente a la muerte del general Corona. Salado escribía en sus gacetillas que las misas “por el alma que pasó a otro mundo mejor” se celebraban en la Catedral con la asistencia de numerosas personas. Es decir, que las muestras de simpatía hacia la familia Corona se continuaban prodigando. Finalmente señalaba que se había formado una comisión integrada por los señores licenciados Luis Pérez Verdía, Joaquín Silva y José López Portillo y Rojas que: “salieron para México, con el fin de dar al H. Cuerpo Legislativo de la Unión y al C. Presidente de la República un testimonio de gratitud en nombre del Congreso y del Gobierno del Estado, por sus manifestaciones de condolencia con motivo del fallecimiento del señor general Corona”.<sup>87</sup>

Transcurrido el tiempo, notamos un cambio radical en la línea editorial de las gacetillas, quizá porque los temas sobre los que escribía eran diferentes, o porque así convenía al periódico:

¡Qué les sucede, apaceros,  
Que no me mandan la mosca?  
No puedo hacer ni una rosca  
Si no cuento con dineros.  
Aquí me han dejado en cueros  
Los maldecidos ingleses  
Y se va a vencer mis arneses

---

<sup>87</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Sale Comisión a la Ciudad de México”, *Juan Panadero*, 20 de noviembre de 1889, p. 3.

Sin ninguna compasión.  
La feroz Recaudación,  
Pues le adeudo algunos meses,  
Me tienen a ración de hambre,  
Limosna voy a pedir;  
Con lo que me hacen sufrir  
Estoy flaco como alambre.  
De mis hijos el enjambre.  
Me sigue enojado y fiero...  
Cáiganse con el dinero  
Que por la buena les pido,  
Y quedará agradecido  
Su amigo. *Juan Panadero*.<sup>88</sup>

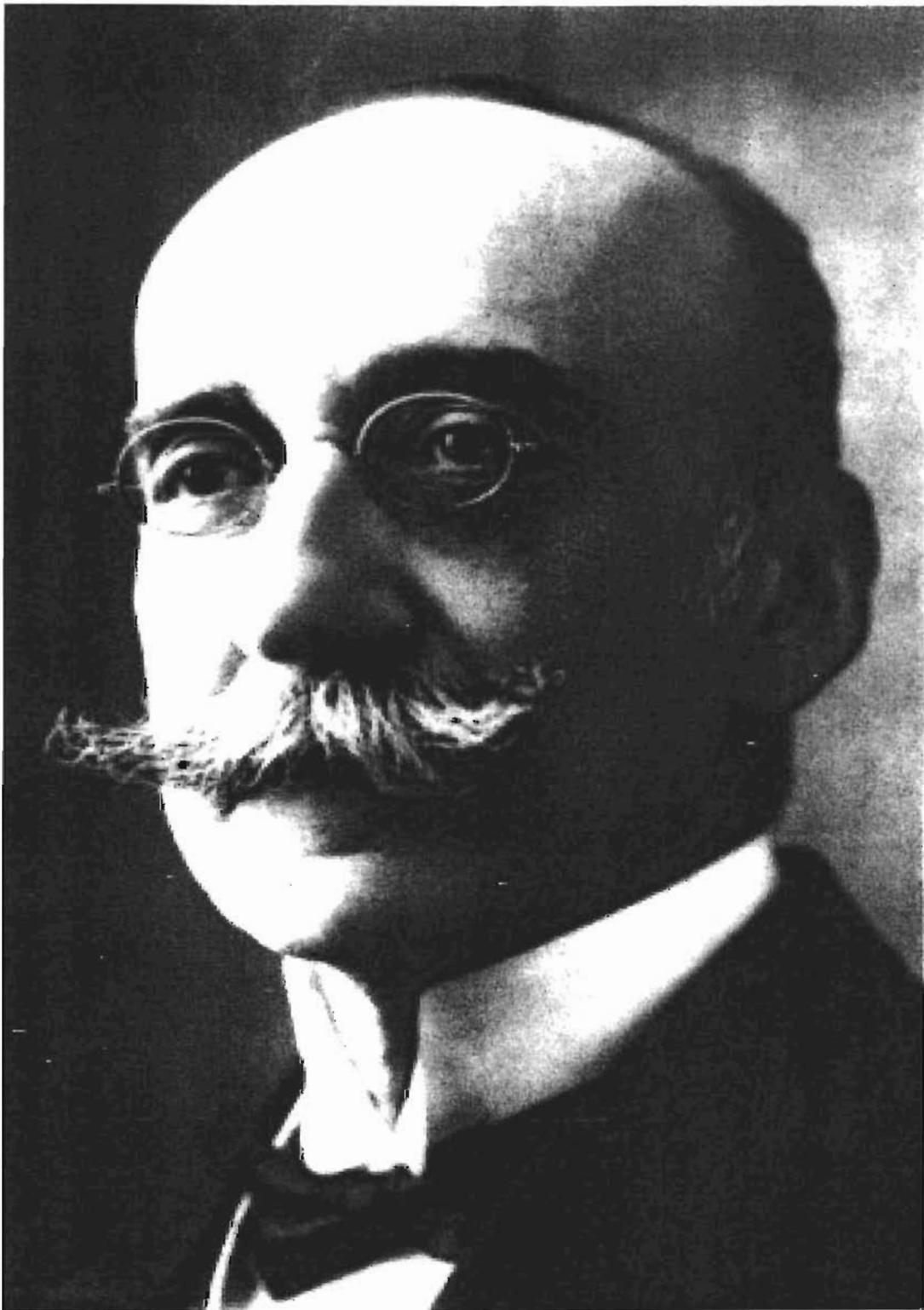
La anterior gacetilla muestra la necesidad, por parte del editor Carrillo, de obtener el pago de sus suscriptores, pero al parecer no hubo respuesta, porque días después nuevamente Salado Álvarez escribía:

En mis últimos meses y en párrafos inserto al frente de la primera plana he venido recordándole a ustedes, que el 31 del mes que acaba de pasar, se vencía el semestre de la suscripción y suplicándoles que a la mayor brevedad posible me remitieran los morlacos respectivos, porque mucho me han de servir en la aflictiva situación porque atravieso por advertencias pues, ya no ha de quedar: he cumplido con ese deber de delicadeza y ya que creo en la libertad para ser inflexible. Por lo mismo, advierto a mis parceros que transcurridos ochos días a contar de esta fecha, publicaré irremediabilmente y con grandes letras el nombre de los morosos, quedando suspendida la suscripción. No lo olvide nadie.<sup>89</sup>

---

<sup>88</sup> Victoriano Salado Álvarez. "A mis suscriptores y agentes foráneos", *Juan Panadero*, 27 de enero de 1889, p. 3.

<sup>89</sup> Victoriano Salado Álvarez. "A mis suscriptores", *Juan Panadero*, 6 de enero de 1890.



José López Portillo y Rojas. Amigo y protector de don Victoriano Salado Álvarez. Gracias a su ayuda colaboró y dirigió la revista *La República Restaurada*.

Foto: Archivo Histórico CESU/UNAM.

Durante el tiempo que permaneció en *Juan Panadero* Salado buscó dar a estas últimas gacetillas “una moraleja o post fabulación”, en las que no ocultaba el objetivo de las mismas. Por último, hay que recalcar que *Juan Panadero* fue un periódico indispensable en la sociedad guadalajareña y de todo el estado; sus punzantes y satíricos artículos sirvieron para hacer recapacitar a mandatarios y políticos que se extralimitaban en sus funciones. Asimismo, tuvo la “virtud de haber sido tan popular” que, a pesar de las dificultades por las que pasó, durante muchos años fue el medio donde desahogaron sus resentimientos y frustraciones los que estaban descontentos con las administraciones gubernamentales y aquellos que se sentían oprimidos por las injusticias y arbitrariedades de las autoridades. Con el éxito correspondiente a su “clarísimo talento y su bien cortada pluma”, como diría el señor Iguíniz, Victoriano Salado también desempeñó el cargo de jefe de redacción del periódico.

Después de abandonar aquella empresa don Victoriano como se dijo, fue reconocido por sus dotes y vocación periodística, y quizá sin darse cuenta ésta lo introdujo en el mundo de la literatura. Poco tiempo después, ambas formas se convertirían en la vía idónea de la propagación de sus ideas. Hay que recalcar que el periodismo constituía para el futuro abogado el vehículo indispensable para lograr lo que se proponía: difundir sus ideas.

Este deseo pronto se cumpliría cuando su profesor de derecho constitucional, licenciado Jesús López Portillo, fundador y director de *La República Literaria*, recibió dos cartas firmadas con el seudónimo de *Archiméde*. En dichas epístolas, Salado criticaba algunos artículos publicados en la revista, pero el maestro, conociendo al educando, descubrió que se trataba de Salado. Aquel incidente sirvió para que profesor y alumno estrecharan aún más su amistad. Así López Portillo invitó a Victoriano Salado Álvarez a colaborar en la revista, y era tal la confianza del maestro en su discípulo que en las postrimerías de la revista le encomendó su dirección,

situación que supo aprovechar muy bien, lo que le permitió, años después, alcanzar un lugar preponderante en el campo de las letras.

*La República Literaria* “era la publicación literaria más importante y de mayor trascendencia que ha tenido Guadalajara”. Aunque tuvo una corta duración de cuatro años (marzo 1886 a marzo de 1890), en sus páginas podemos encontrar trabajos de “nuestras más prestigiadas plumas, las cuales son la muestra más patente de la altura y el progreso que llegaron a alcanzar las letras jaliscienses”.<sup>90</sup>

Esta publicación, señalaba el ilustre bibliófilo Juan B. Iguíniz surgió como consecuencia de las conversaciones literarias de varios amigos:

Deplorábamos la carencia de una publicación consagrada exclusivamente a las letras, donde pudiesen hallar cabida las producciones de todos sus cultivadores jaliscienses. recordábamos que en otro tiempo no había reinado tan gran apatía entre nosotros, y que nuestro Estado había ocupado un lugar no despreciable en la literatura patria.<sup>91</sup>

El señor Iguíniz añade un dato curioso cuando comenta que “el importe de la impresión era cubierto por los mismos redactores... compañeros de buena voluntad que estaban dispuestos a colaborar y gastar su dinero”, asumiendo el reto y compartiendo la responsabilidad que implicaba editar una publicación de reconocida calidad y, que además, tenían el interés por dar a conocer sus inquietudes literarias, hecho que fue reconocido porque la revista llegó a tener gran aceptación, no sólo en el estado sino en todo el país.

Salado recordaba que él “había de asistir a los funerales de *La República Literaria*”. Durante el tiempo que trabajó su desempeño fue fructífero, traduciendo obras de poetas franceses, principalmente, pertenecientes al romanticismo, además de

---

<sup>90</sup> Juan B. Iguíniz. *El periodismo en Guadalajara*, t. II, p. 196.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 197.

seleccionar a los autores más representativos de aquel movimiento, por su actividad creadora y calidad literaria: “dio a conocer a los poetas románticos, simbolistas, decadentes y parnasianos que eran ya viejos en el mundo, pero que en el país se ignoraban del todo”.<sup>92</sup>

Entre los autores estudiados se encontraban los franceses: Alfred de Musset, Charles-Marie René Leconte de Lisle, De Rollinat, Arthur Rimbaud, Charles Baudelaire, A. Turnes, Juan Fastenrath, M. Blowits, Octavio Feuillet, entre otros. A través de sus lecturas, nuestro autor dio a conocer a los principales exponentes del romanticismo francés y, con ello seguramente incrementó la cultura de los jaliscienses.

Por lo que se refiere a obras traducidas por Salado Álvarez encontramos: *Dos trabajos importantes*, Cristina Nilson del libro A. Turnes “*Les Reines du chant*”, *El licenciado Don Alfonso Fernández de Avellaneda*, el extenso artículo “*Los Microbios*”, *Carmen Sylva* (La reina Isabel de Rumania) por don Juan Fastenrath, del libro “*Figures del L’Alempagne contemporaine*”, “*Un fragmento de mis memorias*” por M. Blowits, “*El Divorcio de Julieta*”, comedia en tres actos y cuatro cuadros por Octavio Feuillet (de la Academia Francesa), autor de *Sibila*, obra publicada en *Revue des deux Mondes* y *El Camino de Damasco*, *Peregrinación de amor*, de Jorge Duruy, *Napoleón Bonaparte*, *el Gran Capitán del siglo*, de H. Taine y la *Correspondencia del Emperador Napoleón I*, entre otras.

La publicación de estas obras se consideró una sólida aportación de *La República Literaria* a sus lectores, quienes alabaron el buen gusto del editor”, que en ese momento era Salado. Además, *La República Literaria* era una revista que había sobrevivido a otras publicaciones y representaba el progreso de la cultura jalisciense.

---

<sup>92</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Memorias*, t. II, p. 221.

En el artículo “Dos trabajos importantes”, Salado primero se refiere a la obra escrita por el historiador Luis Pérez Verdía de un estudio biográfico de su tío José Luis Verdía, antiguo deán de la Catedral de Guadalajara.

Para Victoriano el estudio era interesante porque “contenía profundas reflexiones, eran un relato de la vida de un hombre solo que describía la época en que floreció”.<sup>93</sup>

Salado Álvarez señalaba que el estudio biográfico “ésta lleno de enseñanzas para toda clase de personas”, destacando la vida contemplativa del biografiado, quien fue testigo de luchas internas y de convulsiones políticas, siendo asimismo poseedor de cualidades extraordinarias.

Lo único que lamentaba Salado era que el autor hubiera impreso un número reducido de ejemplares de la obra, que por su calidad debió tener mayor difusión y “no sólo para sus amigos, entre los que los repartió”. Nuestro personaje se encontraba entre ellos.

La segunda parte era un libro interesante del mismo Pérez Verdía: *Apuntes históricos sobre la Guerra de Independencia en Jalisco*. Salado empezaba por destacar el estilo correcto y elegante de la obra y señalaba que el objetivo del autor era “proporcionar elementos para que algún día sea más fácil escribir la historia de Jalisco”, recalcando que el autor, para escribir la obra, consultó diversas fuentes históricas y retrataba la vida de todos los personajes importantes, destacando el colorido y la personalidad de cada uno de los insurgentes, entre los cuales algunos “fueron siempre nobles y buenos, sin que la justicia de su causa llegara a empañarse con crímenes inútiles”.

---

<sup>93</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Dos trabajos importantes”, en *La República Literaria*, Guadalajara, t. V, 1889-1890, p. 342.

Salado generalmente opinaba con respecto a las obras, en el caso de su amigo y paisano no escribió nada en contra, pero tampoco se podría interpretar como juicios verídicos, seguramente se guardó su opinión para comentarla con el autor.

Enfatizó que le llamaron la atención los hombres que participaron en el movimiento independiente, los “campesinos laboriosos y sacerdotes ejemplares”, entre muchos otros distinguidos jaliscienses que realizaron proezas en la defensa del territorio; por último, reconoce que el libro puede considerarse obra seria cuyas cualidades lo enaltecen sobre toda ponderación y concluye que el autor “no ha ejecutado hazañas merecedoras de mención eterna, pero ha escrito cosas dignas de ser leídas”.

Refiriéndose a su época en la revista cuando nuestro autor escribió sus *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo*, subrayó:

Cuando *La República Literaria* quedó a mis órdenes, hay muchos números ordenados por mí y rellenos con cosas originales anónimas o con traducciones. También mía es la continuación de *Los orígenes de la Francia contemporánea*, sobre todo parte de la Psicología de los jefes jacobinos y todo, lo tocante a Napoleón, unos artículos anónimos sobre Tolstoy y Dumas hijo, otros sobre la Patti y la Nilson y todos los que se referían a descubrimientos, invenciones, teorías y libros nuevos.<sup>94</sup>

Como podemos observar, don Victoriano también cultivó temas de historia, política, literatura y ciencia, para hacer más atractiva e interesante el contenido de la publicación y, que la mayoría de los lectores seguramente desconocía porque eran anónimos e inauguró una nueva sección de la revista y en ella informaba a los lectores de los acontecimientos más notables que estaban ocurriendo en el campo de las ciencias, de las letras y de la historia. También incluía breves análisis de obras que

---

<sup>94</sup> *Ibidem*, t. I, p. 237.

literatos o editores remitían a la redacción y pedía a los lectores que “recibieran con agrado esta importante novedad que introducimos en nuestra publicación”, destacando los comentarios a publicaciones científicas; un estudio comparativo del servicio de correos en Estados Unidos; algunos chistes; noticias de la Academia de Ciencias de Francia; el auge del sistema métrico francés y la adopción del sistema por diversos países; el crecimiento de la población de los Estados Unidos; el avance de la medicina en beneficio de la ciencia; comparación del servicio telefónico en países europeos; las aplicaciones del fonógrafo y la utilidad de este aparato en la ciudad de Nueva York; el uso del éter y los daños que causa su empleo exagerado y, por último, la ley alemana de protectorado de África”.

Cabe destacar que Salado publicó algunos versos como:

¿Olvidarte? ¡Jamás! De cuanto existe  
Tu amor tan sólo a mi existencia cuadra.  
Si eres la roca que tenaz resiste,  
Yo la gota seré que la taladra.<sup>95</sup>

Otro fue:

“A Virginia Reiter... en su beneficio”.

Eres musa sin igual  
Es el cántico triunfal  
Con que a la artista inmortal

---

<sup>95</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Olvidarte”, *La República Literaria*, 9 de diciembre de 1888. Guadalajara, p. 164.

Saluda mi patria entera.<sup>96</sup>

Por último:

Cuando brilla en la escena tu hermosura  
Aplausos por doquier se levantan,  
Como al sol, cuando asoma por la altura,  
Aves, flores y pájaros le cantan.<sup>97</sup>

Con estos versos se reafirma su admiración por las artistas, como fue el caso de la tiple Virginia Reiter.

Lo anterior nos da una idea sobre la abundante participación de nuestro autor en *La República Literaria*, lo que le permitió trabajar con un selecto grupo de colaboradores de la intelectualidad tapatía como Manuel M. González, Carlos F. Landeros, Pablo Ochoa, Alberto Santoscoy, Antonio Becerra y Castro, Fernando Nordensternau, Salvador Quevedo y Zubieta, Cenobio I. Enciso, Ismael Palomino, Julio Acero, José María Vigil, Mariano Coronado, Jesús Calderón y Caballero, Antonio Mijares Añorga, Francisco J. Zavala y “algunos más que ocultaron sus nombres con pseudónimos”, señala Iguíniz.

Debemos agregar que a la lista anterior se sumaron otros connotados escritores del país que contribuyeron al auge que logró alcanzar tan prestigiada revista sin embargo, a pesar de que el público culto dispensó a *La República Literaria* sus preferencias, causas diversas obligaron a sus editores a suspender su publicación en 1899.

### 3.3 EL ABATE BENIGNO

---

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 232.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 236.

Después del cierre de *La República Literaria*, el joven Victoriano recibió la propuesta de otros amigos para que colaborara en un nuevo periódico, *El Abate Benigno*, cuyo primer número apareció el 2 de noviembre de 1889. En esta publicación trabajaba un selecto grupo de periodistas y literatos que firmaban sus colaboraciones con pseudónimos; Jorge Delorme y Campos, “A.C. y T” y “Tirantes al blanco”; Francisco de P. Covarruvias “Asmadeo”; Antonio Becerra y Castro, “Clarito”; nuestro autor, Victoriano Salado Álvarez, “Dr. Picolo”, “Gil de las Calzas verdes” y “Saladino”, Miguel Álvarez del Castillo, “Fábulas”, Ismael Palominos, “Flick Flock”; Manuel M. González, “Tormento”.

*El Abate Benigno* se distinguió no sólo por lo selecto y chispeante de su material literario, sino también por su género humorístico. En la portada señalaba que la colaboración: “estaba a cargo de todas las personas de buen humor, que sabían y querían escribir cuartillas”.<sup>98</sup>

Esto seguramente no resultó difícil para el joven Salado Álvarez, si tomamos en cuenta que él se inició escribiendo cuartillas en *Juan Panadero*, y reafirma su capacidad cuando escribe para este periódico la siguiente cuartilla:

Periódico bonachón

Como su homónimo aquél,

Un pedazo de papel

Sin ninguna pretensión.

Hablará de variedades,

De teatros y de paseos

Y sin vueltas ni rodeos

Dirá muchas claridades.

---

<sup>98</sup> Victoriano Salado Álvarez. *El Abate Benigno*, Guadalajara, 2 de noviembre de 1889, p. 1.

Será franco. no maligno;  
Hablan más no embustero,  
Con los machos rudo y fiero,  
Con las hembras muy benigno.

Por salir de sus esfuerzos  
Siempre avante, se hará trizas,  
Y si admite los almuerzos  
Nunca acepta las palizas.

Una vez a la semana.  
Por lo menos saldrá a luz,  
Ya en la tarde o de mañana  
Y.. adelante con la cruz:<sup>99</sup>

Después del segundo año de publicarse *El Abate* apareció con ilustraciones y caricaturas, pero en cambio el material literario fue perdiendo calidad debido a que algunos de sus redactores, entre ellos nuestro autor, dejaron de colaborar, en el lo que afectó la calidad de la publicación.

Queda la incógnita del pseudónimo de “*Gil de las Calzas verdes*”, aunque no tanto el de “*Saladino*”, porque es el de Salado, pero tampoco debemos descartar que es el nombre del famoso mago de la obra *Aladino y la lámpara maravillosa*. A pesar de lo anterior, pronto colaboraría en otras publicaciones: *El Diablo Cojuelo* y *El Chiquitín*.

---

<sup>99</sup> *Ibidem*, 14 de marzo de 1890, p. 3.

### 3.4 *EL DIABLO COJUELO*

Fue un “periodiquito serio”, decía el bibliófilo Juan B. Iguíniz, y lo redactaron Rosendo Hernández Barrón con la colaboración de Gilberto Jaso, Ruperto J. Aldana y Antonio Pérez Verdía. *El Diablo Cojuelo* fue un periódico económico, su costo era de centavo y su primer número se publicó el 30 de noviembre de 1891 y lo redactaron Victoriano Salado y el señor Hernández Barrón.

Dos meses después, los redactores tuvieron algunos problemas con el gobernador Galván, lo que propició que dejara de publicarse. Contaba el mismo Iguíniz, que “desde su inicio *El Diablo Cojuelo* estaba condenado a desaparecer” y, sin mencionar las causas, al parecer lo que propició este hecho fue el retiro del apoyo económico del gobierno para la impresión. Poco tiempo después, los mismos redactores publicaron *El Amigo del Pueblo*. Sin embargo, ante los pocos ejemplares localizados, no aparece ninguna colaboración de Salado Álvarez, aunque sí se registra su nombre entre los redactores.

*El Diablo Cojuelo* fue una publicación de vida efímera, pero a pesar del fracaso de la empresa esto no afectó a Salado porque recibió una invitación para sumarse a otra publicación de la época, *El Chiquitín*.

### 3.5 *EL CHIQUITIN*

Fue una publicación especial, es decir, única en su género, porque era de carácter científico; y aunque se publicaba cada quince días y contaba con ocho páginas, su redactor era uno de las personalidades más reconocidas de Guadalajara, Se trata de Tomás V. Gómez, distinguido catedrático del Liceo de Varones con quien tenía no

sólo una estrecha amistad, sino que también empeñó su “palabra de caballero” al ser cómplice, como él señala en sus *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo*, del plagio del libro *Historia de Jalisco* de Ignacio Navarrete.

Aunque reconoció su participación en el acto ilícito, nos lleva a pensar que nuestro autor dio prioridad a la amistad sobre los principios éticos, porque avaló el plagio al no denunciar a su amigo que recibió el premio por la obra.

Recordaba que el señor Gómez le enseñó gramática general y literatura cuando llegó a estudiar a Guadalajara y era “hombre de buena edad, pero chapado a la antigua”. Asimismo reconoció que *El Chiquitín* estaba consagrado especialmente a estudios gramaticales y el mayor número de artículos eran de su redactor, el profesor Gómez. Para dar pluralidad e interés a la revista invitó a reconocidas plumas, como Rafael Ángel de la Peña, Victoriano Salado Álvarez y Francisco Galindo Torres a colaborar “con artículos de mérito”, es decir, gente con conocimientos sólidos en la materia.

El primer número de *El Chiquitín* apareció a finales de 1891 y durante dos años fue de las publicaciones más solicitadas por la gente porque conocían la calidad de la publicación y de sus redactores, lo que lo llevó a consagrarse como la mejor revista de temas gramaticales, literarios e históricos de la región. A pesar del éxito alcanzado, dos años después dejó de publicarse por problemas económicos, reapareciendo con el mismo título en 1899, seguramente esa no fue la única causa y aunque no lo mencionó, posiblemente existieron diferencias entre el redactor y el propietario, lo cual explicaría el porqué desapareció.

### 3.6 EL CORREO DE JALISCO

Otra de las publicaciones en las que trabajó fue *El Correo de Jalisco*; el lema del periódico era “no hay periódico mejor para anunciarse que *El Correo de Jalisco*”. Su precio era de 2 centavos y apareció el 7 de abril de 1895. Dos días después informaba a los lectores que su objetivo era la “vocación de imparcialidad, basada en el apoyo del público y en el afán de noticierismo de información oportuna”. Los fundadores del periódico fueron Victoriano Salado Álvarez y Manuel M. González. Esta nueva etapa dio al primero una mala experiencia porque su socio “se inutilizara apenas publicados unos cuantos números del diario, no contando yo con personal ni con dinero para impulsar la empresa y no teniendo una sola palabra de confianza, tuve que vender mi parte al cabo de un año en suma tan importante como fueron seiscientos pesos, que no me bastaron para pagar a los acreedores.”<sup>100</sup>

Lamentaba que la enfermedad que aquejó a Manuel M. González lo incapacitara para seguir escribiendo; dos años después éste moría y el editor Ciro Ladrón de Guevara adquirió la empresa en noviembre de 1896 y llamó a distinguidos periodistas jaliscienses para que colaboraran en la nueva empresa. Entre los que acudieron se encontraban José López Portillo y Rojas, Antonio Zaragoza, Mariano Coronado, Jorge Delorme, Rafael de Alba, Enrique González Martínez, Mariano Schiaffino, Leonardo Pintado y el propio Salado Álvarez quien continuó colaborando en la sección que más conocía y por ende dominaba: la sección cultural. Su hermano José fungió como administrador del periódico.

Recordaba que el señor Ladrón de Guevara, que “pertenecía a una prominente familia guadalajareense que se señalaba por su catolicidad”, impuso al periódico un carácter radical, lo que le trajo problemas con sus parientes porque la publicación

---

<sup>100</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 262.

atacaba a la religión y al clero de la capital tapatía. Por su carácter opositor, *El Correo de Jalisco* fue clausurado temporalmente algunas veces y su director, José Ignacio Cañedo, en varias ocasiones encarcelado.

Este diario fue uno de los primeros que durante sus años de existencia presentó algunos cambios como fue la edición ilustrada llamada *El Domingo* y una sección literaria: *El Correo Literario*.

Por lo que se refiere a Salado, éste continuó escribiendo las noticias más importantes referentes a cuestiones culturales o literarias, como fue el caso de la muerte de Alejandro Dumas, hijo. Para ello, se nutría de la prensa extranjera. Del autor de la famosa novela *La dama de las camelias* y escribió:

La familia del célebre novelista ha recibido multitud de telegramas de condolencias, su testamento dice que desea ser enterrado, sin honores militares y sin discursos, ni oraciones fúnebres. El entierro será completamente civil. La “Comédie Française” cerrará sus puertas el día de los funerales, que probablemente tendrán verificativo, el domingo 3 de diciembre.<sup>101</sup>

El avisar a los lectores del fallecimiento del famoso escritor, también describía algunos pormenores de la ceremonia luctuosa. Además, resaltaba que el novelista era admirado por una gran cantidad de ciudadanos jaliscienses, que mandaban el pésame a *El Correo de Jalisco*, lo cual confirmaba que existían lectores que conocían la obra de ese autor en el estado.

También señalaba que la prensa parisina publicaba extensas biografías y escribía elogios del finado, reconociendo que el teatro y la literatura sufrieron una pérdida

---

<sup>101</sup> Victoriano Salado Álvarez. “La muerte de Alejandro Dumas”, *El Correo de Jalisco*, 1 de diciembre de 1895, p. 3.

irreparable: “Francia llora la muerte de quien ha hecho brillar mejor el *esprit* francés en el extranjero y es motivo de profunda pena para todos los que leen y piensan”.<sup>102</sup>

Días después de aquella noticia, Salado refería a los lectores de *El Correo de Jalisco* la ceremonia del último adiós de Dumas, cuyos “restos fueron enterrados sin la pompa ni ostentación, cumpliendo con los deseos del célebre literato y autor dramático”.

Este tipo de noticias indudablemente llamaba la atención de Salado porque conocía la obra del dramaturgo francés y, recomendaba a los lectores que leyeran las novelas *Aventura de cuatro mujeres y un papagayo*, *Le Docteur Servand*, *Césarinne*, *Tristan le Roux*, *Le Régent Mutel*, *Diane de Lys*, obras que fueron adaptadas al teatro y que son el antecedente de la comedia de costumbre. Un aspecto interesante fue que Salado nunca mencionó si él alguna vez se sintió influenciado por la obra de Dumas, aunque reconoció la capacidad narrativa del novelista francés.

Asimismo, escribió sobre el invento del fonógrafo y de su autor Thomas Alva Edison, acontecimiento que consideraba “maravilloso”. También continuaba escribiendo de los enfrentamientos político-militares en la disputa por la posesión de Cuba, los diversos temas que se trataban en la Cámara de Diputados y de los viajes del presidente Porfirio Díaz a los estados de la República mexicana.

Llama la atención la redacción del artículo sobre la entrega de “*Los premios del Colegio Militar*” al escribir:

Como lo anunciamos oportunamente el próximo 14 de enero, en el Bosque de Chapultepec, se entregarán los premios a los alumnos más destacados del Colegio Militar. A la llegada del C. Presidente de la República, fue saludado con una salva por los alumnos y en seguida dio principio la fiesta, conforme el programa anunciado. Todos los números fueron ejecutados rigurosamente,

---

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 4.

siendo el más aplaudido el que leyó el poeta Juan de Dios Peza, con una inspirada poesía. Entre los premiados llamó la atención el sargento Víctor Hernández, originario de Lagos de Moreno, por haber obtenido en todas las materias la calificación de “perfectamente bien”.<sup>103</sup>

Lo importante en este caso era resaltar que el sargento Hernández era de Jalisco y que había obtenido las máximas calificaciones aprobatorias, lo que constituía un ejemplo para la juventud jalisciense y un estímulo a la vocación castrense que tuvieran algunos jóvenes del estado. Con este motivo, *El Correo de Jalisco* felicitó a tan distinguido estudiante como dijimos no sólo por haber obtenido las mejores calificaciones, sino también porque fue acreedor a la medalla de oro que anualmente se concedía a los que cursaban con éxito sus materias.

Un hecho interesante durante el tiempo que don Victoriano permaneció colaborando en este periódico, fue la polémica que sostuvo con los periodistas Alberto Santoscoy y Rafael de Alba con relación a “los tastoanes”, famosa celebración que los indios chimalhuacanos realizaban en honor de Santiago Apóstol el 26 de julio de cada año, y que en 1881, cuando Salado Álvarez llegó a Guadalajara, fue uno de los primeros espectáculos a los que asistió: “no puedo olvidar a los tastoanes, que era obligatorio ir a ver montado en burro o como pasajero de carreta de bueyes”.<sup>104</sup>

Antes de continuar con la celebración, conviene señalar que “tastoan” o “tlatoani” en náhuatl, significa: “señor o señores que tienen autoridad de mandar”, por lo tanto, los “tastoanes” eran los jefes, los que mandaban, los representantes en las fiestas que los indígenas festejaban al apóstol Santiago.

---

<sup>103</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Los premios del Colegio Militar. Honran a un alumno del estado de Jalisco”, *El Correo de Jalisco*, 15 de enero de 1896, p. 3-4.

<sup>104</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 197.

El joven Victoriano desde la primera vez que observó la celebración, cuando los danzantes vestidos con trajes de papel, pieles y plumas se disfrazaban con máscaras de animales y peleaban con espadas, desarrollando escenas históricas o religiosas, mostró su rechazo a aquel espectáculo, porque le pareció humillante. Santoscoy insistía en que la representación era la llegada de los españoles a Chimalhuacán, nombre con el que era conocido Jalisco antes de la conquista de México.

Nuestro autor insistía en que el espectáculo le parecía humillante y absurdo por “las palizas que Santiago Apóstol daba a los indios chimalhuacanos lo mismo en Tetlán que en el Mixtón”, y evocaba que los tastoanes más famosos eran los de Mezquitán, los de San Andrés, Tonalá y Huentitán, pero “hablar de unos es hablar de todos”.

La fiesta como se dijo iniciaba cuando el grupo de danzantes bailaban por las calles del pueblo, gritaban, hacían ruido y daban golpes con las espadas. Los participantes cubriendo sus rostros con máscaras imitando a animales, el tastoan que dirigía la marcha llamado sargento, era el responsable de encontrar al apóstol Santiago, mientras los demás bailan al compás de la música. Una vez que lograban su objetivo, escenificaban una lucha en la que el apóstol se escapaba y los tastoanes lo perseguían .

La representación se llevaba a cabo en la mañana y descansaban unas horas, en la tarde salían los danzantes en actitud triunfadora, elegían a tres personajes llamados reyes que eran los encargados de recibir el juramento de encontrar a Santiago y presentarlo. Una vez capturado el apóstol, se escapaba en su caballo blanco y los tastoanes se organizaban en grupos hasta encontrarlo nuevamente. Cumplido el objetivo, el triunfo se celebraba con gran algarabía y Santiago era presentado a los monarcas, quienes le imponían de castigo; la muerte. La fiesta continuaba con el repique de las campanas y los vencedores montaban en sus caballos y corrían gritando

vivas por todo el pueblo, regresando minutos después y eran recibidos por los habitantes del lugar.

En la representación intervenían aspectos religiosos, etnográficos, folclóricos que eran de utilidad para antropólogos y que Salado no lo consideraba de esa manera, al parecer lo que más le molestaba de la fiesta era la ropa que usaban los tastoanes y decía:

La vestimenta, el tocado y el calzado no podían ser más ridículos. Levitones, raques, calzones cortos, calzoneras, sombreros de copa, quepis, huaraches, zapatos de becerro, lo más extraño y lo más disímulo. Música de chirimías y tamboriles acompañaban aquella singular comitiva: Anás, Satanás, Averrugo y Chambelico.<sup>105</sup>

Sin poder imaginar que años más tarde aquel espectáculo lo enfrentaría a otros periodistas en las columnas de los diarios *El Herald*o y *El Mercurio* de Jalisco. Salado descalificaba la validez de aquellas representaciones, que en el próximo capítulo se describen ampliamente, con opiniones de los principales actores involucrados. No se podrá negar que la polémica surgida resultó interesante, entre otros motivos, por la importancia que tuvieron y aún tienen estas diversiones para nuestros indígenas. *El Correo de Jalisco* fue el periódico que dio a conocer las diferencias de opiniones de este acontecimiento entre los periodistas Santoscoy, De Alba y Salado Álvarez. Concluida la polémica, Juan B. Iguíniz escribía:

Don Victoriano Salado, honra y prez del periodismo es un maestro en toda la extensión de la palabra. Su gran capacidad intelectual, su sólida y amplísima cultura, su asombrosa erudición y su conocimiento de lenguas vivas y

---

<sup>105</sup>*Ibidem*, p. 199.

muertas, dotes a los que agregaban lo castizo y elegante de su estilo y riqueza de su léxico. imprime a sus notas tal interés, tal atractivo y tal amenidad como poquísimos de nuestros hombres del periodismo o de las letras lo han conseguido.<sup>106</sup>

Esta controversia llamó la atención a los lectores de *El Correo de Jalisco* porque fue la primera de una serie de polémicas que nuestro autor sostuvo con diversos personajes a lo largo de su vida, ya que el espíritu contestatario fue una característica de su personalidad. No obstante, la que causó mayor revuelo en la sociedad literaria de aquellas años fue la que sostuvo en 1898, con Amado Nervo, Francisco Olaguíbel y Francisco Escudero, en *La Revista Moderna*, acerca del modernismo.

### 3.7 *EL MERCURIO*

Retomando el origen de la primera polémica, ésta surgió cuando el gobernador Ramón Corona encargó al periodista Alberto Santoscoy un estudio “en donde explicara el origen de la celebración de la fiesta de los tastoanes” para presentarlo en el gran certamen universal de París.

Atendiendo la invitación, Santoscoy expuso un amplio estudio etnográfico-histórico que fue publicado en *El Mercurio* en agosto de 1895, en el que señalaba:

Cuando se trata de dar a conocer a Jalisco, a mi juicio la única de nuestras fiestas tradicionales indígenas, que se conserva es la de los “tastoanes”. Su significación, es todo un monumento después de largos siglos casi imitan muchas de las costumbres de los antiguos y naturales del país, y que es impercedero recuerdo de la unión de las dos razas que han dado procedencia

---

<sup>106</sup> Juan B. Iguíniz. “Micro biografía”, *El Informador, Diario Independiente*, Guadalajara, 24 de septiembre de 1895, p. 3.

al actual pueblo mexicano: la india y la española. ¡Cuántas otras gentes no quisieran, en medio de los esplendores de la civilización que gozan poder contemplar, por decirlo así, las sombras de sus antepasados, y ver los hechos heroicos de su historia perpetrados a pesar de todos los vaivenes y de todas las convulsiones por los que los pueblos tienen que pasar, según la voluntad provincial! Para llegar a conocerla se necesita hacer un estudio detenido comparativo entre los detalles de la fiesta en cuestión y ciertas referencias de nuestros anales; pero así y todo, se verá que con justicia la llamo un monumento histórico jalisciense, muy digno de ser conservado y de no prohibírsele, como la ignorancia de algunos periodistas lo han pretendido más de una vez, preocupándose sólo por el exterior de las cosas.<sup>107</sup>

A partir de aquel artículo, los argumentos que exponía Santoscoy serían contrarios a los planteados por Rafael de Alba y Salado Álvarez.

Las diferentes opiniones y puntos de vista de uno y de otros los llevaría a elaborar conceptos en los cuales retomaban varios elementos como argumentos.

Por ejemplo, Santoscoy en su interés por dar a conocer la fiesta de los “tastoanes”, señalaba que los viajeros extranjeros que visitaban Guadalajara le dedicaban encomios y, deseosos de conocer la fiesta, resaltaban la belleza de la ciudad y mostraban interés por los diferentes festivales, distinguiéndose el de los “tastoanes” que se celebraba en los pueblos de San Andrés Mezquitán, Huentitán y Tonalá.

La fiesta se celebraba el 26 de julio, día de Santiago, santo patrono de Mezquitán, consistía en:

Que los danzantes formados en dos alas, se precipitan por las angostas calles del pueblo, lanzando voces desapacibles y produciendo ruido con los golpes de sus espadas de madera. Nada más abigarrado que el conjunto que presenta aquella fantástica turba: enormes mascarones de barro o de cuero, bien

---

<sup>107</sup> Alberto Santoscoy. “La fiesta de los tastoanes”, *El Mercurio*, Guadalajara, 1 de agosto de 1895, p. 1-4.

imitando un rostro humano grotesco o feroz, ya de cualquier animal que cubre los rostros de los danzantes. Sus cuerpos los cubren con grandes casacas de colores chillantes y faldones. Debajo de los mismos llevan un calzón corto, de color y usan huaraches. *El sargento* es el que dirige la marcha y tras de él, cada uno de los danzantes esgrime en la mano derecha una espada de madera y en la izquierda lleva un escudo de cuero. Dos de los naturales, tocan hasta echar los pulmones, la chirimía, y el tamboril, los “tastoanes” saltan al compás de la música. Antes de terminar la celebración, escenifican una reñidísima pelea, en la que Santiago sale vencedor, el triunfo se celebra con gran algarabía, los vencedores, lanzando frases discordantes en una jerga incomprensible que el más alrevesado flamenco. Un tribunal delibera la sentencia que merecen los vencidos, que generalmente es la muerte, que le aplican los “tastoanes” vencedores.<sup>108</sup>

Al leer el argumento, don Victoriano, que gozaba de excelente reputación y sin compromiso de ninguna índole, señalaba que no compartía la misma opinión de *El Mercurio*, creemos que por motivos éticos y morales, al decir: “tenemos que impugnar, la posición de ese cotidiano pues no podemos dejar pasar sin correctivo lo que se dice a propósito de los tastoanes”.

Aseguraba que la visita del arqueólogo norteamericano para ver la celebración, que según Santoscoy envidiaba, ese tipo de fiestas.

A nosotros nos revientan los “tastoanes”; es más, nos parece un espectáculo digno de salvajes; más todavía, creemos que la autoridad hace mal en conceder licencia para la verificación de esa diversión que no sabemos si tiene más de sosa y de estúpida o de depresiva y entristecedora.

---

<sup>108</sup> *Ibidem*, p. 4

Si los extranjeros ilustrados o incultos nos la envidian, dispuestos estamos a cedérsela y aún, si así lo desean, podemos regalarles cuantos resabios de salvajismo nos quedan todavía, a fin de que no mueran.<sup>109</sup>

En la réplica don Victoriano refutaba con argumentos firmes la opinión de su oponente; él, que era amante de la cultura y férreo defensor de la difusión de las luces, de todo lo que era adelanto, no estaba de acuerdo con esta representación porque consideraba que era una ofensa para los indígenas, era un espectáculo que mostraba lo ignorante que eran, solamente de esa manera se podía comprender su oposición.

No creo que el futuro abogado no comprendiera el interés de los extranjeros que deseaban ver a los “tastoanes”. Insisto, su oposición era porque el espectáculo mostraba el atraso de la raza indígena, y una vez más recalaba que la celebración era humillante no sólo a la dignidad de las personas que lo representaban, sino de todos los mexicanos porque era el reconocimiento de los indígenas a los españoles.

Sorprende su actitud porque olvidó que muchas de las celebraciones y fiestas que se llevaban a cabo tenían su origen en la Conquista de México y, en el caso de los “tastoanes” era un espectáculo de tipo religioso. Recordemos que el apóstol Santiago era y sigue siendo el patrono de muchos lugares de la República Mexicana, quizá lo único que podría salvar a nuestro autor de la crítica, sería su juventud, que lo llevó a opinar de esa manera.

Por si lo anterior fuera poco, otro distinguido periodista, Rafael de Alba, se unió a la polémica en favor de Salado y expuso su punto de vista en *El Herald*. De Alba, respetuoso de las formas, se refería a Santoscoy como “joven compañero y amigo, persona educada, instruida, de buenas maneras, que gasta levita y sombrero de copa, no querrá vestir como sus antepasados los conquistadores, ni la manta con plumas de

---

<sup>109</sup> Victoriano Salado Álvarez. “El Mercurio y los tastoanes”, *El Correo de Jalisco*, Guadalajara, 3 de agosto de 1895, p. 3.

los aborígenes, ni usar la ridícula máscara de unos cuantos bárbaros”. Por lo que se refería al arqueólogo norteamericano, le recordaba que “no encontrará en Europa, ni en los Estados Unidos, ni en Australia pueblos de costumbres primitivas, de pronunciados y bandidos”, solamente en naciones allende el Río Bravo y el Atlántico envidiaban a nuestros tastoanes.

Y le reclamaba a Santoscoy lo expuesto por él en su libro *Apuntamientos históricos y biográficos jaliscienses*, que consideraba la fiesta de los tastoanes “una farsa” y solicitaba su abolición, porque: “es una representación grotesca e impropia. Los trajes y la música es de salvajes, sin compás, dando fe de que se embriagan casi todos los farsantes. Ni los indios actores de ese supuesto combate, ni nadie, entiende las palabras sacramentales que durante la representación se pronuncian”.<sup>110</sup>

De Alba impugnaba la posición asumida por Santoscoy y, para refutarlo con libro en mano, le señalaba cada una de las ideas defendidas por él y no entendía el porqué de su interés para que la fiesta de los “tastoanes” se representara en París, cuando era un espectáculo indigno de llevarse a cabo en aquellos pueblos de Jalisco mucho menos debía exponerse en la capital francesa. De Alba coincidía con Salado porque consideraba que los indígenas en su borrachera eran capaces de cometer “barrabasadas”, escándalos por la ebriedad; tampoco entendía la participación del apóstol Santiago, porque consideraba que éste apareció para dar apoyo a los españoles en la conquista, por lo tanto, era festejar el vencimiento de sus dominadores.

Y le recordaba que: “los misioneros procuraron por cuanto medio les fue posible que los indígenas aprendieran las fechas de celebración de muchos santos religiosos, además, del culto a la Virgen de Guadalupe como hasta hoy lo hacen sus curas que mezclasen reliquias de sus liturgias viejas en las ceremonias”.<sup>111</sup>

---

<sup>110</sup> Rafael de Alba. “Los famosos tastoanes”, *El Heraldo*, Guadalajara, 4 de agosto de 1895, p. 1.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 2.

También le reclamaba: “¿qué saben nuestros pobres rústicos, nuestros degenerados indios de las glorias patrias?” ¿por qué no celebran el 16 de septiembre?, ¿por qué les son desconocidos los nombres de Hidalgo y de Morelos? Finalizaba su crítica con una reflexión:

Lo único que puede representar, si es que algo representa la fiesta de los tastoanes, es el profundo envilecimiento de una raza que conmemora su caída y da gracias al santo autor principal, en su opinión, del descalabro. No se puede negar que desde el Río Bravo, el apóstol Santiago, es el predilecto de los indígenas, donde quiera que hay un *natural* tiene de patrono al Santo Santiago. Aunque, seamos justos, muchos a quienes adoran es a su caballo.<sup>112</sup>

Como se puede observar, la posición de De Alba era más virulenta que la de Salado, aunque coincidan en algunos puntos de vista acerca de dicha celebración. Para el redactor de *El Herald*o, la festividad estaba ligada al desorden, a la humillación de los indígenas que por su ignorancia cometían atropellos entre ellos mismos.

Criticaba a los frailes que llegaron con la conquista de México y enseñaron a los indios la adoración de los santos, pero no a defenderse de los abusos que se cometían en su contra; de ahí que les reclama que éstos ignoraran fechas importantes de la historia de México así como personajes de la Independencia. En cambio tenían presentes las celebraciones de los santos patronos de los lugares donde vivían.

La polémica no terminaba con las opiniones en contra del principal promotor, de la celebración el señor Alberto Santoscoy, porque éste contestó a sus detractores. Primero empezó por reconocer “el gran talento” de sus opositores y lamentaba que no coincidieran con “nosotros en el modo de considerar la fiesta aludida, la han juzgado

---

<sup>112</sup> *Ibidem*, p. 3.

sólo por las apariencias, sin fijarse en el verdadero aspecto con que debe plantearse la cuestión, para que sea resuelta justificadamente”.

Santoscoy, al responder a tales “ataques”, señalaba que aunque eran dos los adversarios a quienes tenía que hacer frente, les respondería con un solo artículo, que “sirve de fundamento a uno y otro”, y les pregunta: “¿Hay entre los pueblos europeos algunas costumbres que puedan paragonarse con la fiesta de los tastoanes?”<sup>113</sup> Añadía, por si sus impugnadores lo ignoraban que, naciones como Noruega, Suecia, Suiza, España, Alemania, Holanda, Italia e Inglaterra también conservaban algunas costumbres extravagantes, así como prácticas antiguas y celebraciones de santos, de pastores, de navidad, y realizaban festividades públicas, como las *kermesses*.

Por último les preguntaba: “¿Qué es la civilización?, ¿en dónde se halla?”<sup>114</sup>

Don Victoriano le contestaba “nos proponemos, cuando el colega concluya sus trabajos, hablar en un solo artículo sobre el asunto”, y le refuta: “después de darnos el colega de *El Mercurio* una leccioncita de historia de la época virreinal, sigue mostrándonos cuanto han dicho los autores de este siglo”.<sup>115</sup>

Insistía en que no está de acuerdo en que se perpetúe la barbarie en México, desea que se aleje, aunque “en otros pueblos queden de ella abundantes residuos” de espectáculos sangrientos que por “malos que sean los famosos tastoanes no llegan a lo que llegan aquellos pueblos”.

Asimismo, lo critica por las fuentes históricas utilizadas y rechaza lo expuesto por Santoscoy al decirle: “son relaciones de lo que pasó hace cincuenta o cien años y de cuya pérdida hablaban desde hace tiempo los viajeros tenidos por verídicos”.<sup>116</sup>

---

<sup>113</sup> Alberto Santoscoy. “La fiesta de los tastoanes y los adversarios de ella”, *El Mercurio*, Guadalajara, 11 de agosto de 1895, p. 7.

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>115</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Los Tastoanes y su defensor”, *El Correo de Jalisco*, Guadalajara, 14 de agosto de 1895, p. 2.

<sup>116</sup> *Ibidem*, p. 4.

Aceptar lo que proponía el redactor de *El Mercurio* era ir en contra de su posición inicial, por ello Salado Álvarez le recordaba que “tenemos todavía otros argumentos para creer que la famosa diversión no debe subsistir” y enumeraba las siguientes razones:

En primer lugar, no se sabe cuáles son su origen y su significado, en segundo lugar, nadie puede demostrar que los tastoanes se remontan a más de cien años y no se puede decir que es un espectáculo étnico, ya que no tiene nada de propio del país, y tercero, queda demostrado que los famosos tastoanes no son interesantes bajo el aspecto histórico, ni dignos de conservarse bajo el de la estética, ni capaces de servir para nada que no sea atraer las burlas de las gentes sobre nosotros y para volver más estúpida, si cabe, a la raza indígena.<sup>117</sup>

Simplemente esta festividad se realizaba por cuestiones religiosas y culturales, como ya se dijo, en ese sentido la opinión de Salado se debió considerar como tal, porque tratándose de un fenómeno de esa naturaleza, su vigencia no tenía límite porque implicaba elementos de culto, de fe popular. Lo interesante hubiera sido que propusiera como posible solución de la enajenación de los indígenas que celebraban esas fiestas, la creación de escuelas primarias que ayudaran a la superación del atraso en que se encontraban, de lograrlo, entonces sería la otra parte de la balanza y así rescatar a los indios del fanatismo religioso como él mismo lo llamaba.

Después de leer la respuesta de sus dos detractores, Alberto Santoscoy, desde las columnas de *El Herald* empezó por explicar la visita del profesor de la Universidad de Chicago; recalcó que su estancia en el país no era para “admirar espectáculos sensacionales”, porque Mr. Starr era un “hombre de ciencia” igual que otros

---

<sup>117</sup> *Ibidem*, p. 6.

científicos, descubridores y exploradores como Humboldt, que había visitado México y a quien tanto le debía la humanidad. Y no aceptaba que “se haya concebido ese juicio por nuestros impugnadores” porque muchos han venido con el deseo de ampliar sus investigaciones, recordándoles el caso del etnólogo sueco Carlos Lumhotz que: “Por espacio de mucho tiempo permaneció entre los salvajes tarahumaras y hoy se encuentra entre los incultos coras”.<sup>118</sup> Por lo tanto, el científico norteamericano es un hombre que “vive para la ciencia, que sólo se preocupa de ella”, por lo que su visita a Jalisco no era para perder el tiempo o de vacaciones. Insistía:

Es inadmisibile por todos sus aspectos, la poca feliz interpretación que dan a la visita del antropologista de Chicago los periodistas con quienes discutimos...él vino a conocer una costumbre antigua, una fiesta que, lo afirmamos una vez más, tiene mucho de arqueología, como estamos dispuestos a demostrarlo, en sostenimiento de nuestros juicios anteriores sobre el mismo punto.<sup>119</sup>

Con la defensa a ultranza del norteamericano, Santoscoy retomó los artículos de *El Correo de Jalisco* y de *El Herald*, en los que según él ambos polemistas convenían en que en Europa y en otras partes del mundo aún perduraban costumbres que sus contrincantes pensaban que ya no existían, pero considerando que la polémica podía cansar a los lectores de los tres periódicos donde se publicaba, finalizaba su artículo: “He ahí una cuestión esencial que merece que hagamos punto y aparte, para que el benévolo lector no se fatigue, pues la materia da mucho paño para cortar”.<sup>120</sup>

No pasó mucho tiempo para que De Alba le respondiera que no estaba muy convencido de lo que señalaba en cuanto a que aún se conservaran las tradiciones “salvajes” en Europa, pero que le otorgaba el beneficio de la duda al decirle que en

---

<sup>118</sup> Alberto Santoscoy, “La fiesta de los tastoanes y los adversarios de ella”, *El Mercurio*, Guadalajara, 18 de agosto de 1895, p. 1.

<sup>119</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p. 4.

1895 aún se seguían celebrando tales fiestas en aquellos países que eran menos “bárbaros” que Mezquitán. De Alba le respondía: “ninguna de esas diversiones de que usted se ocupa, es tan pueril, tan necia y tan sin significación como la de los tastoanes”.<sup>121</sup>

Vuelve a cuestionarlo nuevamente para que le explique ¿qué significa la representación de la riña entre el apóstol Santiago y los caciques?, porque él consideraba que es “el envilecimiento y la miseria de quien conmemora su cobardía y sus desgracias, o ni eso siquiera”.

Se puede observar, a medida que avanzaba la polémica entre los tres periodistas los ánimos parecían aumentar de nivel, por ello, De Alba no quedó satisfecho con las explicaciones de Santoscoy pues consideraba que las respuestas no respondían a sus dudas, por el contrario, insistía en que le aclarara la cuestión étnica.

Su actitud hace pensar que Santoscoy fue un defensor de la raza indígena, que la fiesta de los “tastoanes”, “no tiene nada de gracioso, ni de étnico, ni de histórico, era una mascarada grosera, origen y causa de mil crímenes y en la que el señor Starr viene a darse el gusto de reírse de nosotros”. De Alba le lanza una advertencia: “no será grande nunca el pueblo que se ríe y baila acordándose de que a sus padres los vencieron y esclavizaron”.<sup>122</sup>

La preocupación de De Alba no recibió respuesta inmediata porque Santoscoy se dedicó a lamentar que sus colegas consideraran que la fiesta “no tenía nada propio del país, que no simbolizaba ningún recuerdo de la tierra y que esta diversión estaba tomada de los españoles por un espíritu de servil imitación”. Por ello, decidió señalar las fuentes en las que se basó para elaborar el estudio solicitado por el gobernador Corona, mencionando a los siguientes autores: el franciscano Antonio Tello y Mota

---

<sup>121</sup> Rafael de Alba. “Otra vez los tastoanes”, *El Heraldo*, Guadalajara, 18 de agosto de 1895, p. 2.

<sup>122</sup> *Ibidem*, p. 3.

Padilla; los testimonios del cronista P. Beaumont, Hilarión Romero Gil, el franciscano Miguel de la Vega, Alonso de la Mota y Escobar. Señalado lo anterior, añadía:

Queda ya, en nuestro concepto, cumplidamente demostrado que la fiesta de los tastoanes no tuvo origen hace mucho tiempo, sino que se remonta, en todo caso, al año de 1541, esto es, a más de tres siglos y medio...Y queda ya también sin duda que fue un acontecimiento histórico el combate librado entre los indígenas y los españoles, aunque la aparición de Santiago sea un hecho dudoso. Queda en pie el hecho principal, el hecho histórico de la batalla.<sup>123</sup>

Al finalizar su defensa, insiste en que lo anterior está basado en autores y documentos verídicos de lo ocurrido en Jalisco, hechos que no ponemos en duda, pero el fondo del asunto aún estaba sin resolverse del todo porque cada uno continuaba con la opinión original de que la fiesta de los tastoanes era un espectáculo indigno de representarse en México, considerando que los indígenas seguían y siguen siendo la población más vulnerable del país.

Pero lo anterior no fue suficiente para nuestro autor que nuevamente vuelve a refutar a Santoscoy, señalándole que ninguno impugnaba el contenido de la información porque pudiera ser inexacta. Por último, en su interés por clarificar todas las dudas, Santoscoy dice que “la palabra tastoanes” no es una palabra extranjera, que después de consultar al lexicógrafo Alfonso de Molina, a los historiadores Clavijero, Orozco y Berra, Luis de la Rosa y el filólogo Eufemio Mendoza concluía que: “la palabra tlatoani, era el nombre que tenían los tlatoani o señores del país”.<sup>124</sup>

---

<sup>123</sup> Alberto Santoscoy. “La fiesta de los tastoanes y los adversarios de ella”, *El Mercurio*, Guadalajara, 25 de agosto de 1895, p. 3.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 4.

Con lo antes dicho, daba por “suficientemente” probado lo que se refería a la denominación de la fiesta que era de origen indígena: “con la sola excepción de lo que toca a Santiago y su cabalgadura, a las prendas del traje español que vistieran los conquistadores, y a tal o cual otra pequeñez, todos los demás accidentes tienen nombre especial en el mexicano adulterado que se usaba en Jalisco”.<sup>125</sup>

Por consiguiente en Europa donde se supone que no eran tan bárbaros, se celebraban fiestas religiosas al igual que en Mexquitán, porque se trataba de fenómenos culturales y religiosos. En ambos casos tenían las características del fanatismo y de la manipulación de los feligreses.

Aclarado lo anterior, Alberto Santoscoy pide a sus contrincantes no perder la amistad que los une, por ello declara terminada la discusión a fin de conservar la estimación que le han dispensado sus finos compañeros y amigos.

### 3.8 *EL MERCURIO OCCIDENTAL*

La experiencia de haber trabajado en una de las publicaciones más representativas de la cultura jalisciense le proporcionó a Victoriano Salado no sólo la oportunidad de conocer a destacados literatos, sino también acrecentar su prestigio de periodista, por lo que a partir de aquel momento sus colaboraciones se incrementarían notablemente en periódicos y revistas literarias de Guadalajara, llegando incluso a escribir al mismo tiempo en dos o tres publicaciones.

Un mes después de cerrar *La República Literaria*, Salado Álvarez empezó a escribir en *El Mercurio Occidental*, periódico fundado el 7 de abril de 1889 por Manuel Caballero, “hombre de gran talento y habilidad, generoso, de variada cultura, poeta de imaginación desbordante, que supo dar *El Mercurio Occidental* una

---

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 5.

orientación nueva”, Según palabras de Salado Álvarez también recordaba que “se hacía querer de redactores, impresores, repartidores y demás gente que trabajaba para él”.

*El Mercurio Occidental*, bajo las órdenes de Caballero, rompió los viejos moldes del periodismo porque inició una verdadera reforma e hizo evolucionar paulatinamente a la prensa del estado al “introducir entre otras novedades las crónicas y los *reportazgos*, desusados hasta entonces y que con el tiempo acabaron por substituir a la ya anticuada gacetilla”. Este nuevo género periodístico revolucionó la manera de informar, dejó a un lado la noticia seria, la de descubrimientos científicos o cuestiones literarias, por cuestiones censurable como sátiras o noticias de actualidad, pero no importantes.

Por ello, a partir de aquel momento el *reportazgo* o reporte se convirtió en un “chismógrafo” cuya índole exigió un lugar aparte en las columnas de los periódicos de la época.

Pero para ser “reporter” se necesitaba ser universal, es decir, conocer de todo un poco y, hasta cierto punto, tener una cultura enciclopedista. Pero eso no era suficiente porque también se debía conocer “la vida y milagros de todos los hombres públicos y privados”, convirtiéndose en *l’esprit* del periodismo.

Sin imaginar que algún día llegaría a escribir sobre este nuevo género, don Victoriano publicó en *El Informador de Jalisco*, en 1921, el artículo “*Reporterismos americanos*”.

En ese artículo Salado criticaba el libro *The reporter* del periodista norteamericano Charles Chapin y señalaba que los ciudadanos de aquel país, al igual que en México, aceptaban el periodismo *amarillista* y contribuían a él como si fuera deporte nacional.

Reconocía que el libro era interesante no sólo porque estaba lleno de hazañas reporteriles, sino también porque señalaba “las maneras de cómo obtener las noticias”.

Pero lo que más le llamaba la atención eran las “fuentes” de información: comisarías, tribunales, hoteles, lugares donde se reunían políticos, los muelles, las estaciones, etcétera. “Cada gente de la policía de la ciudad era un *reporter* y tan pronto como se sabía que había ocurrido algún accidente, los avisaban al periódico y éste movía docenas de empleados para que fueran al lugar y ‘pescaran’ la nueva”.<sup>126</sup>

Por los años que llevaba como periodista, Salado reconocía claramente que había diferentes tipos de “*reporter*”: los aficionados, los casuales y los de ocasión. Estos reporteros llamaban a las redacciones para informar sobre “algún asunto”. Salado coincidía con Chapin en que “muchas veces las noticias llegaban rápidamente por este tipo de reporteros”. Observaba que entre los reporteros “casuales” se encontraban los telefonistas y empleados de abogados prominentes que “obran por interés” al enterar al público sobre robos, homicidios, líos de herencias, divorcios, pensiones y demás “miserias de la vida de los poderosos” que recababan mientras desempeñaban sus labores.

Reconocía que este tipo de reporteros resultaba indispensable para los periódicos, además de que desarrollaba ciertas cualidades que otras personas no poseían: “sólo se necesitaban sabuesos para lanzarse a la investigación y servirla al público en extraordinarios que devora con avidez”.<sup>127</sup>

Por último, Salado no compartía esta clase de periodismo, porque la “noticia” amarillista, como él la llamaba, no era propiamente información seria.

Reconocía que los “*reporters*” obtenían excelentes remuneraciones por sus servicios, pero a decir verdad, él no poseía las cualidades de reportero, además de que su personalidad era contraria a ese nuevo género.

---

<sup>126</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Reporterismos americanos”, *El Informador*, Guadalajara, 15 de mayo de 1921, p. 5.

<sup>127</sup> *Ibidem*, p. 5.

Otras de las novedades introducidas por *El Mercurio Occidental* fueron las brillantes crónicas sociales, en las que se describía con arte y amenidad, hasta en sus más mínimos pormenores, las notas de actualidad y las amplias y minuciosas informaciones sucedidas en el estado.

Esta forma de hacer periodismo de Caballero, era porque: “su potencial de trabajo era inmenso. Yo lo vi deshacer planas enteras para dar cabida a una noticia de momento burla burlando. A pluma y a pelo parecía ser su divisa. Entendía de escribir en prosa, sabía de polemista y de dialéctico porque todo entraba en la concepción del periodismo que deseaba ver hecho carne”.<sup>128</sup>

*El Mercurio Occidental* se ganó la preferencia de los lectores porque fue el primero en denunciar la epidemia del tifo, enfermedad que por su gravedad atacó a un número importante de personas, y señalaba: “el tifo está atacando a las clases que viven en las mejores condiciones higiénicas”, aumentando el número de víctimas, y recordaba a sus lectores la importancia de la salud pública y la vacunación. Otros de los temas tratados por *El Mercurio Occidental* fueron las reuniones de la Convención Nacional en 1899, que fomentaban la quinta reelección del presidente Díaz.

Entre los colaboradores de *El Mercurio Occidental* obviamente se encontraban el propio Salado Álvarez, Alberto Sontoscoy, Manuel Puga y Acal, Jorge Delorme y Campos, Mariano L. Schiaffino, Manuel Cumbre, José López Portillo y Rojas, Félix Maldonado y Eugenio Villanueva, entre otros. También contó con el apoyo de periodistas que publicaban en la ciudad de México, como Rafael de Alba, José Peón del Valle y Ángel de Campo, “*Micrós*”. Su precio era de seis centavos y la administración se encontraba en la calle del Carmen 54.

---

<sup>128</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Manuel Caballero y el periodismo moderno”, *Excélsior*, México, 16 de enero de 1926, Secc. Cultura, p. 3.

Este periódico resultó de suma importancia para Salado porque el género en que él se desenvolvía, que era el de la gacetilla, ya no existía, por lo tanto su labor consistía en la reseña de obras literarias o comentarios de libros. Por ejemplo de los españoles Antonio y Manuel Machado dijo que, el primero fue un escritor cuyos primeros textos se referían a sucesos y crónicas costumbristas, y que aparecieron firmadas con el pseudónimo "*Tablante de Ricamonte*", el segundo, cultivó la lira y la acompañó con motivos populares.

Ambos escribieron sus primeras colaboraciones en la revista *Electra* y mantuvieron una estrecha amistad con Rubén Darío, al que consideraron su maestro, por la influencia que ejerció en ellos. Otro personaje que también reseñó fue José Tomás de Cuellar, novelista que con el pseudónimo de "*Facundo*", publicó una serie de novelas de corte costumbrista y sátira en las que se burlaba de los vicios y contradicciones de la sociedad de la época, alcanzando reconocimiento con la obra *La Linterna Mágica*.

Lo anterior corroboraba que Salado no solamente conocía los autores más representativos, sino también sus obras y las diferentes corrientes literarias que transmitía a los lectores de *El Mundo Occidental* que leían cada domingo, día en que aparecían sus colaboraciones.

Respecto a las letras nacionales observaba que México también hizo su aporte a la literatura universal con obras de los poetas Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo quienes lograron llevar la lírica mexicana a niveles nunca alcanzados, con novelas costumbristas como *Los Bandidos de Río Frío* de Manuel Payno y *La Linterna Mágica* de Cuellar, que comentamos líneas arriba.

Llama la atención los elogiosos conceptos que prodigó a la obra *Armonías fugitivas*, de su amigo y protector José López Portillo. Una vez más, reiteraba que "lo poco que puedo y valgo soy deudor al inteligente prosista y atildado poeta que lanza un nuevo libro a la publicidad".

Al referirse al ejemplar se puede observar el cariño y parcialidad hacia el autor: “ el hijo mira siempre pequeños los defectos y exageradas las cualidades del que le ha dado el ser, y yo soy aunque indigno, hijo intelectual del señor López Portillo”.

En resumen, Salado consideraba que *Armonías fugitivas* era un buen libro de versos y se desprende que nuestro autor no podía criticar negativamente la obra de su protector, por lo tanto, sus opiniones eran parciales.

Este libro tiene poemas de todas las épocas, de todos los estilos, de todos los gustos; netamente románticos, correspondiendo a la hirviente y soñadora mocedad; de corte campoamoriano; con resabios escépticos y pesimistas; en estilo de Haine o Adolfo Bécquer, y hasta composiciones de canciones y odas a imitación de las de Petrarca o Herrera. Sin embargo, juzgaba que su maestro “no era un versificador siempre feliz” porque tiene dificultades para la rima, por lo que sus versos no tienen la calidad “ de los titanes de la poesía que se llaman Dante, Calderón y Goethe, escritores en verso, pero los del señor López Portillo vivirán en la memoria de los que aman la poesía”. Agregaba que los versos de su paisano que más recordarán los lectores serán:

Los versos amatorios, los de ocasión, los dedicados a celebrar las solemnidades patrióticas, no serán recordados sino en razón del culto y castigado lenguaje en que se hallan escritos y por algunas imágenes delicadas que encierran; pero lo que constituirá la gloria del bardo serán las poesías de carácter exclusivamente religioso.<sup>129</sup>

No creemos que López Portillo ni el Salado de aquella época se distinguieran precisamente por sus inclinaciones devotas, con todo, *Armonías fugitivas* era el

---

<sup>129</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Armonías fugitivas”, *El Mercurio Occidental*, Guadalajara, 26 de enero de 1893, p. 1.

resultado de los ensueños de un soñador, un creyente que ama su fe y que se halla dispuesto a defenderla. Por último, reconocía que el libro tenía excelentes poesías y afirma que “quien ha escrito tales cosas es un poeta y poeta de raza”. Por lo tanto, *Armonías fugitivas* “quedarán en los oídos de todos los que aman la gracia y la hermosura eterna”.

No podía ser otra la manera en que el alumno se refiriera a la obra de su amigo, profesor y protector, pues siempre que se le presentó la oportunidad le refrendó su admiración y agradecimiento, de ahí que no resulta difícil de entender su imparcialidad al comentar *Almas fugitivas*, porque opinar en contra seguramente lo hubiera considerado una ofensa, por la estimación y agradecimiento que siempre mostró al autor, lo cual explica el porqué de su actitud .

Una posición diferente fue la que adoptó nuestro autor hacia la obra *La Guerra de tres años en el estado de Jalisco y Colima durante el periodo de la época de la Reforma*”, de Fernando Cumbre.

Este trabajo resultó de gran interés porque él era estudioso de los acontecimientos históricos, como la revolución de Ayutla, acontecimiento que narra en su libro *Episodios nacionales mexicanos*. Reconocía que el libro de Cumbre “tenía el mérito de estar escrito sobre documentos fehacientes, con datos verídicos que ponen de manifiesto los hombres desconocidos y olvidados de aquella época singular de nuestra historia”.

Se deduce que el texto le resultó edificante y estimulador, porque el autor, de oficio archivero del Gobierno, no olvidó nada de lo mucho que hicieron por su patria chica los hijos de Jalisco. Además, Cumbre revisó archivos públicos, documentos de campaña, publicaciones de la época, correspondencia política y leyó memorias de los actores logrando reunir datos importantes.

Analizando lo anterior, Salado Álvarez consideraba que el valor de la obra de Cumbre radicaba en sus fuentes, por ser éstas de primera mano y siendo él estudioso de la historia de México, pensaba que la Reforma fue una época que se forjó a base de luchas y dificultades y que adquirió no sólo el valor de un dato aislado en la historia, sino que fue esencialmente “el de un antecedente que nos hace comprender el sentido de nuestra vida política y social”. Reconoció que la Reforma o Guerra de Tres Años fue una etapa en la que surgieron y se consagraron hombres ilustres en la historia de México como Benito Juárez, Melchor Ocampo, Ignacio Zaragoza, a los que llamaba “auténticos reformistas”, y señalaba: “la Guerra de Tres Años terminó con la derrota de Miramón en Calpulalpan y con la entrada del general González Ortega a la ciudad de México el 1 de enero de 1861, como en la Intervención, se formaron esos formidables baluartes de la civilidad, sin cuya existencia no es concebible la historia de México”.<sup>130</sup>

Parece que la obra de Cumbre, aparte de ensalzar a los héroes nacionales, cumplía con su objetivo al reconocer que “Jalisco figuró a la cabeza de la coalición de los estados liberales que defendían la Reforma y apoyaban al gobierno de don Benito Juárez”<sup>131</sup>

Por último, en *La Guerra de tres años en el estado de Jalisco y Colima* describía con precisión la situación política interna del estado, el papel desempeñado por el gobernador Anastasio Parrodi, la llegada y estancia de Juárez en Guadalajara y la instalación de su gobierno en esa ciudad, así como los peligros en que se vio el presidente Juárez cuando la ciudad fue puesta en estado de sitio. Finaliza el comentario con la ocupación de Guadalajara por el ejército reaccionario.

---

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 4.

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 5.

No cabe la menor duda de que los artículos que escribía Salado resultaban de gran interés para los lectores de *El Mercurio Occidental*, y esto se confirma al considerar lo que escribió sobre el libro *México*, de M. Luis Lejeune.

Este autor, al igual que otros viajeros que habían visitado nuestro país, realizó un interesante estudio del estado de Sonora. Al referirse a su riqueza e historia Salado señalaba que Lejeune, al escribir *México*, lo hizo: “con bastante exactitud y se esfuerza en comprender el interés por la inmigración a Sonora. Clasifica a los habitantes por su origen y la actividad a la que se dedican con datos muy parecidos a los de García Cubas y de los indios que vivían en malas condiciones”.<sup>132</sup>

Pero lo que particularmente llamó su atención fueron las propuestas del autor con relación al desierto de Sonora, “que era tan extenso que llegaba hasta los estados de Durango y Sinaloa”. Lejeune proponía fomentar la llegada de colonizadores al norte del estado porque ahí encontrarían “excelentes tierras, hay comercio y la industria, además de excelentes viñedos”. Visualizó un problema que hasta hoy día sigue existiendo, la lejanía de la capital, la ausencia de poblaciones regulares, lo inaccesible de las tierras y la falta de agua.

Este tipo de artículos continuaron interesando a los lectores del periódico *El Mercurio Occidental*, que se mantenían atentos a todo lo que publicaba Victoriano Salado porque eran temas interesantes y de actualidad.

Pero no todo era éxito, en agosto de 1893 el diario renovó la administración, quedando Francisco P. Covarrubias como director y Cipriano C. Gudiño, como administrador.

---

<sup>132</sup> Victoriano Salado Álvarez. “México”, *El Mercurio Occidental*, Guadalajara, 9 de septiembre de 1893, p. 7.

A partir de aquel momento, *El Mercurio Occidental* sufriría una serie de cambios entre los que se puede mencionar el cambió de título por *El Mercurio*; pero los problemas continuaron y el 6 de marzo de 1894 don Victoriano se hizo cargo interinamente de la publicación; su primera decisión fue modificar el nombre por *El Nuevo Mercurio*.

Las administraciones se sucedían una tras otra; la situación se agudizó al grado que la afamada publicación se extinguió en las postrimerías del siglo XIX.

### 3.9 DIARIO OFICIAL DE JALISCO

Dedicado de tiempo completo al periodismo y con la experiencia de haber colaborado en *El Diario de Jalisco* y después de desempeñarse como redactor de *La República Literaria* y *El Mercurio Occidental*, Victoriano Salado se convirtió en uno de los periodistas más destacados y apreciados de Guadalajara por su capacidad, amplia cultura, ilustración y, sobre todo, su oficio como periodista y redactor de interesantes artículos, lo que le mereció el reconocimiento del recién electo gobernador Luis C. Curiel. Este asumió la gubernatura el 7 de mayo de 1891, nombrando el 11 de junio a Salado redactor del *Diario Oficial de Jalisco*.

La razón que influyó para que desempeñara esa responsabilidad fue que el nuevo mandatario estatal apreciaba la inteligencia, capacidad y sabiduría con que Salado concebía los problemas del estado y del país. A pesar de la responsabilidad que implicaba dirigir la publicación oficial, cuyo contenido era diferente a la de un diario informativo, Salado Álvarez aceptó el reto y asumió el compromiso con dedicación.

Un dato interesante es que desde 1824 que se creó el estado de Jalisco, ha mantenido ininterrumpidamente la publicación de su diario oficial, pero a partir de

1882 esta publicación cambió tres veces de título; pero con la llegada de Salado recobró el nombre original: *El Estado de Jalisco. Periódico Oficial del Gobierno*.

En la primera página se señalaban las condiciones: “este periódico se publica los domingos, miércoles y viernes y el precio de suscripción es de cincuenta centavos mensuales adelantados y setenta y cinco para fuera de ella” y estaba dividido en cinco secciones: Sección oficial, Sección Gobierno general, Gobierno del estado, Gacetillas y Avisos. Asimismo, señalaba que “los avisos se insertarán a seis centavos línea y tres por cada una de las repeticiones, siendo el pago previo que deberá hacerse precisamente en la Administración de esta Imprenta que está a cargo del señor Ciro. L. Guevara a quien se dirigirá toda reclamación. Los avisos deben traer los timbres respectivos” y señalaba que no se devolvían originales.

Es lógico comprender que, por tratarse de una publicación oficial, la información del periódico consistía principalmente en presupuestos de ingresos aprobados por el congreso estatal, impuestos, administración de justicia, administración municipal, gastos de hospitales, de educación, policía, mejoras materiales, gastos extraordinarios, recaudación, créditos pasivos, edictos, notificaciones, etcétera.

Como responsable Salado Álvarez revolucionó este género de impresos al agregar nuevas secciones: la de historia y la social. Esta innovación resultaba original para la época y quizá hasta para la prensa actual, pues rompía los esquemas que hasta hoy día siguen rigiendo este tipo de publicaciones. Retomando la estructura del periódico, la sección oficial era para las noticias estatales principalmente.

En ella podemos encontrar los nombres de los municipios que conformaban los 17 cantones del estado; nombres de los munícipes, propietarios y suplentes; alcaldes, propietarios y suplentes; desglose de los ingresos y egresos de cada uno de los ramos de la administración estatal y estudios comparativos de los mismos y se pueden leer notas como la siguiente:

Elogios para el profesor Emilio Bravo; catedrático de la Escuela Práctica, por implantar nuevas enseñanzas de la pedagogía. El gobierno de Jalisco se enorgullece de que el profesor Bravo haya implementado los métodos de la educación moderna. El profesor Bravo fue distinguido discípulo del notable pedagogo Enrique Rébsamen.<sup>133</sup>

Un acontecimiento que llenó las primeras planas del periódico fue la muerte del ex gobernador, general Pedro Galván. En ellas se señalaba que “aunque era oriundo de Puebla, el ex mandatario amó a Jalisco con inmenso cariño, consagrándole los días mejores de su vida y estableciendo en él su hogar y la sede de sus afectos”. Las noticias destacaban que durante el tiempo que gobernó hizo grandes mejoras y prestó servicios eminentes. También informaba acerca de los diferentes honores que se dispensaron al ilustre difunto. Se mencionaban los nombres de las personas que formarían la guardia de honor. Por último, se publicó la oración fúnebre leída por el destacado periodista Jesús Acal Ilisaliturri.

La sección Gobierno general, la información era de interés nacional; se publicó el proyecto sobre la abolición de las alcabalas en toda la República, de Enrique Baz; la ordenanza general de aduanas marítimas y fronterizas; la ley minera de los Estados Unidos Mexicanos y el reglamento de la ley sobre el impuesto del timbre, entre otras.

La tercera sección, Gobierno del estado, contenía felicitaciones a otros periódicos que reproducían algún documento que publicaba *El Estado de Jalisco. Periódico Oficial del Gobierno*. Llama la atención el interesante artículo “La industria mezcalera en el estado de Jalisco y sus impuestos”.

---

<sup>133</sup> *El Estado de Jalisco. Periódico Oficial del Gobierno*. Guadalajara, 5 de enero de 1892.

En este documento se pone de manifiesto que la industria mezcalera en el estado, desde aquellos años, ya se perfilaba como una industria próspera y que proporcionaba ganancias considerables a los empresarios que a ella se dedicaban:

Esta industria que anteriormente producía el consumo de aguardiente llamado vino mezcal, ha experimentado un aumento notabilísimo en la producción y la demanda. No alcanza para satisfacer el consumo interno, por lo que los fabricantes no venden lo que tenían guardado. La plantación de mezcales y la fabricación del aguardiente de mezcal, ponen en evidencia que la industria del mezcal está en situación floreciente y próspera y constituye un ramo principalísimo de la riqueza de Jalisco.<sup>134</sup>

Quizá sorprenda que Victoriano Salado haya escrito sobre este tema, pero no podemos dejar de observar dos cosas, por un lado, la importancia de esa industria en el estado, y por otro, los impuestos que pagaban estas empresas, al señalarse que:

La industria mezcalera con todo y su desarrollo cada vez contribuye con una verdadera mezquindad para los gastos públicos. Por lo tanto, reclama urgentemente la creación de impuestos mayores a cargo de la repetida industria. Porque como las demás industrias, la del mezcal está gravada fuertemente con impuestos que resultan onerosos. Se considera que el argumento de los impuestos a los alcoholes son impuestos a la moralización para quienes se entregan a las bebidas embriagantes, no deja tal argumento de ser muy poderoso en pro de la creación de esos fuertes impuestos, porque se propagaría menos la embriaguez, cuando sea muy costosa.<sup>135</sup>

Del artículo anterior se deduce que el aumento al impuesto del mezcal no era del agrado de los propietarios ni mucho menos de los consumidores. Los primeros

---

<sup>134</sup> “La industria mezcalera en el estado de Jalisco y sus impuestos”. *Diario Oficial*, 23 de julio de 1891, p. 2.

<sup>135</sup> *Ibidem*, p. 3.

consideraban que tal medida repercutiría en sus ganancias; sin embargo, el gobierno insistía en aumentar el gravamen a la producción y consumo para evitar que se convirtiera en un vicio para sus habitantes, y se reafirma cuando señalaba que “el impuesto a nuestro juicio debe crearse a cargo de la industria del vino mezcal. El impuesto de 2 a 5 pesos por cada barril que se produzca, el aumento será para el comprador que pague el gravamen, no el fabricante”.

El gobierno insistía en que esa medida ayudaría a los cantones, que “tan escasos andan de recursos”. Además, se evitaría el “feísimo espectáculo” brindado en las cantinas y sobre todo se evitarían los “focos de corrupción y teatro de escenas repugnantes e indecorosas”.

En la quinta sección, la Gacetilla, se insertaban las noticias más importantes o de mayor interés para el público, como por ejemplo: el programa de exámenes del Liceo de Varones, los premios, concursos literarios e invitaciones. Por ejemplo, la reinauguración de la Biblioteca Pública del estado el 15 de septiembre de 1891, con el programa literario-musical y los nombres de los participantes del evento.

También se publicaban las calificaciones de los estudiantes de Medicina y Farmacia y llama la atención que no había alumnos reprobados; las calificaciones eran: muy bien, bien y suficiente. El espacio para la noticia era breve y aparecía lo más destacable que era el hecho de que ningún alumno había reprobado, lo cual resulta insólito; así mismo, se supone que fue una generación de excelentes alumnos, tomando en cuenta que para ambas carreras por lo regular los educandos eran de condición económica y social alta, lo que les permitía dedicarse por completo al estudio.

Por lo que se refería a la sección de Avisos, destaca la publicidad de cuestiones religiosas y los agradecimientos a algún funcionario de la administración federal.

Estos fueron algunos de los cambios que Salado introdujo en su función de redactor de *El Estado de Jalisco. Periódico Oficial del Gobierno*; Lo que más llamó la atención fueron dos nuevas secciones; la histórica y la social. En ellas podemos observar claramente la influencia de nuestro autor al escribir generalmente sobre acontecimientos históricos ocurridos en el estado, como la invasión al cantón de Ahualulco por el cabecilla Lozada, los honores fúnebres al ilustre patricio benemérito don Benito Juárez y el aniversario de la muerte del general Ramón Corona. Sobre este último, decía:

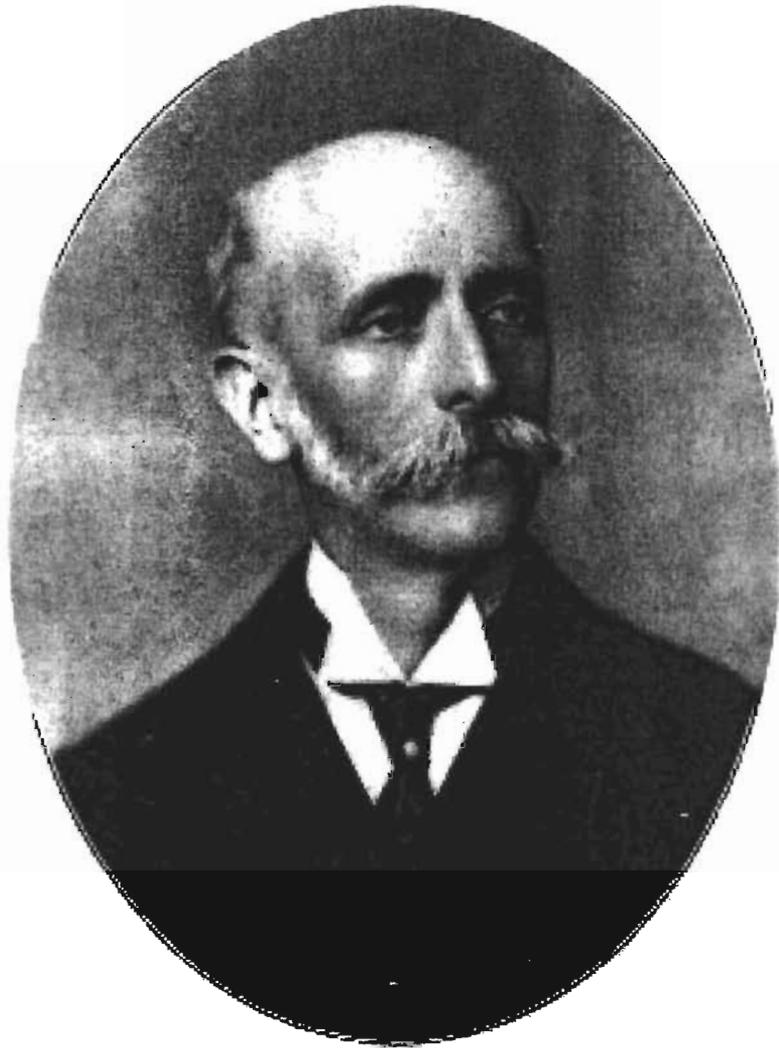
El estado de Jalisco recuerda una vez más el aniversario de la muerte del general Ramón Corona. Jalisco conmemora el funesto suceso y junto a la tumba del adalid de la libertad y del derecho, del soldado de la lucha por la segunda independencia. Corona juró ser fiel a los principios que él supo conquistar para nosotros. ¡Paz a los restos venerados del caudillo!<sup>136</sup>

Salado Álvarez ya había publicado un artículo de este hecho cuando escribía la gacetilla del *Diario de Jalisco*; sin embargo, en la reciente nota agregaba nuevos datos sobre aquel suceso, lo cual no era extraño considerando que su interés era enriquecer el conocimiento de los lectores a través del contenido de las publicaciones.

Otro hecho importante que mereció la atención de la publicación oficial y dedicó extensas columnas en esta sección histórica, fue la presencia en ese estado de la Compañía Constructora Nacional Mexicana. Compañía encargada de la construcción del ferrocarril que partía de Guadalajara a México, pasando por Cocula, Santa Ana y Ocotlán. Con el paso de la locomotora por esos lugares quedarían comunicadas las ciudades más importantes del sur y del occidente de Jalisco.

---

<sup>136</sup> "Un aniversario más de la muerte del general Ramón Corona". *El Estado de Jalisco, Periódico Oficial del Gobierno*. Sección gobierno estado, 12 de noviembre de 1891, p. 4.



**LIC. JOSE IVES LIMANTOUR**

**MINISTRO DE HACIENDA**

José Ives Limantour. Amigo y confidente de don Victoriano Salado Álvarez.  
Foto: Fondo Reservado. Biblioteca Nacional de México.

Hay que recordar que el ferrocarril no sólo era fuente de desarrollo sino también de progreso por ser más rápido y oportuno, porque proveía abundantes recursos a esas regiones. Con la llegada del ferrocarril, Guadalajara quedaba comunicada a la capital del país y sin lugar a duda ayudaba a la riqueza de Jalisco, facilitaba la comunicación y favorecía el desarrollo de la agricultura.

Uno de los resultados más inmediatos que producirá, será la transformación de la agricultura, sacándola del estado embrionario en que se encuentra todavía y que influirá poderosamente en el futuro de nuestra agricultura, abriéndole vastos horizontes y encarrilándola por nuevos senderos. A su vez, el gobierno considera que se pedirá la instalación de una escuela de Agricultura en Guadalajara.<sup>137</sup>

Nadie puede negar los beneficios que trajo el desarrollo del ferrocarril en la República mexicana, particularmente en el caso de Jalisco, como se dijo aparte de comunicar entre sí a otras ciudades importantes del estado, sirvió para transportar y vender los productos de otras entidades. Llama la atención un interesante artículo, “El estado de Jalisco”, que hace referencia a la “Memoria secreta” que presentó el rey Carlos III, al conde de Aranda, según lo refirió don Victoriano. En ella, el monarca narraba la independencia de las colonias inglesas y señalaba aspectos poco conocidos de la historia y la problemática de aquellos momentos. Respecto a este artículo, es importante señalar que nuestro autor se equivocó, o bien, fue un error de imprenta, porque autores como Silvio Zavala, Lucas Alamán y José María Luis Mora “admitieron el reconocimiento de los Estados Unidos por España, así como la política posterior ante ellos, se había hecho a pesar de la advertencia de Aranda”<sup>138</sup>

---

<sup>137</sup> “Ampliación del ferrocarril de Guadalajara a Ocotlán”. *El Estado de Jalisco, Periódico Oficial del Gobierno*. Sección gobierno estado, 15 de abril de 1893, p. 2.

<sup>138</sup> Gastón García Cantú. *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Edit. Era-SEP, 1986, p. 334.

Por último, la Sección social era una columna en la que se trataban cuestiones quizá interesantes para los lectores, como “Los ejercicios físicos”. El redactor tomaba como ejemplo a los ingleses, que no vacilaban en atribuir el vigor intelectual y físico de su raza a la práctica nacional y la popularización creciente de los deportes.

Agregaba que la práctica de una disciplina ayudaba al desarrollo físico, intelectual y emocional de las personas. Por lo que recomendaba ejercitar el cuerpo, practicando la natación, el ciclismo, etcétera.

Después de dos años al frente del periódico, Salado Álvarez finalizaba aquella etapa el 30 de junio de 1893.

Años que se traducían así:

Don Victoriano Salado Álvarez le imprimió el carácter que de derecho le correspondía, al convertirlo en un verdadero órgano oficial de la administración, agregándole además de las secciones social y de historia leyes, decretos, disposiciones emanadas de los poderes públicos y documentos con ellos relacionadas.<sup>139</sup>

Es cierto que el Diario Oficial estaba consagrado especialmente a estos asuntos, eso no significaba que no tuviera información complementaria en otras secciones, porque don Victoriano tuvo siempre el propósito de ampliar las notas en dicho periódico y los lectores reconocieron los cambios.

Después de año y medio en el cargo, (junio de 1891 a diciembre de 1892) el 8 de marzo de 1893 el licenciado Luis C. Curiel llegó nuevamente a la gubernatura de Jalisco y llamó a don Victoriano para que desempeñara por segunda ocasión el puesto de director *El Estado de Jalisco, Periódico Oficial del Gobierno*, responsabilidad que asumió el 2 de julio de 1897.

---

<sup>139</sup> Juan B. Iguiniz. *Op. cit.*, p. 179.

Con el talento y la creatividad de nuestro personaje, la publicación oficial presentó otros cambios; desde el formato, agregó las secciones histórica y literaria, conservó las que todos los diarios oficiales tienen: Gobierno general y del estado, contratos, circulares, acuerdos, decretos, etcétera, resaltando las condiciones, que ahora señalaban lo siguiente: “para todo lo relativo a esta publicación se dirijan los interesados al Director, en las oficinas del Archivo de Instrumentos públicos, bajos del Suprema Tribunal de Justicia”.

No podemos dejar pasar por alto el hecho de que si las noticias locales eran de mayor interés, éstas sobresalían por el tamaño de las letras, como era el caso de algún cambio de cabecera de algún cantón o la información de una nueva división municipal o estatal. Por ejemplo: “se cambió de Chapala a Jocotepec, la cabecera del 7o Cantón, quedando autorizado, el poder Ejecutivo, para efectuar la traslación de las oficinas respectivas cuando lo estime conveniente, o la Comisión de San Cristóbal Zapotitlán se segregó del Municipio de Teocuitatlán (4 Cantón) y se agrega al de Jocotepec (7 Cantón)”<sup>140</sup>

Otra novedad introducida era que cada mes se presentaba un estudio general de la administración, se informaba del inicio y cierre del periodo ordinario y extraordinario de sesiones de la Cámara de Diputados y firmaban los siete diputados que conformaban el Congreso local.

Llama la atención la reproducción total del discurso leído por el presidente Porfirio Díaz al inaugurar la décima novena legislatura del Congreso de la Unión, el 16 de septiembre de 1898.

---

<sup>140</sup> “Cambio de cantones, se agregan dos nuevos municipios”. *El Estado de Jalisco, Periódico Oficial del Gobierno*, Sección gobierno del estado, 23 de julio de 1895, p. 7.

# CAPÍTULO 4

## LA LITERATURA:

### 4.1 VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ, PERIODISTA Y CRÍTICO LITERARIO

Después del segundo periodo como director de *El Estado de Jalisco. Periódico Oficial del Estado de Jalisco*, del 9 de septiembre de 1895 al 2 de julio de 1897, Salado Álvarez continuaba con una intensa labor literaria: leyendo obras, traduciendo, escribiendo artículos y ensayos para otras revistas, como *Flor de Lis*. Esta publicación apareció en abril de 1896 y duró más de tres años, lapso durante el cual don Victoriano fue un asiduo colaborador junto con sus fundadores Sixto Osuna, Luis Padilla, Antonio Pérez Verdía y José Alberto Zuloaga. Otros periodistas y literatos que participaron en la publicación fueron Federico E. Alatorre, Mario L. Schiaffino, Jorge Delorme y Campos, Francisco Escudero, José López Portillo y Rojas, Gilberto Jasso, Alberto Santoscoy, Manuel Puga, Manuel M. González, Juan S. Castro y muchos otros.

En las colaboraciones saladistas podemos admirar al periodista versátil: escribe artículos que sorprenden por su forma y contenido, traduce obras de autores franceses, italianos e incluso los compara señalando coincidencias, errores y diferencias entre ellos.

En *Flor de Lis* podemos corroborar el prestigio y reconocimiento de que gozaba don Victoriano entre los lectores de la revista. Su entusiasmo “por los buenos libros”, comentarios y críticas ayudaban a los lectores a formarse una opinión algunas veces

no muy favorable de algunos escritores, pero sin denigrar el trabajo de aquello, que Salado consideraba de menor calidad. No observamos consideraciones sentimentales, amistosas o de cualquier otra índole no literaria que perturbasen la crítica, la opinión o el comentario que don Victoriano ejerció con absoluta independencia. Tampoco se observa que los fundadores de *Flor de Lis* hayan impedido que se publicara algún artículo suyo, sobre todo conociendo la seriedad de su pluma y el prestigio que para esos años ya contaba. Ello se demuestra al escribir sobre *Pachín González*, obra del literato español José María de Pereda (1833-1906), autor de la novela *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, y una decena de obras más, que Victoriano Salado reseñó y publicó en *Flor de Lis*.

*Pachín González* es una novela corta, escrita en 1896 en Andalucía, en la que el autor transmite una gran emoción al narrar los horrores, angustias y martirios que produjo la explosión del vapor *Cabo Machichaco* cuando estaba atracado en el muelle de Santander.<sup>141</sup> El hecho trágico se debió a un accidente y la obra describe el suceso doloroso en forma poética y con singular estilo: “*Pachín González*, huérfano de padre, vive lleno de estrechez y miseria al lado de su madre, quien se propone hacerlo marchar a América a fin de verlo convertido, a vuelta de algunos años, en uno de esos jándalos de negras patillas, blanco jipi-japa y enorme cigarro”.<sup>142</sup>

Según Salado, Pereda, escritor de artículos humorísticos, de costumbres, biografías y revistas teatrales y algunos estudios literarios, hizo de *Pachín González* una narración en la que mostró sus dotes de “diestro colorido” y dibujante inimitable al describir una escena en la que madre e hijo:

---

<sup>141</sup> Cabo Machichaco fue una historia que Pereda escuchó cuando ingresó a estudiar a la Escuela de Artillería de Madrid en 1852 y que años después plasmó en novela, imprimiéndole su sello personal y sobre todo adaptándola con diálogos, personajes, descripciones y una gran dosis de ficción, logrando atraer a sus lectores con la trama de la misma.

<sup>142</sup> Victoriano Salado Álvarez, “*Pachín González*”. *Flor de Lis*, Guadalajara, 15 de abril de 1896, p. 2.

Oyen decir que en el mar arde un navío, piensan que puede ser éste el que ha de conducir a Pachín rumbo al Nuevo Mundo y ocurren al muelle a tomar lenguas del caso. Larga es la expectación de los advenedizos en el atracadero, cuando piensan volver a su habitación, porque el *Cabo Machichaco* no va a ser más ni tampoco se extingue, ven una gran luz, oyen un formidable estampido y son lanzados a larguísima distancia.<sup>143</sup>

Reconocía que Pereda era un profesional de la pluma; un hidalgo enamorado del arte y cultivador de la literatura como medio más adecuado para satisfacer una verdadera necesidad de su espíritu. Era un minucioso observador de los detalles, los persigue y los trata como el tema principal de sus escritos. Esto se puede corroborar en la siguiente escena, cuando:

Recobra a poco Pachín el habla y el conocimiento, busca desolado a su madre entre los cadáveres que les cercan, explora el mar, recorre los hospitales y casas de socorro, examina los difuntos diseminados por las calles y torna a su habitación desconsolado, con la muerte en el alma; y figurándose que su madre pereció en la explotación, se echa en la cama triste y pesaroso, enfermo del cuerpo y espíritu.<sup>144</sup>

Consideraba Salado que la prosa de José María de Pereda, era sin lugar a dudas una de las más acabadas por aquellos años en España. Por ello, lo reconocía como una autoridad literaria, además de que el también autor de *La leva* y *El fin de una raza*, entre muchas otras obras, era un literato que gozaba de gran popularidad. Para finalizar la primera parte de aquella narración, Salado continúa: “cuando yacía aletargado Pachín víctima de pesadillas tremendas, siente que unos brazos lo enlazan, que unos labios buscan los suyos, que lágrimas candentes bañan su rostro...Es su

---

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 3.

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 4.

madre que había salvádose también milagrosamente bajo unos maderos y que regresaba a buscar al hijo perdido”.<sup>145</sup>

Del nuevo libro admiraba la dicción purísima, inimitable, castiza, la manera de pintar con colores siempre vivos y delicados los objetos materiales, sus matices y sus contornos, describiendo efectos y sensaciones con conocimiento profundo del alma humana y sus misterios.

Benito Pérez Galdós consideraba que Pereda fue uno de los autores más representativos del costumbrismo español de finales del siglo XIX, ya que gran parte de su producción literaria estaba escrita en ese género, pues en ellas exaltaba el paisaje y las costumbres populares. Cabe señalar que esta corriente perduró en la literatura hasta el primer tercio del siglo XX, al surgir el Modernismo y la Generación del 98, con José Zorrilla y José de Espronceda principalmente.

A pesar de que Pereda no perteneció a este grupo porque murió en 1906, su obra siguió vigente, Pérez Galdós lo consideró un maestro en su género.

La crítica literaria española reconoció que el también autor de *Sotileza*, fue uno de los narradores más sobresalientes de su época, ya que así lo demuestra su amplia obra literaria. Para entender lo anterior dividen su producción en dos etapas: la primera de 1854 a 1876, en la que se observa aun Pereda férreo crítico de la sociedad en que vivió. Ejemplo de ello son sus novelas *Tipos trashumantes* y *Esbozos y rasgos* en las que describió el mundo con sátira.

En ellas criticaba la destrucción que implicaba el progreso e igualmente se oponía a toda novedad porque pensaba que conducía a la corrupción y al caos moral. La segunda etapa de 1877 a 1897, es la más rica literariamente hablando, porque se confirma la madurez en la narración, exaltando el paisaje y las costumbres de su región donde vivía; alababa la vida campesina, a la que consideraba como modelo

---

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 5.

ético y estético de existencia. Su última creación *Peñas arriba*, elogiaba las virtudes tradicionales, siendo las montañas el escenario donde tenía lugar la historia.

Continuando con sus narraciones, siguió colaborando en la revista *Flor de Lis*, revista que, dijimos, surgió en 1896 y que a pesar de haberse publicado durante tres años por problemas desconocidos dejó de aparecer.

Otras amplias e interesantes contribuciones publicadas en *Flor de Lis* en julio de 1896, fueron los comentarios a la *Crónica del Undécimo Congreso de Americanistas* de Enrique de Olavarría y Ferrari; la crítica a la novela *Las majas de Cádiz* de Armando Palacios Valdés y los *Cuentos morales* de Leopoldo Alas *Clarín*.

En los artículos Salado manifestó su agrado por la manera en que se estaban llevando a cabo las investigaciones humanísticas y sociales en México, especialmente al abordar el estudio de las comunidades indígenas y de las culturas prehispánicas. En mi opinión ese Congreso dio a conocer la apertura de nuestro país a los investigadores extranjeros, hecho que destacó don Victoriano, porque en diversas formas la situación de los indios debía ser mejorada y era necesario iniciar ciertamente el rescate arqueológico de los restos de las culturas nativas; respecto a la novela de Palacios y los cuentos de Alas *Clarín*, consideró que fue un acierto escribir en torno a estos dos grandes literatos españoles, por ser material ameno, interesante y descriptivo de la vida hispana, género que tenía gran aceptación en esos momentos.

De Olavarría y Ferrari, señalaba: “español de origen pero compatriota nuestro por el corazón” fue el único literato que se preocupó en publicar íntegramente la *Crónica del Undécimo Congreso de Americanistas*, celebrado en México en abril de 1895 en la Biblioteca Nacional. En el opúsculo, el también autor de *Episodios históricos mexicanos* registraba en orden alfabético los nombres de las personalidades nacionales que asistieron al evento, desde el presidente de la República, Porfirio Díaz, hasta los nombres de los representantes de gobiernos extranjeros y de los estados, las

sociedades científicas y extranjeras presentes. De la *Crónica del Undécimo Congreso de Americanistas*, Salado reconocía que era interesante:

Escribir de asuntos que regocijan a unos cuantos doctores que no son del dominio de la generalidad de los literatos, que constituyen objetos de disputas y división para los mismos que los han profundizado y hecho conocer, porque entran en su explicación factores como el temperamento de cada autor, su tendencia al ensueño y su afán de fantasear.<sup>146</sup>

Señalaba que eran pocos los literatos que se ocupaban de cuestiones de antropología, etnografía, arqueología, lingüística o paleografía, temas tratados en aquel congreso. Recalcaba que solamente escribiendo de manera grata, comentando noticias útiles o a través del entretenimiento, se podía conseguir o alcanzar un dominio completo del asunto, sólo a través de la práctica constante de redactar para el público.

Esta afirmación era porque Salado conocía las obras de Olavarría, prueba de ello es que insistía en que “ningún mexicano podía pasar por alto” el amor y admiración que Olavarría sentía por México, su interés por los monumentos, sus costumbres, su historia, sus instituciones y sus grandes hombres. Ello explicaba su interés por escribir sobre aquel acontecimiento. Para finalizar, Salado lamentaba que “el cuaderno” no lograra la difusión requerida, porque el autor mandó imprimir algunos ejemplares, dada la importancia de los temas tratados, y que eran estudios dignos de conocerse, resultado de investigaciones serias, profundas, realizadas por especialistas.

La obra *Las majas de Cádiz* de Armando Palacio, don Victoriano reconoce que el autor pertenece al grupo de los grandes novelistas españoles, “es poético, original e interesante”; su forma de escribir es amena, resultado de su experiencia en la *Revista*

---

<sup>146</sup> Enrique Olavarría y Ferrari “Crónica del Undécimo Congreso de americanistas”, *Flor de Lis*, Guadalajara, 1896, p. 3.

*Europea*, donde publicó semblanzas humorísticas de novelistas, poetas y oradores españoles, lo que constituía su inicio en el campo literario.

Con más de una docena de libros Palacio Valdés publicó en 1896 *Las majas de Cádiz*, obra en la que, según Salado, describe “el desenfado de los chulos, jaques, chisperos, tipos y mujerzuelas de aquellas partes, envolviéndolo todo con el ropaje de una acción más movida”. Añadía que al leer la novela el lector se daba cuenta que *Las majas de Cádiz* era una narración melodramática e interesante, que reflejaba la vida de Andalucía.

El interés de Salado por seguir escribiendo de autores reconocidos de la época, seleccionando sus obras que consideraba más representativas e interesantes para los lectores, constituye un ejemplo de lo anterior. Él sabía que Palacios y Pereda, autores referidos anteriormente, habían cultivado la novela costumbrista, género que tenía gran aceptación en México con autores como Ignacio Manuel Altamirano, Manuel Payno, J. M. Roa Bárcena y J. T. Cuellar entre otros, que seguramente leyó, y que los suscriptores de *Flor de Lis*, también.

Nuestro autor se mantuvo atento a lo que se publicaba y por tanto, sus artículos eran vigentes. No encontré algún comentario insidioso en contra de algún libro o autor, si no estaba de acuerdo exponía su punto de vista, sugería a los lectores que leyeran la obra, porque quería saber si coincidían o no con su opinión pero sin olvidar que su pluma era de las más solicitadas por los editores para que colaborara en sus revistas o periódicos, porque constituía un prestigio para sus publicaciones.

En esta reseña, Salado primero describe la trama de la obra; segundo, analiza los protagonistas; tercero, señala los caracteres secundarios de los personajes y, por último, expone su punto de vista.

Continuando con *Las majas de Cádiz* la trama era de lo “más mezquino, antilógico que pudiera imaginarse”, porque los dos personajes principales: “Juan Lamas, es un

pobre hombre, un referido de mal de amores que causa verdadera lástima, es frío, brutal, tremendo, enemigo de componendas y arreglos, y Pedro Velásquez, personaje dechado de incongruencias, amante de Mercedes la Cardenala, ramillete de tan gallardo castillo y querida de Antonuelo”.<sup>147</sup>

Tenía razón al señalar su inconformidad con la trama; pero el autor de *Escenas andaluzas* y *El comendador* se valió de todo tipo de argucias para presentarnos personajes antagónicos; su objetivo central fue mantener al lector atento al desarrollo de la obra, con personajes secundarios ya conocidos por otras obras del propio Palacio. Lo que sí resultaba interesante del libro, en opinión de Salado, era “la observación de las costumbres, aunque a su juicio, hay demasiado convencionalismo, demasiado afán de hacer frases y de exhibir un Cádiz de zarzuela que contrasta con pinturas exactas y hechas sin intento preconcebido.”<sup>148</sup>

Al final nuestro autor se mostró desencantado con el libro y argumentó que don Juan Valera tenía razón porque sería de desearse que dichas obras entusiasmaran un poquito menos a los escritores andaluces.

Siguiendo con los literatos de la península Ibérica, Salado analizó *Cuentos morales* de Leopoldo Alas *Clarín* publicado en julio de 1896 en *Flor de Lis*. Con esta reseña decía que no se sorprendió por el sugestivo título que el autor de *La regenta* y *Cartas de un estudiante* dio al libro, consideraba que la obra de *Clarín* era esencialmente contemplativa; que analizaba al hombre en su interior, los complejos mecanismos que ponen en marcha al individuo, los resortes que lo mueven a actuar. Le interesaba y mucho, el temperamento que se manifiesta a través de su conducta y los valores que persigue con ella, de ahí que opinara que *Cuentos morales* “no están destinados a

---

<sup>147</sup> Armando Palacio Valdés. “Las majas de Cádiz”, *Flor de Lis*, 1 de julio de 1896, Guadalajara, p. 62-63.

<sup>148</sup> *Ibidem*, p. 64.

pintar la naturaleza exterior, lo visible, lo íntimo, lo profundo del ser humano, el móvil de sus acciones, su manera de pensar y de sentir”.<sup>149</sup>

Pero va más allá al percibir una constante preocupación del autor por reconsiderar los fundamentos de la fe cristiana y el papel de la Iglesia católica en el seno de la sociedad española. Sin embargo, reconoce que el “arte de la contemplación” le proporcionaba al autor español el “tiempo y la serenidad para realizar ese ejercicio de inteligencia”, aunque algunas de las historietas de la obra eran ya conocidas porque la prensa las había reproducido muchas veces, a tal grado que se habían convertido en una especie de novelas ejemplares.

Asimismo, al parecer la repetición de los personajes y las historias, de Palacio y *Clarín* fue algo que no le parecía, pues consideraba que restaba mérito a las obras y a los autores e insistía en la religiosidad de Alas *Clarín* al comprobar que el autor, al hablar del amor como una vía de redención, planteaba que era la única manera de acercar al ser humano a la virtud, de conocer el bien y de integrarlo a Dios: “pero sea como fuere, no cabe duda que los *Cuentos morales*, como obra de estudio son muy apreciables, como obra destinada a producir emoción, resultan enteramente nulos”.<sup>150</sup>

Por último, concluía que ambos que ambos autores redactaron el libro denominado *La literatura en 1881*, colección de artículos donde se advierten las características del humorismo de Palacios que contrasta con el de su colaborador y amigo.

Otro artículo interesante y quizá extraño por el contenido del mismo fue “Pluvioso”, porque Salado narra un paisaje de su niñez en su pueblo Teocaltiche. Al escribirlo recordaba que “la lluvia no es en mi tierra lo que en los países fríos: llanto del cielo que infunda tristeza... es deidad, risueña y juguetona, limpia y traviesa que esparce por doquiera la frescura, el gozo y la alegría”. En “Pluvioso” podemos

---

<sup>149</sup> Leopoldo Alas Clarín. “Cuentos morales”, *Flor de Lis*, 1 de julio de 1896, Guadalajara, p. 2.

<sup>150</sup> *Ibidem*, p. 5.

percibir añoranza por la época de verano, el verde del campo que parece alfombra que cubría la campiña: “ella hace brotar la simiente y cuajar el grano; puebla la gárrula música los sembradíos; refresca el ambiente; hace más clara y más límpida la luz de nuestro valle nativo; enseña cantos nuevos a los pajarillos e infunde esperanza en el corazón del campesino”.<sup>151</sup>

Esta forma de describir el paisaje era para Salado como una ventana abierta en la que también podía admirar las nubes, el sol, que al salir secaba el agua de los charcos, o las gallinas que se revolcaban en la tierra fresca y que al anochecer “huyen en rápida bandada”.

La descripción le permitía “transportar” a los lectores de *Flor de Lis* a una época desconocida de nuestro autor, porque en sus *Memorias Tiempo viejo-tiempo nuevo*, nos habla de cuestiones meramente familiares y en “Pluvioso” reconocía que la lluvia era esperanza para los campesinos que vivían de la siembra y la cosecha de los productos, pero además escribía: “la lluvia es indiscreta, se cuele por las maderas de la estancia cerrada, abre conducto por el techo, moja los vestidos de la hermosa para adherirse a su carnación florida y besarla con ósculo apretado y hondo”.<sup>152</sup>

Finalizaba “Pluvioso” reconociendo que el agua era “nuncio de venturas, causas de goces, gloria y encanto de la vida en esta región”, y no podía ser de otra manera, pues Teocaltiche era un pueblo pobre, alejado no solamente de la capital del estado, sino de toda civilización, en el que sus habitantes sobrevivían gracias a la venta de mercancía con las personas que pasaban rumbo a Aguascalientes. De ahí que “Pluvioso” resulta interesante porque nos permite conocer al Salado Álvarez narrador de la naturaleza.

---

<sup>151</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Pluvioso”, *Flor de Lis*, 15 de julio de 1896, Guadalajara, p. 72.

<sup>152</sup> *Ibidem*, p. 73.

El interés de nuestro autor por dar a conocer la obra de escritores extranjeros era enorme, y se reafirma en la traducción del artículo

“Les Vierges aux rochers” del poeta y novelista italiano Gabriel D’Annunzio.

La obra de este autor no era desconocida para Salado, porque en *La República Literaria* aparecen algunos artículos del autor de *Intermezzo di rime* y cuyas primeras obras, *Primo vere In memoriam* y *Canto novo* se distinguieron por su forma impregnada de una marcada nota sensualista que poco a poco va cambiando por un sentimiento de honda melancolía. En 1895, D’Annunzio publicó *San Pantaleone Ricconti*, libro que contiene “Les Vierges aux rochers” y que Salado seleccionó para traducir y publicar en *Flor de Lis*, en el que se puede admirar el talento del literato italiano:

¡Oh múltiple Belleza del Mundo, no sólo es para ti mi alabanza; no sólo es para ti, sino para mis antepasados, para los que supieron gozarte en siglos remotos y me transmitieron sus sangre ardiente y generosa!...para ellos que acariciaron hermosas mujeres y que las poseyeron. Por su embriaguez, sus magnificencias y sus lujurias, loados sean, pues porque me formaron estos sentidos en que puedo, o Belleza del Mundo mirarte honda y ampliamente como en cinco mares vastos y profundos.<sup>153</sup>

Seguro de que esta obra inspirada en el amor constituye un reconocimiento a la belleza femenina, adornada con descripciones interesantes, en la que el autor le agregaba la pasión e imaginación, la elegancia propia de un enamorado y con la que seguramente se sintió identificado.

---

<sup>153</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Les Vierges aux rochers” por Gabriel D’Annunzio, *Flor de Lis*, 15 de octubre de 1896, Guadalajara, p. 131.

Salado Álvarez reconocía que el éxito de D'Annunzio como escritor se debió a la originalidad e imaginación brillante, elegancia en el estilo e ideas propias, “a veces raras y contradictorias, pero encantadoras”.

En contraste, también escribió para *Flor de Lis* el artículo “De una novela en preparación”, escrito igualmente extraño y un tanto difícil de entender por la trama y el desarrollo de los acontecimientos y, sobre todo, por el personaje central, doña Mencia López de Quiñones, patrona de una casa de huéspedes.

Lo primero que se preguntó era el origen del nombre de aquella dama y “se inclinaba reconocer que Mencia era sólo abreviatura del más vulgar y usado de Clemencia: que la madre doña Manuela, contagiada del romanticismo de la época en que nació su hija, le puso aquel nombre quizá porque leyó alguna novela de Fernández y González o por el marcado sabor calderoniano”.<sup>154</sup> Y “dejando a un lado estas pequeñeces gramaticales y filológicas, que no merecen tomarse en cuenta” empieza por narrar las andanzas de Mencia en su juventud, el enamoramiento de ésta con un oficial de caballería, la oposición de sus padres por el noviazgo y la fuga de la casa con el pretendiente.

La historia de amor se ve ensombrecida por la muerte de su amado, “en cierta acción en que salieron triunfantes las armas del gobierno”. Para dar mayor veracidad al relato, Salado lleva a los lectores de *Flor de Lis* a través de una compleja trama cuando narra que, al conocer la noticia del fatal accidente, Mencia va a buscar el cadáver de su esposo, pero todo se complica con la imposibilidad de obtener información por la negativa de las autoridades de dejarla pasar para que reconociera el cuerpo del difunto. Ante esta situación Mencia toma la decisión de “disfrazarse de

---

<sup>154</sup> Victoriano Salado Álvarez. “De una novela en preparación”, *Flor de Lis*, 1 de enero de 1897, Guadalajara, p. 181.

hombre para buscar y matar al que había quitado la vida a su dueño”, sin lograr su objetivo.

Decide entonces “meterse de monja en el momento en que se abolía a los conventos”, desesperada decide “ir al campo de batalla, a curar heridos y preparar difuntos”. Poco habría de durarle el gusto; después de permanecer algunos meses en el lugar, cambia de opinión y decide establecer una casa de asistencia y pronto olvidaría su misión caritativa al convertirse en “una vieja agria, sucia, fastidiosa, en quien todo incómodo achaque tenía asiento y todo asqueroso alifafe segura habitación”.<sup>155</sup>

Con el paso del tiempo, los años encima, las experiencias sufridas y una “casona como único caudal”, doña Mencia López de Quiñones da un giro a su vida al dedicarse a la cocina: “se levantaba al alba diariamente y desde esa hora, no dejaba de trajinar, encendía la lumbre con carbones, ocotes y un cabo de vela de sebo, y venían después las tareas más delicadas del día, la compra en el mercado y la confección de la comida”.<sup>156</sup>

Para la preparación de los alimentos, señalaba Salado, Mencia seguía al pie de la letra las indicaciones del *Diccionario de cocina o de la cocinera poblana*: “lo que se toma con tres dedos o lo que dan por un real; era la cantidad que ponía a la comida”. Narraba que Mencia sabía imprimir a sus recetas un sello de originalidad que las hacía únicas, atributo del artista espontáneo y genial.

Sin embargo, la historia termina cuando muere Mencia y queda sin aclarar el origen del nombre, pero conociendo a Salado, la narración parece más un cuento de los que escuchó de su nana Albina cuando fue niño y que tenía presente. A su vez, lo anterior coincidía porque en la primera parte de los *Episodios nacionales mexicanos* aparece un personaje con el mismo nombre.

---

<sup>155</sup> *Ibidem*, p. 183.

<sup>156</sup> *Ibidem*, p. 185.

Otro escritor que también se ocupó de leer fue Antonio de la Peña y Reyes, autor del libro *Muertos y vivos*, con quien mantuvo una estrecha amistad desde que en 1903, escribió el prólogo de su libro *Artículos y discursos*. A partir de entonces, nuestro autor destacó las cualidades literarias de De la Peña, sobresaliendo las de crítico con preparación profesional, serio, instruido, características que él admiraba. Además, el autor de *Muertos y vivos* poseía un talento claro, animado por un sincero entusiasmo de la belleza y, sobre todo, dotado de un gran fondo de rectitud, cualidades que están presentes en su obra, en especial en una colección de artículos publicada con anterioridad y que recopiló en un volumen en el que el lector podía conocer toda una época de pasión, entusiasmo y goce:

Escritos día a día, destinados quizá tan sólo a la vida pasajera del periodo político y tenían un doble valor: por una parte muestra la habilidad del autor, que con cuatro rasgos maestros da su opinión, siempre autorizada, sobre el tema literario de actualidad, en estilo gallardo, clarísimo y exento de galas inoportunas; y por otra parte, por su carácter netamente informativo, están destinados a guardar mucho que sin ese auxiliar indispensable de seguro se olvidaría.<sup>157</sup>

Salado Álvarez consideraba que en México se requería de este tipo de obras porque permitían conservar las ideas vertidas por los personajes, aconsejaba que se reconociera a los autores, que se leyeran libros en que se transparente “el juicio sano, el deseo de hacer justicia, el propósito de decir la verdad”. Don Victoriano rechazaba las actitudes negativas porque consideraba que nos llevan “a caer en la grosería chabacana o en el chisme inurbano y descomedido”.

---

<sup>157</sup> Victoriano Salado Álvarez, Antonio de la Peña y Reyes. “*Vivos y muertos*”, *Flor de Lis*, 15 de febrero de 1896, Guadalajara, p. 211.

Reconocía que De la Peña no era así, que tenía sus predilecciones como cualquier crítico, gozaba alabando las obras de sus amigos, pero cuando no estaba de acuerdo con alguno de ellos lo criticaba, sin perder la amistad, “hay en él la misma buena fe, la misma honradez, el mismo entendimiento sano, la propia justeza en los pareceres que campean en *Muertos y vivos*”.

Esta opinión perduraría a través de los años, porque como señalábamos al inicio, en el prólogo de *Artículos y discursos* que escribió en 1903 le pide a De la Peña que “no abandone las tareas literarias que son el mayor consuelo y el bien mayor con que hemos sido recompensados los que las practicamos”.

Ambos personajes fueron contemporáneos, de ahí que en los comentarios se muestra una estrecha amistad, visible cuando expresaba que en sus artículos se notaba “agudeza de ingenio, buen sentido y criterio reposado”, pero además de esas cualidades, multiplicadas por los años y la experiencia, había profundidad, sobriedad, buen gusto y elegancia de estilo. Por otra parte, consideraba que De la Peña era buen periodista porque cuando escribía sobre juicios críticos, polémicas literarias y, sobre todo, cuando pronunciaba discursos, se evidenciaba su gran bagaje cultural.

Continuando con sus colaboraciones publicó en *Flor de Lis* un interesante artículo sobre “La última novela de Galdós”. Conociendo su interés por los autores españoles, no podía pasar inadvertido su comentario a la última obra del escritor, nacido en Las Palmas de Gran Canaria.

Galdós, considerado por la crítica española como el segundo literato más conocido después de Miguel de Cervantes y Saavedra, era la figura cumbre de la nueva novela española moderna y contemporánea, y uno de los novelistas más logrados de la literatura universal. Salado consideraba que Galdós era el creador de seres eternos hechos símbolos; incomparable animador de multitudes e implacable crítico de la sociedad madrileña de su tiempo.

Después de haber leído *Misericordia*, opinaba:

No es obra tendenciosa, que mantenga la resolución o siquiera la exposición de algún problema palpitante de actualidad; no está destinada a mostrar estados del alma excepcionales; ni a proponer el misticismo, la caridad o el amor como fin a las intrincadas cuestiones que se debaten; es simple y sencillamente, la narración de una vida humilde alrededor de la cual giran y se mueven las de las otras figuras del libro como atraídas por el imán irresistible que ejerce la bondad sobre las almas todas.<sup>158</sup>

Argumentaba que en *Misericordia* su autor recurre una vez más a su característica combinación de patriotismo y humor para establecer la perspectiva moral del personaje principal: Benina. Era “una criada abnegada y generosa que se dedica al mantenimiento de sus antiguos amos, con la influencia de un moro ciego dotado de rara clarividencia interna”. Esta dualidad realidad-ilusión, consideraba constituía un contraste entre el uso positivo y el abuso irresponsable de la imaginación, pero a pesar de todo, reconocía: “¡qué hermoso romance de penas, de amor, de placeres, de dolores, de conmiseración, de cólera y de ironía elabora el maestro canario!”<sup>159</sup>

De lo anterior, se deduce que Salado escribió obras parecidas a los de Pérez Galdós, porque pensó que de esa manera tendría igual éxito comercial que el escritor español. De hecho, originalmente nuestro autor no tenía la intención en escribir novela histórica pero debido a la necesidad económica y el apoyo que recibió de algunos amigos intelectuales y literatos, y sobre todo del editor Balleescá, se decidió a cultivar este género y resultó acertada la decisión porque gracias a los *Episodios nacionales mexicanos* logró el reconocimiento a nivel nacional e internacional.

---

<sup>158</sup> Victoriano Salado Álvarez. “La última novela de Galdós”, *Flor de Lis*, 1 de agosto de 1897, Guadalajara, p. 51-52.

<sup>159</sup> *Ibidem*, p. 53.

Pérez Galdós, autor de *Fortunata y Jacinta*, supo dar a todas sus obras la expresión y el ambiente necesarios, no olvidaba un solo elemento que quedara fuera de la novela, porque “no hay contorno que no quede señalado, ni rasgo que permanezca en vago, ni acto, palabra o pensamiento suyo que no conspire al fin principal”.

Reconocía que disfrutaba leyendo obras del autor de *Misericordia* son los diálogos entre la pareja, “que dicen cosas tan graciosas y tan entretenidas, como se reconoce a ellos, a esas personas *pobres pero decentes*, que primero cometerían una acción indigna que rebajase a aceptar trabajos que mancillaran al más insignificante”.<sup>160</sup>

Para don Victoriano, Benito Pérez Galdós fue un hombre de letras con una temática variadísima: la gracia, la pasión cegadora, el amor puro, el drama, el deseo; son elementos característicos de sus obras, que supo imprimir en sus *Episodios nacionales* y que años más tarde servirían para que nuestro autor escribiera la versión mexicana de la misma obra de excelente narración histórico-literaria que describe uno de los periodos más importantes de la historia de México, de 1851 a 1867, y que dividió en dos secciones: *De Santa Anna a la Reforma*, la primera, y *La Intervención y el Imperio*, la segunda.

Otro artículo que escribió Salado para *Flor de Lis* y que nuevamente nos sorprende porque nos expresa, como él mismo lo reconoció en sus *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo*, su admiración y, tal vez, por qué no, su enamoramiento por algunas cantantes de ópera que conoció, es “El álbum de la señorita Paz Enciso”. En este artículo, Salado Álvarez declara su fascinación por la señorita Paz Enciso y nos preguntamos: ¿quién era esa “princesa núbil de negros ojos?”, como él la llamaba; quizá fue el amor platónico de nuestro autor, o al menos eso se deduce cuando le escribe: “yo sé que la juventud y la hermosura, la gracia y la pureza son amuletos que dan la dicha, quise, a riesgo de que me juzgaras de informalidad retener a mi lado tu

---

<sup>160</sup> *Ibidem*, p. 55.

álbum. Te hallas en la edad más hermosa; eres crepúsculo y aurora; flor y botón; realidad lisonjera y esperanza risueña”.<sup>161</sup>

Este cariño llega a la cúspide cuando le pide a Dios que la guarde así muchos años; amada, hermosa, feliz y llena de ventura, y le recuerda que el amor es goce y dolor, placer y pena, no hay por qué temerle y le recomienda: “espéralo con ansias, pero con seguridad de que llegará, porque no hay labio que no sienta su dulzura ni corazón que no hiera su flecha enharbalada”.<sup>162</sup>

Para finalizar, Salado se inspira y le escribe un verso que dice:

Por tu hermosura eres diosa;  
Por tu gracia mujer;  
Por tu fantasía hada;  
Por tu distinción, reina y madre  
Por tu ternura...

Cabe preguntarnos, ¿acaso sería alguna joven tapatía la que cautivó su corazón hasta llevarlo a escribir estas cosas que no dejan de sorprender?, porque don Victoriano era todo un caballero y el verso nos muestra el lado humano de sus sentimientos porque manifestó su admiración a una dama, colocándola en lo más alto del ideal de mujer perfecta. ¡Debió ser una mujer de extraordinaria belleza y cualidades relevantes para que nuestro autor escribiera tales versos!

---

<sup>161</sup> Victoriano Salado Álvarez. “El álbum de la señorita Paz Enciso”, *Flor de Lis*, 16 de enero de 1899, Guadalajara, p. 153.

<sup>162</sup> *Ibidem*, p. 4.

## 4.2 VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ Y LOS MODERNISTAS

Encontrándose en las postrimerías del siglo XIX, don Victoriano se enfrentó al siguiente dilema: continuar en el periodismo o dedicarse a su profesión de abogado, desempeñando cargos judiciales en el gobierno de Jalisco. Contrariamente a lo que pudiera pensarse, realizó labores judiciales al ser nombrado juez segundo de lo criminal en Guadalajara, experiencia que habría de redituarse beneficios, porque escribiría algunos cuentos cortos en su libro *De mi cosecha*. De 1894 a 1896, don Victoriano impartía clases de literatura, historia de México e historia universal en el Liceo de Varones de Guadalajara, institución fundada en 1700 en la que él había estudiado. Esta escuela, reconocida en todo el estado porque era la más avanzada de su época y su antecedente fue el Seminario Conciliar de San José, que había sido clausurado por problemas políticos en el estado, sufrió diferentes reformas internas de acuerdo a la filiación política del gobernante en turno.

En 1895 el gobernador Corral, expidió un decreto que establecía entre otros puntos que “la enseñanza secundaria o preparatoria estaba encomendada por la Ley a los Liceos, que a su vez servían de escuelas normales para preceptores”<sup>163</sup> El objetivo del edicto era incluir nuevas actividades para que el Liceo de Varones llenara su doble objetivo, pero desafortunadamente no pude obtener información en la ciudad de Guadalajara, en relación con el sitio donde se encuentra el archivo del Liceo y tampoco localicé algún trabajo de investigación que tratara el tema de interés. No existe la duda que Salado Álvarez fue un buen profesor no sólo porque era conocedor de las cátedras que impartía. Un dato anecdótico es que su nombre aparecía en los

---

<sup>163</sup> Ramón Corona. Memorias presentada por el Ejecutivo del estado a la XII Legislatura, 2 de febrero de 1889, Guadalajara, s/e, p. 92-93.

periódicos anunciándose como especialista de esas asignaturas, además, de que era un hombre de amplia cultura.

En su libro *Memorias Tiempo viejo, tiempo nuevo* nos dice:

En 1897 se hallaba preocupado el mundo por no tener preocupaciones y no mirando delante ningún conflicto internacional ni una guerra posible, ni el derrumbamiento de uno o varios tronos, se dio en opinar en pro o en contra del decadentismo. Ahora todo el mundo sabe que el decadentismo, juntamente con el simbolismo, el tolstoísmo, el satanismo y otras muchas diabluras que empezaban a salir a flote eran ramas desprendidas del romanticismo.<sup>164</sup>

La inconformidad en ese momento coincidía con el surgimiento del movimiento decadentista, grupo formado por jóvenes que en su afán de distinguirse en México, se caracterizó “por su gran originalidad, de espíritu cosmopolita, producto de una profunda cultura literaria, de amor al helenismo, de conocimiento de todo lo moderno europeo, especialmente francés, hasta el punto de llegar a un ‘galicismo mental’, de trabajo pensado y consciente, lleno de amor a la naturaleza pero inmoral y, en definitiva pesimista”.

Ejemplo de esta escuela es el libro *Oro y negro* de Francisco M. Olaguíbel, publicación que apareció en 1897 y que fue el detonador del malestar de nuestro autor. Olaguíbel mantenía una buena amistad con Salado y prueba de ello fue el envío del ejemplar a su amigo, quien agradeció la cortesía, pero nunca se imaginaron ambos que esto daría lugar a una fuerte discusión.

Salado Álvarez, sin aviso previo, el 29 de diciembre de 1897 publicó, una carta en el periódico *El Mundo Ilustrado* y en ella exponía su punto de vista sobre la nueva

---

<sup>164</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 259

escuela. A partir de la misma daba inicio “la polémica más larga y tal vez, la más dura que enfrentó el modernismo”.<sup>165</sup>

Este debate sirvió para reafirmar la personalidad y el carácter de don Victoriano como periodista y como hombre de letras, pues debemos de recordar que años antes también había participado en la polémica de los tastoanes.

Si observamos los dos meses que duró la polémica (diciembre de 1897 a enero de 1898), en realidad no fue mucho tiempo, pero sí llama la atención la intensidad con la que desde las columnas de los periódicos *El Nacional*, *El Mundo Ilustrado* y *El Universal* distinguidas plumas ocuparon la atención del público. Los asertos del atacante, la defensa de Olaguíbel y Amado Nervo, los comentarios de amigos comunes como Alberto Leduc, José Monroy, Aurelio Gonzáles Carrasco y M. Larrañaga Portugal sirvieron para calentar el ambiente literario de esa época y apreciar su significado como parte de la vida nacional.

En la primera carta, Salado se muestra sincero cuando le dice a Olaguíbel “tiene usted rasgos hermosos, frases llenas de frescura”, pero le reprocha que imite a los autores franceses y le pide que abandone “esa retórica de relumbrón, que sea él”. Seguramente aquellas palabras hirieron a Olaguíbel y Salado, sin detenerse en su crítica, le dijo: “pertenece usted a la escuela que bajo el calificativo de decadentista encierra en su seno a otra multitud de sectas y doctrinas brotadas de ese gran semillero de ideas que se llama París”.<sup>166</sup>

No debe sorprendernos la actitud de Salado en contra de la nueva escuela, pues siendo él admirador de la literatura de Ignacio Manuel Altamirano y por ende de la cultura nacional, seguramente debió considerar aquella corriente dañina a la literatura mexicana. Esto se reafirma cuando Nicole Girón dice: “Altamirano aportó a la

---

<sup>165</sup> Belem Clark de Lara. “Una crónica de las polémicas modernistas”, *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, El Colegio de México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México, 2001, p. 72.

<sup>166</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Los modernistas mexicanos”, *El Mundo Ilustrado*, 29 de diciembre de 1897, p. 3.

mentalidad mexicana temas y tratamientos que perduraron por muchas generaciones y conformó un sentir común...La noción de cultura nacional se opone a una idea fija de cultura universal y se torna indispensable de la conciencia nacional”.<sup>167</sup>

Lo anterior coincidía con la idea de Salado acerca de la obra de Altamirano, y esta admiración se reafirma cuando le dedicó el segundo tomo de los *Episodios nacionales mexicanos*. Sin embargo, lo que resulta contradictorio es porqué, durante el tiempo que permaneció como responsable de *La República Literaria* no manifestó ningún comentario en contra de la influencia de los tres grandes poetas franceses del romanticismo: Lamartine, Victor Hugo y Musset, y de la cual se desprendió el modernismo.

Por otro lado, Salado olvidaba que estos autores ejercieron influencia en periodistas e intelectuales de Jalisco, como fue el caso de su amigo Manuel Puga y Acal, a quien nunca criticó por imitarlos.

Continuando con los decadentistas, su crítica acerba prosiguió, porque consideraba que las formas de expresión de esa corriente no se ajustaban a la realidad nacional, e insistía en que “el nuevo espíritu poético” era decadente, que no era otra cosa que “la baja de nivel intelectual y literario”. Reconocía que los decadentistas “son siempre exquisitos, ávidos de sensaciones nuevas, deseosos de probar cuanto anteriormente se reputaba prohibido”. Según Nicole Girón, siendo así, entonces habría que considerar a esa corriente como un movimiento de emancipación, “una revolución libertadora” que miraba hacia lo universal. Por ende, el modernismo no era, como Salado lo decía en su carta, un mero “juego de imaginación, capricho aislado de cabezas calenturientas, sino copia fiel de las costumbres que rodean al autor y signo de un estado de ánimo”.

---

<sup>167</sup> Nicole Giron. *La idea de cultura nacional en el siglo XIX: Altamirano y Ramírez. En torno a la cultura nacional*. Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Instituto Nacional Indigenista, SEP, México, 1989, p. 57-58.

En lo que sí coincidimos es que los autores decadentistas añadieron expresiones propias de la historia y de las costumbres latinoamericanas, hecho que nos parece loable. Sin embargo, insistía en sus críticas: “ustedes los mexicanos modernistas (creo que esa es la palabra) sin tener en cuenta cosas tan sencillas, se dan a imitar frases, dicción, metro o ideas de los poetas franceses novísimos, y consiguen, no sólo que el gran público no las entienda sino que la pequeña minoría que lee, los moteje de no comprender su época”.<sup>168</sup> La “sociedad mexicana, opinaba, en lugar de encontrarse gastada y falta de vigor, como los decadentistas suponían, estaba llena de vida y de fuerza”, y a la postre traería resultados positivos, siempre y cuando se olvidaran de imitar a los extranjeros.

La polémica fue tomando fuerza, de acuerdo con el prestigio de sus actores. Y al publicar la primera carta Salado no tenía la intención de buscar notoriedad pues ya tenía un nombre bien ganado, por lo que es improbable que quisiera denigrar a Olaguíbel. Por su parte, los modernistas se mantenían prudentes porque a pesar de que la crítica era aguda se respetaban mutuamente, no obstante las diferencias de personalidades y gustos literarios entre ambas posiciones.

En torno a esta discusión los puntos de vista eran antagónicos entre quien se oponía a la nueva corriente literaria y el defensor de la misma, lo cual resultaba difícil que coincidiera y la aceptación de cualquiera de los dos, implicaba que la polémica no hubiera llamado la atención de los lectores, por lo que tanto Salado como Olaguíbel se mantuvieron firmes en sus apreciaciones.

Sin embargo, la paciencia no era el mejor don de Amado Nervo, que de inmediato refutó los argumentos de Salado aclarándole en el mismo periódico *El Mundo* su “idea de la literatura y los ideales de los modernistas”. Empezaba por recordarle que:

---

<sup>168</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Los modernistas mexicanos”, *op. cit.*, p. 3.

Con la publicación (de la carta) cesaron mis buenos oficios para con usted, menguados y de poco valer por cierto, en atención a sus merecimientos. Mas algo de otro orden me producía escozor en el cerebro impeliéndome por urgente modo a responder a lo por usted sostenido; y viendo terminada mi misión de amigo, juzgué que empezaba la de literato modernista en cuerpo y alma, que ve vulnerados aunque por docta pluma, sus ideales y juzga deber de conciencia literaria defenderlos a todo riesgo y a toda costa.<sup>169</sup>

Nervo inició la defensa de su actuación y la de su grupo con el valor que siempre lo caracterizó y puntualizaba: “¿quién le ha dicho a usted, amigo y señor, que la literatura es hija del medio y de él debe proceder como legítimo fruto? Muy al contrario, vive Dios. La literatura, podría elevar la intelectualidad del medio, mas nunca el medio creará la literatura”.<sup>170</sup>

La posición de Nervo se ceñía a una parte de las características del modernismo, concretamente a la cultura literaria, de sus escritores, quienes miraban hacia lo universal, es decir, iban más allá al reflexionar que el tema de la discusión era el papel de la literatura, pero la divergencia de opiniones continuó girando en torno del medio.

Salado se refería al medio intelectual y Nervo pensó que se refería al medio físico, punto que generó gran confusión y malestar, que se tradujo en la polémica acerba y tensa, no hubo una explicación satisfactoria por parte de Salado y Nervo nunca aceptó los argumentos de nuestro autor.

Lo anterior resultaba novedoso porque era una característica del modernismo; la cultura literaria de sus escritores, el trabajo realizado por ellos que miraban hacia lo universal, y reflexionaba “si la literatura mexicana debiera responder a nuestro medio intelectual, sería nula y anodina, ya que la intelectualidad media de México no está ni siquiera a la altura de Guillermo Prieto”.

---

<sup>169</sup> Amado Nervo. “Los modernistas mexicanos”, *El Mundo*, México, 2 de enero de 1898, p. 3.

<sup>170</sup> *Ibidem*, p. 4.

La disputa llevó a Nervo a defender con tenacidad su postura, y aunque no se trataba de una cuestión personal, la opinión del escritor y principal representante de la nueva escuela que buscaba expandir su influencia a otros jóvenes literatos era, por decir lo menos, inaceptable, sobre todo tratándose de un poeta que años después sería enviado expresamente al extranjero para dar mayor lustre a las letras de México.

Esto nos lleva a inferir que tanto Nervo como Salado estaban en polos opuestos en lo concerniente al medio, porque ese era el asunto en la carta que le escribió pero ¿a qué medio se referían? Mientras Salado, sin especificar, se refería al medio intelectual, Nervo creía que Salado se refería al medio físico, como elemento determinante de la creación del hombre. Esta falta de explicación agudizó las posiciones y otro miembro distinguido del grupo de los decadentistas, nos referimos a Jesús E. Valenzuela, decía: “el medio intelectual es nuestro, y llevamos tiempo, es puramente francés... mentalmente nos fuimos a París y en París seguimos”.<sup>171</sup>

Aclarado el asunto y sin ceder cada uno en su posición, la polémica permite ver la defensa del punto de vista de los autores, incluso su apasionamiento, y para no perder espacios, Salado nuevamente envió una carta a Nervo, en la cual se mostraba otra vez amable.

En la réplica, Salado le aclaraba su error y le decía: “al hablar del medio me refería al medio ambiente; al conjunto de las costumbres, las tendencias, la educación, los hábitos y las inclinaciones que distinguen e individualizan a un determinado grupo humano de todos los demás en la lucha por la cultura”.<sup>172</sup>

Precisado el punto, Salado le reiteraba que para él “no había escuelas buenas ni malas”, él consideraba que dependían de la evolución y adaptación al medio de donde surgieron, es decir, en la medida en que estas instituciones se renovaran y que sus

---

<sup>171</sup> Jesús E. Valenzuela, “El modernismo en México”, *El Universal*, 26 de enero de 1898, México, p. 3.

<sup>172</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Los modernistas mexicanos”, réplica a Amado Nervo, *El Mundo Ilustrado*, México, 16 de enero de 1898, p. 4.

poetas lograran figurar en ellas. Pero la respuesta parece que no satisfizo a Nervo, que replicó con una misiva publicada en *El Mundo*, el 30 de enero de 1898 y sin más preámbulo escribía que el “decadentismo ha muerto”. La defunción de esta escuela, cuando apenas empezaba a desarrollarse sin una explicación previa lo llevó a afirmar que “el decadentismo no fue una escuela, sino un grito de rebelión del ideal, contra la lluvia monótona y desabrida del lloro romántico, contra la presión uniforme y desesperante de los parnasianos”.<sup>173</sup>

Nervo, “el místico soñador y delicado”, como expresaba años después don Victoriano, olvidó que el decadentismo, al igual que otras corrientes, había perdido la fuerza y el vigor de su juventud e irremediamente llevaba en sí un principio de descomposición, por lo que pasó rápidamente.

Después de acudir al sepelio del decadentismo, Salado insistió nuevamente en la crítica, al recalcar que los modernistas eran imitadores de los poetas franceses; y aunque Nervo lo negaba sus poemas lo contradecían, en ellos se nota una clara influencia de esa escuela. Para justificar su actuación, se defendió aclarando: “en cuanto a la idea, su principal propósito había sido dejarla volar sin trabas ni barreras, y es hija suya”.<sup>174</sup>

Siendo imparcial, el juicio de Salado estaba en lo correcto, pues se esforzaba por entender la posición de su contrincante, su refinada técnica artística, su abuso del vocabulario poético, elementos con los que él nunca estuvo de acuerdo y se observa en las siguientes palabras: “lo que escriben es tan refinado que ni los leen ni los entienden”. Además Nervo se asumía como el defensor del “cenáculo” que formaban José Juan Tablada, Francisco M. Olaguíbel, Balbino Dávalos, Ciro B. Cevallos, Bernardo Couto y Jesús E. Valenzuela, entre otros.

---

<sup>173</sup> Amado Nervo. “Los modernistas mexicanos”, réplica a Victoriano Salado Álvarez, *El Mundo Ilustrado*, México, 30 de enero de 1898, p. 5.

<sup>174</sup> *Ibidem*, p. 8.

La crítica de don Victoriano contra el modernismo le pareció a Nervo virulenta y humillante, considerando que sus seguidores eran jóvenes que buscaban el reconocimiento y la consagración, por lo que salió en su defensa con razonamientos “lógicos” de lo que era el modernismo.

Lo anterior, lejos de apaciguar la crítica exacerbó los ánimos, cuando Salado le expresaba a Jesús E. Valenzuela, el 1 de febrero de 1898, en *El Universal*, su juicio contra esa corriente: “a cambio de haber inventado cuatro frasecitas y adoptar alguna combinacioncilla nueva a la índole del idioma, tendrán sobre sí el cargo formidable de haber condenado la literatura nacional”.<sup>175</sup>

Salado se muestra renuente a aceptar las ideas de los modernistas, sus formas, el ritmo, la originalidad, la métrica, etcétera. Este “exotismo”, para nuestro autor, estaba reñido con la literatura nacional”.<sup>176</sup>

A medida que pasaban los días surgían comentarios periodísticos de intelectuales que, en su intento por calmar el espíritu intervinieron, como fue el caso de Manuel Larrañaga Portugal. Otros se mantuvieron a distancia, pero en la medida en que aumentaba la contienda finalmente intervinieron para aclarar algunos puntos y defender a una u otra posición. Larrañaga estaba a favor de Nervo pero no creemos que su intención fuera terciar en el debate; lo cierto es que Salado, días después, contestaría nuevamente a Nervo.

Pudiera pensarse que la polémica había traído algunas diferencias personales entre Salado y Nervo, pero no fue así, ya que ambos intelectuales eran buenos amigos y se respetaban mutuamente a pesar de las diferencias fundamentales que los separaban. Personalidades opuestas y gustos dispares, cada uno mantendría su punto de vista. Salado insistía en sus ideas porque consideraba tener la razón, Nervo continuaría

---

<sup>175</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Los modernistas mexicanos, réplica”, *El Mundo*, México, 16 de enero de 1898, p. 4.

<sup>176</sup> *Ibidem*, p. 5.

defendiéndose. A pesar de los medidos elogios mutuos, la contienda continuaba enardecido a Nervo, quien tampoco estaba de acuerdo en que un escritor, que se preciaba de serio e inteligente, siguiera confundiendo el decadentismo con el modernismo.

Así, hizo un repaso de lo que él consideraba modernismo y, cuando la discusión amenazaba con prolongarse indefinidamente, Nervo puso punto final a la polémica y en una carta dirigida a Salado confesándole “me va creciendo en la conciencia un remordimiento: el de que estoy tratando muy a la ligera, cuestiones que merecen hondo estudio y prolijas reflexiones, no acierto a responderle sino de carrera, sin estudio previo, citando de memoria mis autores, y esto constituye un desacato para la causa que defiendo”.<sup>177</sup>

La respuesta que dio Nervo fue sensata porque reconoció que no tenía el conocimiento suficiente sobre el tema, por lo que no quiso convertir el asunto en una discusión que no lo conduciría a un resultado benéfico, que enriqueciera la discusión. Con la respuesta de su oponente, Salado se ganó la fama de polemista implacable y un análisis de la respuesta exhibió a Nervo falto de responsabilidad, envuelto en una mezcla de ligereza que lo expuso a la burla al reconocer la superioridad de su contrincante, a quien le agradeció por haberse ocupado de sus poesías y de su persona. Salado no perdió el dominio de sí mismo, excepto en la última carta, donde se ve claramente su malestar; pero una vez más su habilidad e inteligencia quedaban demostradas al aceptar la respuesta.

Al finalizar su colaboración en *Flor de Lis*, don Victoriano reafirmaba su calidad de periodista y crítico literario al exponer sus comentarios de las obras que le permitían recordar la belleza de la naturaleza, pero en la polémica con los

---

<sup>177</sup> Amado Nervo. “Los últimos mexicanos”, *El Mundo Ilustrado*, México, 25 de febrero de 1898, p. 2.

modernistas reveló su indignación en contra del “contingente que no por ser pequeño era mejor”, porque la corriente francesa era contraria a su acendrado nacionalismo.

Pero sería en los primeros años del siglo XX cuando enfrentó la etapa más importante de su vida al publicar dos libros: *De mi cosecha* y *De autos, cuentos y sucedidos*, trasladándose a vivir a la ciudad de México, donde pensaba que “le esperaba la gloria” al integrarse a trabajar en el periódico *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*.<sup>178</sup>

En 1903 empezaría a escribir su obra más conocida: *Episodios nacionales mexicanos*, además de dedicarse a actividades legislativas y desempeñar el cargo de secretario de Gobierno en Chihuahua, en la administración de Enrique Creel. Con tantos compromisos que cumplir, fue hasta 1907 cuando nuevamente escribe para otra revista de Guadalajara, *Crónica*, aunque su colaboración fue sólo con dos artículos: “El himno del libro” y “El bachiller”. Resulta también importante destacar el documento “Hombres de letras” que le dedicó a Manuel Carpio, firmado con el seudónimo de *Juan de Linza*.

*Crónica* fue una publicación quincenal cuyo primer número apareció el 1 de enero de 1907, siendo su editor José V. Iguíniz, hermano del distinguido bibliófilo jalisciense, y contó con la colaboración de un selecto cuerpo de redactores, entre los que se hallaban: Manuel Puga y Acal, Victoriano Salado Álvarez, Enrique González Martínez, Francisco Izábal Iriarte, Luis Castillo Ledón, Carlos González Peña, José Luis Velasco y Javier Enciso.

El *Himno del libro* es obra del poeta francés Charles Baudelaire, literato precoz de gran imaginación y sensibilidad que en 1857 publicó un volumen de versos, *Las flores del mal*. Este autor, como señaló Salado, “se hizo célebre por haber sido denunciado

---

<sup>178</sup> Periódicos editados por don Rafael Reyes Spíndola. *El Imparcial* se publicó del 8 de septiembre de 1896 al 15 de agosto de 1914, y *El Mundo Ilustrado*, del 6 de enero de 1895 al 20 de septiembre de 1914.

ante los tribunales por supuestas ofensas a la moral”. Reconocía que era el poeta francés más representativo de su tiempo, además de ser único en su género: “es el intérprete más agudo de la neurosis moderna, del enojo y del desencanto de vivir, es el poeta de todas las angustias y tormentos. Su obra es pesimista y su influencia es benéfica y maléfica a la vez”.<sup>179</sup>

“El *Himno del libro*” es un artículo que se refiere a las bibliotecas de artistas y bibliófilos. Señalaba que en ellas se pueden encontrar “curiosidades”, desde manuscritos, ediciones príncipes de autores griegos como Píndaro y Safo; autores españoles como Quevedo y Lope de Vega, y los franceses Balzac, Victor Hugo, Voltaire, Musset y Verlaine. Ejemplares incunables, ordinarios de ediciones raras y económicas, de ellos se desprende “un himno, el himno del progreso humano”. Para reafirmar lo anterior, Salado Álvarez parafraseaba al literato francés, Anatole France, que consideraba al libro “obra de hechicería del que se escapa toda suerte de imágenes para turbar los espíritus y cambiar los corazones”.

Al leer el artículo, Salado se sintió identificado con el escritor francés, no sólo porque era apasionado de la lectura, sino que para escribir los *Episodios nacionales mexicanos* reconoció que había leído docenas de libros, de ahí que coincidía con Baudelaire en que “el libro es el opio que mata a los occidentales”.

Meses después, escribiría una crítica del libro *El bachiller*, de Amado Nervo. Desde aquella polémica “inconclusa” que ya pertenecía al pasado, y que por lo tanto era una cuestión superada, y no existiendo motivo personal alguno, nuevamente arremete en contra del autor nayarita por considerar que en el desarrollo de la novela Nervo mezcla aspectos morales y estéticos: “si el home es naturalmente conjugable é maridable, á la compañía del hombre á la mojíer conforme á la Sancta Escripura

---

<sup>179</sup> Victoriano Salado Álvarez. “El himno del libro”, *Crónica*, Guadalajara, 15 de febrero de 1907, p. 40.

¿cómo non deben ser loados los que se dejan de ayuntar por amor a Dios é por semejanza á los ángeles son más que homes?”.<sup>180</sup>

Al leer esta obra, Salado reconoció que quedó confundido porque no supo qué debía entenderse por los conceptos moral e inmoral, pues Felipe, personaje central de la novela, “tenía deseo de ser amado y necesitaba, asimismo amar” y le reclamó a Nervo a quien consideraba una persona versada en historia eclesiástica, que debería recordar las falsas interpretaciones de un texto bíblico, y concluyó que *El Bachiller* era ficción poética por ser esencialmente una novela fea y repugnante. Pero reconocía a su autor una cualidad, su talento y aptitudes para crear una novela dentro de tan reducidos límites al demostrar su capacidad en este género.

Por la posición firme que asumió al criticar la obra, Manuel Carpio lo describió con las siguientes palabras: “Hombre de espíritu sano, ideales limpios, alientos de atleta y pluma equilibrada,...es de los pocos que cuenta la intelectualidad entre sus reconocidos varones de doctrina, que saben lo que proclaman y proclaman lo que saben”.<sup>181</sup>

Además lo consideraba “insigne jalisciense, honra y orgullo de la literatura patria”.

---

<sup>180</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Carta del arcipreste Johan Ferruz a Don Amado Nervo, a propósito de su novela *El bachiller*”, *Crónica*, Guadalajara, 15 de junio de 1907, p. 190. Artículo escrito en español antiguo que dice: Si el hombre es digno de elogio por cumplir con los preceptos de la Biblia de casarse y de procrear, con más razón aquellos que deciden dedicar su vida a servir a Dios, colocándose en un nivel superior semejante al de los ángeles.

<sup>181</sup> Juan de Linza. “Hombres de letras”, *Crónica*, Guadalajara, 1 de febrero de 1907, p. 20-21.



**RAFAEL REYES SPINDOLA**  
**1860-1922**

Rafael Reyes Espíndola. Amigo y mecenas de don Victoriano Salado Álvarez.  
Fue propietario de los periódicos *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado*.  
Foto: Fondo Reservado. Biblioteca Nacional de México.

# CAPÍTULO 5

## LA PRENSA DE LA CAPITAL:

### 5.1 LOS DIARIOS DEL DISTRITO FEDERAL

Las palabras de Carpio y los comentarios favorables por su “triumfo” en la polémica contra los modernistas aumentaron la reputación de don Victoriano Salado Álvarez, no sólo por la variedad, calidad y profundidad de sus artículos periodísticos, sino también por la publicación de sus libros: *De mi cosecha* y *De autos, cuentos y sucedidos*. Del primer ejemplar, su autor decía: “librillo que obtuvo odios, censuras, alabanzas y ponderaciones que en verdad no merecía”. Sin embargo, el tal “librillo” le abrió las puertas al éxito y el reconocimiento, además de estrechar amistades con gente del periodismo de la ciudad de México, como fue el caso de Rafael Reyes Spíndola: “Era Rafael una de las personas más insinuantes e inteligentes que yo haya encontrado. Su elocuencia no dependía de las palabras, sino del ademán, del gesto, de la voz con dejo de oaxaqueño, de ojillos pardos y movedizos, del sobrio accionar de las manos, de no sé qué que lo hacía simpático y persuasivo”.<sup>182</sup>

Pero la amistad con Reyes Spíndola no era reciente, recordaba que “casi desde la fundación de *El Imparcial* yo era corresponsal de ese diario en Guadalajara”, por lo que se deduce que desde esa fecha ya se conocían cuando el oaxaqueño visitó la perla tapatía.

---

<sup>182</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, p. 261.

Durante su estancia en esa ciudad, Salado, como buen anfitrión, organizó junto con otros amigos un *tour* para que tan distinguido visitante la conociera; además de que la ocasión sirvió para que ambos platicaran de la situación política, económica y social del estado y del país.

Conociendo la capacidad de convencimiento que poseía Reyes Spíndola, no resultó difícil lograr su objetivo; que Salado Álvarez viniera a la ciudad de México, argumentándole que ya no tenía nada que hacer en aquel lugar, “que ya había llegado a los mayores empleos, cargos y honores que podía apetecer en provincia”. Nuestro personaje un tanto ingenuo, confió en las palabras de Reyes Spíndola, creyendo todo lo que le había prometido, e ilusionado esperaba un gran porvenir en México y creía que “México era mi destino manifiesto, mi natural salida, mi indudable puerto seguro”.<sup>183</sup>

Para darle mayor seguridad a su ofrecimiento, el oaxaqueño le reiteró que “su periódico estaba a sus órdenes”. Ilusionado, seguro de que el porvenir no podía ser mejor, Salado se sorprendió al saber que entre los redactores de *El Imparcial* tenía algunos amigos que lo admiraban, y se corrobora en la carta que le envió Javier Gómez:

Me pregunta qué me parece su pensamiento de venirse a radicar aquí -¿qué me ha de parecer? ¡Magnífico! Aquí está la vida, el porvenir. Lo que no se alcance en ésta no se alcanzará en ninguna parte. Usted que tiene en México tantas simpatías y que cuenta incondicionalmente a mi modo de ver con el apoyo del señor Reyes Spíndola, que es mucho contar, caería a las mil maravillas.<sup>184</sup>

---

<sup>183</sup> *Ibidem*, p. 260.

<sup>184</sup> Francisco López. *Correspondencia de Victoriano Salado Álvarez*, Imprenta del Estado, Guadalajara, p. 17.

Con estas muestras de amistad y la insistencia de Reyes Spíndola, Salado terminó por sucumbir. “Acepté ya sin vacilar”, dice, “...y a principio de siglo vine a México fiado en lo que todos me decían del porvenir que se me abría, de la carrera que tenía delante y de otras muchas cosas con que me llené yo mismo la cabeza”.<sup>185</sup>

A principios de 1900 en la ciudad de México, con motivo de las próximas elecciones presidenciales, los periódicos entre ellos *El Imparcial*, informaban a los lectores de los preparativos de la Convención Nacional y el Círculo Nacional Porfirista “encargado de vigilar la votación para que los ciudadanos manifestaran libremente la elección del próximo candidato a la presidencia”<sup>186</sup>. Asimismo los diarios resaltaban la inauguración de las obras de desagüe por el presidente Porfirio Díaz, de los viajes del Primer mandatario en el Ferrocarril Interoceánico a Mérida y Veracruz. En el Teatro Nacional se representaban obras de “arte clásico” de autores como Lope de Vega, Tirso de Molina y Calderón de la Barca. En lo económico se referían a los bonos de la deuda exterior del gobierno y los recientes empréstitos.

En medio de estos acontecimientos y de la efervescencia política del momento, don Victoriano llegaba con su familia a la ciudad de México y su primera tarea era reunirse con los amigos, comentar sus planes e inquietudes, estrechar nuevas amistades, integrarse a la vida literaria y cultural de la capital del país y, principalmente, sumarse al equipo de redactores del periódico.

Los primeros días al parecer todo marchó bien, hasta que en una ocasión, recordaba Salado, Reyes Spíndola reunió a todos los colaboradores para decirles cuál era su principal objetivo: “superar en importancia y calidad a las noticias que publican los demás periódicos reunidos. ¿Por qué... no habíamos de llevarle una noticia, una sola

---

<sup>185</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 262-263.

<sup>186</sup> José C. Valadés. *Breve historia del porfirismo (1876-1911)*, Editores mexicanos unidos, S.A, México, p. 156.

noticia siquiera de una riña callejera para hacer de *El Imparcial* el periódico más noticiero del mundo?”<sup>187</sup>

Esta petición iba en contra de la ética profesional de nuestro autor porque él, que era un periodista serio y respetable, no estaba de acuerdo con esa forma de hacer periodismo. Además, aquello le resultaba doblemente difícil. Primero, porque no conocía la ciudad de México, y segundo, “no le interesaban las noticias”, y se preguntaba: ¿Qué significa mi noticia cuando yo era persona nutrida de no sé cuántas cosas a propósito para el noticierismo?” Tenía razón cuando señalaba lo anterior, lo cual reafirma en su artículo “México en el siglo XIX”:

Acaso ningún estado moderno puede presentar en el curso de estos 100 años el notable progreso de nuestra joven República en las postrimerías del siglo XIX. En él hemos conquistado nacionalidad, libertades públicas, bienestar material y sólidas orientaciones para un porvenir brillante. El siglo XIX ha presenciado nuestra emancipación política, el triunfo de la Reforma, el de la causa republicana contra la intervención europea y el programa de expansión económica que animó la última conmoción revolucionaria de 1876 de la que ha emanado la administración actual.<sup>188</sup>

Analizando el artículo con detenimiento, podemos darnos cuenta de que es un documento de gran interés, y los lectores de *El Imparcial* reconocieron lo que esos acontecimientos representaron en la historia de México. Sin embargo, este género periodístico no era precisamente lo que quería Reyes Spíndola, a él le interesaban las noticias tipo “nota roja”, que fueran escandalosas, que llamaran la atención de los lectores por la violencia, la saña con que se cometían los crímenes; eso era lo que quería el dueño de *El Imparcial*. Salado se oponía a ese tipo de información, no

---

<sup>187</sup> *Ibidem*, p. 266-267.

<sup>188</sup> Victoriano Salado Álvarez. “México en el siglo XIX”, *El Mundo Ilustrado*, México, 14 de enero de 1900, p. 4.

respondió a la petición del propietario y continuó laborando, aunque resulta obvio que su negativa molestó al jefe.

Y mientras se adaptaba a la forma de trabajar de sus nuevos compañeros, en la ciudad de México, se podían observar “ los progresos de cien años” con el nuevo alumbrado público. En el Teatro Nacional se estrenaba la obra *Cyrano de Bergerac*; en El Principal, la zarzuela *La Cariñosa*, y en el Abreu, *Ninguna de las tres*, de Rodríguez Galván. Al respecto Salado Álvarez escribió que resultaba benéfico que en México se estuvieran representando estas obras, porque incrementaban la cultura nacional.

En lo que se refiere a la cuestión económica, hablaba de las empresas extranjeras en nuestro país, pero lo que llenaba las planas de los periódicos, era la reunión de los miembros de la Convención Nacional cuyo objetivo era invitar a los ciudadanos para que “votaran libremente” recordándoles que el general Díaz era el candidato idóneo para gobernar el país. Conocido el resultado, la Junta Directiva de la Convención se dirigirá a Palacio Nacional “para hacerle saber al primer Mandatario la voluntad de todos los habitantes de la República”<sup>189</sup> para que continuara en la silla presidencial.

Aquel primer desencuentro con Reyes Spíndola le trajo críticas a su trabajo periodístico, y en lo personal un notorio distanciamiento. Para cumplir con las expectativas que el editor se había propuesto, Salado tenía que trabajar en todas las áreas del periódico, porque era necesario que se adiestrara. Resultado de esa experiencia don Victoriano redactó editoriales, crítica, revista de teatro, revistas de toros, “hice *entrefilets*, artículos breves, que se llamaban espejismos y la sección comercial”.<sup>190</sup> y con ello se volvió polifacético en contra de su voluntad, ya que

---

<sup>189</sup> Editorial “la Convención Nacional”, *El Imparcial*, México 2 de febrero de 1900, p. 1.

<sup>190</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, p. 268.

manejaba otros géneros periodísticos, pero lo que más llama la atención es que siendo él un intelectual escribió de toros, cuando el arte taurino no era precisamente un área que conociera.

En el editorial “Tuxtepec” recalca su admiración incondicional por Porfirio Díaz, acontecimiento que describe en los *Episodios nacionales mexicanos*:

En Tuxtepec el animoso empuje encabezado por el general Porfirio Díaz, un estadista perspicaz y enérgico, para luchar, hasta la victoria contra todas las fuerzas emanadas del medio físico y del intelectual y moral que parecían condenar irremisiblemente al país a la postración y a la miseria. ¡Qué luminoso sendero, qué camino glorioso! Qué demostraciones de cariño, la multitud entusiasta lo recibe y él humildemente recibe las felicitaciones y los vivas que le aclaman.<sup>191</sup>

A pesar de estas frases de admiración, Salado aún no contaba con la amistad del primer mandatario.

De la crítica de teatro se cuestionaba: ¿Hay en México autores? Reconocía que con el inicio de siglo hubo un verdadero renacimiento dramático con Justo Sierra, Peón Contreras, Alfredo Chavero, Agustín Cuenca, Joaquín Téllez, Manuel Acuña, José Manuel Otón, autores creadores de obras valiosas para el teatro nacional, que eran interpretadas por artistas celebres de Europa en algunas ocasiones.

Para escribir la sección comercial don Victoriano leía tratados de economía; así lo demuestran los artículos “*Los productos de la azúcar en México*”, “*México primer país minero*”, “*La producción de carbón y hacero*” y “*Las finanzas de México*”.

De la producción de azúcar presentaba estadísticas, consumo y exportación a los Estados Unidos. En cuanto a minería, subrayaba los grandes yacimientos de metales en Hidalgo, Guanajuato, Zacatecas y Guerrero. Con respecto al carbón y al acero,

---

<sup>191</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Tuxtepec”, *El Imparcial*, México, 24 de marzo de 1898, p. 2.

hacía hincapié en la importancia para el desarrollo económico del país. Pero lo realmente digno de poner de relieve según Salado, era la administración del ministro de Hacienda, el señor José Yves Limantour, por “los grandes excedentes y el buen sistema financiero”, y reconocía que las fuentes más fecundas para recaudar impuestos eran las aduanas y los derechos de importación.

Con respecto a la agricultura no escribió ningún artículo porque en aquellos años ya observaba que ésta era “la ruina del país”, así lo señala en su libro *El agrarismo en México*.

Por lo que se refiere a los toros, describe los más famosos toreros de ese momento: Juan Moreno, “El americano”, Juan Romero, “El Salari”, Bernardo Gaviño, Nicanor Villa, “Villita”, Juan Jiménez “El cijano”. También habla de los carteles que formaban y de las cornadas sufridas por los diestros más notables.

De los artículos breves llamados “espejismos”, destaca el comentario del presidente Benito Juárez a una carta que Maximiliano le envió cuando éste se encontraba en Monterrey, en 1864. En la misiva, el Benemérito de las Américas dejó ver la firmeza de carácter al reprocharle al archiduque austriaco la osadía de venir a México y le recuerda: “por mis principios y juramentos soy el llamado a sostener la integridad, la soberanía y la independencia del país”.

Como se puede observar la rotación por las diferentes secciones que conformaban *El Imparcial* ayudaron a Salado, pero escribir de toros no se nota la calidad ni la elegancia y mucho menos la profundidad que muestra en los temas que sí dominaba. Además, las perspectivas que tenía seguramente cambiaron. Por otro lado, al leer sus colaboraciones podemos darnos cuenta de que *El Imparcial* era un diario que estaba pendiente de las actividades del presidente Díaz, lo que le valió para que se le considerara un periódico pro-gobiernista, cambio que no fue visto con buenos ojos por

Salado Álvarez al considerar que con esa actitud el periódico estaba al servicio del presidente en su ambición por el poder.

Las páginas del diario estaban saturadas de anuncios, lo que le proporcionaba grandes ganancias a su propietario; pero queda la duda de por qué Salado nunca escribió algún artículo relacionado con el desempeño en ese momento del presidente Díaz, la falta de democracia en el país, o la campaña del Yaqui, acontecimientos sobre los que otros periódicos sí informaban.

Su silencio hace suponer que nuestro autor siguió las indicaciones del señor Reyes Spíndola, en el sentido de no tocar la figura presidencial como centro de crítica, constituyendo un fuerte núcleo de censura al interior. Cubiertos los requerimientos salió de la redacción de *El Imparcial* y se incorporó a *El Mundo Ilustrado*.

## 5.2 EL MUNDO ILUSTRADO

La ilusión de don Victoriano desde su salida de Guadalajara siempre fue trabajar en *El Mundo Ilustrado*. “Lo primero en que pensé fue en la transformación de *El Mundo Ilustrado*, convirtiéndolo de *magazine* ridículo que era, en interesante revista a la europea. Mi plan estaba escrito y detallado con precisión suma. Había que abolir estas tonterías del ajedrez, de las modas, de la informacioncilla cursi y deficiente”.<sup>192</sup> Para lograrlo pensaba llamar a colaborar a “gentes calificadas y laboriosas”, es decir, lo más granado de las plumas de ese momento, como Rafael Delgado, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Justo Sierra, Ángel de Campo *Micrós*, entre muchos otros. Para conseguir ese objetivo necesitaba “encontrar un mecenas inteligente y habilidoso”, y ese bienhechor era el señor Reyes Spíndola.

---

<sup>192</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 264.

Con la ilusión y el optimismo de todo provinciano que viene por primera vez a la ciudad, Salado no cejaba en su afán de transformar *El Mundo Ilustrado*; insistía en que su objetivo era mejorar la información: “mi idea era hacer un semanario lleno de chistes, pero no procaz ni lascivo, que pudieran leer todas las gentes sin ruborizarse”. La faena resultaba apasionante para quien había trabajado en un periodismo serio y de calidad.

Sin embargo, el objetivo se oponía a la finalidad del dueño: obtener ganancias, y le recordó algo que Salado ignoraba: “su periódico estaba hecho para cocineras con sombrero y falda de seda, pero al fin cocineras. No había que imponerle gustos al público, sino darle lo que pidiera, que al fin pedía cosas fáciles de otorgarle y pagaba bien”.<sup>193</sup>

Al escuchar estas palabras don Victoriano no le quedó otra opción: aceptar en contra de su voluntad lo que pedía el director y propietario. Entre sus nuevas tareas “tenía por obligación traducir un cuento original, una traducción larga, el arreglo de todo lo que se había recortado, las consultas a las damas y la sección de modas”.

La encomienda le resultaba agotadora, tenía que dedicarle más horas al trabajo y olvidarse de su pasatiempo favorito, la lectura. Pero, en el fondo, lo que Salado quería era no seguir colaborando con *El Imparcial* y, por tanto, celebraba el cambio.

Con esta nueva etapa de periodista infatigable, aunada al conocimiento de varios idiomas que dominaba, no le resultó difícil adaptarse a las políticas de el *Mundo Ilustrado*. Además, contaba con el apoyo de amigos que también colaboraban en ese periódico, como Justo Sierra, Amado Nervo, el doctor M. Flores, Efrén Rebolledo y Luis G. Urbina. Su primera tarea fue traducir obras de autores reconocidos como Pierre Loti, Guy de Maupassant, Christian Andersen, Anatole France, Rudyard Kipling, Emilio Zola, entre otros.

---

<sup>193</sup> *Ibidem*, p. 265.

Por lo que se refiere a Maupassant, consideraba que era un poeta de cualidades extraordinarias y lo demostraba en sus cuentos y novelas. Tradujo *Boule de suif*, obra maestra en la que el autor manifestaba una gran agudeza de observación. El también creador de *Mademoiselle Fifi* tenía que estar a la cabeza de los literatos de su tiempo, por lo que lamentaba que un escritor de ese nivel se quitara la vida en enero de 1892.

Otro escritor que captó su interés fue el dramaturgo Emilio Zola, creador de *La genése*, y de la que diría: “obra amplia, que en el fondo retrata el alma del poeta”, y que se divide en *La Naissance du Monde* y *L’Humanité, L’Homme de L’Avenir* y tradujo algunas biografías, como la de Desiderio Erasmo de Rotterdam.

Otra traducción que llama la atención es “una visita al Santo Sepulcro”, del libro *Jerusalén*, de Pierre Loti, obra que aparece con dibujos e imágenes de Jesucristo. Al leer obras de autores que eran de su interés, se nota que disfrutaba su labor, pero le molestaba escribir las secciones “Moda” y “Consultas a las damas”, en las que se observa otra faceta del periodista:

Como nada entendía de modas, las lectoras llegaban con mil reclamaciones, preguntando si tal color no era un disparate junto a tal matiz, si la sobrefalda no desentonaba del calzado que se recomendaba, si no estaba fuera de uso tal prenda, si se podía sustituir la piel por la seda y otras mil cuestiones que yo respondía sin falta ninguna a satisfacción de las interesadas.<sup>194</sup>

Salado tenía razón cuando decía que él no conocía de alta costura o algo por el estilo y se preguntaba: ¿qué podía recomendarles a las damas un intelectual que únicamente estaba al tanto de obras literarias, de autores y ediciones? Aparte de la molestia, reconocía que se sentía ajeno al tema de la moda, pero tenía que escribir porque así lo exigía la política de rotación de redactores. Esto se puede observar en las respuestas a

---

<sup>194</sup> *Ibidem*, p. 269.

las lectoras, a las que siempre se dirigió en forma cariñosa, llamándolas “Cleopatra”, “Calandria”, “Primavera”, “Esmeralda”, “Flor de trigo”, “Diva poetisa”, “Presumidilla”, conforme al pseudónimo que habían utilizado al firmar sus cartas y por último las invitaba a que se suscribieran a *El Imparcial*, donde encontrarían una gama de noticias, porque afirmaba que no había periódico “más oportuno que ese”.

A pesar de todo, Salado no desaprovechó la oportunidad para escribir de temas de interés histórico que conocía muy bien, como “La plaza de Querétaro, entrega de Maximiliano”, según datos de don Agustín Rivera. En este artículo sobresalen las figuras del general Mariano Escobedo, del presidente Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y José María Iglesias, y relata la “memorable jornada” del Ejército republicano en esa ciudad y la aprehensión de Mejía, que aceptó correr la misma suerte de sus compañeros de infortunio.

Por ser los temas literarios e históricos los que llamaban su atención y a pesar de que ya no trabaja en *El Imparcial*, seguían apareciendo sus colaboraciones en ese diario, como “La manifestación patriótica” en *Memoria de Juárez*. Este artículo es un recuento de la labor política “del gran ciudadano” y resalta la actitud del presidente Juárez y los momentos difíciles que vivió durante sus años de gobierno: la bancarrota, su pugna con el clero, la fidelidad de sus partidarios y la firme actitud del gobierno republicano al derrotar definitivamente a las fuerzas francesas.

En *El Mundo Ilustrado* continuó escribiendo artículos interesantes y publicando algunos cuentos de su libro *De autos, cuentos y sucesidos*, que, según Reyes Spíndola, servirían para dar a conocer su producción literaria a sus lectores, opinión que no compartía su autor. Mientras la relación entre ambos se hizo más tirante y las diferencias se agudizaban porque Reyes Spíndola, que no entendía del lenguaje culto, ni de sintaxis, ni filología, continuaba criticándolo hasta que logró su objetivo: despedirlo.

El incidente coincidía con un acontecimiento vergonzoso de la historia de México, la represión brutal del ejército en contra de los indios yaquis de Sonora. Mientras lograba reponerse de la noticia, Salado preparaba el discurso en honor de la poesía iberoamericana en la Academia Mexicana de la Lengua en diciembre de 1901.

### 5.3 VICTORIANO SALADO – RAFAEL REYES SPÍNDOLA, TESTIMONIO DE AMISTAD

A pesar del “golpe de maza” que le asestó el despido de *El Mundo Ilustrado*, siempre existió entre los dos personajes una estrecha amistad y afecto, que en todo momento recordó con especial aprecio don Victoriano, aun cuando señalaba que con aquel incidente se había quedado sin trabajo, que su situación económica era crítica y que había vulnerado su personalidad: “me infundió desconfianza en mí mismo, terror de los que me rodeaban e inseguridad en mi propio destino”. Salado recordó lo que le había comentado Carlos Pereyra cuando se conocieron, que él también había sido cortejado por Reyes Spíndola cuando vivía en Monterrey y le había ofrecido *El Imparcial* para que viniera a la ciudad de México, y al estar ya trabajando en el periódico también fue despedido por don Rafael.

Afligido por lo que estaba viviendo, se cuestionaba, “¿qué hacer mientras tanto, ni de qué vivir?”. A pesar de encontrarse en una situación tan crítica, recordaba: “no llegué a romper con Spíndola, y él por su parte tampoco dio importancia al incidente. Cuando se ofrecía mencionarme, lo hacía con cariño”.

Y su preocupación no era para menos, con cuatro hijos y una mujer que mantener y no queriendo regresar a Guadalajara en esas circunstancias, los amigos que se enteraron de su situación fueron en su auxilio. Entre éstos estaban don Joaquín

Casasús y Carlos Díaz Dufoo; este último, “el compañero más cordial y más cariñoso que pude haber soñado nunca”, le brindó la ayuda que necesitaba.

Don Victoriano reconocía que el propietario de *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado* era un hombre temperamental, de carácter explosivo, intransigente, falto de fe en la gente, envidioso, “que siempre se figuraba que el plato del vecino estaba más colmado que el suyo”, pero al mismo tiempo era un hombre generoso. Días después de lo sucedido, se encontraron y Reyes Spíndola le dijo: “reconozco que fui yo quien quitó a usted de su bienestar, pero reconozca que necesito economizar. Sin embargo, si en mis manos está prestarle ayuda, cuente conmigo, ya que usted está falto de recursos”.<sup>195</sup>

Esas palabras no modificaban el concepto que tenía del propietario de *El Imparcial*, que manejaba las necesidades de sus empleados, explotándolos hasta que él quería y despidiéndolos, justificando su actitud al argumentar que necesitaba economizar, reduciendo el número de redactores. Reyes Spíndola era partidario del periodismo que se elaboraba en los Estados Unidos, prefiriendo las noticias, los reportazgos estrepitosos, la vanidad y la difusión, es decir, el periodismo que debajaba grandes ganancias.

Probablemente Salado no cumplía con el perfil que el propietario exigía, nunca cultivó lo estrepitoso, lo amarillista, ni lo sensacionalista que era lo que pedía Reyes Spíndola que en aras de lograr su objetivo, aceptó la subvenciones que el gobierno porfirista ofrecía a la prensa a cambio de mantener el control de todo lo que se publicara en sus periódicos, y, aunque al principio aceptó la situación, tiempo después se arrepintió de la “ayuda”, porque el periódico fue perdiendo credibilidad entre los lectores y por la gran cantidad de propaganda.

---

<sup>195</sup> *Ibidem*, p. 305.

A pesar de la relación difícil con su ex jefe, Salado siempre consideró a Reyes Spíndola como su mecenas por los favores que recibió, pero lo que resulta más difícil de creer fue el despido del trabajo, dejándolo en la calle con familia y sin dinero, pero ¡nunca le tuvo rencor!. Tiempo después, recordaba que cuando se encontraba desempeñando labores diplomáticas en Buenos Aires, Reyes Spíndola le pidió que intercediera en un asunto y de regreso en México personalmente le agradeció el favor y como recompensa le ofreció unas monedas de oro, que Salado no aceptó.

A pesar de haber sido una relación difícil y contradictoria, Salado Álvarez pedía justicia para Reyes Spíndola, argumentando que fue “el creador de todo lo que poseemos en materia de periodismo desde fines del siglo XIX, al importar maquinaria moderna” y dar a los periódicos en México un concepto de periodismo moderno, que era el que se trabajaba en Estados Unidos.



Porfirio Díaz, presidente de México. Amigo de don Victoriano Salado Álvarez.

## CAPÍTULO 6

### LA DIPLOMACIA Y EL EXTERIOR:

#### 6.1 LA NUEVA REALIDAD POLÍTICA DEL PAÍS

Ya en el siglo XX y después de asimilar aquella experiencia en *El Imparcial* y de superar en parte la conmoción que le causó, Salado se enfrentó a una nueva realidad que le abrió las puertas para ingresar a un grupo privilegiado: el de la política y la diplomacia. Para lograrlo, contó con el apoyo de amigos como Carlos Díaz Dufoo, el editor Santiago Ballescá, el abogado Pablo Macedo, el gobernador de Chihuahua, Enrique Creel, el de Jalisco, Luis Curiel, y en especial, el presidente Porfirio Díaz.

Contar con la amistad de tan distinguidas personalidades hizo de don Victoriano un hombre afortunado, que gracias a su trabajo e inteligencia alcanzó grandes reconocimientos. El ex gobernador de Jalisco, Curiel, le prometió ayudarlo y lo recomendó con el licenciado Pablo Macedo para que lo apoyara en su despacho. Durante los meses que permaneció en el bufete aplicó sus conocimientos jurídicos, llegando a sorprender a Macedo, quien quedó impresionado gratamente al enterarse que el joven abogado no sólo conocía de leyes sino también de literatura, que había recibido varios reconocimientos. Al considerar su trabajo e inteligencia le prometió recomendarlo con el ministro de Hacienda, José Yves Limantour, porque consideraba que podría aportar sus ideas al ocupar una curul en la próxima Cámara de Diputados que se renovarían en septiembre de ese año.

Lo de aportar ideas en el Congreso era algo relativo, que no tenía razón en un sistema de gobierno dictatorial como era el del presidente Porfirio Díaz.

Mientras llegaba la fecha de las elecciones, había que obtener recursos económicos para sobrevivir escribiendo artículos por encargo. Por ejemplo, Manuel Puga y Acal, amigo y paisano, le escribía diciéndole: “mándame cuanto quieras menos artículos de política gobernista, pero mándame cuentas, estudios sociológicos o crítica”, Curiel le pidió que escribiera un resumen histórico de la literatura de Jalisco. Atendiendo las colaboraciones para otros periódicos, continuaba resolviendo cuestiones jurídicas que se presentaban en la oficina de Macedo. El trabajo diario y el trato fino del nuevo protector lo llevó a describirlo como “hombre hermoso y noble corazón de carne; es honrado, generoso y sobre todo patriota como pocos”.

Llegada la fecha de las elecciones, los periódicos de la ciudad de México informaban de las actividades que estaba llevando a cabo la Junta Patriótica en apoyo a la quinta reelección del presidente Porfirio Díaz, Salado Álvarez esperaba ocupar un asiento en la Cámara de Diputados por el distrito electoral de Magdalena de Kino, Sonora.

A partir de septiembre de 1902 su vida tomó un nuevo sendero. Se terminaron los problemas económicos y se abrió una abanico de posibilidades personales y de relaciones políticas que supo aprovechar cuando estuvo en el Congreso de la Unión, experiencia sin lugar a dudas importante porque recordaba que durante el tiempo que formó parte de la legislatura, los grupos parlamentarios se agrupaban por “afinidades de paisanaje, de edad, de propósito y de gustos” y tiempo después lo ayudó para que desempeñara cargos políticos.

Un logro de esa etapa fue el ingreso en 1905 a la Escuela Nacional Preparatoria, al obtener mediante concurso de oposición la cátedra de Literatura española y patria, que impartía el licenciado Diego Baz, y que al quedar vacante, nuestro autor presentó su

examen el 21 de enero de 1905. Integraron el jurado Ezequiel A. Chávez y Vidal Castañeda y Nájera, aprobado, inició clases un mes después y recordaba que “para ser profesor se requería ser porfirista”. Durante el tiempo que permaneció como docente, “impartía clases cuatro horas a la semana, y tenía de 12 a 15 alumnos”<sup>196</sup> fungiendo el director de la Escuela Nacional Preparatoria, Manuel Flores, pero el que firmaba el nombramiento era el presidente Porfirio Díaz.

De su desempeño como profesor no logré obtener alguna información, pero lo que no se podía negar es que Victoriano Salado Álvarez formaba parte del grupo de los privilegiados, de los amigos del presidente de la República. Poco tiempo después, el triunfo y el reconocimiento en el aspecto literario no tardaría en llegar, lográndolo cuando encontró al editor Santiago Ballezá, al que le propuso, junto con Díaz Dufoo, escribir los *Episodios nacionales mexicanos*.

El español le encargó antes de aceptar que escribiera algunos artículos para conocer la forma cómo escribía, convencido acordaron el pago de un peso por página.

Con este nuevo compromiso, las ocupaciones de Salado se multiplicaron llegando incluso a no tener terminadas a tiempo las planas de la novela histórica, por lo que Ballezá le envía una carta pidiéndole “que no deje de escribir lo más pronto posible todo lo que le falta”, y le recuerda: “es usted mi escritor y lo tengo a mucha honra porque dicen por ahí que no lo hace usted tan mal”. Todo este trajín, aunado a su participación en reuniones literarias, dejaban poco tiempo para el ocio a don Victoriano, quien parecía disfrutar sus nuevas actividades. “Puedo decir sin exagerar que los cinco años que transcurrieron entre 1901 y 1906 fueron los más felices de mi vida”.<sup>197</sup>

---

<sup>196</sup> AHUNAM, Fondo expedientes de profesores de la Escuela Nacional Preparatoria, no. 1539, ff. 1-5. Documento fechado el 25 de enero de 1905.

<sup>197</sup> *Ibidem*, p. 362.+

Estableció relaciones de amistad en la Cámara de Diputados con personalidades que pronto compartiría responsabilidades políticas, administrativas y diplomáticas, como fueron Francisco Bulnes, Alfredo Chavero, Enrique Creel, Díaz Dufoo, Federico Gamboa, J. M. Pérez Verdía, Manuel Calero, Ramos Pedrueza, Carlos Pereyra, Juan de Dios Peza, Joaquín Casasús y muchos otros, grupo conocido como “los científicos”.

A decir verdad, su trabajo parlamentario era poco productivo, aunque reconocía que era un “sitio muy agradable”. Pero lo más destacado en ese periodo fue su amistad con el futuro gobernador de Chihuahua, Enrique Creel, que le escribió el 26 de diciembre de 1905 para solicitarle su apoyo: “...yo aspiro, como es natural, a que venga a mi lado no solamente una persona de toda confianza, sino un colaborador importante por su ilustración y su patriotismo con quien pueda yo compartir mis labores”.<sup>198</sup>

Esta petición daba la oportunidad a Salado de ingresar al campo de la política como secretario de Estado. La aceptación no estuvo ausente de algunos tropiezos, por ejemplo, mientras el gobernador Creel le recomendaba que “resolviera de manera satisfactoria lo relativo a su cargo de diputado por medio de una licencia”, el presidente Porfirio Díaz le ordenaba que encabezara la delegación de México al Tercer Congreso Panamericano a realizarse en Buenos Aires, Argentina.

Una vez concluida la misión, con la venia del presidente de la República asumió el cargo de secretario de Gobierno, en el que habría de permanecer algunos meses porque Creel no aceptó reelegirse a cambio del nombramiento de embajador en los Estados Unidos, llevándolo como segundo secretario de la Legación en aquel país. Así iniciaba la carrera diplomática. Esta etapa resulta interesante, no sólo por lo que

---

<sup>198</sup> Juan López. *op. cit.*, p. 71.



***Don Enrique C. Creel,***

Don Enrique Creel. Gobernador de Chihuahua (1903-1907). En su administración don Victoriano Salado Álvarez se desempeñó como Secretario de Gobierno y posteriormente primer Secretario de la embajada de México en Washington, cuando el señor Creel fue Embajador de México en ese país en 1907.

Foto: Fondo Reservado. Biblioteca Nacional de México.

escribiría, sino porque le permitió ser actor en los acontecimientos políticos e históricos que meses después se desarrollarían en este país.

## 6.2 EL DIPLOMÁTICO

Después de finalizada su labor como secretario de Gobierno en diciembre de 1906, el periódico *El Norte de Chihuahua* le pide que continúe enviándole “recortes” y “telegramas”, petición que cumplió con dificultades por su reciente nombramiento de segundo secretario de la Embajada de México en Estados Unidos.

Pero acostumbrado al trabajo incesante, continuó escribiendo artículos de los personajes que en ese momento desempeñaban algún cargo importante en la política nacional: el presidente Porfirio Díaz, el ministro de Hacienda, José Yves Limantour, Justo Sierra, Antonio de la Peña y Reyes, entre otros. Eran “artículos escritos en forma elegante y fondo sustancioso”, como diría el señor Enrique Creel, y que constituían un reconocimiento a la lealtad y la labor destacada de los colaboradores del presidente Díaz, enfatizando en cada uno de ellos su pasión porfirista.

Don Victoriano tuvo la oportunidad de demostrar su acendrado porfirismo durante su desempeño diplomático en el vecino país del norte, y aunque este, duró solamente quince meses –enero 1907 a abril de 1908-, en ese lapso ocurrieron hechos interesantes en México que tendrían resonancia a nivel mundial, y en lo personal, “cosas tan favorables y trascendentales” que influyeron en su vida política, porque fue testigo de los primeros acontecimientos de la caída del régimen porfirista y del advenimiento de la Revolución mexicana.

Recordaba que a su llegada a Washington encontró a un hombre de “significación social”, era Francisco I. Madero, personaje quien: “injustamente se acumula el mérito

de la revolución”. Consideraba que los revolucionarios verdaderos fueron los magonistas, que no sólo se mantuvieron en su posición constante, sino que “lograron alzar a toda la frontera encendiéndola en odio contra el tirano Díaz, a quien aquellas gentes creían que era el hombre más perverso”.<sup>199</sup>

Salado consideraba que los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón fueron los verdaderos iniciadores de la destrucción de la obra del presidente Díaz, porque desde 1903 manifestaron su oposición al gobierno porfirista al publicar el periódico *Regeneración*. Sin embargo se mostró escéptico de las promesas del movimiento antirreeleccionista que el pueblo acogió fervorosamente así como del sentido de redención social de la Revolución mexicana.

Para él, los hermanos Flores Magón eran unos “revoltosos” y “agitadores” que terminaron con la obra del presidente Díaz. Tenía una percepción muy particular de aquellos acontecimientos, consideraba que el origen de la caída del régimen lo constituía el gobierno de Estados Unidos, en particular el secretario Eliot Root y el presidente William Taft, y para corroborar sus aseveraciones retomó las palabras que el mandatario estadounidense expresó a los mexicanos que lo visitaron para conocer su punto de vista de lo que estaba sucediendo en el país:

Nosotros no tenemos más política sobre México que la voluntad del pueblo mexicano. Si ustedes forman un partido suficientemente fuerte para derribar a Díaz, no le exigiremos, más para concederles el reconocimiento, que la comprobación de que el pueblo mexicano los apoya y de que ustedes protegen como debe nuestros intereses. Por lo demás, aparte los principios republicanos, los dejaremos en paz en cuanto a las personas. Que Dios bendiga su obra si ha de ser en beneficio de la libertad.<sup>200</sup>

---

<sup>199</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. II, p. 40.

<sup>200</sup> *Ibidem*, p. 45.

Con estos elementos tenemos una idea de la problemática que había en el país con el surgimiento de huelga, la presencia en la política nacional del grupo agonista, y la posición del general Díaz relativa a que habría apertura política a los grupos de oposición en las próximas elecciones para el periodo de 1910-1916, en las que participaría por octava ocasión el presidente dictador. Ciertamente Díaz no tenía la menor intención de retirarse del poder, a pesar de su avanzada edad, lo que constituía un retroceso en la política.

Como buen observador, le preocupaban los acontecimientos políticos que se desarrollaban en el país y consideraba peligroso el sesgo que estaban tomando. No por ello desatendía su labor diplomática, la cual alternaba con la investigación, visitando bibliotecas y revisando archivos de la historia de México, actividad que le dejó grandes enseñanzas y que posteriormente se tradujo en trabajos como *La Conjura de Aarón Burr*, *Un imperio mexicano en el siglo XVIII*, *El Tratado de Florida y los límites acerca de Texas*, *La Guerra de Texas y la esclavitud*, *México peregrino*. Además elaboró una lista de documentos que se encuentran en los archivos y bibliotecas de Washington.

De regreso a México su actividad periodística era escasa; no obstante, pronto se reincorporaría al Servicio Exterior de México cuando el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, le informó que “el presidente de la República ha tenido a bien nombrar a usted Primer Secretario de la Embajada de México en los Estados Unidos de América”.

La noticia lo tomó por sorpresa y al parecer no quería aceptar el cargo, finalmente lo hizo por fidelidad y admiración a Díaz, porque no podía negarse a una orden del presidente de la República, pero a los tres meses renunció esgrimiendo como única causa “sus ocupaciones” las que lo obligaban a regresar al país.

Él mismo explicó los motivos de esta decisión repentina: “me pesaba mucho la nostalgia, pues ni el destierro dorado llegaba a consolarme de la ausencia de mi tierra y de mis amigos”, amistades con los que había establecido una relación muy estrecha, como era el caso del ex gobernador de Chihuahua, Enrique Creel, quien le solicitó que escribiera algunos artículos sobre el alcoholismo en el estado de Chihuahua, o sobre el agrarismo, porque formarían parte de los libros de texto en las escuelas del estado. Al finalizar estos trabajos, Salado retomó el periodismo y publicó en la *Gaceta de Guadalajara* algunos artículos y en la ciudad de México le editaron “La inmoralidad en la literatura”, documento de su autoría firmado con el pseudónimo de “*Don Querubín de la Ronda*”.

Y mientras recibía halagos por la obra anterior, el libro *La sucesión presidencial en 1910* de Francisco I. Madero era el más solicitado, don Victoriano preparaba el discurso para la conmemoración del centenario de la Independencia de México.

El brillo de la celebración coincidió con los eventos que siguieron: la reelección de Porfirio Díaz, el desconocimiento de su triunfo por Madero, la persecución a éste, la emisión del Plan de San Luis, el llamado a la Revolución que debía iniciar el 20 de noviembre, el tratado de Ciudad Juárez que significó la aceptación de Porfirio Díaz para dejar el poder y lo que constituye un hecho histórico fue la renuncia el 25 de mayo de 1911 y su salida del país, rumbo a Europa, un día después. Con la caída del régimen porfirista se cerró una etapa de la historia de México y con ello se inició el autoexilio de don Victoriano que habría de durar quince años.

### 6.3 EL EXILIO

En efecto, el derrumbamiento del régimen presidencial de Porfirio Díaz significó para el país la finalización de treinta y cuatro años de dictadura, y para Victoriano Salado Álvarez, el principio de tiempos difíciles, en lo personal y lo profesional. A pesar de haberse mantenido fiel a los tiempos pasados, conservó íntegra su pasión porfirista, y aun cuando no comulgaba con las ideas del gobierno de Francisco I. Madero, continuó desempeñando cargos diplomáticos que le asignó el entonces responsable de la política exterior de México, Manuel Calero, principalmente en Centroamérica.

Resulta contradictorio, que un hombre que siempre se mostró admirador de la personalidad y la obra del ex presidente Díaz, continuara desempeñando cargos diplomáticos en el nuevo gobierno. Se podría pensar que fue oportunismo, o bien, que se adaptó al cambio, sabedor de que la etapa porfirista había perecido.

A partir de esa fecha inició el exilio que habría de durar durante los regímenes de Victoriano Huerta, Venustiano Carranza y algunos años del de Álvaro Obregón. Tampoco nos sorprende que nuestro autor esgrimiera causas de salud para permanecer en Europa durante los gobiernos militares que se enfrentaron a problemas nacionales e internacionales por la falta de reconocimiento. Conocedor de leyes, del derecho internacional y respetuoso de la Constitución, se preocupaba por lo que acontecía en el país con la llamada Decena Trágica, así lo corrobora la conversación que sostuvo con Francisco Escudero en Los Angeles California, amigo de estudios en el Liceo de Varones de Guadalajara, cuando le exponía su proyecto: “En mi afán de vivir alejado de empleos y de cosas del gobierno, me propuse dejar pasar uno o dos años y, regresar al país”.

Lejos estaba de poder cumplir su promesa, pues, Venustiano Carranza avanzaba al frente del ejército constitucionalista, por lo que tuvo que prolongar por algunos

meses más su estancia en Europa, hecho que coincidía con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Don Victoriano pensó que estando lejos del país, le favorecía porque Carranza seguramente olvidaría las diferencias que habían tenido, pero a decir verdad, la razón principal era porque el ex gobernador de Coahuila era hombre rencoroso, y detentando el poder, seguramente lo ejercería para aniquilar a sus enemigos.

Con las hostilidades en Europa, aceleró su regreso a América Latina y se trasladó a Brasil para ocupar la Legación de México en ese país sudamericano. A los pocos días de su llegada, el 26 de agosto de 1914, Federico Carvalho le informaba: “Carranza asumió el poder ejecutivo con carácter definitivo y suprime todas las legaciones mexicanas en el extranjero, inclusive la de Brasil”. La noticia nuevamente ponía a don Victoriano en la antesala de serios problemas, no sólo por la decisión del nuevo gobernante, sino porque también desaparecía su nombramiento diplomático. Atento a los acontecimientos internos que estaban ocurriendo en México, decidió exiliarse en septiembre del 1916 en Costa Rica, donde tenía muy buenos amigos. Con ello pasaba del “exilio dorado” al “exilio forzado”. En el país centroamericano se reunió nuevamente con Francisco Escudero, platicaban de la revolución mexicana y de los cambios que estaban sucediendo en México; recordaba que “nuestro tema de conversación eran la Constitución recién expedida y el agrarismo, los artículos 27 y 123 constitucional, médula de la obra”.

Tenía presente que, cuando él y Carranza formaban parte del Congreso, éste “me juró guerra a muerte porque en una sesión del Congreso general se prefirió mi nombre al suyo entre los que iban a recibir al presidente Díaz”.<sup>201</sup> Está claro que don Venustiano era su enemigo.

Y a pesar de que el incidente ya tenía algunos años, Carranza no olvidaba la disputa y se dedicó a hostigarlo a través del encargado de la Legación de México en

---

<sup>201</sup> Victoriano Salado Álvarez. *Memorias*, t. I, p. 354.

Costa Rica, José Ugarte, personaje ruin que informaba al secretario de Relaciones Exteriores, general Cándido Aguilar, de todas sus actividades en aquel país y aprovechaba cualquier oportunidad para desprestigiarlo. La molestia de Ugarte era porque cuando trabajaba en la Secretaría de Relaciones Exteriores fue despedido del Servicio Exterior Mexicano por don Victoriano. Y aunque nunca dijo la razón de la misma, Salado reconoció que fue por actos ilícitos.

En San José, Costa Rica, don Victoriano dedicó su tiempo a impartir clases en el Colegio Luis Gonzaga, a leer libros y a escribir artículos en el periódico *La Información* y el *Diario de la mañana*, en los que “juzgaba nuestras relaciones con los Estados Unidos con un criterio tan amplio como desapasionado”. Bajo esa perspectiva explicaba su punto de vista, que resultaba interesante, además de que no podía ser de otra manera porque durante los meses que permaneció en ese país, reconoció que a los norteamericanos lo único que les interesaba era la defensa de sus intereses económicos y políticos, y el gobierno de Carranza no era la excepción. Cabe señalar que Salado nunca estuvo de acuerdo en que las fuerzas norteamericanas ocuparan el puerto de Veracruz en noviembre de 1914, tampoco aceptó el ingreso, con previa autorización de Carranza de la policía norteamericana a territorio nacional bajo las órdenes de general Pershing para detener al general Francisco Villa por el ataque de éste a Columbus, con previa autorización de Carranza.

Estos y otros asuntos controvertidos de las relaciones entre los dos países le preocupaban y expresaba su punto de vista a la opinión pública de Costa Rica, que los leía con interés. Un artículo que causó polémica fue el que dedicó a Porfirio Díaz para conmemorar el ochenta y seis aniversario del nacimiento del “hombre más importante de México”:

Hombre de cualidades extraordinarias era el ex presidente Díaz. Era de la madera de los hombres de Estado. Tenía la atracción y la persuasión; el magnetismo que inicia y la destreza que da término a las cosas; sabía hacer amigos a los extraños y manejaba a maravilla el resorte que debía tocar para cada uno; tenía experimentado hasta dónde llegaba su poder; practicaba como nadie el *sustine et abstine*.<sup>202</sup>

Además de estas cualidades de estadista, había que reconocer en el *héroe de la Carbonera* al “civilizador, al fabricante de ciudades”, al hombre visionario que abrió vías de comunicaciones, construyó escuelas y, sobre todo, se erigió como formador de personal administrativo inteligente, honrado y eficaz. De sus colaboradores:

Bajo su amparo y su ayuda, Limantour emprendió su milagrosa labor financiera; Mariscal organizó las relaciones con el exterior; hubo administradores como Corral, Creel, los dos Macedos, Casasús y Núñez; políticos de tan serena visión como Pineda; historiadores, poetas y periodistas como Flores, Bulnes, Sierra, Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, Díaz Dufoo, Nervo, Urbina, Campo, Tablada, Othón y Pagaza; y sabios como De la Peña, Troncoso, Prado, Barreda y García Icazbalceta, que cultivaron las artes y dieron al país todas las energías.<sup>203</sup>

De esta pléyade de colaboradores, de la cual él también formaba parte, Salado se sentía muy orgulloso, porque de cada uno de ellos destacaban sus cualidades, ya que fueron hombres que no sólo sirvieron “al gran hombre”, a la construcción y formación del país, sino que entre todos cultivaron una profunda amistad.

De acuerdo con sus palabras, la historia estaría incompleta si no mencionara los reconocimientos obtenidos por el presidente Díaz en el extranjero, “su nombre sonaba

---

<sup>202</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Porfirio Díaz”, Imprenta *El Imparcial*, San José, Costa Rica, p. 1.

<sup>203</sup> *Ibidem*, p. 4.

en el mundo como talento de oro al caer en una taza de bronce”, y aseguraba que encontrándose desterrado en París, se le trataba como a un soberano y se tenía la “galantería de darle por acompañantes a los viejos generales que habían combatido contra él durante la intervención francesa”.

Recalcaba que el ex presidente Díaz era un hombre justo, moderado, sobrio y recto: “fue grande por lo que hizo, más grande fue por lo dejó o no quiso hacer”.

La frase encierra la duda de si se refería a los últimos días, cuando algunos colaboradores cercanos al general la aconsejaban que utilizara el ejército para aplacar las revueltas en el país que se oponían a su reelección, y el presidente se negó a dar la orden.

Este artículo fue enviado por Ugarte al entonces secretario de Relaciones Exteriores, general Cándido Aguilar, que se molestó por lo expresado y creía que aquellas palabras eran “porque el señor Salado Álvarez andaba escaso de fondos y a esto se debe su malestar” y añadía “de ahí nacen sus artículos contra el Gobierno”.

El malestar y enojo contra el gobierno del presidente Carranza era por la difícil situación económica que él estaba pasando.

Ugarte recalcaba que “los artículos del señor Salado eran contra el Gobierno de México y contra don Venustiano Carranza, muy especialmente”<sup>204</sup>

No se puede negar que la llegada de Carranza al poder resultó determinante en la evolución política de Victoriano Salado Álvarez por los acontecimientos internos y los problemas personales que lo obligaban a permanecer en el exilio, aunque esto tampoco era nuevo, porque en la práctica era una realidad recurrente, tampoco se puede negar que lo transformó al ver al país bajo otra dimensión.

Este periodismo del exilio no lo querían o no lo podían entender sus detractores, de ahí su extrañamiento, aunque se imaginaran cuáles eran los factores que lo influían;

---

<sup>204</sup> Juan López. *op. cit.*, p. 605.

además, si le agregamos la nostalgia y la preocupación por el destino del país, esto se veía reflejado en los artículos que escribía.

El exilio agudizó la conciencia de Salado como periodista, sobre todo porque obedecía a razones de orden político; y se confirma cuando escribía acerca de los problemas de México, en especial su relación con los Estados Unidos, área en la que se enfocó porque no podía permanecer indiferente a los sufrimientos del país. Además, esos acontecimientos eran el material básico del que nutrió sus críticas.

Por ejemplo, la política represiva y autoritaria del presidente Carranza y la censura crearon en Salado una gran frustración; se quejaba, sabía que la denuncia representaba un riesgo para el gobierno pero practicarla era a su vez una obligación moral. La denuncia fue el ingrediente más importante del periodismo del exilio.

Para Carranza, los artículos de Salado en Costa Rica eran un periodismo con criterio político, que desprestigiaba a su gobierno y en lo personal lo irritaba, de ahí que en noviembre de 1917, cuando Salado quería volver a México, se le informó que: “debía esperar la expedición de la Ley de Amnistía correspondiente para poder regresar al país”.

Esta decisión gubernamental lo aniquiló moralmente pero no era obstáculo para que continuara escribiendo artículos en los que se observa a un Salado decepcionado, radical, frustrado. En su correspondencia expresaba el deseo de regresar a México pero no podía hacerlo hasta que se publicara la citada Ley.

Mientras tanto, la situación política en el país se radicalizaba con el asesinato de Emiliano Zapata el 10 de abril de 1919, la proclamación del Plan de Agua Prieta, el 23 de abril de 1920 y, un mes después, el 20 de mayo, el asesinato del mismo Carranza, lo que dio origen al ascenso al poder de los jefes revolucionarios Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

Sin esperanza para un pronto restablecimiento, decidió trasladarse a Barcelona, España, y busca a los amigos que también se encontraban exiliados en aquel país: Carlos Pereyra, Ramón Gómez de la Serna, Martín Luis Guzmán, Amando Nervo, entre muchos otros. En el ínterin colabora en la *Revista Hispano-Americana*, publicación en la que, nos dice Alberto Vital, “aparecieron numerosos artículos sobre México” de Salado Álvarez.

Después de permanecer por algunos meses en aquella ciudad y colaborar en la revista mencionada, escribió los primeros párrafos de una novela que pensaba dar a conocer cuando regresara al país en 1923, pero decidió estar más cerca del país y se trasladó a San Francisco, California, iniciando así “el exilio californiano”.

La estancia en aquella ciudad no sólo le permitía estar bien informado sobre los últimos acontecimientos en México, sino también visitar bibliotecas, museos y, sobre todo, establecer correspondencia constante con sus amigos; Celedonio Junco de la Vega, Miguel L. Macedo, Manuel Calero y algunos otros. Al mismo tiempo enviaba artículos para el periódico *El Informador* de Guadalajara, en el que aparecía publicada cada domingo la columna: “Correspondencia de Don Victoriano Salado Álvarez”, artículos que, a pesar de los años de ausencia de la patria, demostraban que nuestro personaje aún continuaba escribiendo como antes de salir al exilio. Lo que llamaba la atención en esta nueva etapa es la variedad de temas elegidos sin olvidar los artículos de historia y de literatura.

Otros temas que abordó fueron: “La mujer mexicana”, “Las nomenclaturas”, “Las lenguas extranjeras”, etcétera.

Lo primero que publicó fue “La futura revolución mexicana”, título que, aunque interesante que no guarda ninguna relación con el acontecimiento de 1910. Es la respuesta a un artículo sobre la diferencia entre la situación de la mujer mexicana y la de los Estados Unidos, recordaba que no podía existir comparación entre ambas

naciones por cuestiones históricas, políticas y sociales. Retomó la opinión de fray Bartolomé de la Casas, al señalar que el fraile dominico creía que “todas las mujeres eran iguales”, pero después se da cuenta de que las mujeres mexicanas son para el país “tesoros de energía, de inteligencia, de bondad, de abnegación, de virtud y de seriedad, debido a su sujeción femenina”. Por si lo anterior fuera poco, agregaba que las mujeres mexicanas tenían otras cualidades: eran excelentes administradoras, arregladas, metódicas, serias y, sobre todo, tienen espíritu de orden, por ello, adelantándose al tiempo decía:

Si a México llegara a sustituir algo humano a esta sangrienta y trágica farsa que llamemos república, habrá que restringir el voto dándolo sólo a los individuos que sepan leer y en tal caso el número de electores se reduciría a un millón y medio de habitantes. Para doblar la cantidad de votantes habrá que extender ese privilegio a las mujeres que poseen la instrucción primaria a reserva de que más tarde se les acuerde gradualmente el derecho de ser elegidas.<sup>205</sup>

Por lo que se refiere a esta igualdad o equidad de género, como se le conoce actualmente, Salado quería que las mujeres tuvieran, por ejemplo, el mismo derecho político que los hombres, el del voto, y aunque tardó algunos años en que se cumpliera su deseo porque hasta 1956 lo obtuvieron en México. Agregaba que fue la esposa de John Stuart Mill la iniciadora del movimiento feminista universal.

Otro artículo interesante es el que elaboró sobre las bibliotecas y compara el servicio que prestan las *libraries* norteamericanas y mexicanas. Él, que desde su niñez había sido lector de autores de obras nacionales y extranjeras, y aun siendo secretario de la Embajada de México en Washington fue asiduo lector de la

---

<sup>205</sup> Victoriano Salado Álvarez. “La Futura revolución mexicana”, *El Informador*, Guadalajara, 12 de septiembre de 1920, p. 2.

Biblioteca del Congreso en Washington, encontraba grandes diferencias en el servicio que se prestaba en cada país.

Reconocía que en México las leyes y los reglamentos estaban instituidos contra el lector, en San Francisco “cualquier individuo puede obtener libros a domicilio sin que pague ningún centavo, lo único que no prestan son obras generales, porque están en servicio al público” y en la Biblioteca del Congreso los lectores también podían obtener préstamos a domicilio porque había varios ejemplares.

Pero lo que realmente molestaba a nuestro autor era que las bibliotecas personales de importantes hombres como Guillermo Prieto e Ignacio Mariscal “andan encajonadas casi íntegramente, sin prestar ningún servicio”. Recordaba que:

En 1880 se dejó salir del país la biblioteca de Fernando Ramírez y fue vendida en subasta pública, la cual contaba “con el mayor y más selecto acervo de libros mexicanos que se haya conocido, lo que da idea del interés con que miró ramo tan principal. La biblioteca de Ramírez la adquirió Quaritch, el famoso anticuario londinense casi por un pedazo de pan y ahora vale muchos cientos de miles de pesos”.<sup>206</sup>

No dudaba en reconocer que estos mexicanos, por haber desempeñado cargos importantes, por su preparación y la cultura tan vasta que poseían, seguramente contaban con libros valiosos que, de pertenecer a alguna biblioteca pública, el lector los podría consultar. Al mismo tiempo recomendaba que “necesitamos tener bibliotecas como necesitamos caminos, bosques, puertos, calles y tantas cosas que nos hacen falta”. Reconocía que es bien sabido que distinguidos hombres de letras eran poseedores de colecciones extraordinarias, que vendían “sus tesoros”, al mejor postor.

---

<sup>206</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Sobres las bibliotecas”, *El Informador*, Guadalajara, 19 de septiembre de 1920, p. 7.

Se trataba de colecciones de libros raros, incunables, ediciones príncipes o única que por falta de una política gubernamental eran vendidos a extranjeros que pagaban cantidades muy por debajo de su valor comercial y con ello se fueron perdiendo para los mexicanos, agregaba que otras bibliotecas fueron vendidas a universidades extranjeras.

Salado escribió que acababa de publicarse en México una nueva revista: *México moderno*, publicación editada por la Compañía Editorial. Era una revista literaria de “artículos y versos bien escogidos”, publicación que se sumaba a otras que eran redactadas por personas que gozaban de fama y méritos literarios y que en México era reconocido el papel del editor jalisciense Ignacio Cumplido, “quien realizó varias hazañas de esa clase”, entre ellas: *El Museo Mexicano*, *El Mosaico*, *Los Presentes a las Damas*, *El Álbum*, que atestiguan el buen gusto del editor Cumplido. Además, recalca que las revistas de Cumplido:

Eran meramente literarias y estaban en manos de la juventud liberal y revolucionaria de manera que de ellas no se ven o se ven pocas veces las firmas de Alamán, de Pesado, del Padre Arrillaga, de Quintana Roo, de Couto o Cuevas y todos los hombres de las derechas extremas o moderadas. En cambio abundan las relaciones truculentas de Payno, los versos ultra románticos de Prieto, de Calderón, de Escalante, de Echoníz y de toda la generación que había de elaborar la reforma y de figurar en la guerra contra la intervención.<sup>207</sup>

Con actitud firme y contraria al gobierno mexicano, aprovechaba para decirle a las autoridades que en México sobran héroes en nuestra historia que merecen ser reconocidos y recordados y no comprendía por qué existían pueblos y ciudades que llevaban nombres de santos o advocaciones religiosas. Investigó y descubrió que eran

---

<sup>207</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Una revista nueva”, *El Informador*, Guadalajara, 5 de octubre de 1920, p. 7.

las autoridades de los pueblo las que determinaban el nombre de acuerdo con su filiación política o religiosa, principalmente.

Observó que este mismo fenómeno existía en ciudades donde el concejal era el que designaba el nombre que debía llevar cada calle. Pero lo que más le sorprendió fue cuando visitó un pueblo en el que todos los nombres eran personajes extranjeros; Juan Wiclef, Juan Huss, Jerónimo de Praga, Lucero, Calvino, Zuinglio, Arnoldo de Bibriesca, Savonarola, etcétera, y para salir de la duda preguntó el porqué de esos nombres; mayor fue su asombro cuando los habitantes del lugar le dijeron que el presidente municipal de ese momento los cambió cuando leyó el libro *El movimiento republicano europeo*.

Después de salir de su desconcierto, decía que en otras ciudades las calles llevaban el nombre de famosos y distinguidos caballeros que los habitantes del lugar desconocían y en algunos casos les resultaban extraños, por lo que recomendaba que antes de asignar nombres los responsables “deben estudiar el origen, el significado, los antecedentes, la escritura, todo para descubrir el personaje”.

Señalaba que en Monterrey las autoridades pensaron que sus calles ya tenían nombres de héroes y decidieron que una importante avenida llevara el nombre de Amado Nervo: “artista preclaro, poeta de nuestra acendrada literatura, que había pertenecido a la cepa española y que seguramente las autoridades regiomontanas ignoraban, quién había sido Nervo”.<sup>208</sup>

Se oponía a que calles, ciudades, plazas y lugares públicos llevaran nombres de poetas y recomendaba “dejen en paz a los poetas y sigan dedicados a los héroes que entre nosotros abundan”. Lo que no alcanzó a ver don Victoriano es que las autoridades de Teocaltiche, su pueblo natal, no tomaron en cuenta la recomendación,

---

<sup>208</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Azulejomanía”, *El Informador*, Guadalajara, 31 de octubre de 1920, p. 2.

porque en esa ciudad la escuela primaria, la avenida y una plaza en la que se develó su busto llevan su nombre, y en Guadalajara una calle honra su memoria.

Pero si de reivindicar a las grandes personalidades del país se trataba, escribió un artículo en honor de Joaquín Casasús “hombre bueno, caballeroso cristiano”, que acababa de morir en el extranjero y cuyo último deseo era ser enterrado en México. Durante los años que se conocieron, recordaba que el lema de don Joaquín fue servir: “Sentía el placer y las necesidades de ayudar a los débiles, de levantar a los caídos, de confortar a los vacilantes, de ser bálsamo de los tristes; apoyo de los pobres, refrigerio de los cansados, y de todos sostén, guía y amparo”.<sup>209</sup>

Este Casasús íntimo es la descripción del hombre generoso, a quien no le interesaban los reconocimientos porque su placer consistía en dar y estaba convencido que al dar, remediaba miserias y mitigaba dolores. Esa apreciación coincidía con otras opiniones de gente que conocieron a Casasús, porque aparte de esas cualidades a don Joaquín le interesaba reunirse con amigos de diversas tendencias, simpatías y credos diferentes y solo se necesitaba una cosa para entrar a ese grupo: “tener talento y ser persona decente”. Entre los que concurrían a este círculo y que poseían estas cualidades se encontraban: Vigil, Peña, Sánchez Mármol, Chavero, Peón Contreras, Parra, López Portillo, Rafael Delgado, Macedo, Peza, Olavarría, el editor Ballezá, entre otros.

Recordaba que si Casasús tenía grandes virtudes en general como literato su talento era mayor por “su observación fácil, picante, sagaz, por descripciones llenas de fina ironía y además por los lances divertidos que solía tratar en sus escritos”.<sup>210</sup>

En el primer artículo que escribió para *El Informador*, “La futura revolución mexicana”, describió las cualidades de las mujeres mexicanas, enmarcándolas en la

---

<sup>209</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Casasús”, *El Informador*, Guadalajara, 10 de octubre de 1920, p. 7.

<sup>210</sup> *Ibidem*, p. 7.

corriente feminista que empezaba en México; por otra parte, el artículo “Un Enamorado de Guadalajara, hace setenta y tres años” era el reconocimiento al subteniente Wise, joven marino que viajó a América del Sur, California, México y Polinesia.

Al leer el libro *Los gringos* del “oficialillo” Wise, nuestro autor advirtió que éste tenía gracia para escribir, que su estilo era fino y succulento, de manera que “el libro sabe a miel de abejas”. Refería que Wise, a su paso por México conoció algunas ciudades como Mazatlán, Tepic, Monterrey y Guadalajara, donde entabló amistad con distinguidos militares a los que describió con gran precisión en su libro.

Esta obra tiene características de crónica y los conocimientos que aportó manifiestan su gusto por los artículos que escribía en las gacetillas. Ejemplo de esto es la siguiente descripción de la “Perla de Occidente”:

Pero la ciudad que más gustó al subteniente Wise fue Guadalajara, ciudad que siempre ha tenido ángel y alcanzado gracia ante los ojos de los extranjeros. Sus calles anchas, casas sólidas, bien construidas y pintadas de alegres colores, plazas, fuentes, alamedas, magníficas iglesias y edificios públicos muy capaces, gentes decentes y trabajadoras.<sup>211</sup>

Lo anterior llamó la atención del visitante, pero lo que más le atrajo a Wise “fue lo que siempre ha constituido el mejor timbre de su gloria de la tierra; el mujerío”. Salado no solamente se siente orgulloso de lo que escribe Wise, sino que recalca que “no hay lugar en el Universo en que puedan verse tantas hembras guapas”.

Las mujeres tapatías caminan con majestad y un garbo que el autor las compara con navíos por el porte que poseen y quedan fascinados con la belleza de la ciudad,

---

<sup>211</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Un enamorado de Guadalajara, hace setenta y tres años”, *El Informador*, Guadalajara, 24 de octubre de 1920, p. 2.

pero sobre todo la de sus mujeres, por lo que decide regresar nuevamente a Guadalajara para seguir admirándolas.

Esa idea continuaría a través de los años y se reafirma cuando el visitante nacional y extranjero coinciden con el relato del autor de *Los Gringos*. Aparte, considera que la narración de Wise se apega a la realidad, es diferente a la de otros extranjeros que han visitado el país dos o tres días y escriben cosas que no conocieron a fondo y que distorsionan la realidad, y otros que bajo diferente óptica ven las cosas, como fue el caso de Madame Calderón de la Barca en su libro *La vida en México* y que él tradujo cuando vivía en Washington.

#### 6.4 LA PRENSA DE SAN ANTONIO, TEXAS

A partir de 1917 observamos una diversificación en la temática de sus artículos, escribe de religión, cocina, radio, costumbres, su experiencia en Europa, sin faltar los temas de historia y literatura. Salado Álvarez confesaba a unas amistades que era “un reaccionario que tiene poquísimas ganas de dejar de serlo” y escribía “lo que daba la gana”. Comprendemos que el exilio cambió su forma de pensar, y es lógico, porque quien lo padece se vuelve radical, frustrado y don Victoriano se desesperaba porque su situación económica se complicaba, tenía necesidad de obtener recursos para mantener a su familia y la única forma de lograrlo era escribiendo artículos. Su hija Ana Salado escribió: “sin más armas que una ‘péñola bien tajada’ que siempre le había proporcionado no sólo el diario e indispensable sustento, sino ese goce inefable que proporciona el poder expresar lo que se cree un deber”.<sup>212</sup>

---

<sup>212</sup> Ana Salado Álvarez, “Semblanza de Don Victoriano Salado Álvarez”, *Antología de crítica literaria*, México, 1969, t. II, Edit. Jus, p. XXII.

Salado Álvarez continuó escribiendo “sin descanso” en *El Informador* y *La Prensa* de San Antonio, Texas, “benemérito diario que durante más de cuarenta y cuatro años condensó los ideales de la mexicanidad en los Estados Unidos”.

Nemesio García Naranjo, cuñado de Ignacio Lozano, señalaba que al propietario del periódico al correspondía:

La gloria de haber sembrado la semilla que iba a prosperar. Lo ayudaron los miles de mexicanos que, arrojados al destierro por las convulsiones revolucionarias, sentían la necesidad de leer un periódico escrito en español con informes de la Patria lejana: y Lozano correspondió ofreciéndole un diario lleno de decencia y de dignidad.<sup>213</sup>

A la redacción de *La Prensa* acudieron las mejores plumas del país; manifestaron sus opiniones con entera libertad hombres de tanto mérito como Querido Moheno, Manuel Calero, Jesús Flores Magón, José Elguero, Victoriano Salado Álvarez, entre otros.

Y aunque 1921 parecía que cambiaría la suerte de nuestro autor, resultó un año difícil, porque el 28 de febrero moría en Guadalajara su hijo Luis; tampoco podía regresar al país porque se lo impidió el gobierno del presidente Adolfo de la Huerta. A pesar del dolor que le causaba esa pérdida, continuó trabajando en ambos periódicos publicó en *La Prensa* el artículo: “lo que no puede decirse”, del escritor español Vicente Blasco Ibáñez, autor del libro *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. En el Salado parafraseando al literato valenciano, hace una crítica a la administración del presidente Venustiano Carranza: “en muchos pasajes alaba al país, se duele de su suerte, elogia el ingenio de los naturales, declara que lo habitan y viven desterrados de

---

<sup>213</sup> Nemesio Naranjo. “La desaparición de La Prensa de San Antonio”, *Impacto*, México, 3 de julio de 1957, p. 6-7.

él muchos hombres de mérito, manifiesta deseos de que se regenere y encuentre el camino que lo conduzca a la prosperidad que tuvo en otro tiempo”.<sup>214</sup>

A pesar de las alabanzas que hizo al país, no estaba de acuerdo porque reconoció que contenían inexactitudes y lugares que nadie disputaba y que de seguro aceptaba sin objeción, pero, a pesar de lo anterior, criticó que al igual que Blasco Ibáñez también hubo otros escritores que observaron “las calumnias y las patrañas más ridículas” del presidente Carranza, y dijo que el libro tenía “poco de nuevo”.

Por último, consideraba que el autor presentaba los retratos de los militares carrancistas y otras figuras destacada en ese momento, como el presidente Álvaro Obregón.

Otro artículo fue “La obra de un poeta nuevo”, de Alfonso Junco, autor del libro de poesía *El alma estrella*, notas de “ingenio y sufrimiento colectivo”, en el que el escritor revelaba sus dotes de literato en ciernes. Lo interesante de estos comentarios es que posteriormente Salado publicó en el mismo periódico dos cartas dirigidas a Junco con el título de *La poesía mejicana actual*. En ellas criticaba la imitación de los jóvenes literatos, que al parecer no tienen imaginación para escribir, y recordaba los comentarios desfavorables de cuando él escribió su primer libro, *De mi cosecha*, que los modernistas criticaron. Decía al respecto, “las gentes que me quieren y las que me quieren mal y las que no me han leído, me llaman como el autor *De mi cosecha*, creyendo que me halagan y me satisfacen o me indignan y menosprecian”.

Hecho similar ocurrió cuando criticó a los modernistas que no compartían la opinión anterior ni los comentarios que hizo al libro *Oro y negro* de Francisco de Olaguíbel, que comentamos en capítulos anteriores. Veinte años después, recordaba que los “modernistas” lo molestaron cuando Tablada lo llamó “amante de la literatura

---

<sup>214</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Lo que no puede decirse”, *La Prensa*, San Antonio, Texas, 7 de noviembre de 1921.

autéctona”, Valenzuela, “enemigo del positivo barredista” y Cevallos, “eunuco literario”. Finalizó diciendo que lo malo trataba de olvidarlo, aunque lo tuviera en la memoria, y esperaba que el libro *Poesía mexicana actual y joven literatura mejicana* no fuera imitación de “artistas superiores”.

A pesar de los años expresaba que “lo tenía en la memoria” y cuando al parecer todo estaba olvidado, nuevamente retomó la crítica contra los literatos que imitaban formas extranjeras y las querían adaptar a la realidad nacional. Señalaba que “las opiniones no cambian”, aun cuando era un hombre de cincuenta y cuatro años, con la serenidad de la vida, seguían mostrándose reacio al declarar que no le pusieran un estetista o un integralista que no tuvieran versos ni ideas porque los rechazaría de inmediato. El comentario se refería a la obra de Ramón López Velarde de quien opinó: “no logro descubrir la parte comible es decir la parte poética de su literatura pero lo que de él ha llegado a mis manos, es de tal manera terrible, que casi me parece una tomadura de pelo”.<sup>215</sup>

Si tomamos en cuenta su juicio sereno, se puede llegar a la conclusión de que Salado Álvarez no era poeta, ni crítico especializado en alguna área, de ahí que difícilmente, manejaba el lenguaje metafórico, simbólico de la poesía. Justificaba que Tablada y Dávalos tenían talento “y eso los salvaba como la contrición salva al pecador”, pero la prosa poética del autor de *Suave Patria* para él era una prosa antirrevolucionaria, falta de información porque usaba elementos que no correspondían al país. Consideraba que lo mejor que tenía el poeta era su elogio de la mujer mexicana.

Continuando con la reseña de libros, publicó en *El Informador* y *La Prensa* un artículo del libro “El rosal del ermitaño”, de Rafael Heliodoro Valle, del literato hondureño, uno de los grandes y elegantes escritores centroamericanos, cuya prosa era

---

<sup>215</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Un poeta reaccionario”, *La Prensa*, San Antonio, Texas, 12 de noviembre de 1921, p. 5.

arcaica con tendencias a la contemplación de tiempos idos “y de cosas muertas”, pero al mismo tiempo era ligera, nerviosa, fluida y brillante.

Pero la poesía de Valle, seduce, es gallarda y esbelta, “como mujer núbil en el verdor de los años, cada frase, cada voz, cada epíteto tienen su colaboración y su medida”, y el fondo es exacto, los detalles son ciertos porque la imaginación del autor supo colocarse en la situación de los expedicionarios. Por ello, asegura que no pasará mucho tiempo para que el poeta hondureño fuera uno de los primeros prosistas americanos y lo compara con otro reconocido literato centroamericano, Rubén Darío, espera que al igual que estos dos hombres de letras surgieran jóvenes con el tesón y la firmeza de Valle, para que repitan el milagro de Darío.

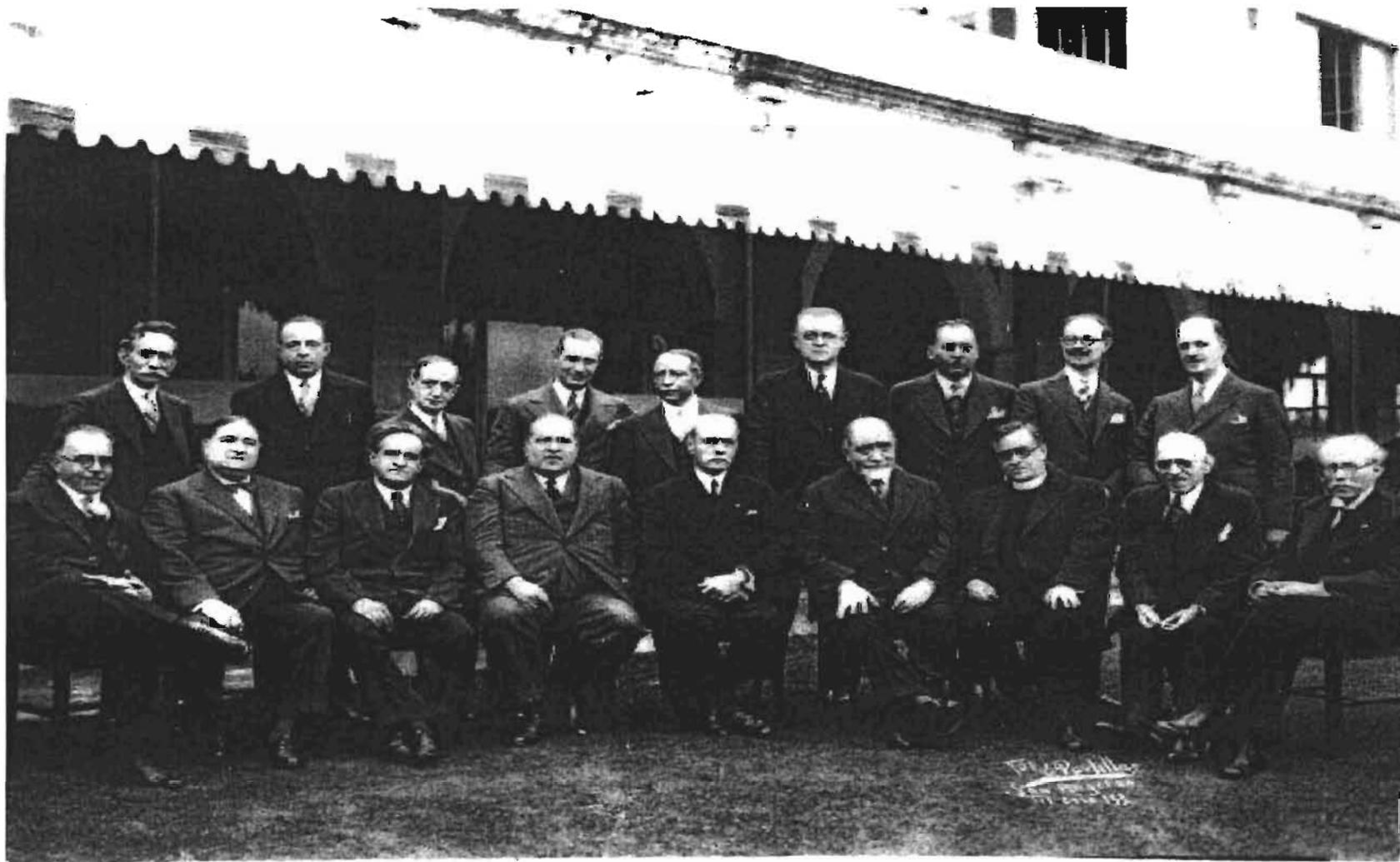
Finaliza el artículo pidiendo a Honduras el reconocimiento legítimo y bien ganado renombre del literato, diplomático y hombre de letras, que vivió muchos años en México.

Ese reconocimiento que pide para Heliodoro Valle él lo obtenía con los lectores de *La Prensa* de San Antonio, que seguían con interés sus artículos, y le escribe a Ignacio E. Lozano para manifestarle su deseo de aumentar el número de sus colaboraciones. Pero éste le contestó negativamente: “siento manifestarle que por ahora no es posible aceptar, como usted lo desea, diez artículos mensuales en vez de ocho que nos está remitiendo”.<sup>216</sup>

Lo anterior nos lleva a pensar que don Victoriano pasaba por una situación económica difícil, necesitaba dinero y aunque le pagaban a 15 pesos por artículo seguramente no era suficiente para sus gastos. Por otro lado, la negativa de Lozano era porque “estaba luchando contra las difíciles condiciones que han afectado los

---

<sup>216</sup> Juan López. *op. cit.*, p. 648.



Individuos de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Academia de la Lengua Española.

Primera fila de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha: Darío Rubio, Salvador Cordero, Joaquín Gamboa, Gustavo Fernández Mac Gregor, Alberto María Carreño, Francisco Conde, José de Jesús Núñez y Domínguez, Antonio de Valle Arizpe y Manuel Romero de Terreros. Sentados de izquierda a derecha: Carlos González Peña, Alejandro Quijano, Antonio Caso, Genaro Estrada, Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez, Mariano Cuevas, Carlos Díaz Dufoo y Ezequiel Chávez.

Fondo Ezequiel A. Chávez. Archivo Histórico CESU/UNAM

negocios todos, y no logro aún nivelar mis presupuestos”. Con todo, la respuesta no alteró la amistad ni la colaboración entre los dos amigos; Salado continuó enviando sus colaboraciones, destacando las que se referían a la obra de Francisco Elguero y una novela inédita de Emilio Rabasa, político con el que tiempo después llegaría a entablar lazos más estrechos, pues su hija Elena contrajo matrimonio con el hijo del literato chiapaneco.

En el artículo “Don Francisco Elguero, académico”, se refería a un reconocimiento que la Academia Mexicana de la Lengua, otorgó a “uno de los prestigios nacionales indiscutibles”. Con este acto consideraba que la Academia se honraba a sí misma y a “un servidor de la patria” al nombrarlo individuo de número en su seno. Por fin, los miembros de la corporación propusieron llevar al sabio michoacano a participar de sus labores, resumiendo las funciones de la institución:

La función de las academias es conservar, depurar y ennoblecer el lenguaje, guardar la tradición clásica, mejorar el sermón popular, y en el caso de las correspondientes americanas, estudiar los modos de hablar propios de cada país, aceptar los que merezcan sanción, influir para reformar lo que sean acreedores a cambio o a enmienda, contribuir al perfeccionamiento de la gramática y ayudar a la formación del gusto mediante premios a las mejores y más exquisitas obras de literatura, y la protección adecuada a los escritores.<sup>217</sup>

Victoriano Salado conocía muy bien cuestiones de filología, se mostraba satisfecho con el nombramiento del polígrafo moreliano y afirmaba que los artículos publicados en la revista *América Española* daban muestra de talento, habilidad y conocimientos del señor Elguero. Su cultura era tan amplia que escribía artículos con erudición, de

---

<sup>217</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Don Francisco Elguero, académico”, *La Prensa*, San Antonio, Texas, 9 de agosto de 1921, p. 7.

gran interés; por si lo anterior no fuera suficiente, don Francisco poseía una espléndida memoria. Era un varón de ciencia y de virtudes, un caballero, un hombre que por nada ni por nadie, se atrevía a faltar el respeto porque “los hombres bien educados se deben a la sociedad”.

Esas palabras eran dirigidas al amigo que se solidarizaba con él, que sabía de la difícil situación económica que estaba viviendo y lo invitaba a colaborar en la revista *América Española*, publicación que era de su propiedad. Elguero le aclaró que pagaba veinte pesos por artículo, pero había reducido la cuota a diez pesos, por las dificultades económicas con que tropezaba su revista. Agregaba que le daría mucho gusto que aceptara porque “contribuiría a la difusión de las buenas ideas y de la cultura en este pueblo”.

Finalmente, no sabemos si aceptó o rechazó la propuesta, porque su objetivo era obtener más dinero, sus ahorros disminuían, lo que le provocaba problemas de salud que “apenas me dejan tiempo para ganarse el sustento diario” y escribía a sus amigos lamentándose de “su desgracia” y les decía que ésta no solamente se había acentuado, sino que también le había cambiado su plan de vida. Desesperado por la crisis económica que estaba viviendo y la vida apartada que llevaba, retomó la fe católica que lo llevó a reflexionar acerca de Dios y de su futuro. El desaliento crecía por la falta de amigos, pues se sentía viejo y sin ilusiones.

No escondía su pesar al decir que se encontraba “en situación de aflicción hondísima todavía” por la muerte de su hijo Luis: “no he conquistado la serenidad, que es cosa de gente superiores, ni quiero la resignación porque “no apetezco consuelos; pero así caminaré hasta que Dios me llame, satisfecho de llevar esa bagaje de recuerdos que en él espero contribuirán a hacerme un poco menos digno de llegar a donde apetezco”.<sup>218</sup>

---

<sup>218</sup> *Ibidem* p. 656.

Con estas palabras se reafirma lo expresado por nuestro personaje, que aunque existía la posibilidad de regresar al país no muestra ningún interés: “no me doy prisa porque aquí vivo pobremente pero sin sobresaltos, ni tendría inconveniente en regresar mañana si fuera necesario”. El desaliento era por los problemas políticos principalmente, que ocurrían por el ascenso al poder de Obregón, el desconocimiento de sectores importantes de la población que no lo aceptaban como presidente de la República y la situación política que se radicalizaba.

La inestabilidad política también lo afectaba moralmente, lo expresaba cuando decía en relación con el hecho anterior: “me entristecerán los pistolones, las sandeces dichas con todo el tupé de la ignorancia, los gritos de que reina la libertad entre nosotros cuando nunca ha posado el pie en tierra mejicana”.

Para remediar sus males frecuentaba las bibliotecas, en ellas pasaba horas leyendo libros a los que consideraba “verdaderos tesoros de los remedios del alma”, explora archivos. Pero lo que verdaderamente lo reanima es la correspondencia que recibe de algunos amigos entrañables como Junco de la Vega y Enrique Creel, quienes le escriben comentándoles las “novedades” que pasan en México y, sobre todo, la noticia que publicaban los periódicos de la capital anunciando su pronto retorno al país.

Carlos Díaz Dufoo le escribe para preguntarle qué sucede, si piensa regresar, “aquí las cosas van o no van; es lo mismo. Ya nos hemos acostumbrado a vivir en la incoherencia”.

Sin desfallecer en su delicado estado de ánimo continuaba escribiendo para *La Prensa* y *El Imparcial*, y reconocía haber retomado la fe, al escribir algunos artículos en los que expuso su punto de vista en relación con la Iglesia católica. No perdamos de vista que en México se estaba gestando un enfrentamiento armado peligrosísimo entre la Iglesia católica y el gobierno federal, conocido como “La Guerra Cristera” de 1926 a 1929.

Decía que el cargo que él nunca admitiría sería el de obispo o arzobispo de cualquier diócesis mexicana, y aunque no eran los tiempos del doctor José María Luis Mora en que el “príncipe de la iglesia” ganaba mucho dinero al año, de todos modos los preladados contaban con el respeto y la veneración del pueblo. Reconocía que había cometido algunos excesos, por ello recordaba nuevamente que “quien se mete en política, se aleja de los deberes de su ministerio”. Y se preguntaba: “yo quisiera saber a qué se llama política y por qué se prohíbe a los clérigos, hacer política es decir obra social, tienen que hacer todos los días”. Y recordaba algunos párrafos de la Biblia en los que se lee: “Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra; Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos”. Esto es política, consideraba Salado, o cuando dicen los sacerdotes “que la mujer que repudie a su marido y se casare con otro comete adulterio”. Consideraba que esto también era política, y si lo anterior no fuera suficiente, señalaba que cuando el sacerdote leía el Evangelio y pedía: “por la Nación mejicana, la unión y el feliz gobierno”. “Hacen política, política subversiva y quizá punible. O la religión es una fuerza social o hay que abolirla; tiene que manifestarse o desaparecer. Religión que no interviene en obra social, no es religión”.<sup>219</sup>

Comparó la actividad de la iglesia Católica en México y en San Francisco; reconocía que existían diferencias diametralmente opuestas porque en aquella ciudad los eclesiásticos se ostentaban sin temor y decían lo que querían en todos los tonos, mientras que en nuestro país eran cómplices y se convertían en figuras decorativas al no criticar los excesos de los gobiernos.

Sin embargo, esa idea de libertad no era la que prevalecía en toda la Unión Americana, porque cuando aparecieron los trajes de las feministas, la Iglesia católica

---

<sup>219</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Política y religión”, *El Imparcial*, Guadalajara, 3 de abril de 1921, p. 7.

fue la primera que “se conmovió” ante la “deshonestidad” de las mujeres y dispuso privarlas de los sacramentos a las que quisieran comulgar.

Con todo, existe contradicción con lo expuesto primeramente entre política y religión; pero Salado reconoció que no había tanta apertura de la Iglesia ya que esta recomendaba que “las damas católicas debían aceptar sin protesta la disposición episcopal” porque las órdenes de los superiores no se discuten. Reconocía que por ser mujeres, no pudieran discutir de tan curiosa materia, pero cuando escribía en la sección de modas para las damas en *El Imparcial* y *El Mundo Ilustrado* casi nunca acertaba en las respuestas y recomendaciones que le solicitaban.

Opinaba que las mujeres griegas y romanas “andaban muy ligeras de ropa”, las diosas, emperatrices, esclavas y mujeres de cualquier condición llevaban ocultas las que Salomón solía llamar *columnas de oro fino*.

Decía que en la Edad Media la falda se usó “besando el suelo”, era de rigor, lo mismo en hombres que en mujeres, vírgenes y santos, pontífices, emperadores y reinas, sin excepción. Posteriormente, en el siglo XV, en la corte de Napoleón, se podían encontrar mujeres “despechugadas”, que enseñaban mucho más de lo que era la costumbre; termina el ejemplo con los musulmanes, que se enamoran de las sultanas llenas de velos.

Reconocía que el traje no hace a la mujer, que ésta se viste de acuerdo con lo que quiere enseñar, por eso la iglesia Católica en San Francisco dispuso que la altura máxima de la falda debía ser de menos de cinco pulgadas.

Por último, decía que la moda obedecía a las leyes de estática y dinámica sociales, de moral, ambiente, de mil factores que sólo se modifican con el transcurso del tiempo y se compadecía de Adán y Eva, “que andan desnudos” en el paraíso, y de don Juan Tenorio, que seducía y enamoraba a doña Inés, a pesar de los cerrojos, los muros y las faldas que arrastraba.

Siguiendo con la línea de escribir “lo que quería” y criticar a los “estilistas”, a los correctores de estilo, a los escritores, a los periodistas, a todo el que tuviera que ver con la forma de redactar, confesaba que tenía “un enemigo” que aborrecía, el *epíteto*. El epíteto que debe ser gala del lenguaje se convierte en manía del escritor “adocenado”, porque considera que no puede haber palabra que deje de llevar epítetos, con los que cree mejorarla y en realidad obscurece su sentido, que la poesía clásica no escapaba de ese error y la prosa sólo indicaba estéril abundancia, falta de pulimiento, descuido, es decir, ignorancia de las verdaderas formas de expresión. Asimismo, afirmaba que cada palabra tenía equivalentes, pero los estilistas hacían obra de arte cuando no atinaban con ella, agregaba que “los epítetos suelen ser nuevos y propios”.<sup>220</sup>

Recomendaba a los literatos jóvenes que pretendieran tener estilo, que el epíteto debía ser como la faena del torero, *corto y ceñido*, es un trazo que hay que repensarlo, escribirlo de nuevo, quitarle todo lo que lo perjudica. Señalaba que García Icazbalceta, con su fraseología especial, también hablaba de estilo *crudo*, que es el estilo sin desbaratar, el estilo atestado de adjetivos ociosos.

El periodismo de Salado no se limitaba a referir cuestiones de religión, política, moda, estilo de redacción, también escribió de temas o asuntos que eran desconocido al público, por ejemplo, en *La Revista de Yucatán* Salado dio a conocer las diferencias entre el presidente Díaz y Fernando Iglesias Calderón, a quien el ex dictador consideraba “su enemigo”. No obstante, a pesar de las razones políticas ambos conservaban una excelente amistad.

Carlos R. Menéndez, propietario de esas publicaciones, escribía a Salado para solicitarle más colaboraciones para su revista, y aprovechaba para comentarle, entre

---

<sup>220</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Estilistas... he ahí el enemigo”, *El Informador*, Guadalajara, 6 de marzo de 1921, p. 9.

otras cosas, el caos político que se vivía en México por el gobierno De la Huerta, y le decía: “transcurrirá mucho tiempo para que el agua torne a su nivel”.

En el mismo tenor, el gobernador de Nuevo León, N. Domínguez, se lamentaba de lo que estaba sucediendo en el país, y le decía: “tiene usted razón en no desear volver al país, desgraciadamente esto no tiene traza de componerse, este gobierno marcha a toda carrera hacia el bolcheviquismo”.

La política represiva gubernamental censuraba las libertades de prensa y de expresión, lo que a su vez limitaba el campo de acción de los periodistas y Salado sufría otro revés al verse privado de seguir colaborando para el periódico *Excélsior*.

Lo anterior representaba una nueva frustración a sus aspiraciones era una tragedia, su ilusión de regresar a México se posponía más tiempo y su problemática situación económica se agudizaba cuando el director de *La Revista de Yucatán*, señor Menéndez, le dice que debido a la situación económica “no podían seguir recibiendo sus colaboraciones”, por lo que se ve nuevamente en la necesidad de conseguir otros diarios que se interesen en sus artículos sin lograr su objetivo. Nemesio García Naranjo, al enterarse de lo que estaba pasando, le escribe para comentarle cuál era la táctica que él utilizaba y le sugiere que siga los mismos pasos:

Sus artículos valen mucho, y lo único que se requiere es presentarlos como mercancía, y como mercancía explotarlos... Lo único que si debe usted hacer es no matarse, es decir, no escribir artículos especiales para cada periódico, aunque se los paguen muy bien. Es mejor vender el mismo artículo a bajo precio, a todos los periódicos.<sup>221</sup>

Además, le sugería que publicaran juntos, “si nos juntamos, nos podríamos completar admirablemente, y sacar siete u ocho cientos dólares para cada uno, mientras acaba de

---

<sup>221</sup> Juan López. *op. cit.*, . 690.

pasar el destierro”. Como podemos observar, García Naranjo tenía mejores planes para sobrevivir en los Estados Unidos, pues consideraba que en el caso de no lograr lo anterior se dedicaría a dar conferencias “de paga, se entiende”, pero “si el obregonismo se derrumba, y viene “la muestra” me voy a México, a ejercer mi doble profesión de abogado y de escritor”.<sup>222</sup>

Comprendemos que la situación de Salado era diferente, no tenía ningún plan alternativo en caso de que las cosas no salieran como las había pensado y moralmente le seguía pesando la muerte de su hijo Luis.

Salado Álvarez era un hombre afortunado aun en la adversidad. Celedonio Junco de la Vega le escribe para informarle que “ya formalizó sobre su colaboración en el diario *El Sol* de Nuevo León,” y le pide que le envíe un artículo por semana que “no sean de política, sino de historia, arte o de lo que usted elija a su gusto”. Haciendo caso omiso a la petición, se ve envuelto en un grave problema cuando los diarios de la ciudad de México lo vincularon con actividades revolucionarias con el fin de derrocar al presidente Obregón.

Los artículos que escribió con relación al presidente Obregón no habían contenido ataques, ofensas o críticas destructivas, simplemente eran opiniones o puntos de vista sin la intención de perjudicarlo, pero tiempo después cambiaría. Quizá lo que molestaba a los obregonistas era el pasado porfirista de Don Victoriano, lo que los llevaba a verlo como una amenaza potencial, siempre teniendo en cuenta las relaciones ríspidas que había entre la Iglesia católica y el Estado, por la orientación izquierdista que había tomado el gobierno emanado de la revolución.

Teniendo a la mentira como ofensa, rápidamente envió una “solicitud a los diferentes diarios de la época” para aclarar la nota que consideraba difamatoria. En

---

<sup>222</sup> *Ibidem*, p. 690.

ella arremetió contra todos los gobernantes defendiéndose de los que lo atacaban y llegando a criticar duramente a los que habían surgido de la Revolución, al señalar:

Ya es tiempo de que se convenzan los políticos mexicanos de que no es posible gobernar engañando al pueblo y defraudando sus esperanzas. No se sostendrán, no podrán sostenerse los gobiernos que no busquen sino el lucro personal de sus directores, y prescindan de toda labor honrada y de sacrificio en bien de la Patria. Ya hemos visto sucederse en el poder, desde la caída del general Díaz, ha muchos hombres impreparados para la misión de gobernar. Su encumbramiento a sido [sic] efímero a pesar de la santa paciencia del pueblo mexicano, que a soportado hasta lo indecible los impúdicos robos y saqueos de las autoridades civiles y militares. Hoy asistimos a las postrimerías de otro régimen de mexicanos ineptos y malvados, de los que unos dejarán la vida en la lucha final, y otros irán a las amarguras del destierro y del olvido, de las que serán pobre, dineros mal habidos que lleven consigo. <sup>223</sup>

Lo expresado en su contra fueron una verdadera ofensa por lo que recurrió a los medios para aclarar lo publicado y limpiar su nombre. Al parecer logró su objetivo; sin embargo, en su alegato no pudo evitar aludir a los gobiernos revolucionarios, a los que consideraba ignorantes, ladrones, saqueadores del país, que se enriquecían a costa del erario público. Con ello, como dice Alberto Vital, “faltaba a una de las condiciones para regresar al país: no referirse a la política”.

Después de once años de vivir en el destierro en una situación precaria y sin ninguna expectativa de cambio para mejorar su situación, editores, directores y propietarios con los que había cóoperado lo buscaban para solicitarle nuevas colaboraciones, sin faltar obviamente las reclamaciones de Alberto del Castillo,

---

<sup>223</sup> *Ibidem*, p. 696-697.

propietario del periódico *El Informador* y de la revista *Restauración*, quien le pone condiciones para seguir recibiendo sus artículos, pues descubre que sus “competidores” publican los mismos escritos y le reclamó: “a los intereses de mi periódico no conviene esa competencia. Ciertamente, yo estoy conforme con su colaboración, vale mucho más de lo que yo pago por ella; pero las circunstancias económicas de un periódico de provincia impiden el justo pago de la colaboración”.<sup>224</sup>

El inconveniente terminó por la posición asumida por Del Castillo quien insistía en que sólo aceptaba “colaboraciones exclusivas” recordándole que los “artículos políticos escritos por personas que residen fuera del país, tampoco me convienen, y la razón es obvia. Ustedes allá escriben con la libertad del que goza de toda clase de garantías y nosotros aquí llevamos a cuestras todas las responsabilidades”. No se podía negar o contradecir la opinión del editor jalisciense, porque era cierto y hasta la fecha, en el país del norte ha existido mayor libertad de expresión, en México aunque se podría decir que también se da esa libertad, nunca ha sido igual porque en nuestro hay que recordarlo, un solo partido ha permanecido en el poder y, que a su vez, es el que tiene el control de la información.

Se entiende la posición del editor jalisciense, el hecho de tener “colaboraciones exclusivas” daba prestigio a su diario, pero a Salado Álvarez no le permitía sobrevivir; a pesar de todo, no le faltaron solicitudes de otros periódicos que conocían de su ilustración, de su correcto escribir, de su profundo conocimiento de temas de literatura e historia.

Alfredo Terrazas, propietario de *La Patria*, y Luis de la Garza, de *El Sol* de Nuevo León, le pedían que escribiera para sus diarios. Otras propuestas fueron las de Alonso Mariscal, ciudadano que también se encontraba exiliado, le solicitaba su colaboración para derrocar al gobierno de Obregón, al exponerle que “hay quienes vivimos y hemos

---

<sup>224</sup> *Ibidem*, p. 711.

vivido en el destierro, pretendemos restablecer la Constitución del 57, sin perjuicio de que al continuar su observancia sufra modificaciones...En otros términos pretendemos derrocar al gobierno de Obregón y Cia, haciendo prevalecer el principio de que la Constitución de México no se deroga ni enmienda por actos de fuerza”.

Don Victoriano no ignoraba la cuestión legal del rompimiento del estado de derecho, pero tampoco se encontraba con el ánimo de enfrentarse al gobierno, por ello nunca aceptó la propuesta de Mariscal, de acuerdo con la carta que le escribió a su amigo, el doctor Manuel Flores, donde le confesaba que de su estado de ánimo “no queda ni siquiera el 99.99 por ciento”.

Decidido a regresar a México a pesar de las condiciones del país y en contra de los comentarios de algunos amigos como Enrique Creel, que le escribía para contarle que la situación política de México no cambiaría en muchos años, “mientras dure el elemento revolucionario, que seguramente será de más de veinte años”, y recalca que “no hay esperanza de que México se componga”.

Con la confianza que existía entre ambos y seguro de que esas noticias no lo afectarían moralmente, el ex gobernador de Chihuahua le reafirmaba su amistad al decirle que le parecía cruel que continuara en el destierro por el resto de su vida. Otro de los amigos con los que también mantenía correspondencia era José Yves Limantour, que se encontraba radicando en París. El ex ministro de Hacienda le decía que se complacía por “su definitiva traslación a la madre patria”, no obstante se mostraba pesimista: “no crea que tengo esperanza de que mejore pronto la situación de nuestro país”.

Con opiniones a favor y en contra, continuó escribiendo para un nuevo periódico que acababa de fundar el propietario de *La Prensa*, el señor Lozano, *La Opinión* de Los Angeles. El primer artículo que publica no sólo muestra su admiración por los emigrados, sino que parece auto describirse al decir:

No he escatimado nunca mis alabanzas ni mis palabras de aliento a los emigrados que arrojados a país extranjero por una suerte tan dura como inmerecida han sabido conservarse mexicanos y patriotas a través de todas las vicisitudes y de todas las pruebas a que han quedado sujetos debido a la diferencia u hostilidad del medio. Esos mexicanos, que han demostrado serlo de veras, porque en ninguna parte el amor patrio se aquilata y se depura como en el destierro, desean volver al país y entrar por la puerta grande, por donde penetran los hombres de bien y los que saben que la honradez es el mejor título de estimación propia y ajena y la mejor salvaguardia de cualquier derecho.<sup>225</sup>

Esta actitud lo enaltecía porque entre sus planes estaba el de “contribuir con nuestros esfuerzos al adelanto y la prosperidad que nos vio nacer”. Además, expresaba su interés en difundir sus conocimientos en, “hacer labor patria”.

Pero si su objetivo era ese, también aprovechaba la oportunidad para lanzar críticas a los militares que estaban en el poder y se refería a ellos como “bellacos, usurpadores y ladrones que creen que la patria es el objeto de las concupiscencias, la causa de las infamias, el pretexto de los abusos y el señuelo de las ambiciones malsanas”.

La censura estaba dirigida a De la Huerta, quien se consideraba “encarnación propia y genuina del más puro, limpio y exaltado revolucionarismo”, y al presidente Álvaro Obregón, a quien le reprochaba por estar rodeado de “infidentes”, desleales y enemigos de su persona, que aceptaba colaboradores que le hacían creer el Orsmund de la revolución”.

Los lectores estaban al tanto de las noticias que informaban de su regreso al país. Benito Pérez Verdía de *El Informador* lo felicitaba “porque muy pronto se encontrará entre nosotros”, y le aseguraba que el gobierno obregonista no lo molestaría por los

---

<sup>225</sup> Victoriano Salado Álvarez, “Un noble rasgo de unos colonos mexicanos”, *La Opinión*, Los Angeles, California, 27 de agosto de 1923, p. 7.

artículos publicados porque tenía el prurito de respetar la libertad de prensa, y añadía: “yo le puedo decir que con todo y lo mal que está la situación actual, creo firmemente que un hombre como usted puede abrirse camino viviendo modestamente de su pluma. Usted que ha vivido de su pluma en Estados Unidos casi exclusivamente de sus artículos en periódicos mexicanos será más fácil efectuar esa labor estando en México”.

Otro de los amigos que lo felicitaban por la actitud asumida era Nemesio García Naranjo, que le decía: “encuentro justa su decisión de regresar al país. No creo que dure 20 años más, pero puede durar algo, y no es razonable hacer depender la vida de su desenlace”. Le advertía que encontraría un México “muy distinto al que conoció”. Efectivamente, después de 15 años de exilio nuestro país buscaba la estabilidad política, económica y social, pero lo que le angustiaba a don Victoriano era la situación económica, que se convirtió en su principal temor.

Directores y propietarios de periódicos: Vicente Villasana, Alfonso Junco de la Vega, Del Castillo y el propio Lozano se ofrecieron ayudarlo solicitándole colaboraciones, e incluso el señor Lozano, de *La Prensa* de San Antonio le aumentaba el pago a 200 dólares mensuales por ocho artículos. En ese diario publicó la reseña del libro *Sor Adoración del Divino Verbo*, de Julio Jiménez Rueda, literato culto que supo narrar el pasado colonial en sus obras, además de excelente poeta, estilista y erudito que encontró en la historia “un pretexto para trazar un bosquejo de la vida mexicana, de mediados del siglo XVII”.

Reconocía que el autor de *Novelas coloniales e Historia de la literatura* “dejaba un campo virgen para que empezaran a reconocerlo” y el primero que siguió sus pasos fue don Artemio de Valle Arizpe en el libro *Doña Leonor de Cáceres y Acevedo y cosas tenedes*.

*Astolfo de Nerval*, pseudónimo con que se conoció al literato nacido en Saltillo, Coahuila, poseía un “estilo personal y definido” y lo demostró cuando publicó *Vidas milagrosas*, y *Doña Leonor de Cáceres*, que a pesar de ser “una fabulilla” estaba escrita con elegancia y narraba con gran acierto las costumbres y los detalles de la vida de doña Leonor.

Para él, Valle Arizpe era un escritor místico que supo adaptarse a la mentalidad de los personajes de sus obras. La amistad entre ambos quedó plasmada en el libro *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México*, que es un agradecimiento a la amistad y un reconocimiento al talento de nuestro autor.

El último artículo que escribió antes de regresar a México fue en honor a su amiga María Enriqueta Camarillo de Pereyra a petición del señor Junco de la Vega para publicarlo en el periódico *El Norte* de Monterrey.

Refiriéndose a María Enriqueta, Salado Álvarez decía que era “mujer singular, dama genial poeta y artista muy grande”, autora del libro *Rumores de mi huerto*, que prologó en 1907, cuando era primer secretario de la Embajada de México en Washington. La amistad con esta “dama genial” originaria de Coatepec, Veracruz, databa desde principio de siglo, cuando llegó a la ciudad de México y se reunían en la casa de la autora en las veladas literarias.

Recordaba que esta poetisa era digna de ejemplo y admiración por su talento y capacidad creadora, porque desde los diez años escribía versos “que no parecen juego de chiquilla sino arrebatos líricos de un alma enamorada y llena de brío”.

Reconocía que la obra literaria de Camarillo de Pereyra, abarcaba cuentos, novelas, traducciones, libros de enseñanza y, sobre todo, “versos llenos de sutil y melancólica ternura”. Pero ese talento para escribir no era mera coincidencia, porque en la familia paterna de Camarillo existían grandes poetas, como su tío José María Roa Bárcena, además de que se casó con el historiador Carlos Pereyra. Este matrimonio tuvo que

vivir muchos años exiliado en Madrid, ciudad donde ella “ostentaba con gran gallardía el penacho de la lírica mexicana en el extranjero”, por ello coincidía con don Artemio de Valle Arizpe en que era injusto que con todas las cualidades que poseía María Enriqueta Camarillo no tuviera el mismo reconocimiento de la poetisa chilena Lucila Godoy, mejor conocida como Gabriela Mistral.

En las cartas se demuestra una amistad sincera, profunda, de ahí que ella le dedicara unos versos “que seguramente no son conocidos”, según palabras de su hija Ana Salado, y que fueron firmados con el pseudónimo de *Alex*. La composición constituye un retrato hablado de nuestro autor y por considerarlo de interés lo retomamos:

Los bigotes retorcidos,  
los zapatos charoleados,  
los cuellos muy bien planchados,  
los ojos, ensombrecidos.

En su voz hay alegría,  
en su traje mucho aliño,  
en su mirada cariño,  
en sus labios, ironía.

Caballero distinguido,  
que siempre será y ha sido,  
un burlón empedernido,  
descomunal y endiablado.

Atildado caballero,  
del terruño tapatío,  
novelista de gran brío,

amigo fiel y sincero.

Correcto y amante esposo,  
de moral estricta y tiesa,  
ideal de cierta francesa,  
que va luego a hacer el oso.

Con nervios de remolino,  
rascarrabias, peleonero,  
terror de su gallinero,  
de gallos, vil asesino.

Burlón de las esperanzas,  
hombre de muy poca fe,  
buen preparador de té,  
mal autor de adivinanzas.

Guapo y hecho un periquete,  
llevando siempre en la mano,  
algún libro volteriano,  
va de banquete en banquete.

Tal es, lector, su contorno,  
y no se apellida "Neyra",  
él es el mejor adorno,  
del salón de los Pereyra.



"Comensales del banquete ofrecido a Federico Gamboa, director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española". México, 25 de julio de 1923.

Sentados de izquierda a derecha: Manuel Romero de Terreros, Manuel Puga y Acal, Valladares (de la Academia Guatemalteca), Enrique Martínez, Federico Gamboa, Victoriano Salado Álvarez, Balbino Dávalos, Ezequiel A. Chávez y Juan B. Delgado. De pie, de izquierda a derecha: Erasmo Castellanos Quinto, Darío Rubio, Antonio de la Peña y Reyes, Francisco A. Canale, Alejandro Quijano, Alberto María Carreño, Genaro Fernández Mac Gregor y Carlos González Peña.

Fondo Ezequiel A. Chávez. Archivo Histórico CESU/UNAM

# CAPÍTULO 7

## LA ULTIMA ETAPA:

### 7.1 REGRESO DEL EXILIO

Después de despedidas y buenos deseos, finalmente don Victoriano emprende el regreso a México y sale de San Francisco el 2 de mayo de 1923, llegando tres días después a la ciudad de México, donde se establece en la 3ª calle de Soto, No. 48 (colonia Santa María La Rivera).

En su nuevo domicilio, la prensa informaba a los lectores de su regreso; los amigos le escribían y se congratulaban por su retorno “esperando le sea todo lo benéfico que usted bien merece”, le deseaba el señor Lozano.

Por su parte, Rafael Alducin, presidente del periódico *Excélsior*, también lo felicitaba y le pedía que le mandara “artículos exclusivos, “de manera que no sean producidos por otros diarios, aunque sea de provincia”. Jorge Vera Estañol va más allá cuando le dice que después de largos años de ausencia los exiliados acaban por tener

dos patrias, “por la que se suspiraba a menudo y que al fin nos hizo volver”, y la otra patria, “la real y verdadera, cambiada a fuerza de años; de tragedias y de luchas; que apenas si se parece a la que tanto quisimos”.

Ante tantas muestras de cariño, no podían faltar “los viejos amigos”, como Alberto María Carreño y Ezequiel A. Chávez, entre otros, quienes lo invitaron a participar en las reuniones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, institución en la que tomó parte muy activa, logrando que un año después lo nombraran secretario y en 1929 individuo de número de esa institución, en lugar de Roa Bárcena.

Fortalecido anímica y moralmente y ocupado en redactar artículos y editoriales para periódicos nacionales y de la prensa extranjera, escribe a su amigo Rafael Montero, de La Habana, Cuba, y le comenta los pormenores de su regreso al país, donde aunque reconocía que las cosas no caminaban a su gusto, reconocía que “he tenido la ventaja de no haber sido hostilizado por nadie y de haber recibido múltiples muestras de amistad tanto de mis antiguos cofrades como de indiferentes y de contrarios a mis ideas”.

En el mismo tenor escribió a su amigo Hernán Velarde para comentarle su nueva situación: “estoy en mi tierra ganándome la vida con esfuerzo pero independiente y alejado del gobierno; sigo trabajando con más vigor que nunca en el periodismo y voy pasándola”.

Esa libertad era indispensable para Salado Álvarez que deseaba seguir viviendo bien, se notaba optimista cuando comentaba: “fundaré ya mi hogar en mi tierra, lejos de posibles agitaciones y dificultades”. Y mientras aseguraba sentirse a gusto, a pesar de los problemas políticos que ocurrían en México por la rebelión armada en contra del presidente Álvaro Obregón, escribía un artículo en reconocimiento a Alfredo Chavero, quien a pesar de ser muy joven ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua por su capacidad en el manejo de las disquisiciones históricas serias y

concienzudas, además de ser un “escritor donoso, tribuno fluido y lleno de fuego, trabajador incansable, brioso y poeta de grandes versos”.

Chavero, que también era redactor de periódicos satíricos, criticó a las clases privilegiadas y se destacó por ser férreo opositor al “atentado de que era víctima nuestra patria”. Esa actitud lo llevó a formar parte del grupo liberal que acompañó al presidente Juárez en San Luis Potosí y Guadalajara. En esta última ciudad ayudó a la evacuación de las fuerzas republicanas con “un patriotismo tan sincero, que no parecía sino que estaba mirando aquel triste suceso que años después había de ser ampliamente rescatado por una brillante victoria”. Pero su participación no se limitó a esos dos hechos, Chavero también llevaba armas para la lucha, mensajes confidenciales al presidente Juárez y hasta dinero, cuenta Salado.

Por estas actividades lo persiguieron los franceses, logrando escapar; pero un día lo abandonó su buena suerte, fue capturando y, a pesar del sufrimiento de que fue objeto por los invasores, mantuvo una actitud positiva, porque esperaba ver libre a México de la intervención francesa. Más tarde, esa experiencia le llevó a “cantarla en verso, a desentrañar en prosa los misterios de su historia a buscar con ahínco sus tradiciones y a escudriñar con ojos ávidos su pasado para conocerla en toda su vida y en todo su ser”.

Don Victoriano termina el artículo con un reconocimiento “al patriota dotado de comprensión estética que aplicó su amor a la tierra nativa, a la literatura, en que tanto había de sobresalir”. Con ello rendía homenaje al historiador y dramaturgo, autor de importantes obras, muchas de ellas desconocidas, por ejemplo, que Chavero fue autor del tomo I de *México a través de los siglos*<sup>226</sup> que comprende la “Historia antigua” y

---

<sup>226</sup> Obra publicada bajo la dirección del general Vicente Riva Palacio, compuesta de 6 volúmenes, que comprenden desde la antigüedad hasta la República Restaurada. *México a través de los siglos*, es historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico y literario de México. Cabe señalar que esta obra fue escrita concienzudamente con datos precisos y documentos desconocidos, por reputados literatos: Juan de Dios Arias, Alfredo Chavero, Vicente Riva Palacio, José María Vigil.

de la “Conquista”. En el aspecto literario la obra que más le gustó fue *Los amores de Alarcón*, poema que evoca a la literatura y la poesía mexicana de la edad pasada.

Este artículo nos confirma una vez más el interés de don Victoriano Salado por escribir sobre temas históricos y literarios, de los cuales era una fuente inagotable por la cantidad de obras que leía. También escribió un amplio artículo sobre un personaje al cual conoció cuando ambos eran diputados, nos referimos a Francisco Bulnes, hombre versátil, periodista, escritor y, sobre todo, gran parlamentario, que aunque era ingeniero de profesión destacó como redactor de los periódicos *El Imparcial* y *El Universal*.

El primer libro de Bulnes fue *Sobre el hemisferio norte: once mil leguas. Impresiones de viajes en Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa 1875*, en la que el autor narra sus experiencias en países de las más diversas culturas.

Decíamos que Bulnes fue un político controvertido cuya actitud crítica lo llevó a defender y a atacar a “multitudes” de personajes, ideas e instituciones que le acarrearón odios y enemistades. Asimismo Salado Álvarez nos comenta una de las obras más representativas de este autor *El verdadero Juárez o Juárez y las revoluciones de Ayutla y de la Reforma*. En un extenso artículo, don Victoriano opinaba que este político “sirvió durante más de treinta años como diputado” y que tenía una oratoria incisiva, llena de fuerza y de originalidad, que difícilmente haya sido igualada: “De todos los oradores, ninguno tenía habilidad o mejores recursos que Bulnes, ninguno igualaba a este maravilloso maestro del arte de convencer. Era único, nadie puede imitarlo”.<sup>227</sup>

---

<sup>227</sup> Juan López. *op. cit.*, p. 843.

Pero si de dar a conocer a los lectores datos raros o desconocidos se trataba, Salado contaba con una infinidad de anécdotas, no sólo de Bulnes, cuando fueron compañeros en la Cámara de Diputados ambos en 1906, sino que también conocía la posición que guardaba el legislador en contra del presidente Porfirio Díaz, el cual se hizo acreedor a duras críticas. Bulnes “no fue servil o un vendido a la dictadura”.

Otro dato interesante del que nuestro autor tenía conocimiento y que no publicó fue sobre el libro *Las supuestas traiciones de Juárez*, de Fernando Iglesias Calderón, hijo del ex ministro de Fomento, que le pidió que publicara “algún artículo en el periódico” sobre esa obra, pero que don Victoriano prefirió ignorar pues su interés era publicar un libro de Maximiliano, en el que narraría detalles inéditos que le fueron revelados por un testigo que asistió a la ejecución del archiduque, y “que refiere puntualmente como fue ésta”, señalando particularidades desconocidas del príncipe.

Asimismo, tenía en mente otro proyecto en caso de no llevarse a cabo el anterior, se proponía reeditar los *Episodios nacionales mexicanos*. Consideraba que el éxito económico y comercial que había obtenido la novela histórica le aseguraba una cantidad extra de dinero.

Esto nos hace suponer que don Victoriano nuevamente tenía problemas de dinero y que buscaba por todos los medios posibles conseguirlo. La hipótesis se confirma cuando le escribe a sus amigos Julio Arce y al doctor Manuel Urrea para comentarles que “está muy ocupado, pues tiene que escribir uno o dos artículos diarios”, pero en realidad eran siete: “Tres artículos para *Excelsior* uno firmado y dos editoriales, uno para *La Prensa* de San Antonio, uno para *El Informador* de Guadalajara y dos para otros periódicos”.<sup>228</sup>

Si sumamos el total de artículos y editoriales que se había comprometido a escribir, Salado tenía razón de sentirse cansado. No podemos negar su capacidad de redacción

---

<sup>228</sup> *Ibidem*, p. 828.

y síntesis para escribir, pues siendo él conocedor de temas tan diversos y lector asiduo de libros, ciertamente la tarea no se le dificultaba, pero la presión que representaba tal carga laboral que mermaría su salud. Reconocía que “el que quiere vivir independiente del gobierno, tiene que pasar grandes trabajos y sujetarse a privaciones también muy grandes; para poder vivir siquiera modestamente me veo obligado a trabajar todos los días y noches de la semana sin tener un rato libre”.

Sin embargo, esto no fue óbice para que se multiplicaran las solicitudes de colaboraciones en periódicos, revistas y conferencias en la Academia Mexicana de la Lengua, como un reconocimiento a su incansable labor periodística.

El año de 1926 inició con buenos augurios para Salado Álvarez. La Compañía Editorial Nacional le pidió que colaborara en *El Universal* con cuatro artículos al mes por 600 pesos durante un tiempo mínimo de tres años. Por lo mismo, el 15 de enero escribió a la directiva de *Excélsior*, señalándole que de no tener este periódico una oferta mejor aceptaría aquélla y cambiaría de aires a partir del 22 de ese mes o antes, si ya se le tenía sustituto.

En espera de la respuesta, continuó enviando sus colaboraciones y mientras mandó un artículo a su amigo José Guadalupe Zuno, solicitándole su opinión, a lo que el político jalisciense le contestó que le parecía justo y verídico aunque conservador. Con este visto bueno, Salado envió el artículo a *Excélsior* para su publicación y recibió la aceptación de la directiva del periódico para aumentarle el salario. Publicado el 22 de enero el artículo, Zuno comentaría que “lo de conservador no le extrañaba, ya que sabía bien cuál era su criterio, pero lo respetaba, así como también estaba seguro que Salado Álvarez guardaba consideraciones semejantes en torno a sus ideas”.

Sin dar importancia a lo expresado por el ex gobernador jalisciense y feliz por el objetivo conseguido, Salado Álvarez continuaba intercambiando correspondencia con

sus amigos Pereyra y Limantour, que le escribían animándolo. Pereyra le comunicó que seguía leyendo sus artículos en *Excelsior*, le comentaba que le sorprendía la mentalidad conservadora con la que los escribía, le recalca que si ya había olvidado el carácter polémico con que redactaba y lo animaba a “desenmascarar los afanes redentores de revolucionarios e intelectuales *sublimes*, que en aras de la trascendencia impulsaban un americanismo desesperante”.

Ejemplo de esa actitud crítica fue cuando le comenta que en Madrid se enteró de la labor que había hecho Gabriela Mistral en su paso por México, y le dice que se sorprendió al leer el artículo de un escritor celebradísimo, tanto en España como en América que declaraba a Danunzia Mistral autora de dos milagros: “ella enseñó a leer y a trabajar al indio mexicano”, y agregaba Pereyra que seguramente ella era la autora de la renovación pedagógica de México.

Don Victoriano, como buen amigo que era de Pereyra atendió la solicitud y consultó al círculo de intelectuales en el que se movía, tanto en la Academia Mexicana de la Lengua de la que recordaremos era secretario, como en la prensa y la cultura. Obtenida la información que le solicitaba Pereyra y respondiendo a las siguientes preguntas: “cuánto tiempo estuvo allá esta señora, cuánto le costó al país su estancia y en qué se ocupó”. Pereyra le repetía que necesitaba datos serios, de primera mano, porque un caballero mexicano que viene de París oyó de labios de M. Achille Luchaire este juicio: “la señora Mistral ha hecho una transformación completa de la pedagogía en México”.

Estos datos Salado los desconocía, indagó la información y se enteró que la señora Mistral había colaborado en la renovación de la educación primaria, utilizando elementos que fueron de gran utilidad para el desarrollo de la educación en México.

Conseguido el objetivo, envió la respuesta a Pereyra el 25 de mayo, informando de la labor de la Mistral en el país, centrando su atención en el costo que aquello había

representado para el país y diciéndole que “su estancia en la capital no salió cara, pero sí aprovechó 62 mil pesos para su viaje a Europa, más las subvenciones o apoyos que se le dieron en Monterrey, Morelia y Cuernavaca.”

Sin distraerse de sus obligaciones periodísticas, Salado Álvarez se dedicó a escribir sobre la vida política de México, pero con especial énfasis en las relaciones entre México y Estados Unidos, recalcando los temas de mayor importancia, esto es, los conflictos y fricciones surgidas entre los dos países.

Cabe destacar que prefirió manejar algunas opiniones en lo privado, con los amigos, sin llegar a hacerlas públicas. Sin embargo, escribió de las expropiaciones y los conflictos que surgieron entre los campesinos y los trabajadores agrícolas, así como también sobre la aprobación de la Ley Reglamentaria del artículo 27 constitucional que regulaba la explotación petrolera.

En su crítica al gobierno, Salado manifestaba no sólo su experiencia diplomática y sus conocimientos de derecho internacional, sino que insistía que en la firma de los tratados de Bucareli 1923 los norteamericanos creyeron que México respetaría sin más los intereses de los petroleros, lo que quería decir que aunque cambiaran los títulos de propiedad absoluta por otros más simples de concesión confirmatoria no haría mayor aspaviento en torno a las zonas importantes para las compañías, dejando de lado cualquier reforma contra las posesiones adquiridas antes de 1917.

También escribió duras críticas contra el gobierno, y recordaba a los lectores que cuando el presidente Plutarco Elías Calles asumió la presidencia señaló tajantemente que haría todo lo posible por reducir la dependencia del país respecto a los capitalistas extranjeros, que habían llegado a México para “tomar todo y no dejar nada”, quedando claro que el conflicto por el hidrocarburo no tardaría en resurgir. Lo que sí admiraba Salado Álvarez del Primer Mandatario era su actitud ante las quejas de Estados Unidos, Inglaterra, Holanda y otros países, al nombrar una comisión mixta en

el Congreso para que redactara un nuevo proyecto de ley reglamentaria del artículo 27 en el ramo petrolero, mismo que derivó, tras varias discusiones y arreglos en la Cámara de Diputados, en la ley referida.

En lo que no estaba de acuerdo y por lo cual se mostraba molesto era porque consideraba que con la firma de los tratados de Bucareli se pretendía que los propietarios confirmaran sus derechos, los que no podían incluir las zonas prohibidas ni podían ir más allá de los cincuenta años. Por otra parte, si estaba de acuerdo en que a los propietarios extranjeros se les exigiera renunciar a la protección de sus gobiernos de origen, cuando entraran en conflictos con el gobierno mexicano. Lo que más le irritaba era la intervención del secretario de Estado norteamericano, el señor Frank B. Kellogg, cuando amenazó con quitarle el reconocimiento al gobierno callista, lo que equivalía, se afirmaba, a una denostación mundial.

Salado se mostró preocupado por el sesgo que estaban tomando los acontecimientos y el enfoque que les daba la prensa estadounidense, que avalaba la propuesta de dicho funcionario de solicitar que se levantara el embargo de venta de armas al país, lo que constituía según Salado un abierto apoyo a los grupos enemigos de Calles.

Quizá nos resulte desconcertante la actitud asumida por Salado Álvarez; por un lado criticaba al gobierno callista y por el otro lo apoyaba en su lucha contra la amenaza de intervención norteamericana. Esto quizá no debe sorprendernos, porque ante todo el jalisciense era un mexicano defensor de la soberanía del país.

Finalmente, la crisis empezó a resolverse cuando los inversionistas petroleros dirigieron sus intereses a Venezuela; con ello se dejaba a un lado una respuesta tan radical y enérgica en torno a la salvaguardia de la soberanía del territorio nacional, que encontró un camino adecuado en nuevas estrategias de negociación.

En opinión de Salado Álvarez, según un artículo publicado en el *Diario de Yucatán* el 13 de febrero de 1926:

De llevarse a cabo la amenaza norteamericana implicaría una violación grave a los principios fundamentales consagrados en el Derecho Internacional, ya que “por regla general el reconocimiento es absoluto e irrevocable”, excepción hecha de que se diera en circunstancias particulares o restrictivas específicas e impuestas por la nación otorgante.<sup>229</sup>

Como ninguna de estas circunstancias estuvo presente en las conversaciones que se llevaron a cabo entre México y los Estados Unidos en 1923, no podía ejercerse una medida semejante sin que antes se hiciera una declaración de guerra, ya que la existencia o derogación de una o de varias leyes no es suficiente motivo para nulificar un acto que no trajo aparejadas condiciones determinadas.

Reconocía Salado que cualesquiera que fueran las asperezas que trajera consigo la controversia diplomática, no se debía retirar el reconocimiento al gobierno mexicano porque eso implicaría alterar todos los precedentes establecidos. Esta cuestión seguramente le recordaba cuando desempeñó el cargo de segundo secretario de la Embajada de México en ese país en 1907, cuando conoció muy de cerca la actitud del gobierno norteamericano para quitar del poder al presidente Porfirio Díaz.

Otro tema importante de la historia de México y del que poco escribió y que casi no hizo público fue el temor que le provocó la actitud del gobierno callista contra el clero, la Iglesia y los católicos mexicanos, al ordenar el cierre de templos, conventos y colegios religiosos, así como la expulsión de los sacerdotes extranjeros y la consignación del arzobispo de México. Ello se debió a las declaraciones publicadas por *El Universal* el 4 de febrero de 1926, acerca de que no reconocerían y sí

---

<sup>229</sup> Victoriano Salado Álvarez. “No pueden retirar su reconocimiento los Estados Unidos”, *Diario de Yucatán*, 13 de febrero de 1926, p. 3

combatirían los artículos de la Constitución de 1917 que afectaban directamente la doctrina católica.

No olvidemos los continuos ataques que implementaban los católicos contra el gobierno de Calles, por considerarlo un enemigo rencoroso y encarnizado de la iglesia romana.

Poco dispuesto a tolerar lo que consideraba un reto al gobierno y a la revolución, Calles ordenó que se aplicara la ley constitucional sin ninguna restricción, lo que trajo consigo un endurecimiento contra todos sus opositores, no sólo los curas obviamente, en este rubro se incluían los conservadores como Salado Álvarez.

Desesperado al parecer por la presión a la que podía verse sometido si el gobierno fijaba sus ojos en él como enemigo peligroso, Salado Álvarez pensó en varias posibilidades de sobrevivencia, mismas que dio a conocer a José Yves Limantour el 3 de mayo, pidiéndole su opinión. Una de ellas era la de irse a vivir a Estados Unidos; otra, la de dejar de escribir por algunos meses y efectuar un viaje de recreo a Francia o Italia en tanto se calmaban los ánimos.

Confundido por la situación política que observaba y que de manera especial le preocupaba, escribió nuevamente a Pereyra y a Limantour. En esas misivas podemos observar la añoranza por un pasado común, por la época de oro porfirista, “por el antiguo régimen”, como decía don Luis González. Al mismo tiempo aprovechaba para lanzar duras críticas, burlonas y despectivas, a un presidente mexicano que los decepcionaba, no compartían ninguno de sus ideales, se quejaban, les dolía porque eran ignorados, marginados totalmente del mapa político, cultural e intelectual del México de 1926, que no les daba cabida en ninguno de sus supuestos logros, ni siquiera en el de la libertad de acción social e intelectual.

En este sentido, la respuesta de Limantour es significativa y contundente. Le dice en uno de los párrafos de la carta, con la consiguiente disculpa por los latinajos:

A mil leguas estaba yo de barruntar lo que le está pasando, fiado en lo que se cacarea la tolerancia y la magnanimidad de los señorones del día. Veo ahora que estaba yo viviendo en el limbo de los niños, y comprendo muy bien,

después de leer la descripción que me hace ud. de la vida que en esta época de libertad conquistada en lucha heroica contra la tiranía, llevan *volens nolens*, (perdóneme por segunda vez), los escritores independientes, su vivísimo deseo de respirar con algún tiempo otra atmósfera en regiones en las que se hable menos de libertad e independencia, pero donde cada cual pueda hacer lo que se le dé la gana mientras no lastime los derechos legítimos de los demás.<sup>230</sup>

En la misma misiva le comentaba Salado Álvarez las medidas que tenía pensadas en caso de que la inseguridad en México se recrudeciera: vivir en los Estados Unidos con 250 dólares al mes, lo que sí sería factible si pudiera conseguir otros cien o ciento cincuenta trabajando para un periódico o revista de donde fuera: chilena, norteamericana, china, etcétera.

De no lograr lo anterior, le sugiere que se retire por un tiempo de la escena periodística y viaje, siempre y cuando cumpliera con un requisito imprescindible: conseguir los recursos económicos necesarios para ello en México, pues en Francia e Italia era muy difícil hacerse de un trabajo; el tipo de cambio monetario le favorecería, pues en esos países el costo de la vida en oro no había aumentado como en México y sí había disminuido en algunos productos.

Sin embargo, Salado Álvarez no hizo caso a la recomendación y continuó escribiendo sobre aquellos temas de historia mexicana que consideraba no le

---

<sup>230</sup> Francisco López, *op. cit.*, p. 921

acarrearían mayores dificultades. No obstante, es indudable que en todos ellos no dejó de hacer alguna referencia a la lamentable situación por la que atravesaba el país y a las bondades y beneficios que se vivieron en tiempos pretéritos, en especial en el periodo del porfiriato, como dijimos, “el antiguo régimen”.

Por ejemplo, en “Diccionarios e Historias”, publicado en el *Diario de Yucatán* el 23 de mayo, Salado hizo hincapié en que durante el siglo XIX todas las obras editadas eran de excelente calidad en cuanto a la impresión, aunque con algunas diferencias en cuanto a la brillantez de los textos:

En cambio, en la “actualidad”, con todo y las ventajas científicas, no se podía hacer algo mejor debido no sólo a lo frívolo de los materiales utilizados, sino también a que no eran tiempos de grandes esfuerzos, ni podía encontrarse un grupo de autores respetable, bien preparado, que profesando ideas tan distintas, quisiera reunirse para escribir sobre asuntos de México sin contar con el aliciente de la ganancia.<sup>231</sup>

Otros fueron los comentarios del libro *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán. Salado señalaba que hasta esos momentos era el texto más interesante que se había escrito sobre la Revolución mexicana, no solamente por la elegancia de la forma, la observación exquisita y el fino y delicado humorismo que en él permeaba, sino también por la acerba crítica que hacía de dicho movimiento y que él compartía plenamente, convencido de que no había dejado más que tragedias y desventuras, tal como argüía Guzmán, con la ventaja de que éste no había sido un opositor de *la fiesta de las balas*, sino un actor directo que, no obstante, no estuvo del lado del bando ganador.

---

<sup>231</sup> Victoriano Salado Álvarez. “Diccionarios e Historias”, *Diario de Yucatán*, 23 de mayo de 1926, p. 3.

De lo anterior se deduce que la lectura del texto le dejó a Salado Álvarez un buen sabor de boca al manifestar su desencanto sobre el “destino” de la revolución plasmado en el libro. Le corrobora la certeza de que la protesta, la lucha contra el idílico porfiriato careció de justificación y de ideales, y don Victoriano, que siempre se manifestó admirador de la figura de los presidentes Juárez y Díaz, no podía dejar pasar su opinión de los tiempos que estaba viviendo.

De ahí que considerara que los gobiernos posrevolucionarios no “fueron más que un movimiento ciclónico en el cual los muertos acabaron sin zapatos y con los bolsillos volteados al revés, mientras los vivos, los sobrevivientes de la lucha contra la tiranía, bebían champaña o sotol a pasto, para recobrar fuerzas e ir a matar, a violar, a dañar no sólo a sus enemigos, sino también a los neutrales”.

En términos más halagadores aún se refirió poco después a otro libro de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, que le pareció con más unidad, composición y arte, semejante a la de otras grandes obras de la literatura universal que habían sacudido a la humanidad porque la habían obligado a contemplarse en el espejo forjado por ella misma. Así, en esta obra se plasmaba una vez más una realidad no deseada pero lógica, porque giraba en torno de las consecuencias, en torno del “destino”, de un movimiento dirigido por cínicos, corruptos y oportunistas: “Si ésta es la vida, la vida de un México convulso, desgarrado, lleno de ambiciones, palpitando de dolor; triste a ratos con tristeza archiseccular, regocijado otras con gesto que participa de la rabia, del odio, de la ironía y de la vergüenza”.<sup>232</sup>

Pese a estas consideraciones sobre el México revolucionario, es innegable que a excepción de las autoridades callistas muy pocos dudaban de sus sentimientos nacionalistas, por lo que no le faltaban peticiones de diversas juntas patrióticas de

---

<sup>232</sup> Victoriano Salado Álvarez, “La sombra del caudillo”, *El Universal*, 28 de julio de 1927, p. 25-27.

mexicanos residentes en Estados Unidos para que les escribiera discursos pagados para celebrar las fiestas patrias de septiembre.

Aunque durante la primera mitad del año Salado Álvarez procuró mantenerse al margen de la disputa religiosa, esto no implicó que dejara de ser vigilado e incluso, corrió el rumor, entre los altos círculos de poder de que era traidor a la patria debido principalmente a que en diversos artículos hizo una defensa a capa y espada de su visión hispanista de la historia de México, resaltando, por ejemplo, el papel que Salado Álvarez atribuía en ella a Cortés, no como aventurero y ambicioso, sino como genio de la guerra, vencedor de indios, leal a su rey, civilizador, organizador, agricultor e industrial de primer orden y, primordialmente, como hombre de Estado y fundador de México.

Don Victoriano se insertó en la corriente hispanista y tomó lo que le interesó, así como también lo expresado por José Vasconcelos, aunque era enemigo jurado de éste. En julio de 1926, mientras estudiaba la propuesta de Carlos Pereyra de publicar sus escritos en España y gestionaba que se levantara el veto de ingreso al país del periódico de San Antonio, Texas, *La Prensa*, seguía reflexionando y anhelando viajar de nuevo a Europa. A mediados de agosto recibió una misiva del ex diputado constituyente de 1917, Rafael Martínez Escobar, invitándolo a “prestar un positivo servicio nacional, discutiendo serena, juiciosa y correctísimamente la cuestión religiosa que tanta intranquilidad ha llevado a muchos espíritus.”

Como participante directo en la redacción de los artículos constitucionales en conflicto, en especial de la fracción del 130, que establecía que sólo podían ejercer en el país los sacerdotes mexicanos por nacimiento, Martínez Escobar estaba preocupado por la tensión extrema en que vivía el país, por un lado, debido a lo radical de las medidas tomadas por el gobierno al expedir la ley de cultos, en cuyo artículo 19 se señalaba la obligación que tenían los sacerdotes de inscribirse ante las autoridades

para ejercer su ministerio. Por otra parte, estaba que el Episcopado ordenó la suspensión de cultos en toda la República y un bloqueo económico y social.

Por ello, en carta del 12 de agosto, Martínez Escobar pidió a Salado Álvarez que abordara el tema en las páginas de *Excélsior*, tanto los aspectos históricos como los políticos, para buscar el medio de subsanar las dificultades y proponer reformas pertinentes. Salado Álvarez le contestó de manera afirmativa una semana después, tras asegurarse de que el periódico referido aceptaba publicar los escritos en cuestión.

Finalmente la discusión no se realizó, seguramente por la presión que ejerció el gobierno para que la prensa callara todo aquello que se refiriera a la controversia con el clero, al boicot promovido por la Liga Defensora de la Libertad Religiosa y a los trastornos del orden público en general.

Tampoco es difícil suponer el tono que Salado Álvarez le hubiera dado al asunto, ya que en muchos escritos anteriores había definido su postura en torno a la política y la religión de manera bastante clara y precisa. Por ejemplo, en el artículo “La libertad religiosa” decía:

Uno de los cargos que yo no admitiría ni aun adornado de las correspondientes rositas sería el de obispo o arzobispo de cualquier diócesis mexicana. No son éstos los tiempos del Dr. Don José María Luis Mora, en que un príncipe de la Iglesia se calzaba cien mil pesos al año, contaba con el respeto y la veneración del pueblo y con dos borreguitos de pasta de almendra hechos por manos de monjas primorosas.<sup>233</sup>

En otras palabras, ya no se podían aceptar a los jerarcas que exigían salarios elevados, además de las consideraciones del pueblo a su alta investidura religiosa, y de los obsequios en especie que acostumbraban dar algunos feligreses, privándose de sus alimentos más indispensables. Salado Álvarez no estaba de acuerdo con las canonjías

---

<sup>233</sup> Victoriano Salado Álvarez. “La libertad religiosa”, *El Informador*, 3 de abril de 1921, p. 3.

de los sacerdotes católicos, sin olvidar el fuero eclesiástico que disfrutaron hasta el siglo XIX.

En esos momentos el dignatario eclesiástico ya no tenía el poder que disfrutaba de antaño o desde la dominación española en el siglo XVI.

Salado nuevamente se preguntaba, ¿qué se llama política y por qué se prohíbe a los clérigos? , porque obra política, es decir obra social, tienen que hacer todos los días. Después de este fallido intento por encontrar respuesta a estas preguntas don Victoriano no volvió a referirse a ese tema en lo que restó del año, pero continuo resaltando en sus escritos su muy conservador enfoque de la historia mexicana.

Destaca en ese sentido un artículo sobre los liberales o rojos de 1847, donde los tachaba de traidores a la patria por tratar de negociar la paz con Estados Unidos en lugar de continuar con la guerra de defensa y hacerles pagar cara su invasión. Escribió otro sobre la reedición que el Senado pretendía hacer del *Cuadro histórico* de Carlos María de Bustamante, a lo que él se oponía, ya que señalaba que no había una razón editorial válida que lo justificara toda vez que se acababa de hacer una edición y todavía quedaban muchos ejemplares en circulación.

Se imprimiría de nuevo el texto sólo por dos motivos “revolucionarios”, arguyó, “el primero era el de proporcionar la profilaxis contra el interés que en esos momentos estaba teniendo la obra histórica de Lucas Alamán, tan discreto, sereno, firme y honrado, como sandio, gárrulo, declamador y sin criterio era Bustamante”. El segundo era que en dicha obra se decía “lo suyo a los infames gachupines, que vuelven a estar de moda como hace un siglo.”

Seguramente inquieto por la cada vez más frecuente persecución que el gobierno callista hacía de sus opositores debido a las numerosas protestas de los grupos religiosos, muchas de ellas ya por la vía de las armas, Salado Álvarez retomó con

mayor énfasis sus afanes para salir del país por un tiempo. Ello no quiere decir que abandonara sus labores en la Academia Mexicana de la Lengua ni que dejara de ayudar a la apertura y la propaganda de los nuevos periódicos que Ignacio E. Lozano pretendía establecer en diversas ciudades de los Estados Unidos.

Finalmente, el 10 de octubre se cumplieron sus temores, al ser sometido en la puerta de su domicilio por el jefe de las Comisiones de Seguridad y varios de sus subordinados, quienes lo remitieron preso a la Inspección donde estuvo algunas horas hasta que el general Roberto Cruz se enteró del asunto y dispuso su liberación inmediata:

Según *Excélsior*, la aprehensión de su ilustre, respetado, decente y culto colaborador, se debió a su negativa para que la policía pasara por su casa sin el permiso judicial correspondiente a una contigua, donde se celebraba una misa. De acuerdo con un telegrama mandado al periódico *La Opinión*, de los Ángeles, California, el 12 de octubre Salado Álvarez ingresó de nuevo varias horas a la cárcel, sin mayor motivo que la venganza de los agentes de la reservada, molestos con el llamado que algunos diarios habían hecho para que dicho cuerpo se moralizara de inmediato.<sup>234</sup>

A partir de entonces, Salado Álvarez tomó la decisión de salir lo antes posible del país, pero ahora sí ya no en plan de recreo o vacaciones sino en exilio. Así se lo hizo saber a muchos de sus amigos, entre ellos el general Miguel Ruelas, en respuesta a la carta que éste le envió por su encarcelamiento, a Ignacio E. Lozano y Francisco León de la Barra.

Tal y como le había aconsejado meses atrás Carlos Pereyra en caso de que se le complicaran las cosas, a finales de octubre también le escribió a Manuel de Oliveira Lima, miembro de la Universidad Católica de Washington, solicitándole ayuda para

---

<sup>234</sup> "Detienen a Victoriano Salado Álvarez", *Excélsior*, 12 de octubre de 1926, p. 1.

obtener trabajo en esa institución, ya fuera impartiendo clases, conferencias o cualquier género de investigación sobre historia, lengua y literaturas española o americana, en especial mexicana, y por tiempo indefinido.

Presionado por el gobierno y abrumado por periodistas, a los que definía como “granujas que se vendían al mejor postor, fuere éste el gobierno, un torero, algún cómico, diputado, o defensor de juzgado, entre otros” Salado Álvarez sabía bien que ya no podría vivir con calma en México durante un buen tiempo, por lo que no encontraba mejor solución que la expatriación definitiva. Ante la falta de organización, de patriotismo y de conocimiento de los intereses nacionales no quedaba otro camino mejor que huir, se concluye en sus cartas.

Pese a los vehementes deseos que desde octubre de 1926 manifestó para salir del país debido al cerco que las autoridades callistas tendían en torno a él y a la amenaza directa que le hizo el jefe de la policía, las cosas no se le dieron como para cumplir a su gusto con tal objetivo.

Por lo mismo, es lógico que el desánimo que esto le produjo se notara de inmediato a principios de 1927, cuando en su artículo editorial en *Excélsior* del 2 de enero hizo hincapié en que el año que recién había terminado fue tan aciago, que seguramente el nuevo tendría por lo menos alguna esperanza de luz y de bien para la patria.

Con el título de “El año que acaba y el que comienza”, Salado Álvarez escribió un artículo en el que señalaba los múltiples errores y desventuras que se vivieron en esos doce meses el más grave era el de la desunión cada vez más acentuada de la familia mexicana, provocada por el gobierno al impulsar, en aras del socialismo, la guerra de clases y de razas. Ello se tradujo no sólo en la cruenta persecución religiosa y la guerra contra campesinos desposeídos, sino también en la disputa cada vez más álgida de las clases trabajadoras contra los empresarios industriales capitalistas.

En una situación así, el riesgo no era nada más el de que se acabara la libertad y la democracia, sino que se amenazaba directamente a la civilización. La paz era la fórmula necesaria; la tolerancia y el respeto a los derechos ajenos, la convivencia de ideas y sentimientos eran su expresión indispensable. Por desgracia, arguye, el peligro de que la imposición y la violencia echaran ondas raíces era muy real, ya que los enamorados del socialismo no tomaban en cuenta que los regímenes autoritarios y de “mano de hierro” sólo eran aceptables como una necesidad suprema, dentro de un término breve y que su poder no debía destruir las bases constitutivas de una sociedad, privando a ésta de la capacidad espontánea y consentida de sus componentes: “¡Mal remedio para la crisis de la libertad y de la democracia sustituirlas por sistemas cuyos daños aún no se borran de la conciencia de la humanidad! ¡Detestable solución el regreso al régimen de la casta y el exterminio de los vencidos!”.<sup>235</sup>

Después de la amenaza socialista, los otros problemas graves que observaba eran la crisis económica, marcada sobre todo por la baja en el rendimiento agrícola y la depreciación de la moneda, y el enfrentamiento con las exigencias de los Estados Unidos para que se respetara a sus inversionistas petroleros. Sin embargo, no creía que este último pasaría a mayores, ya que “sobre las veleidades y exigencias de Washington sopla un aliento de buen sentido, que acabará por imponerse”.

Salado Álvarez terminaba su editorial con palabras en bien de la Nación, esperaba que el año nuevo se llevara todo lo nefasto y le diera cabida a la esperanza.

El énfasis en contra de las ideas socialistas se debía a que para los conservadores como para los inversionistas extranjeros el régimen callista actuaba en los asuntos internos y externos del país como un foco de agitación comunista, afectando los intereses de los conservadores y de los inversionistas extranjeros. En el aspecto de política interior Calles demostraba su ya bien sabida postura en los casos del petróleo

---

<sup>235</sup> Victoriano Salado Álvarez, “El año que acaba y el que comienza”, en *Excelsior*, 2 de enero de 1927, p. 5.

y el reparto de tierras, mientras que al exterior una prueba irrefutable era el auxilio mexicano a los rebeldes nicaragüenses que pretendían apoderarse del país para cerrarle el paso al favorito norteamericano.

El mayor apoyo de Calles era el Congreso de la Unión, però no por las tareas que hacía éste sino por lo que dejaba de hacer, ocupado sólo en insultar “a los cielos, a la tierra y al abismo” y en enviar votos de gracias al Ejecutivo, asegurándole que seguirían sus dictados al pie de la letra, señaló Salado Álvarez en el artículo “Las facultades extraordinarias y el presupuesto.”

Como el Congreso de 1926-1928 estaba dominado por la Alianza de Partidos Socialistas, integrada por muchos grupos regionales obregonistas y los principales seguidores callistas, todos enemigos de la Iglesia, todos proyectistas y futuristas, rehabilitadores de indios y contrarios al orden social, es decir, todos opositores al proyecto de Nación en el que creía Salado Álvarez, la consideración de éste sobre el papel de la XXXII Legislatura no era nada optimista: integrada por ladrones, mediocres e insignificantes, a excepción de “una docena de gentes de buena voluntad”, lo único que hicieron ambas Cámaras, ya que no expidieron las leyes que tenían obligación de expedir, fue conceder facultades extraordinarias al Ejecutivo para que legisle en todas las cosas legislables, siempre que “les dé cuenta” del uso que haga de la facultad que posee hace muchos y dilatados años.

El gran problema de esto último, concluyó el autor, era que con ese “bodrio”, el Ejecutivo podía hacer y deshacer con el dinero de la Nación lo que quisiera, sin tener que rendirle cuentas a nadie.

A la par de su labor periodística en torno a la política, en enero de 1927 Salado Álvarez inició una columna sobre cuestiones filológicas a la que denominó “Minucias del lenguaje”, la que firmaba con el pseudónimo de *Palombaro*. De igual manera, también continuó con su labor como traductor y crítico literario, manteniendo

correspondencia en ese sentido con Martín Luis Guzmán, Ignacio E. Lozano y Jaime Torres Bodet, entre otros.

Sin embargo, para muchos de sus lectores no eran estos últimos sino los primeros los trabajos que le daban presencia y le hacían mostrar su faceta de patriota y defensor de la libertad.

Obviamente el gobierno callista mostraba su interés y enemistad hacia Salado Álvarez por sus escritos políticos, ya que en todos ellos no dejó nunca de señalar la triste condición del país, “harto y desengañado de revoluciones.” No obstante, no todos los artículos fueron radicales y eminentemente críticos hacia el gobierno, tal y como ocurrió con “El piruetismo de las ambiciones personales”, publicado el 8 de febrero, en el que argumentaba que la supuesta rebelión que pretendía encabezar Adolfo de la Huerta carecía no sólo de bases ideológicas sino también de carácter, lo que implicaba que estaba condenada al fracaso al no aglutinar ni la confianza de los revolucionarios ni la de los antirrevolucionarios; o bien con el titulado “Los militares y la política”, del 8 de marzo, en el que aplaudía que los hombres de guerra de la revolución hubieran mantenido sus armas y se institucionalizaran con su ordenanza, sus cuarteles, sus uniformes y su disciplina, ya que sólo así podía formarse un ejército tan necesario para la salvaguarda del gobierno y la defensa de la soberanía, esto en caso de una guerra extranjera, el cual no se debía confundir en ningún caso con los esbirros de la tiranía ni con los instrumentos de las ambiciones dictatoriales.

Indudablemente crítico fue, en cambio, el de “Los gobernadores impuestos y el centralismo”, editorial de *Excélsior* del 19 de marzo y en el que presentó al secretario de Gobernación como uno de los principales contrincantes del sistema federal, ya que de su buen humor o de su gesto saturnino dependía el reconocimiento o el desconocimiento de los gobiernos locales. Aseguró que este tipo de acontecimientos

no se daba tan cínicamente durante el porfiriato, porque el método era más sutil porque implicaba un inmenso respeto por las fórmulas, lo que permitía dar la ilusión de un gobierno constitucional perfecto:

Claro, que Obregón González, en Guanajuato; Damián Flores, en Guerrero; Cárdenas, en Coahuila; eran piezas de quita y pon en la máquina administrativa; pero tales piezas duraban años en su lugar, y a él penetraban mediante ritualidades que les daban aspecto de eternidad. Ahora no; nadie se preocupa por la ley ni le importa nada esa entidad metafísica. Se reúne la mayor cantidad de pillos que a la mano se encuentran; se soborna a la mayor cantidad de diputados que es menester; se ponen telegramas al ministro de Gobernación y al presidente de la República, y cádate al gobernador desaforado, hecho ladibrio de los sismos que el día anterior lo adulaban, y lo que es peor, tachado de reaccionario, que en este país equivale al rigor de las desdichas, porque desde ese instante se le niegan el agua y el fuego y se le ve tan extraño como trasquilado en iglesia.<sup>236</sup>

Para una situación así, terminaba preguntándose, ¿es para la que el país se había hecho tan mala sangre y derramado tanta más?. En ese caso, lo mejor era prescindir de la federación absurda y con ello de los tapujos y de las mentiras oficiales.

En abril, los vientos obregonistas en la Cámara de Diputados le permitieron cierto optimismo a Salado Álvarez, no tanto porque simpatizaran con la reforma constitucional que Obregón había impulsado para permitir la reelección presidencial, sino porque sus simpatizantes dieron al traste con la Alianza de Partidos Socialistas, lo que implicaba, según su punto de vista, que se abandonaría el modelo marxista o comunista y se prestarían garantías al capital con el fin de incentivar la producción nacional y disminuir la dependencia consumidora que se tenía respecto a Estados

---

<sup>236</sup> Victoriano Salado Álvarez, "Los gobernadores impuestos y el centralismo", en *Excélsior*, 19 de marzo de 1927, p. 5.

Unidos. Claro que todo ello debería hacerse sin que se atropellaran los derechos inalienables del trabajador.

Además de la desaparición de la Alianza de Partidos Socialistas, las modificaciones constitucionales que permitirían la reelección presidencial de Obregón hicieron surgir diversos movimientos de oposición a éste, entre los cuales destacaban los encabezados por el Partido Nacional Antirreeleccionista, entre otros.

La glorificación a ultranza que los nuevos antirreeleccionistas hacían del discurso maderista de 1910 y la crítica que enarbolaban contra sus ex compañeros de lucha, ahora considerados como “falsos revolucionarios” que detentaban el poder y provocaban todas las desgracias que afligían a la Nación, hicieron que Salado Álvarez se decidiera a escribir sobre lo que él consideraba el papel real que jugó Madero para que la verdad histórica fuera la que predominara y no declamaciones hijas del sentimiento y la ceguera política.

Vale la pena reproducir sus consideraciones por lo que implican de nostalgia por un régimen ideal, de protesta por su destrucción y, lógicamente, de desilusión por lo que él calificaba como un presente revolucionario abominable. Pensaba publicarlas el 7 de mayo, en conmemoración del rompimiento de las negociaciones entre Porfirio Díaz y los rebeldes, pero prefirió posponerlas un día más para que los maderistas no pensarán que los quería ofender:

Detengámonos a meditar el cargo, y analicémoslo serenamente. El señor Madero fue sin duda, un hombre de bien y amó con sinceridad su causa, No tenía preparación para el gobierno, ni la habría adquirido jamás por su escasez de dotes intelectuales. Era valiente, optimista, generoso, benévolo; pero carecía de las prendas que forman al hombre de Estado. Su valor le privaba de la prudencia, que es el “sentido del límite”; su optimismo, convertirlo a menudo, en pueril e inconsciente; su generosidad y su benevolencia, dieron lugar a que hombres cavernarios, como Zapata y Villa,

o viejos zorros, como el general De la Huerta, tuviesen enorme importancia en el país. Madero cayó, lisa y llanamente, porque no era el hombre del medio, fue todo lo contrario del “right man in the right place”, sin que esto dice mucho, que su abominable asesinato deba justificarse.<sup>237</sup>

Así pensaba Salado Álvarez del “apóstol de la paz”; asimismo, reconocía que, después de Madero, habíamos ido de mal en peor; pero preguntaba a los maderistas, a los que llaman immaculado a su héroe, y lo veían como un ídolo o semidiós.

Se cuestionaba quién arrojó a nuestro país al desorden, a la anarquía que aún lo destruía. Un principio político de tan poca consistencia como la no reelección y hasta el propio sufragio efectivo no justifican la grande y pavorosa tragedia nacional, entre cuyas llamas “nos consumimos” y puede consumirse la soberanía mexicana.

Esto, aparte de que en 1910 el porfirismo era un cadáver al que sólo faltaba amortajar y arrojar a la sepultura. ¿Por qué, pues, esa impaciencia del señor Madero que impidió quizá una transición pacífica del poder, ya se llamase el nuevo presidente Ramón Corral o tuviese otro nombre?, ¿por qué había de ser él y sólo él el sucesor del general Díaz? En torno a esto, don Victoriano afirmaba que:

Esta ambición, más pueril e insensata que perversa, dio al traste con toda la obra del porfirismo; con toda la obra de bienestar económico, de disciplina social, de respeto a las autoridades, de crédito en el exterior, hasta de cultura en las clases media y elevada, digan lo que quieran algunos “cuistres” (políticos) de nuevo cuño. Y por lo que se ve a la moralidad del país, de todos sus habitantes, basta con recorrer el panorama que presentan más de tres lustros de abominaciones anárquicas y criminales para establecer

---

<sup>237</sup> Victoriano Salado Álvarez, “La herencia de Madero”, *Excelsior*, 8 de mayo de 1927, p. 5.

diferencias entre lo que éramos en 1910 y lo que somos hoy .... ¿Qué fue de aquella sociedad, de aquellas familias en que no se conocía el divorcio, ni el suicidio, ni la falta de escrúpulos para medrar en mala forma, ni el desprecio por los principios, ni, en suma, este cieno que nos ahoga y envilece? ¡Ah! El señor Madero no supo lo que hizo. Si se levantara de su tumba -estamos seguros de ello- se espantaría de su obra Y entre el hórrido tumulto de nuestras conmociones sangrientas, a través de los despojos de la patria, vería la figura majestuosa del Gran Dictador, señalándole los resultados del “sufragio efectivo” y de la “no-reelección” con la infinita tristeza del caudillo y del patriota que hubiese perdido, después de muerto, su última gran batalla.<sup>238</sup>

Queda claro que Salado Álvarez no compartía en absoluto los trabajos antirreeleccionistas y no precisamente porque con ello también se esfumaban sus privilegios, sino que queda claro que nunca simpatizó con Madero, coincidía con la propuesta de algunos de los miembros de dicho partido en el sentido de que era el momento adecuado de proponer a un candidato civil para la presidencia, como José Vasconcelos. El 7 de julio publicó un artículo al respecto, aprovechando la convención antirreeleccionista iniciada dos días antes. Ahí señaló que:

A pesar de ser el educador referido un hombre de ideas propias, no le daba ninguna posibilidad de figurar, porque era obvio que incluso entre la mayoría de antiguos y modernos libre sufragistas y no reeleccionistas, seguía predominando la idea de que México necesitaba todavía la tutela del hombre fuerte que, si no llevaba charreteras y sable, no infundía respeto.<sup>239</sup>

---

<sup>238</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>239</sup> Victoriano Salado Álvarez, “La convención anti-reeleccionista y el civilismo”, en *Excelsior*, 7 de julio de 1927, p. 5.



Don Justo Sierra. Fundador de la Universidad Nacional de México, colaborador del presidente Porfirio Díaz y amigo personal de don Victoriano Saldo Álvarez.  
Foto: Fondo Justo Sierra. Archivo Histórico. CESU/UNAM

En ese sentido era lógica la preferencia que mostraban los antirreeleccionistas éstos en torno a Arnulfo R. Gómez, que como militar pretendía se enfrentase en las elecciones a otros de su mismo rango, aunque poseedores de mayor prestigio como era el caso de Francisco R. Serrano, ex secretario de Guerra obregonista y hasta principios de junio gobernador del Distrito Federal, y el del ex presidente y nuevo candidato Álvaro Obregón, que iba en nombre los militares.

Así, si Vasconcelos no quería ser motivo de nuevas escisiones no tenía otro camino que desaparecer de la escena política e irse a Europa, como pregonaba desde Nueva York que lo haría en caso de que no se cumplieran sus exigencias civilistas.

Curiosamente, y como prueba irrefutable de su añoranza porfirista, Salado Álvarez también compartía la tesis de que el país necesitaba urgentemente un hombre fuerte para hacer valer todos los derechos, aunque éste no tenía que ser forzosamente militar. Es indudable que no pensaba en Obregón, de quien se burló “inocentemente” en varias ocasiones en los meses siguientes debido a su campaña electoral y del que estaba seguro no había forma de pararlo más que con la lucha armada. Este planteamiento no era exclusivo de Salado Álvarez, ya que sus contrincantes Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez lo habían hecho público desde mediados de julio.

En un juego de palabras y de ideas muy hábil y motivado por el artículo “La reacción imposible” del licenciado Eduardo Pallares, en el que hablaba de que el espíritu revolucionario de la época hacía imposible un retorno a los gobiernos reaccionarios, entendidos éstos como tradicionalistas, respetuosos, partidarios de la distinción de clases y cuidadosos de guardar las apariencias de la justicia y la legalidad, Salado Álvarez responde el 9 de septiembre con otro titulado “Una ‘reacción’ posible”. En el refiere que si bien la “reacción” descrita por Pallares ya no era posible ni deseable porque ya no encajaba en el presente ni encajaría en el futuro, sí debía impulsarse una “reacción” en el sentido de que la revolución tenía que

reaccionar para salir de la anarquía y defender sus conquistas razonables y honradas, las que permitirían al país “un orden estable, una libertad moderada y un progreso más verdadero que el actual”.<sup>240</sup>

Con el encono de Obregón por las burlas de que lo hizo objeto y por el maltrato ideológico a Gómez Farías, uno de los modelos liberales de Salado y con una vigilancia estrecha ordenada por el ministro de Gobernación ante sus críticas constantes al gobierno y su apoyo solapado a los católicos, Salado Álvarez viajó con la familia a Cuernavaca, donde pretendía que su esposa Elisa se recuperara de una congestión pulmonar.

Semanas después, recrudescida la persecución religiosa y derrotada la insurrección de Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, el regreso de Salado Álvarez a la ciudad de México no fue nada optimista, mucho menos cuando su señora estaba todavía achacosa, hecho que le había obligado a pedir ayuda al jefe de las armas de Cuernavaca, para que le facilitara un automóvil cerrado el general Juan Domínguez, supuesto amigo de Serrano que fue quien el 3 de octubre lo entregó preso a los obregonistas.

Ya en la capital, el 9 se presentó a la redacción de *Excélsior* para continuar con su trabajo periodístico, a la vez que siguió escondiendo y ayudando a huir a varios de los líderes religiosos. Finalmente, el 12 de octubre fue llevado de manera pacífica ante el secretario de Gobernación, quien –según versión epistolar del propio Salado Álvarez a Carlos Pereyra- lo conminó en forma educada a salir del país, advirtiéndole, eso sí, que en caso de ampararse o de apelar tal orden “pasaría a un lugar desconocido tanto para sus abogados como para la familia.” A Salado Álvarez no le quedó otra opción más que pedir que le permitieran hacer sus maletas y despedirse de sus familiares y amigos. Se refugió en Los Angeles, California.

---

<sup>240</sup> Victoriano Salado Álvarez, “Una ‘reacción’ posible”, en *Excélsior*, 9 de septiembre de 1927, p. 5.

En su correspondencia a Carlos Pereyra, el 9 de diciembre, hizo una pormenorizada relación no sólo de esta detención sino también de la que sufrió en la misma fecha el año anterior motivada por una causa semejante: apoyo y participación en misas clandestinas, protección a perseguidos, etcétera. Sin embargo en ésta no hace ninguna referencia al encarcelamiento que de acuerdo con la prensa sufrió dos días antes, el 7 pero sí a otra ocurrida después del 13 de ese mismo mes, en la que tuvo que soportar el mal trato del jefe de la Inspección General y de sus “bribones” por cuarenta horas, hasta que salió en libertad por orden del gobernador del Distrito Federal, Francisco Serrano.

Este mismo día en que le escribió a Pereyra, apareció en *Excélsior* un artículo diferente a los que había escrito antes, no por el tema, porque se refería a muchos, sino porque por fin enaltecía una labor revolucionaria: la que hacía el Departamento de Industrias de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, al implementar talleres de enseñanza industrial para dotar al hombre mexicano de un oficio que, supuestamente, lo haría útil, enérgico y sano de cuerpo y alma, productivo, cualidades en suma que tarde o temprano permitirían que nuestra política fuera normal y patriótica y nuestra civilización sólida y brillante.

Tales aseveraciones no fueron producto de una crisis acomodaticia ni de un mero afán de redención política; más bien fueron motivadas por el cambio tan brusco que sufrió el quehacer callista en el último tercio del año con la “derechización” paulatina de su proyecto de Nación, después de que a fines de septiembre el gobierno norteamericano hizo patente que optaría más por la conciliación que por la confrontación.

Así, cuando el nuevo embajador Dwight W. Morrow asumió su cargo en octubre, Calles y sus ministros no tuvieron empacho en asegurar, y lo cumplieron, que se daría un franco apoyo a la inversión extranjera y que se disminuirían los proyectos de

reforma agraria y el apoyo al sector obrero, además de que se moderaría el anticlericalismo.

Salado fue mucho más contundente en otro de sus artículos, “Agrarismo y caciquismo”, en el cual alabó la gestión presidencial de Plutarco Elías Calles. Ahora sí, dijo:

Tiene el país confianza plena en el gobierno actual porque sabe que con ánimo sincero está puesto a la función para que fue creado: la función de gobernar. Ha dejado atrás la región de los ensueños teóricos, de las fantasías irrealizables, de las utopías extravagantes y empieza a manejar, aunque con mano insegura, el barro pecador de que están formados los hombres, a enfrentarse con los problemas del más y del menos, a luchar con las impurezas de la realidad; y todo eso es bueno porque tiende a cumplir el fin de una administración sensata y justa.<sup>241</sup>

Según Salado Álvarez, el problema más grave al que se enfrentaba Calles en ese momento no era el que le planteaban abiertamente sus opositores, sino el de muchos de los revolucionarios incrustados en su gobierno que, convertidos en nuevos caciques estatales, no hacían más que robar, violar y matar en busca de su beneficio. Por lo mismo, el gobierno no tenía otra opción que impedir dichas atrocidades y meter en cintura a esa muchedumbre de bribones.

En 1928, durante su estancia en Los Angeles, Salado Álvarez mantuvo comunicación epistolar cotidiana con sus principales amigos, especial en con Artemio de Valle Arizpe, quien le daba noticias pormenorizadas sobre la vida cultural en México, Luis González Obregón, Alfonso Toro, Nicolás Rangel, Pedro de Alba, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Carlos Pereyra, José de J. Núñez Domínguez, Francisco Fernández del Castillo y José Juan Tablada, entre otros.

---

<sup>241</sup>José López, p. 161.

Algunos de ellos, es indudable, lo tenían al tanto no sólo de las noticias referidas sino también lo proveían de las novedades editoriales, además de que hacían gestiones diversas a su favor ante el gobierno para que le permitiera regresar al país. Por ejemplo, el 10 de abril le dijo Luis Castillo Ledón:

Desde el día siguiente de su partida, hemos deseado con fervor su retorno, por usted., por los suyos y por cuantos le tenemos un gran cariño. Oportunamente don Federico y Carlos nos informan que esto está a punto de lograrse, en forma decorosa para usted, lo cual nos ha regocijado sobremanera. Esperamos que tal acontecimiento no se retarde y ya nos disponemos a hacerle toda clase de agasajos. En nuestros *lunes* no hemos dejado de recordarlo y considerarlo como presente entre nosotros; así es que el día que lo veamos de nuevo en casa, nos va a parecer que no hemos dejado de verlo en ninguna reunión.<sup>242</sup>

Obviamente, también el Sindicato de Redactores Periodistas hacía gestiones semejantes. Salado Álvarez entendió bien estos afanes, pues él mismo los impulsó al asegurarles a varios de sus amigos que procurarían ya no escribir nada que tuviera visos de política y que incluso retiraría lo que ya estaba próximo a salir con ese carácter.

Debe entenderse de igual manera el hecho de que los últimos artículos políticos que dio a la luz todavía en marzo y abril de 1928 ya no llevaran el sello de la crítica contra su destinatario: el general Obregón.

Así, al referirse al discurso que éste empleaba durante su campaña presidencial, y en especial al que dio el 18 de marzo en Fresnillo, Zacatecas, Salado ya no es el opositor sistemático sino que le concede el beneficio de la duda e incluso, el del optimismo. Ante el comentario obregonista de que era el momento de forjar un gobierno nacional, sin prejuicios sectarios ni banderías políticas, que interpretara de

---

<sup>242</sup> *Ibidem*, p. 1007-1008.

manera correcta los anhelos, aspiraciones y necesidades de cada uno de los pueblos de la República, de cada uno de los hombres de buena fe que trabajaban en beneficio del país, Salado Álvarez dijo al respecto en “Una tesis del general Obregón”, publicado el 30 de marzo de 1928 en *Excélsior*, lo siguiente:

Ya era tiempo de que se pronunciaran palabras como las anteriores, que son toda una promesa para la República. Ya era tiempo de que, abandonando el partidismo, que es una concepción unilateral de la vida política, se brindasen al pueblo conceptos de amplia visión para el futuro, dejándole ver que México es para los mexicanos, para TODOS los mexicanos, para los vencedores y para los vencidos, para los que gozan del favor oficial y para los que han vivido fuera de ese ambiente, porque la patria, que está sobre las facciones, es una e indivisible, y se la desgarran y mutila cuando es madre para un grupo político y madrastra para el grupo contrario. Habló bien el general Obregón; puso el dedo en la llaga, interpretó correctamente la tesis nacionalista del porvenir y dio una esperanza de conciliación y de armonía al dividido, al subdividido y destrozado pueblo de México.<sup>243</sup>

Igual de favorable fue su opinión a la iniciativa que presentó Obregón al Congreso para que se redujera el número de los representantes populares. El periodista afirmaba que ello era loable y deseable, ya que tenía más ventajas que desventajas, toda vez que los diputados de los últimos diez años no habían hecho más que desprestigiar el santuario de la ley por serviles, ineptos e inmorales.

Salado estaba consciente de que la medida implicaba otorgar mayor fuerza del Ejecutivo, pero esto no lo consideraba como una desventaja, pese a lo que dijera el Partido Laborista en voz de su líder, el diputado Ricardo Treviño. En efecto:

---

<sup>243</sup> Victoriano Salado Álvarez, “Una tesis del general Obregón”, en *Excélsior*, 30 de marzo de 1928, p. 5.

Una Cámara de ciento cincuenta diputados es, sin duda, más fácil de dirigir que una Cámara de doscientos ochenta y tantos representantes populares. Las discusiones serán más ordenadas, las ambiciones menores en número y el trabajo más verdadero y fecundo. A su vez, el jefe del Ejecutivo podrá entenderse mejor con una asamblea compuesta de pocos miembros. Y si ésto da al presidente de la república fuerza mayor, como cree el diputado Treviño, el principio de autoridad cobrará también más firme impulso, lo que en México siempre redunda en beneficio de la paz pública y de la buena organización administrativa.<sup>244</sup>

Cabe señalar que en el mes de marzo, Salado Álvarez adoptó el seudónimo de “Lorenzo Márquez” en sus artículos publicados en *Excélsior*. Tal decisión no se entiende muy bien, ya que los textos con tal rúbrica se refieren más bien a la historia de las relaciones políticas entre México y los Estados Unidos durante el siglo XIX y no hacían ninguna mención a la historia presente en esos momentos. Una explicación posible pudiera ser que el periódico le exigiera una medida semejante para evitarse cualquier problema con el gobierno callista. Entre los artículos encontramos “Los prodromos de la lucha norteamericana contra México”, “Poinsett polemista”, “El retiro de Poinsett pedido por Guerrero”, “El engrandecimiento de California” y “Napoleón I, José Bonaparte y la Independencia”.

A su vez, continuó en *Excélsior* escribiendo la columna con el pseudónimo “Hablistán” sobre cuestiones filológicas, como “La standarización”, “Las flappers”, “Si este libro se perdiera”, “Le Champ d’ Asile”, “Los hoteles de México”, “La canción mexicana en California” y “Términos de gallos en el habla mexicana”, entre otros.

---

<sup>244</sup> Victoriano Salado Álvarez, “La tercera iniciativa parlamentaria del general Obregón”, en *Excélsior*, 10 de abril de 1928, p. 5

Aunque guardó silencio sobre la política en México, es indudable que en lo privado no dejó de comentar con sus amigos sus impresiones. A juzgar por las cartas que le mandaba a Artemio del Valle Arizpe, debemos destacar que a pesar de la distancia no mermó en lo absoluto su crítica aguda contra todo lo que oliera a gobierno revolucionario, liberales e indigenismo, y literatura contemporánea como la que practicaban Jaime Torres Bodet, Javier Villaurrutia, Bernardo Ortiz de Montellano, etcétera.

De igual manera, como secretario perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua tampoco dejó de dar sus impresiones respecto de los trabajos de ésta ni de emitir su voto para los casos de nuevos miembros.

A mediados de año su precaria economía le obligó a pedir más participación en la prensa tanto nacional como extranjera pero no encontró mucho eco. Pensó en algún momento negociar con Porrúa o algún otro editor la reimpresión de sus ya agotadas novelas históricas, pero la lejanía le complicaba el asunto.

Otra posibilidad podría haber sido sumarse al periplo que sufrían ya varias bibliotecas rumbo al extranjero, como la de Federico Gómez de Orozco, la de Genaro García y la de Luis González Obregón. Es muy probable que esta última solución no haya sido de su agrado en lo absoluto y seguramente fue grande su enojo cuando se enteró de la inminente venta de muchos volúmenes de la Biblioteca Nacional, la del Ayuntamiento, la del Arzobispado, la del Carmen de San Ángel y la de la Sociedad de Geografía y Estadística, tal y como le informó el 24 de junio Artemio del Valle Arizpe.

En julio, los trámites realizados por sus amigos ante Plutarco Elías Calles para su repatriación parecían ir por buen camino, de acuerdo a lo que le informó Alejandro Quijano. El presidente Calles no se oponía, aunque dudaba de la veracidad de Salado Álvarez en torno a su compromiso de no involucrarse en nada que tuviera que ver con

la política, sobre todo porque a él mismo lo había engañado con dicho argumento cuando le pidió años atrás que intercediera en su favor ante el general Obregón.

Como sea, al parecer Calles estaba dispuesto a ceder, pero la tensión generada por el asesinato de Obregón el 17 de julio en manos del fanático religioso José de León Toral dio al traste con ello. Salado Álvarez –que criticó dicho asesinato por considerarlo nocivo y fuera de los parámetros de la política mexicana- debió entenderlo así también, ya que por esas fechas empezó a manejar la postura de que no tenía más alternativa que pensar en una expatriación definitiva, aunque le quedaba una mínima posibilidad de que el presidente sustituto fuera más accesible.

Sin embargo, sus amigos no compartieron su posición y siguieron insistiendo ante el presidente Calles para que accediera a sus peticiones. Los directivos de *Excélsior* también le pidieron al presidente que se portara más generoso con uno de sus principales colaboradores.

De hecho, cuando el periódico “de la vida nacional” pretendió disminuir el sueldo de Salado Álvarez y pagarle sólo cuarenta pesos por trabajo publicado, don Victoriano inició tratos con *El Universal*, lo que obligó al primero a reconsiderar su postura y ofrecerle quinientos pesos al mes por sus textos, excluyéndolo del editorial. Para muchos, esta actitud del Consejo Directivo de *Excélsior* no era sino una más de las desacertadas medidas que tenía con sus escritores en aras de quedar bien con el gobierno.

Por ejemplo, Eduardo Elizondo lo acusó no sólo de ser un periódico centavero sino también de contribuir al retardo de las gestiones en pro de don Victoriano:

Desgraciadamente todas nuestras gestiones para su inmediato regreso han fracasado, y se aplazarán seguramente hasta la fecha en que usted cree, es decir, al tomar posesión el nuevo presidente. Pues en vano ha sido que en *El Universal* primero, en el *Universal Gráfico* después, en *Excélsior* al siguiente

día y en *El Universal* y *El Universal Gráfico* nuevamente, se haya publicado algo alusivo; los resultados son los que usted conoce. Es posible que a este fracaso haya contribuido el desacierto de *Excélsior* de pedir, para no ser menos, una ley general de amnistía, como si la tramitación del regreso de dos personas no fuese la cosa más sencilla comparada con el estudio y trascendencia que para un gobierno tiene una ley general de amnistía. Por fortuna parece que los señores de *Excélsior* han reflexionado y modificado su “centavero” acuerdo, motivado por la carta de usted, cuya copia obra en mi poder, y dando tristeza que sólo por el aguijón que tienen enfrente, o sea la posible compra de los trabajos de usted, por *El Universal*, los haya intimidado haciéndolos rectificar ofreciéndole algo más decoroso. Espero que ésta ha sido la mejor solución y si desgraciadamente se volviera a descomponer, usted sabe que por mi parte haré todos los esfuerzos, con casi la seguridad de conseguir asegurarle algo que lo ayude a la realización de su proyecto de expatriación para siempre, lo que, por fortuna, veo muy remoto.<sup>245</sup>

Sin embargo, la afirmación de Calles el 1 de septiembre durante su informe al Congreso de que había terminado la era de los caudillos y debía empezar la de las instituciones, le trajo nuevos visos de esperanza a Salado Álvarez, lo que de inmediato hizo partícipes a sus amigos. Seguramente tampoco le desagradó el rumor de que Emilio Portes Gil, ex gobernador moderado de Tamaulipas, sería el nuevo presidente provisional a partir de diciembre, a juzgar por las palabras que le dirigió en ese sentido Federico Gamboa el 17 de septiembre: “siga usted, ejercitando la paciencia, porque es de suponer que ya no la ejercitará mucho que se diga. Ahí está ya el 1° de diciembre, y, Dios mediante, los pájaros nuevos que para entonces habrá, piarán de distinto modo”.<sup>246</sup>

---

<sup>245</sup> José López, *op. cit.*, p. 1029-1030.

<sup>246</sup> *Ididem*, p. 1034.

No obstante, el recrudecimiento de la guerra cristera tras la llegada al mando de los rebeldes del general de división Enrique Gorostieta, quien el 28 de octubre decretó el restablecimiento de la Constitución de 1857 sin la inclusión de las Leyes de Reforma, aunado el juicio de José de León Toral y de Concepción Acevedo, del que resultaron condenados el 8 de noviembre a la pena de muerte y a veinte años de prisión respectivamente, enrarecieron el ambiente.

Informado por alguno de sus amigos del papel crítico que asumió *Excélsior* contra el gobierno durante el juicio de Toral, así como de las presiones que recibió dicho diario para que moderara su postura, Salado Álvarez supo enseguida que su regreso se complicaría aún más. Así lo informó a su hija Lupe en una carta que le escribió en la primera quincena de noviembre y en la que hizo patente su desilusión hacia todo y todos.

Empieza por decirle que nunca creyó en “lo de la vuelta”, por lo menos no antes de 1929. Por lo tanto se negaba a regresar, pues no tenía trabajo y lo más seguro es que moriría de hambre; luego se refirió a su falta de recursos para sostener las dos casas, lo que le hacía pensar necesariamente en emigrar a Europa, donde la vida parecía ser menos cara. Finalmente llegó a la conclusión de que más valía que él viviera solo, dejándoles todo y buscando algo extra para subsistir.

Lo que menos podía pensar don Victoriano Salado era en que vivieran juntos en Estados Unidos, ya que no había casas adecuadas a sus condiciones económicas y su familia no estaba acostumbrada a las faenas domésticas.

Por lógica, el boicot del gobierno contra *Excélsior* para que no se le dieran anuncios comerciales, ni oficiales, ni privados, además de las acusaciones contra éste de sedicioso, contrario a la revolución, así como la ocupación de su edificio el 18 de noviembre y la suspensión momentánea del periódico, facilitaron la apropiación del

diario por parte de un grupo de empresarios vinculados muy estrechamente con el gobierno y con Aarón Sáenz, uno de los posibles candidatos a la presidencia del país.

Presionado por el gobierno, el nuevo Consejo de Administración no tardó en deshacerse de los principales colaboradores del rotativo, entre ellos Salado Álvarez. Así se lo hicieron saber el 23 de noviembre.

Pero los amigos no lo abandonaron y fueron en su ayuda. E. Elizondo le ofreció las páginas de *El Universal* apenas entrara el nuevo gobierno; Ignacio E. Lozano le prometió aceptarle tres colaboraciones semanarias a partir del 1 de enero de 1929, los Castillo Ledón ayudaban directamente a su familia en México; mientras que Carlos González Peña, José Elguero, Eduardo I. Aguilar y otros acudieron a pedir que se le permitiera seguir trabajando en *Excelsior* y regresara al país..

Efectivamente a principios de diciembre lograron convencer a José Castellot, hijo, para que en su calidad de nuevo Director y Gerente General de la negociación, intercediera y lograra que algunos de los afectados siguieran colaborando ahí. El encargado de dar la buena noticia fue José Elguero, quien le escribió a don Victoriano en los siguientes términos:

Pepe Castellot, de quien siempre he recibido grandes muestras de cariño, me habló para que siguiese, advirtiéndome que el gobierno le imponía condiciones harto duras, entre ellas la de que saliésemos de la redacción usted, d. Carlos, Junco, Puga y, *sobre todo*, yo, pero que él había conseguido que se hiciese excepción a favor mío, ya que él –Pepe- iba a ser el responsable, como Director efectivo, de cuanto apareciese en el diario. Al mismo tiempo, me dijo que el periódico seguiría siendo “conservador moderado” y que tenía especial empeño en que no se variase su programa, si bien, en ciertas materias, debería irse con una prudencia extrema.

Yo seguí escribiendo como de costumbre, aún con las limitaciones que impone la situación . Y como yo no tengo nada que ver con la dirección, con tal de que el *Excelsior* no se vuelva anti-católico y siga de conservador tibio, nada me importa lo demás.

Asimismo, le informa que algunos colaboradores ya no seguían trabajando, salvo Carlos González Peña que sólo perdió su artículo firmado pero que sigue escribiendo, y “tocante a usted, cuando pensaba yo que todo era inútil, ayer tuve la buena nueva. Llegó Pepe satisfechísimo después de la entrevista con Aarón, a quien le demostró que era injusto privar al periódico de los artículos suyos, tanto más cuanto que éstos no serían políticos, ni siquiera de crítica histórica partidarista”.

Conociendo los nuevos administradores del periódico la importancia de la pluma de don Victoriano, se comprometieron a defenderlo y le aseguraron que ya podía volver a su trabajo y se le fijó un sueldo de 600.00 pesos por un artículo semanal con su firma y las secciones chicas de “*Hablistán*” y “*Palomboro*”.

Después de una larga lucha todo fue regocijo e inmediatamente le informaron y avisaron a su familia. Además, Pepe me dijo: “yo arreglaré muy pronto que regrese D. Victoriano. Creo que puede cumplirlo o, cuando menos, estoy seguro de que lo intentará”

Para evitar cualquier complicación futura, se le pidió a Salado Álvarez que tanto en su artículo semanal como en sus columnas, evitara hacer cualquier comentario sobre la situación y la historia nacional, que pudiera ser considerado como velado o de mala intención, especialmente en lo referente a la vida política y militar de Álvaro Obregón, quien como muchos sabían no era santo de la devoción saladista.<sup>247</sup>

---

<sup>247</sup> *Ibidem*, p. 1057-1058.

Enterado de la noticia, Salado Álvarez le escribió a José Castellot para agradecerle su ayuda, asegurándole que aunque nunca trató mal a Obregón, pues “todo lo que dijo cuando éste vivía fue en términos de estricta caballerosidad y sin ofensas personales, procuraría no referirse a él en ningún sentido y tratar sólo de temas ortodoxos y publicables, aunque sin abdicar de su modo de pensar”. Haciendo hincapié en que su actitud en el destierro había sido siempre pacífica, concluyó su carta pidiéndole que interviniera para que se arreglara su vuelta a México, cosa que le urgía para arreglar en algo sus deudas.

## 7.2 OCASO DE UN GRAN PERIODISTA

En 1929, con la esperanza de regresar pronto a México Salado Álvarez se olvidó de escribir artículos de política y continuó escribiendo de temas literarios y comentarios de libros, sin dejar de expresar en ellos su apasionamiento, pero algunos de ellos sufrieron correcciones y enmiendas, como el de “Jesús Urueta y Guillaume Apollinaire”, criticado por J. M. González Mendoza, porque estaba lleno de errores importantes en las noticias biográficas. Asimismo, González criticaba “los afanes de muchos escritores mexicanos que no hacían sino copiar la moda literaria del momento, sin ocuparse en definir un estilo propio”

Ignorando el comentario, Salado Álvarez continuó publicando artículos en *La Opinión*, de Los Angeles, donde apareció: “Periquito rey”.

En este artículo se burlaba de los afanes de Jorge Cuesta por hacer quedar bien a todos los autores de la antología poética de los Contemporáneos preparada por él. Los nombres de Ricardo Arenales, colombiano, de Alfonso Reyes, Manuel Maples Arce, Carlos Pellicer, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Salvador Novo, José Gorostiza y Gilberto Owen no significan más, dice, que semejanzas líricas que quieren pero no pueden superar sus propios halagos. Por eso pasaban el tiempo diciéndose entre ellos: “Periquito rey, ... periquito rey ...”.

Les recordaba que ya se habían extinguido las alabanzas, extravagantes a los simbolistas, decadentistas, parnasianos, tolstoianos, satánicos, es decir, a los poetas de todas las denominaciones. Recalcaba que ya se les arrojaba, se les despreciaba, se burlaban de ellos. Además, advertía que los ídolos eran distintos pero debía confesar que no estuvo en el uno ni en el otro bando, que si ahora el elogio eran más subido en esos momentos, el mérito de los elogiados era mucho menor.

No es difícil precisar qué reacción tuvieron tales escritores, excepto Novo, que por su correspondencia con nuestro autor se sabe que el comentario no le hizo mella e incluso ambos eran irónicos en sus apreciaciones.

Con la confianza que los unía, Novo, le escribe para comentarle sus corajes con poetas “torpes” como Jaime Torres Bodet y con la burocracia revolucionaria y pide le mande el artículo citado, así como lo demás que había escrito sobre literatura moderna mexicana. A su vez, le enviaba también su libro *Return Ticket*, publicado en 1928, y del que Salado Álvarez tuvo conocimiento en su etapa de original, haciéndole un comentario periodístico con el mismo título en *La Prensa*, de San Antonio, Texas, en octubre de 1927, “considerándolo no como algo extraordinario, pero sí novedoso por su aparente descuido, su desprecio por las cosas rimbombantes, su exaltación por las menudas, y por un sutil destello de humor.”

Lo anterior coincidía con los preparativos de don Victoriano para regresar al país, cuando recibió una carta de su amiga doña Amalia Ledón que le comentaba pormenores de cómo ocurrieron las cosas:

Desde que nuestro amigo, a quien seguramente usted estimará en cuanto lo conozca y trate, subió al poder, pensé inmediatamente que sería lo más fácil para mí arreglar que usted volviera; pero desgraciadamente las circunstancias porque ha atravesado nuestro pobre país no se prestaban para hacer ningún cambio en la política. Una vez, cuando ya estaba casi arreglado que usted volviera, unos políticos de los que han tomado parte más activa pidieron entrar por Veracruz y para negarles el paso a ellos hubo necesidad de cancelar el permiso de usted, para no hacer una excepción que en esos momentos resultaba muy ostensible. Después, se lo digo bajo mucha reserva, nos perjudicó mucho también lo de don Federico. Me duele decirlo, pero es cierto. Yo le había dicho de parte del presidente que no siguiera escribiendo en esa forma y él me lo prometió. Volvió a las andadas a pesar de la promesa y le pasó lo que yo le había anunciado. El presidente, entonces, me dijo: “ya ve como no se puede fiar de lo que sus amigos ofrecen”. Tuve que dejar pasar más tiempo para que se olvidara este incidente. En fin, hubo muchas cosas que perjudicaron el asunto y que se las detallaré cuando nos veamos. Yo no quería escribirle hasta que tuviera una buena noticia que darle. Afortunadamente ahora puedo hacerlo para decirle que anoche a la hora de la cena me dijo el presidente que podía volver usted a la hora que quisiera y que encontraría en él un amigo, siempre que, naturalmente, cumpla con su compromiso, de no volver a escribir sobre tópicos políticos. Yo empeñé mi palabra por usted. Me dijo que le recordara hoy a la presidencia para arreglar los trámites, y lo hice, de manera que yo espero que para este momento ya todo estará arreglado.<sup>248</sup>

Finalmente Salado Álvarez regresó a México los últimos días del mes de abril de 1929

---

<sup>248</sup> *Ibidem*, p. 1077-1079.

y en mayo estaba recibiendo su correspondencia en Alfonso Herrera 41, en la ciudad de México. Obviamente don Victoriano estaba feliz de encontrarse en el país, pero los problemas no desaparecieron cuando se enteró que el Consejo de Administración de *Excélsior* había decidido reducir en un 20 por ciento el importe de todas las colaboraciones que él enviaba. Asimismo, Salado Álvarez se reintegró a las labores de la Academia Mexicana de la Lengua, desde donde se dio a la tarea de apoyar diversos trabajos sobre literatura mexicana.

Su desempeño en esa institución sirvió para mantener activa su correspondencia con antiguos amigos; en las cartas expresaba su particular enfoque de la vida política nacional, aunque en aras de la seguridad de su persona y de su bienestar económico prefería dejar éste en lo privado, con personas de confianza, como lo eran Francisco León de la Barra y el general Miguel Ruelas, entre otros.

Inclusive, con este último mantuvo una interesante polémica a raíz de varios artículos que en la primera mitad del año publicó en la prensa México-americana, sobre el primer tomo de las Memorias políticas de Rodolfo Reyes, en las cuales expresó su opinión sobre el actuar del general Bernardo Reyes respecto al movimiento armado de 1910.

Al parecer, sus conceptos no fueron del agrado de Ruelas, quien lo interpeló duramente, y el 31 de junio Salado Álvarez le contestó arguyendo que, no recordaba haber escrito nada insidioso ni ofensivo para nadie, ya que se había dedicado únicamente a hacer resaltar sus diferencias con el autor. Añadía que sus cargos contra el reyismo no se debían “a las virtudes de buen amigo, excelente esposo y padre de familia” que tenía el líder de dicho partido, sino a su falta de agudeza política y de buen juicio, presentes tanto en la guerra innecesaria que le hizo al partido científico como en la agitación de la opinión popular y su posterior abandono, lo que permitió el arribo del grupo maderista y del “olor de cuadra de los zapatistas”.

De lo anterior se desprende que Salado Álvarez esperaba que Díaz hubiera tomado una posición más coherente con el momento histórico en 190, en el sentido de retirarse de la contienda política, conservando su prestigio de gran estadista. Por otra parte, observaremos que no dejaba de reprobar a Madero y a sus seguidores, así como también a los zapatistas, a quienes despreciaba profundamente tratándolos como si fueran bestias. Por lo mismo decía:

Lo que yo le reprocho al general es que no se haya dado cuenta del momento en que vivía y de la misión histórica que le tocaba. Por obra suya o por obra ajena, con motivo o sin motivo, el general era en 1909 la figura más popular del país. Si en vez de ser “obediente hasta la muerte”, se hubiera percatado de que México lo llamaba, qué distinto hubiera sido el curso de nuestra historia.<sup>249</sup>

Finalmente, respecto a la queja de Ruelas en torno al asunto del atrincheramiento de Galeana y los golpes que Reyes había propinado a un borrachín, refirió que en efecto lo primero era una mentira propalada por los enemigos del general, lo que equivalía a afirmar que Rodolfo Reyes había escrito la verdad pero en cuanto a lo segundo, le quedaba claro que dicha golpiza eran una prueba irrefutable del carácter explosivo y bilioso de don Bernardo, mismo que le hacía perder el tiempo, su valor y sus dotes en cosas tan bajas y feas en lugar de dedicarlos al llamado nacional.

En suma, concluye Salado Álvarez sobre este personaje:

Su conducta posterior parece demostrar que no le preocupaba la patria sino la persona del general Díaz. Y el mismo cargo (aunque en escala menor) puede hacerse a “los científicos”, que también perdieron la oportunidad de lanzarse a la lucha prescindiendo de la tutela oficial aunque sin contar con el ejército y el pueblo, que Reyes tomó en sus manos. Los dos partidos, el uno

---

<sup>249</sup> *Ibidem*, p. 1084.

con armas y desarmado el otro, creyeron debían esperar la muerte del Gran Dictador sin intentar nada definitivo. Pero el partido agitador e inquieto debió haber asumido la actitud que le tocaba y afrontar las consecuencias de su obra. Por eso perdió esa preciosa oportunidad y dejó las cosas en otras manos.<sup>250</sup>

Salado Álvarez nunca le perdonó a Reyes su pasividad y su falta de tacto político porque consideraba que era el hombre idóneo para reemplazar a Díaz en el poder, utilizando cualquier medio ya que siendo militar y haber desempeñado el cargo de Ministro de Guerra, pudo haber formado un ejército de simpatizantes que quitaran al octagenario presidente pero, parecía que le tenía demasiado respeto al dictador. En suma, le faltó arrojo, decisión y visión al ex gobernador de Nuevo León para llegar a la presidencia de la República.

Mientras tanto, el país se vio envuelto en la campaña política por la presidencia, con José Vasconcelos por el Partido Antirreeleccionista y Pascual Ortiz Rubio por el Partido Nacional Revolucionario, como principales contendientes. En septiembre de 1930, Salado Álvarez se encontraba en Nueva York cumpliendo compromisos de trabajo de la Academia, leyó en esa ciudad un artículo a la memoria del general Díaz que había escrito Federico Gamboa en Madrid. Un día después le escribió agradeciéndole que le hiciera un homenaje al gran presidente, al cual todos los mexicanos debían rendir tributo con motivo de su centenario, a celebrarse el 15 de septiembre de 1930. Aprovechaba la ocasión para comentarle que pensaba sacar a la luz una pequeña monografía, para la cual recababa ya la documentación posible y le pidió lo ayudara en dicha empresa, contándole lo que creyera digno de pasar a la posteridad y le enviara una lista de los amigos de Díaz que pudieran ayudarlo con más relatos.

---

<sup>250</sup> Ibidem, p. 1085.

Sobre su situación personal, le platicó que tras salir de México anduvo por Europa y luego se instaló en Texas y Los Angeles, extrañando a la gente inteligente y amiga y que pensaba quedarse ahí, pues llegó a creer que su situación no tenía remedio y pensaba volver al país.

Como ya se indicó, después de permanecer algunas semanas por ciudades estadounidenses, Salado Álvarez regresó a México en un ambiente postelectoral. Las elecciones presidenciales se habían realizado el 17 de noviembre con enfrentamientos en las casillas de casi todo el territorio nacional. Pese a las protestas de los vasconcelistas, el 28 de noviembre el Congreso de la Unión declaró presidente de la República al ingeniero Ortiz Rubio. Ante esto, el 10 de diciembre, Vasconcelos publicó en San Antonio, Texas, el Plan de Guaymas, en el que tras declararse presidente electo y desconocer los poderes federales, estatales y municipales, pidió a los mexicanos hicieran valer su voto. Su fracaso fue rotundo.

Para entonces, Salado Álvarez ya se encontraba escribiendo sus *Memorias*, a juzgar por las cartas que le escribió a Vicente Villasana, propietario del diario *El Mundo* de Tampico, y a Federico Gómez, dueño de *El Porvenir* que circulaban en Monterrey, Nuevo León. Al primero le ofreció dichas *Memorias*, asegurándole que circularían solamente en Estados Unidos y en periódicos mexicanos de provincia. De estar interesado, cada artículo le costaría cinco dólares, a pagar según las necesidades del autor. Al segundo le comentó que tras recibir una respuesta favorable a su petición le enviaba adjunto los primeros cuatro artículos de dicha obra, misma que estaría organizada según:

El plan moderno que preconiza Maurice Barrés para esta clase de escritos, esto es presentar primero el teatro de tiempo y lugar en que se desarrolla la acción, para concluir dando a conocer al personaje mismo. Ojalá haya acertado. Mi deseo es hacer ver lo que eran un pueblo corto, dos o más

capitales de estado y la de la República durante los treinta años de paz, para concluir con el panorama de la Revolución tal como yo la vi en el exterior, algo de la guerra mundial y muchísimos cabos sueltos de cosas y personas que iré pescando al azar, según vayan saliendo en la colada.<sup>251</sup>

Como se había comprometido originalmente a que *El Porvenir* sería el único periódico del norte de México que tendría dicha obra, Salado Álvarez termina su carta a Federico Gómez preguntándole si no tenía algún inconveniente ni le afectaba el hecho de que se publicara también en Tampico, donde, dijo mañosamente, Villasana ya se lo habían solicitado. De no contar con su aprobación se abstendría de enviarla a *El Mundo*.

A diferencia del año anterior, diciembre de 1929 fue menos complicado para don Victoriano. Menos presiones económicas viviendo de nuevo en México, con sus tertulias y su trabajo en la Academia de la Lengua y en diarios nacionales y mexicoamericanos, con invitaciones para ser miembro honorario-colaborador de la Corporación Internacional Pro-Unión Latinoamericana, con sede en Monterrey. Por lo que se refería a cuestiones familiares, las condiciones de salud eran inmejorables y él se sentía “hecho un dandy, gordo, sonriente, contento y joven”, según palabras de María Enriqueta C. de Pereyra.

Los planes de Salado Álvarez para el próximo año eran recabar diversas opiniones sobre la lucha por la vicepresidencia que generaron durante la última etapa porfirista los involucrados como Reyes y Corral. Cabe señalar que, en lo que se refiere al periodismo, en 1930 solamente encontramos dos artículos “Un interesante libro sobre la Reforma” y “Guillermo Prieto, epistológrafo”.

De este último dio a conocer lo que consideraba las características primordiales como escritor a través de sus cartas a Manuel Doblado antes del golpe de Tacubaya.

---

<sup>251</sup> *Ibidem*, p. 1095-1096.

Señalaba que Prieto era un hombre entusiasta y algo mentiroso, que en algunos escritos estaba equivocado y en otras ocasiones, aparecía como “un consumado político, agitador, demagogo y hombre de acción”, con prosa ágil y colorida.

Enfermo y cansado por los avatares de la vida, en 1931 publicó en el periódico *El Universal* lo que conocía del movimiento magonista, defendió y exaltó al gobierno de Porfirio Díaz. No aceptaba posturas contrarias ni que lo pusieran en entredicho.

Avanzada la investigación y las negociaciones con el *Universal*, renunció en enero al puesto de redactor- editorialista de *Excélsior* e ingresó al “Gran Diario de México”. En los diez meses que duró en ese diario, llama la atención la carta que le escribió a su nieta Ana al decirle “Llegas al mundo cuando tu pobre abuelo tiene ya sus maletas en la estación para emprender el viaje largo”.

Estas palabras eran de despedida de un hombre polifacético, mordaz, crítico, nostálgico e irónico que moriría el 13 de octubre de 1931.

## CONCLUSIONES

En nuestra historiografía el periodismo ha servido más como fuente que como objeto de estudio. Del análisis y consulta de sus contenidos se han derivado conclusiones respecto de la materia. Este trabajo de investigación no significa haber agotado todos los aspectos de un personaje como lo fue don Victoriano Salado Álvarez. Sin embargo, sí podemos concluir lo siguiente:

Primero. Desde la perspectiva periodística hacía falta un estudio bien documentado de los centenares de artículos que escribió Salado Álvarez, y que se encuentran dispersos en periódicos y revistas nacionales y extranjeros.

Segundo. El periodismo fue el instrumento que sirvió a Victoriano Salado Álvarez para escribir en diferentes géneros periodísticos; primero como redactor de gacetillas, después como articulista y posteriormente columnista y ensayista, destacando en cada uno de ellos por el interés, la profundidad y el conocimiento que en cada uno de ellos demostró.

Tercero. Don Victoriano Salado se valió del periodismo para ejercer la creación literaria y a través de ella llegar a la historia. Historia y literatura se entrelazan en su obra hemerográfica.

Cuarto. De la revisión de sus escritos periodísticos se puede conocer su personalidad y pensamiento, también se puede descubrir al poeta, al cuentista y traductor de autores reconocidos.

Quinto. Del literato e historiador surgió el periodista que estudió los archivos públicos y privados, examinó los periódicos y se sumergió en las memorias de la época, para luego presentar su obra máxima: *Los Episodios nacionales mexicanos*, obra de calidad narrativa.

Sexto. La riqueza de la prensa en el siglo XIX en Guadalajara y principios del XX en el Distrito Federal estaría incompleta sin la participación de Victoriano Salado Álvarez, porque fue uno de los periodistas con preparación, hombre culto, intelectual, político y destacado polemista.

Séptimo. La crítica en sus artículos eran sin afán de difamar o destruir la carrera de algún político, eran opiniones comprometidas con el crecimiento del país.

Octavo. La polémica como método de discusión fue para él, la forma para encarar y resolver problemas sociales, culturales y políticos. Apoyado en estudios y datos.

Noveno. Como porfirista se adaptó a los tiempos y circunstancias de ese periodo de la historia, obtuvo grandes beneficios. Nunca dejó de admirar al presidente Porfirio Díaz, sus artículos y comentarios al “mejor hombre de México”, como él lo llamaba, están presente en toda su obra hemerográfica.

Décimo. Salado Álvarez fue un periodista que durante el exilio se distinguió por su actitud crítica en contra de los gobiernos posrevolucionarios que habían impuesto restricciones a la libertad de expresión; continuaba comprometido con el México anterior a la Revolución.

# BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, Manuel J. *Ensayo histórico de Teocaltiche*. México, Edit. Costa-Amic, 1967.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor, coordinador. *La idea de cultura nacional*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, Instituto Nacional Indigenista, México, 1989.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. *Historia y política de México, 1821-1882*. México, Empresas Editoriales, 1958.
- La literatura nacional: revistas, ensayos, biografías y prólogos*. México, Ed. Porrúa, 1949.
- BLASIO, José Luis. *Maximiliano íntimo: memorias de un secretario*. Prólogo Patricia Galeana. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1996.
- CALDERÓN, Francisco R. *La vida económica en la República restaurada 1867-1876*. (Tesis de licenciatura). México, UNAM, Facultad de Economía, 1968.
- CASTAÑEDA, Carmen. *Elite, clases sociales y rebelión en Guadalajara y Jalisco, siglo XVIII y XIX*, Guadalajara, El Colegio de Jalisco, Gobierno de Jalisco, Departamento de Educación Pública, 1988.
- CLARK de LARA, Belem, Ana Laura Zavala. *La construcción del modernismo: antología, introducción y rescate*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2002.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel. *Historia moderna de México: La república restaurada, la vida política*. México, Hermes, 1999.
- Diccionario de literatura universal*, España. Edit. Océano, 2002.

*Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, México, Edit. Porrúa, 2000.

La educación superior en Guadalajara. Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1966.

FLORESCANO, Enrique. *Política económica: antecedentes y consecuencias*. México, Secretaría de Industria y Comercio; Colección SepSetentas, 1972.

*Fondo expediente de profesores de la Escuela Nacional Preparatoria*, no. 1539. UNAM, Archivo histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México, CESU.

GARCÍA CANTU, Gastón. *Las intervenciones norteamericanas en Cuba*. México, Edit. SEP-Era, 1986.

GARCÍA GRANADOS, Ricardo. *Historia de México*. México, Botas, 1923.

GARCÍA RUIZ, Ramón. *Jalisco en el progreso de México, cronología jalisciense*, Publicación del estado de Jalisco, 1947.

GIRÓN, Nicole. “*En torno a la cultura nacional*” en el siglo XIX: Altamirano y Ramírez. En Héctor Aguilar Camín, coord..

GODOY, José Francisco. *Porfirio Díaz, Presidente de México: el fundador de una gran República*. México, Edit. Nacional, 1959.

GONZÁLEZ, Luis. *La era Juárez*. México, Secretaría de Industria y Comercio, Colección SepSetentas, 1972.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique. *Obras completas*. Edición, prólogo y nota de Antonio Castro Leal. México, El Colegio Nacional, 1971.

GUERRA, Françoise-Xavier. *México: del antiguo Régimen a la Revolución*, Trad. de Sergio Fernández Bravo, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

IGUÍNIZ, Juan B. *El periodismo en Guadalajara 1809-1915*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1955.

- ITURRIBARRÍA, Jorge Francisco. *Historia de Oaxaca*. Oaxaca, Imprenta del Gobierno del Estado, 1946.
- JIMÉNEZ, Francisco. *Los Episodios nacionales de Victoriano Salado Álvarez*. México, Diana, 1974.
- LÓPEZ, Juan. *Correspondencia de don Victoriano Salado Álvarez*. Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1991.
- MURÍA, José María. *Historia de Jalisco 1824-1900*. Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1985.
- PÉREZ VERDÍA, Luis. *Historia particular del Estado de Jalisco*. Guadalajara, Edit. Gráfica 1952.
- *Porfiristas eminentes*. México, Breve Fondo Editorial, 1996.
- SÁNCHEZ DEL REAL, Cristina. *Ensayo histórico del Liceo de Varones 1861-1910*. Guadalajara, Gobierno del estado de Jalisco, 1980.
- SALADO ÁLVAREZ, Ana. *Don Victoriano Salado Álvarez: semblanza*, Guadalajara, Gobierno del Estado de Jalisco, 1991.
- SALADO ÁLVAREZ, Victoriano. *Antología de crítica literaria*. Prólogo y notas de Porfirio Peñalosa. México, Jus, 1969.
- *El agrarismo, desgracia de México*. México, Jus, 1980.
- *Episodios nacionales mexicanos*. México, FCE, 1984. 1ª. ed. facsimilar.
- *Rocalla de historia*. Presentación José María Muriá, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1992.
- *Memoria. tiempo viejo, tiempo nuevo*. México, EDIPASA, 1946.
- VALLE ARIZPE, Antonio de. *Don Victoriano Salado Álvarez y la conversación en México*, México, Edit. Jus, 1944.
- VITÁL, Alberto. *Victoriano Salado Álvarez: un porfirista de siempre 1867-1931*. México, UNAM, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002.

## HEMEROGRAFIA

*El Abate Benigno*  
Guadalajara, Jal.  
1889-[1907 ?]

*El Correo de Jalisco: no hay periódico mejor para anunciarse que El Correo de Jalisco*  
Guadalajara, Jal.  
1895-1914

*Crónica: revista ilustrada*  
Guadalajara, Jal.  
1907-[1909?]

*El Chiquitín*  
Guadalajara, Jal.  
1892- [1893?]

*El Diablo cojuelo: periódico humorístico de política, literatura, ciencias, artes, variedades y anuncios*  
Guadalajara, Jal.  
1891-[1892?]

*Diario de Jalisco: periódico independiente: defensor de los intereses comerciales, agrícolas e industriales del Estado, eco imparcial de la opinión pública*  
Guadalajara, Jal.  
1887-[1908]

*Diario de la mañana*  
San José, Costa Rica  
1890-1937

*Diario de Yucatán: el periódico de la vida peninsular*  
Mérida, Yuc.  
1925-

*El Estado de Jalisco: periódico oficial del gobierno del Estado de Jalisco*  
Guadalajara, Jal.  
1882-1891

*Excélsior: el periódico de la vida nacional*  
México, D. F.  
1917-

*Flor de lis*  
Guadalajara, Jal.  
1896-[1899?]

*Gaceta de Guadalajara: semanario ilustrado*  
Guadalajara, Jal.  
1892-[1894?]

*El Herald*  
Guadalajara, Jal.  
1892-[1894?]

*El Imparcial*  
México, D. F.  
1896-1914

*La Información*  
San José, Costa Rica.  
1900-1973

*El Informador: diario independiente miembro de la "Prensa asociada"*  
Guadalajara, Jal.  
1927-

*Juan Panadero: periódico político, chancista, claridoso, burlón con sus ribetes de formal y que hablará de puras actualidades*  
Guadalajara, Jal.  
1871-1907

*El Mercurio Occidental*

Guadalajara, Jal.

....el 5 de agosto de 1893 cambió a *El Mercurio*

....el 6 de marzo de 1894 cambio a *El Nuevo Mercurio*

1889-1894

*El Mundo: diario de noticias universales, eco de la opinión y resumen de la prensa*

México, D. F.

1889-1895

*El Mundo ilustrado*

México, D. F.

1895-1914

*La Opinión*

Los Angeles, Cal.

1926-

*La Prensa*

San Antonio, Texas.

1913-1962

*La República literaria: revista de ciencias, letras y bellas artes*

Guadalajara, Jal.

1886-1890

*La Unión Hispano-Americana*

Barcelona, España.

1916-1923

*El Universal*

México, D. F.

1916-

## APÉNDICE BIOGRÁFICO

ACUÑA, MANUEL. Nació en Saltillo en 1849 y murió en el D.F., en 1873. Poeta , junto con Agustín F. Cuenca, fundó la sociedad literaria Nezahualcóyotl. Su obra poética fue publicada después de su suicidio y está teñida del más melancólico romanticismo.

ALAMÁN, LUCAS. Nació en Guanajuato, Guanajuato en 1792 y murió en la ciudad de México en 1853. Fue electo diputado a las Cortes de Cádiz y dedicó muchos esfuerzos al progreso económico del país, entre los cuales figuran la organización del Banco de Avío. En lo político, Alamán aparece como campeón de las ideas conservadoras y monárquicas. Su vida y su obra han sido muy controvertidas y han merecido numerosos estudios

ALAS y UREÑA, LEOPOLDO. *CLARÍN*. Leopoldo Alas y Ureña, Clarín, nació el 25 de abril de 1852 en Zamora, España. La obra posterior de Leopoldo Alas incluye asimismo cuentos -Cuentos morales 1896 y poemas, obras de teatro y sus artículos, publicados en los más prestigiosos periódicos españoles. Sus artículos llamados "paliques", defendió el naturalismo. Leopoldo Alas murió en Oviedo en junio de 1901.

ARTEAGA, JOSÉ MARÍA. (1827-1865) Militar mexicano. Nacido en la ciudad de México, inició su carrera castrense en San Luis Potosí (1848). Combatió y luchó contra la Intervención francesa. Fue ascendido a general de división y el gobierno del estado de Jalisco (1864). Defendió la causa republicana y fue fusilado en 1865, en Uruapan.

BULNES, FRANCISCO. 1847-1924. Historiador, político, orador y periodista n. y m. en la ciudad de México. Cursó la carrera de ingeniero de minas y se dedicó a escribir a edad muy avanzada. Está considerado como un gran crítico, cultivador del positivismo. Entre sus obras merecen destacarse *Lás grandes mentiras de nuestra historia* y *El verdadero Juárez* (1904).

*MICRÓS*, ÁNGEL DEL CAMPO. México, 1868- Murió 1908. Escritor, autor de cuentos y narraciones cortas costumbristas (*Ocios y apuntes*; *Cartones*; *Cosas vistas*), escribió también la novela *La rumba*, en la que refleja la vida de la población humilde de la ciudad de México

CASASÚS, JOAQUÍN DIEGO. 1858-1916. Economista, jurista, político y escritor. Nació en Frontera, Tabasco y estudió derecho, fue nombrado secretario de Gobierno de su estado natal. Autor de obras literarias en verso y prosa, tradujo además a autores clásicos. Falleció en 1916 en Nueva York , EU.

CASTILLO LEDÓN, AMALIA GONZÁLEZ CABALLERO DE. 1898-1896. Maestra normalista y escritora mexicana, fue la primera mujer que formó parte de un gabinete presidencial, nació en Tamaulipas. En 1937 fundó el Ateneo Mexicano de Mujeres. Fue la primera mujer integrante de un gabinete presidencial en México, como subsecretaria de Asuntos Culturales (1959-1964). Falleció en la ciudad de México.

CHAVERO, ALFREDO.1841-1906. Historiador y dramaturgo mexicano de ideología liberal que acompañó a Benito Juárez en el exilio, restaurado el gobierno republicano (1867), fue nombrado magistrado del Tribunal Superior de Distrito. Como dramaturgo, escribió comedias, tragedias, dramas y

zarzuelas, como historiador, escribió diversos libros, especializándose en la historia prehispánica. Es autor del primer tomo de México a través de los siglos.

CHÁVEZ, EZEQUIEL. 1868-1946. Educador y filósofo. reorganizó la enseñanza primaria y la preparatoria, nació en Aguascalientes, en 1891. Reorganizó las escuelas primarias, así como la ENP. Fundó la Escuela Nacional de Maestros, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía y la Universidad de México (1910), de la que también fue rector. En 1915, formuló el proyecto de la autonomía universitaria.

CORONA, RAMÓN. 1837-1889. Militar y político. Nació en Jalisco. Afiliado al liberalismo, combatió durante la guerra de Reforma (1858-1861). Al rendirse el emperador Maximiliano I en Querétaro, fue él quien recibió su espada. En 1887 fue gobernador de Jalisco, fomentó la educación pública. Fue asesinado en 1889. El Congreso lo declaró benemérito del Estado.

CORRAL, RAMON. 1854-1912. Político, nació en Sonora, fue secretario de Gobierno de su estado y gobernador de 1887 a 1891 y . Gobernador en 1895. En 1903, Porfirio Díaz le designó ministro de Gobernación y, un año más tarde, vicepresidente de la República. Cuando Díaz renunció a la presidencia abandonó el país. Falleció en París.

CREEL, ENRIQUE C. Nació en Chihuahua, en 1854 y murió en la ciudad de México en 1931. En agosto de 1904 sustituyó a su suegro, el general Luis Terrazas, en el gobierno de la entidad, hasta diciembre de 1906, cuando pasó a Washington como embajador. Fue gobernador de 1907 a 1911. En la entrevista Díaz-Taft sirvió de interprete a los dos presidentes, fue nombrado secretario de Relaciones 1910 a 1911.

CUÉLLAR, JOSÉ TOMÁS DE. Nació y murió en la ciudad de México, 1830 a de 1894. Fundó el grupo Bohemia Literaria, y publicó con el seudónimo de *Facundo*. Perteneció a diversas sociedades culturales y literarias. Cuéllar es uno de los más destacados representantes del costumbrismo mexicano.

DARÍO, RUBÉN. 1867-1916. Seudónimo del gran poeta nicaragüense Félix Rubén García Sarmiento, nació en Metapa y murió en León. *Azul*, fue la obra que sentaría las bases del modernismo. Consolidó su posición con *Prosas profanas* y otros poemas, colaboró en revistas literarias y escribió el libro de versos *Poema de otoño*. Fue gran asimilador de corrientes y estilos, en especial del parnasianismo y del simbolismo franceses.

DÍAZ MIRÓN, SALVADOR. Nació y murió en Veracruz, 1853 a 1928. A los 14 años de edad escribió poemas y artículos periodísticos, dirigió los periódicos *El Veracruzano*, *El Diario*, *El Orden* y *El Imparcial*, apoyó la dictadura de Victoriano Huerta. Pasó del romanticismo al modernismo y al clasicismo e influyó poderosamente en los poetas de su tiempo, especialmente en Rubén Darío.

DOBLADO, MANUEL. Nació en Guanajuato en 1818 y murió en N. Y, en 1865. En 1846 fue gobernador interino del estado, pero no llegó a ser constitucional, pues al ser elegido más tarde, en 1847 fue diputado, se opuso al Tratado de Guadalupe Hidalgo. En 1854 apoyó del Plan de Ayutla. En 1857 fue elegido gobernador de su estado, pero ese mismo año, a raíz del golpe de estado conservador, abandonó el cargo para militar en las filas liberales. Acompañó al presidente Juárez a Paso del Norte.

ELGUERO, JOSÉ. Nació en Michoacán en 1885 y falleció en México, D.F., en 1939. Para Elguero el periodismo fue un género literario que requería disciplina, preparación y vocación sostenida. Su gusto literario depurado, lo hizo ser el escritor más leído de su época. Rara vez firmaba con su nombre sus artículos periodísticos.

ESCOBEDO, MARIANO. Nació en N. L., en 1827 y murió en la ciudad de México en 1902. Participó en la Guerra de Reforma 1858-1860, con el grado de coronel. Peleó contra los franceses y en 1866 el presidente Juárez lo nombró, jefe de las operaciones del Ejército Republicano. Fue también gobernador de Nuevo León y San Luis Potosí.

FLORES MAGON, RICARDO. Nació en Oaxaca y murió en Kansas en 1922, Político y periodista, se opuso a la dictadura de Porfirio Díaz, y en 1906 fundó en EE UU el Partido Liberal Mexicano, de ideología socialista. Sus ideas repercutieron sobre el movimiento obrero mexicano, en 1911 fracasó la insurrección que organizó junto a su hermano en California. Redactó un manifiesto dirigido a los anarquistas de todo el mundo, fue condenado a veinte años de prisión por las autoridades estadounidenses.

GALVÁN, PEDRO A. Nació en Irapuato, Guanajuato, hacia 1830; murió en Jalisco., en 1892. Al ser asesinado el gobernador Ramón Corona, el 10 de noviembre de 1889, Galván asumió el poder ejecutivo, para lo cual había sido previamente insaculado. A partir de 1891 y hasta su muerte, fue gobernador constitucional.

GAMBOA, FEDERICO. 1864-1939. Escritor y político mexicano, n. y m. en Ciudad de México. Ministro de Relaciones Exteriores (1908), profesor de la FFyL en la Universidad Nacional de México, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Santa es su obra más leída y traducida.

GARCÍA CUBAS, ANTONIO.(1832-1912 Geógrafo y escritor, nació en la ciudad de México. Realizó estudios geográficos, geodésicos y de triangulación que le dieron renombre internacional. Se le considera el fundador de la ciencia geográfica en México. De sus obras clásicas se pueden mencionar: el Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico (1888-1891). Fue el primero en presentar una visión global del México posterior a la Intervención francesa y al Imperio de Maximiliano I (1864-1867). Publicó, además, un Atlas Geográfico, Estadístico, Histórico y Pintoresco de la República Mexicana (1885).

GARCIA NARANJO, NEMESIO. Nació en N. L. en 1883 y falleció en México, D.F. en 1962. Sobresalió en el periodismo. Fundó el diario La Tribuna y colaboró en numerosos periódicos y revistas de México y el extranjero. Publicó varios libros, sus Memorias comprenden diez tomos. Murió en la ciudad de México el 21 de diciembre de 1962.

GONZAGA URBINA, LUIS. 1864-1934. Escritor n. en Ciudad de México y m. en Madrid, profesor de la Escuela Nacional, director dela Biblioteca Nacional. Su labor poética es notable por su cuidado, como prosista destacó en la crítica como en el ensayo. Por su fácil pluma y serena concepción literaria. En 1917 escribió La vida literaria en México.

GONZALEZ, MANUEL. Nació en Matamoros, 1833 y murió en Guanajuato, 1893. Militar y político. Jefe del estado mayor del ejército de Porfirio Díaz. Ministro de Guerra y Marina (1878) y presidente de la República (1880-1884), creó el Banco Nacional de México.

GONZÁLEZ MARTÍNEZ, ENRIQUE. 1871-1952. Poeta y diplomático, n. en Jalisco y murió en México. Tras ejercer la medicina, abrazó la carrera diplomática: subsecretario de Estado (1919). Entre su producción literaria figuran Preludios. Uno de los mejores exponentes de la lírica contemporánea, reaccionó contra el modernismo en La muerte del cisne (el modernismo).

GONZÁLEZ OBREGÓN, LUIS. 1865-1938. Historiador n. en Guanajuato. Sus obras tratan principalmente del período colonial: La vida en México en 1810, Los precursores de la independencia en el siglo XVI, El capitán Bernal Díaz del Castillo, conquistador y cronista de Nueva España. Fue director del Archivo General de México.

GONZÁLEZ PEÑA, CARLOS. 1855-1955. Escritor nacido en Jalisco. Cuentista, novelista, dramaturgo, periodista, ensayista y estudioso de la gramática castellana. En 1910 fundó el Ateneo de la Juventud, movimiento de renovación cultural y artística. Su narrativa pertenece a la segunda mitad del siglo XIX, escribió Historia de la literatura mexicana en 1928 fue la obra de consulta durante más de medio siglo. Murió en la Ciudad de México.

GOROSTIZA, JOSÉ. Villahermosa, 1901-México, 1973. Poeta, miembro de la generación de los Contemporáneos (1928-1931), es uno de los más notables poetas mexicanos del s. XX. Destacan sus poemarios Canciones para cantar en las barcas (1925) y, sobre todo, Muerte sin fin (1939) y Poesía (1964).

GUERRA, DONATO. Nació en Jalisco en 1832 y murió en Chihuahua en 1876. En 1862 se dio de alta en el ejército republicano y bajo las órdenes de los generales Corona y Rosales luchó contra la Intervención Francesa y el Imperio. Fue gobernador de su entidad de 1866 a 1867, fecha en que se incorporó al Ejército de Oriente, bajo las órdenes del general Porfirio Díaz.

GUTIÉRREZ NÁJERA, MANUEL. Nació en México, D.F., en 1859 y murió en 1895. Se formó en el periodismo, lo innovó introduciendo en la crónica el poema, el comentario, la plática y la narración. Fue diputado y fundó con Carlos Díaz Dufoó, la Revista Azul. Colaboró en casi todos los periódicos y revistas culturales importantes del país. Firmó sus escritos con alrededor de 20 seudónimos. La UNAM editó en cuatro volúmenes las crónicas recopiladas por Mapes.

GUZMÁN, MARTÍN LUIS. 1887-1977. Narrador, n. en Chihuahua y m. en la ciudad de México. Fundó el periódico La Juventud, dirigió El Gráfico y colaboró en El Sol, El Heraldo de México y El Universal. Tomó parte en la revolución mexicana en 1911, acompañó a Pancho Villa y, en 1915, se exilió en España hasta 1920. Fruto de sus experiencias revolucionarias son sus novelas El águila y la serpiente (1928) y La sombra del caudillo (1929), donde se entremezclan la historia y las biografías de generales y caudillos revolucionarios.

IGLESIAS, JOSÉ MARÍA. México, 1823-Tacubaya, 1891. Entre 1867 y 1871 fue ministro de Justicia, Hacienda y Gobernación con Juárez. Defendió sus derechos a la presidencia de México, oponiéndose a la reelección de Lerdo de Tejada, pero fue vencido por Porfirio Díaz.

IGUÍNIZ VIZCAÍNO, JUAN BAUTISTA. Nació y murió en Guadalajara, Jalisco, 1881 a 1972. Estudió en el Seminario Conciliar del estado, fue director de la Biblioteca Nacional 1951-1956 e investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Director de la Academia Mexicana de la Historia en 1969. Su producción consta de 178 títulos.

JUNCO, ALFONSO. Monterrey, 1896-México, 1974. Escritor mexicano. Sus primeras colecciones poéticas siguen la línea de González Martínez, Por la senda suave, 1917. Cultivó la temática religiosa en El alma estrella (1920), Posesión (1923) y La divina aventura (1938). Escribió ensayos sobre asuntos hispanos, como Inquisición sobre la Inquisición .

LERDO DE TEJADA, SEBASTIÁN.. Jalapa, México, 1827-N Y, 1889. Luchó junto al presidente Benito Juárez contra la invasión francesa, en 1871 se opuso a la reelección de Juárez y abandonó el Partido Liberal y formó el Partido Lerdista. Fue presidente de la Suprema Corte de Justicia y, tras la muerte de Juárez, gobernó el país de 1872 y 1876. Emigró a Estados Unidos, donde pasó el resto de su vida.

LIMANTOUR, JOSÉ YVES. México, 1854-París, 1935. Economista y político mexicano de origen francés. Ministro de Hacienda de Porfirio Díaz (1893), aplicó un programa de reducción de gastos e incremento de ingresos, suprimió las alcabalas y nacionalizó los ferrocarriles.

LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, JOSÉ. 1850-1923. Escritor y político nació en Jalisco y murió en la ciudad de México. Gobernador de Jalisco y secretario de Asuntos Exteriores, miembro de número de la Academia Mexicana y correspondiente de la Real Academia Española, introdujo el ambiente rural en la novela mexicana. *La parcela* (1898) fue su obra cumbre.

MAPLES ARCE, MANUEL. 1898-1981 Diplomático y poeta mexicano, n. en Papantla (Veracruz) y m. en México, D.F. Es el creador del «estridentismo»-pero de indudable valía artística. Publicó una Antología de la poesía mexicana moderna (1940) y en 1981.

MÁRQUEZ ARAUJO, LEONARDO. Nació en la ciudad de México en 1820 y murió en La Habana, Cuba, en 1913. General en jefe del Ejército y lugarteniente del Imperio. Se incorporó a la lucha contra los liberales, operó contra el Ejército del Sur, pero fue derrotado por Jesús González Ortega. En 1862 se unió las fuerzas intervencionistas en Veracruz. Nombrado por Maximiliano general en jefe del estado mayor, con amplios poderes.

MEJÍA, IGNACIO. Nació y murió en Oaxaca en 1814 a 1906. Participó en la Guerra de Tres Años 1858-1860, formó parte del Ejército de Oriente. Comandante de la División de Oaxaca durante la batalla del 5 de mayo de 1862 Designado gobernador y comandante militar del estado de Puebla, defendió la

plaza durante el sitio que en 1863 le pusieron los invasores. Fue nombrado general de división en 1865 y ministro de Guerra y Marina.

MEJÍA, TOMÁS. Nació en Guanajuato en 1820 y murió en el cerro de las Campanas, en 1867. Al triunfo de la Revolución de Ayutla luchó contra el gobierno liberal. Se afilió al Partido Conservador, durante la Guerra de Tres Años. Se adhirió a la Intervención Francesa y al Imperio. Se unió a las fuerzas de Miramón que fueron cercadas por los liberales en Querétaro en 1867, fue sentenciado a muerte y fusilado al lado de Miramón y Maximiliano.

MIRAMÓN, MIGUEL. Nació en la ciudad de México en 1832 y murió fusilado en el cerro de las Campanas, en Querétaro, en 1876. Condenado a muerte “por delitos contra la independencia y seguridad de la nación, el orden y la paz pública, el derecho de gentes y las garantías individuales”, fue ejecutado, junto con Maximiliano y Mejía, el 19 de junio.

MISTRAL, GABRIELA. Seudónimo literario de Lucilia Godoy; n. Chile, 1889 y m. en N. Y. 1957 Poetisa y educadora chilena, se dedicó a la enseñanza; se dio a conocer en los Juegos Florales de Chile en 1914 con el libro de poemas Los sonetos de la muerte. En 1922 llegó a México para colaborar en la reforma de la educación iniciada por Vasconcelos y organizó varias bibliotecas públicas, además de escribir textos didácticos, en 1923 por encargo del Secretario de Educación Pública. En 1945 recibió el Premio Nobel de Literatura.

QUERIDO, MOHENO. Nació en diciembre de 1874 en Chiapas. Se distinguió como abogado, periodista y político. Como periodista fustigó duramente a Francisco I. Madero. Fue el creador de la Secretaría de Industria Comercio y Trabajo, en mayo de 1917, aunque nunca ocupó el cargo de secretario.

MORA, JOSÉ MARÍA LUIS. Nació en Comonfort en 1794-París, 1850. Escritor y político. Sacerdote, ingresó en la masonería. Durante la presidencia de Gómez Farias (1833-1835) impulsó la reforma educativa. En 1834 se exilió en París. Autor de Catecismo político de la federación mexicana (1831), México y sus revoluciones (1836).

NERVO, AMADO. Nombre literario de Juan Crisóstomo Ruiz de Nervo; 1870-1919) Escritor n. en Tepic y m. en Montevideo, abandonó el sacerdocio e ingresó en la carrera diplomática (1905). Vivió en París se identificó con el simbolismo. Fundó La Revista Moderna, vehículo del movimiento modernista. Empezó acusando la influencia de Gutiérrez Nájera y terminó siendo verlainiano y simbolista. Místicas (1898) La amada inmóvil (1920). La novela (El bachiller, 1895, de orientación naturalista, que provocó un escándalo social y literario.

OCAMPO, MELCHOR. Nació el 5 de enero de 1814 en México, D. F. Contó con muchos enemigos, entre ellos, Miguel Lerdo de Tejada y fue derrocado por la rebelión del coronel Cosío Bhamonde. Abandonó el poder el 24 de enero de 1853. Se le desterró del país.

OGAZÓN RUBIO, PEDRO. Nació en Guadalajara, en 1821 y murió en Veracruz., en 1890. Se graduó de bachiller en el Seminario Conciliar y de abogado en la Universidad de su ciudad natal. Fue secretario de Gobierno en 1855 y diputado al Congreso Constituyente 1856-1857. En 1858 asumió el gobierno de Jalisco y al triunfo de la República fue magistrado de la SCJN 1867-1874 y ministro de Guerra y Marina.

ORTIZ DE MONTELLANO, BERNARDO. 1899-1949. Poeta y escritor, n. y m. en Ciudad de México. Se ha distinguido como forjador de una lírica orientada hacia el posmodernismo, que comprende desde la inmersión reminiscente en el pasado. Otras obras: *Figura, amor y muerte de Amado Nervo* (1943), *Literatura indígena y colonial mexicana*.

OWEN, GILBERTO. Nació en El Rosario, 1905 y murió en Filadelfia en 1952, Escritor y diplomático de amplia y rigurosa cultura, residió en diversos países de América del Sur y en EE UU. Destacó como narrador (*La llama fría*, 1925; *Novela como nube*, 1928) y como poeta (*Desvelo*, 1925; *Línea*, 1930; y *Libro de Rut*, 1944).

PAYNO Y FLORES, MANUEL. Nació en la ciudad de México en 1810 y murió en D.F. en 1894. Perseguido por Santa Anna, se refugió en EU. Sufrió persecuciones durante la Intervención Francesa y reconoció al Imperio y la República. Enseñó historia de México en la Escuela Nacional Preparatoria. Fue electo senador de la República, autor de las novelas *Los bandidos de Río Frío* y *El fístol del diablo*.

PAZ, IRENEO. Nació en Guadalajara, Jalisco el 3 de julio de 1836 y murió en D. F., en 1924. Estudió en el Seminario Conciliar de su ciudad y en la Universidad de México. De ideas liberales, combatió a los franceses y obtuvo el grado de coronel. Partidario del Plan de Tuxtepec, al triunfo de los porfiristas fue secretario de Gobierno en Sinaloa, Jalisco y Colima, Fundó los periódicos: *El Payaso*, *El Padre Cobos*, *La Patria* y *La Patria Ilustrada*.

PELLICER, CARLOS. 1899-1977 Poeta mexicano, n. en Villahermosa (Tabasco) y m. en la ciudad de México. Colaborador de la revista Contemporáneos. Su libro más destacado Material poético (1918-61) apareció en (1969). En 1954 recibió el premio Nacional de Literatura.

PEON Y CONTRERAS, JOSÉ. 1843-1907. Poeta y dramaturgo, n. en Mérida y m. en México. Médico y político, ganó fama con su producción literaria, La hija del Rey, su mejor obra. Su labor dramática infundió nueva savia al teatro azteca. También fueron afortunadas sus incursiones en el campo de la poesía lírica.

PEREDA, JOSÉ MARÍA DE. Fue el principal representante de la novela regionalista española del siglo XIX, nació en Polanco, España, en 1833. Cursó la carrera militar. Su labor como novelista se inició en 1878 y escribió Don Gonzalo González de la Gonzalera 1879. y Pedro Sánchez (1883), Sus novelas "idílicas", cimentaran su prestigio. Sotileza 1885, es la descripción de la vida de los pescadores de Santander. Pereda evoca la pureza del mundo rural, la trama es costumbrista. Murió en Santander, España, el 1 de marzo de 1906.

PEREYRA, CARLOS. 1871-1942 Historiador nacido en Saltillo, Coahuila, estudió derecho y ejerció el periodismo. Al estallar en 1910 la Revolución Mexicana se encontraba en Madrid, donde pasó a residir. Escribió numerosas obras, su labor historiográfica estuvo marcado por su crítica al modelo estadounidense en su relación con la América hispanizada, patente en uno de sus primeros trabajos. Murió en Madrid, en 1942.

PEREZ GALDOS, BENITO. (Las Palmas de Gran Canaria, 1843 - Madrid, 1920) Novelista, dramaturgo y articulista español, nació en Las Palmas. Su primera novela, *La sombra*, apareció en 1870 y emprendió la redacción de los *Episodios Nacionales*. El éxito inmediato de la primera serie lo empujó a continuar con la segunda, que acabó en 1879. Escribió obras importantes como *Fortunata*.

PEZA, JUAN DE DIOS. México, 1852- id., 1910, Poeta se incorporó a la legación mexicana en Madrid en 1878, publicó en España la antología *La lira mexicana* (1879) y colaboró en *La Ilustración Española y Americana*, autor de numerosas obras.

PRIETO, GUILLERMO. México, 1818-Tacubaya, 1897. Político participó en la rebelión de los polkos (1847), conservadores, pero luego ingresó en las filas de los liberales. Ministro de Hacienda de Álvarez (1855) y Juárez (1857), se opuso al intervencionismo estatal. Literariamente adscrito al romanticismo, es autor de numerosos artículos costumbristas publicados en *El Siglo XIX* y recopilados en *Los San Lunes de Fidel* (1923), *La musa callejera* (1883), *Romancero nacional* (1885) y *Memorias de mis tiempos* (1906).

PUGA Y ACAL, MANUEL. Nació en Guadalajara, Jalisco, en 1860 y murió en la ciudad de México en 1930. Se dedicó al periodismo y a la política en Guadalajara, San Luis Potosí y la capital de la República. Tradujo y anotó *La Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano* de Emilio Olliver. Como crítico literario, dio a conocer importantes personajes y documentos.

REYES, BERNARDO. Guadalajara, 1850-México, 1913. Militar y político. Ministro de Guerra y Marina (1901-1903). Tras ver rechazada su candidatura a la vicepresidencia por Porfirio Díaz, tuvo que exiliarse en Europa (1909). En 1911 preparó un fracasado golpe contra Madero y fue encarcelado. Después de su liberación, intentó asaltar el Palacio Nacional, pero fue muerto.

RIVA PALACIO, MARIANO. Nació y murió en la ciudad de México (1803-1880). Se negó a formar parte de la Junta de Notables, en ocasión de la Intervención Francesa, y se retiró a la vida privada; pero en 1867 aceptó ser defensor de Maximiliano, por cuya vida luchó sin éxito. Al triunfo de la República, presidió el Ayuntamiento de México y la Cámara de Diputados 1868, gobernó la capital de la república de 1869 a 1870.

RIVERA Y SAN ROMÁN, AGUSTÍN. Nació en Lagos, Jalisco en 1824 y murió en León, Guanajuato en 1916. Escribió más de 200 títulos, en cuya publicación gastó su modesta fortuna, pues repartía gratuitamente a centenares de personas sus libros y folletos. Ganó fama de escritor veraz, claro y vigoroso. En 1901, el Congreso de la Unión le otorgó una pensión de 150 pesos mensuales.

ROA BÁRCENA, JOSÉ MARÍA. 1827-1908. Político y escritor mexicano, n. en Jalapa y m. en México. Colaborador de La Cruz y director del Eco Nacional, fue una de las figuras más destacadas del conservadurismo mexicano. Favoreció la implantación del Imperio y formó parte de la Junta de Notables; pero se retiró del gabinete por estimar excesivamente liberal el gobierno de Maximiliano. Catecismo elemental de la historia de México (1860), probablemente su obra más conocida.

ROBLES GIL, EMETERIO. Nació en Guadalajara, en 1831 y murió en la misma ciudad en 1906. Abogado y diputado al Congreso Constituyente de Jalisco en 1857. Ocupó la gubernatura de ese estado en 1868. Como escritor se le conocen dos comedias, también redactó algunas páginas costumbristas para la revista La Alianza Literaria.

RODRÍGUEZ GALVAN, IGNACIO. 1816-1842. Poeta, narrador y dramaturgo mexicano que, a pesar de su corta vida, produjo una variada y a la vez voluminosa obra. Nació en Hidalgo. Autodidacta, llegó a poseer una sólida cultura literaria. Poeta lírico inserto en la tradición romántica sus temas abarcan desde la libertad hasta la gloria. Destaca la novela La hija del Oidor (1836). En 1876 se publicaron sus Obras de don Ignacio Rodríguez Galván.

ROMERO, MATIAS. 1837-1898. Político mexicano. Nació en la ciudad de Oaxaca y en 1857. Se unió a Benito Juárez y le acompañó por diversas ciudades, hasta que, en mayo de 1858, éste se estableció en Veracruz como presidente de la República. En enero de 1868, Juárez le nombró ministro de Hacienda, cargo que ocupó hasta junio de 1872. Volvió a desempeñar la misma función de 1877 a 1879, bajo la primera presidencia de Porfirio Díaz. Otra vez secretario de Hacienda de 1892 a 1893. Murió en 1898 en la ciudad de Nueva York.

SÁNCHEZ, PRISCILIANO. Nació en Nayarit en 1783 y murió en Guadalajara, en 1826. Promovió la Ley de Instrucción Pública en marzo de 1826. Dividió la enseñanza en cuatro ramas: primaria, secundaria, matemáticas puras y profesional (ésta exclusiva de un Instituto del Estado), con supresión de la Universidad, establecida en 1792.

SANTOSCOY, ALBERTO. Nació y murió en Guadalajara, Jalisco en 1857 a 1906. Periodista e historiador, dirigió la Biblioteca Pública de Jalisco, enseñó historia en el Liceo de Varones. Escribió en el Diario de Jalisco, autor de Apuntamientos históricos y biográficos jaliscienses, Canon cronológico razonado de los gobernantes de Jalisco, Biografía de D. Manuel López Cotilla, Datos biográficos de una prominente familia jalisciense, todos editados en Guadalajara.

SIERRA, JUSTO. Campeche, 1848-Madrid, 1912. Escritor y político. Hijo de Justo Sierra O'Reilly, fue abogado y periodista liberal y luchó al lado de Juárez. Durante el porfiriato, fue subsecretario de Instrucción Pública, apoyó a Madero. Fundó la Universidad Nacional de México (1910). Es autor de composiciones poéticas, narraciones y ensayos históricos: Evolución política del pueblo mexicano, 1900-1902; Juárez, su obra y su tiempo, 1905).

TAPIA DE CASTELLANOS, ESTHER. Nació en Morelia, Michoacán en 1842; Se dio a conocer como poetisa en Morelia en las páginas de los periódicos liberales. Publicó dos libros: Flores silvestres 1871 y Cánticos de los niños 1880, el primero con prólogo de José María Vigil. Uno de sus hijos editó en dos tomos en 1905.

TORRES BODET, JAIME. México, 1902- id., 1974. Escritor dirigió la revista La Falange (1922-1923) y fue codirector de la revista Contemporáneos (1928-1931), en torno a la cual se constituyó el grupo homónimo. Fue secretario de Educación Pública (1945-1946 y 1958-1964) y de Relaciones Exteriores (1946-

1948); en 1948-1952 fue director general de la Unesco. Fue premio nacional de literatura en 1966. Se suicidó.

VALLARTA, IGNACIO LUIS. Guadalajara, 1830-México, 1893. Jurista y político. Combatió en la guerra de Reforma y durante la intervención francesa, fue ministro de Gobernación con Juárez, pero lo abandonó. Fue gobernador de Jalisco (1872-1876), ministro de Relaciones Exteriores con Porfirio Díaz (1878) y presidente de la Suprema Corte de Justicia.

VALLE, RAFAEL HELIODORO. Tegucigalpa, 1891-México, 1959. Escritor hondureño. Afincado en México desde 1907, fue profesor en la UNAM, y embajador de Honduras en EE UU, 1949-1956. Su producción comprende obras históricas y libros de poemas (Ánfora sedienta, 1922, Poemas, 1954).

VASCONCELOS, JOSÉ. 1882-1959. Político, pensador y escritor, n. en Oaxaca y m. en Ciudad de México, representó al Club Antirreleccionista en Washington y secundó la Revolución de 1910 encabezada por Madero. Dirigió la Universidad Nacional (1920) y fue Secretario de Instrucción Pública (1920-25). Derrotado como candidato presidencial frente a Ortiz Rubio (1929), abandonó México. Como pensador dejó su huella en *Ulises criollo* (1935).

VIGIL, JOSÉ MARÍA. Nació en Guadalajara, en 1829 y murió en México 1909. Empezó una tenaz labor periodística, al triunfo de la República fue electo diputado al Congreso de la Unión y magistrado de la Suprema Corte de Justicia 1875. Director de la Biblioteca Nacional 1880-1909. Colaboró en los periódicos, se opuso al positivismo. Escribió historia de la Reforma, de la Intervención y del Imperio”, en México a través de los siglos, t. V.

VILLAURRUTIA, XAVIER. México, 1903- id., 1950. Escritor mexicano. Es uno de los mayores poetas mexicanos del s. XX. Dirigió, junto con Salvador Novo, la revista *Ulises* (1927-1928) y formó parte en el grupo *Contemporáneos* (1928-1931). Es asimismo notable por la sobriedad y lucidez de su juicio su obra de ensayista, recogida en *Textos y pretextos* (1940). Ha dejado también una novela, *Dama de corazones* (1928).

ZARAGOZA, IGNACIO. Nació en Texas en 1829 y murió en Puebla en 1862. Fue ministro de Guerra y Marina en 1861, renunció para tomar el mando de la división que luchó contra los franceses en 1862. En mayo de ese año el presidente Juárez lo designó comandante en jefe del Ejército de Oriente y con ese carácter dirigió la defensa de la ciudad de Puebla y obtuvo la victoria del 5 de mayo. Murió a los 33 años de edad.